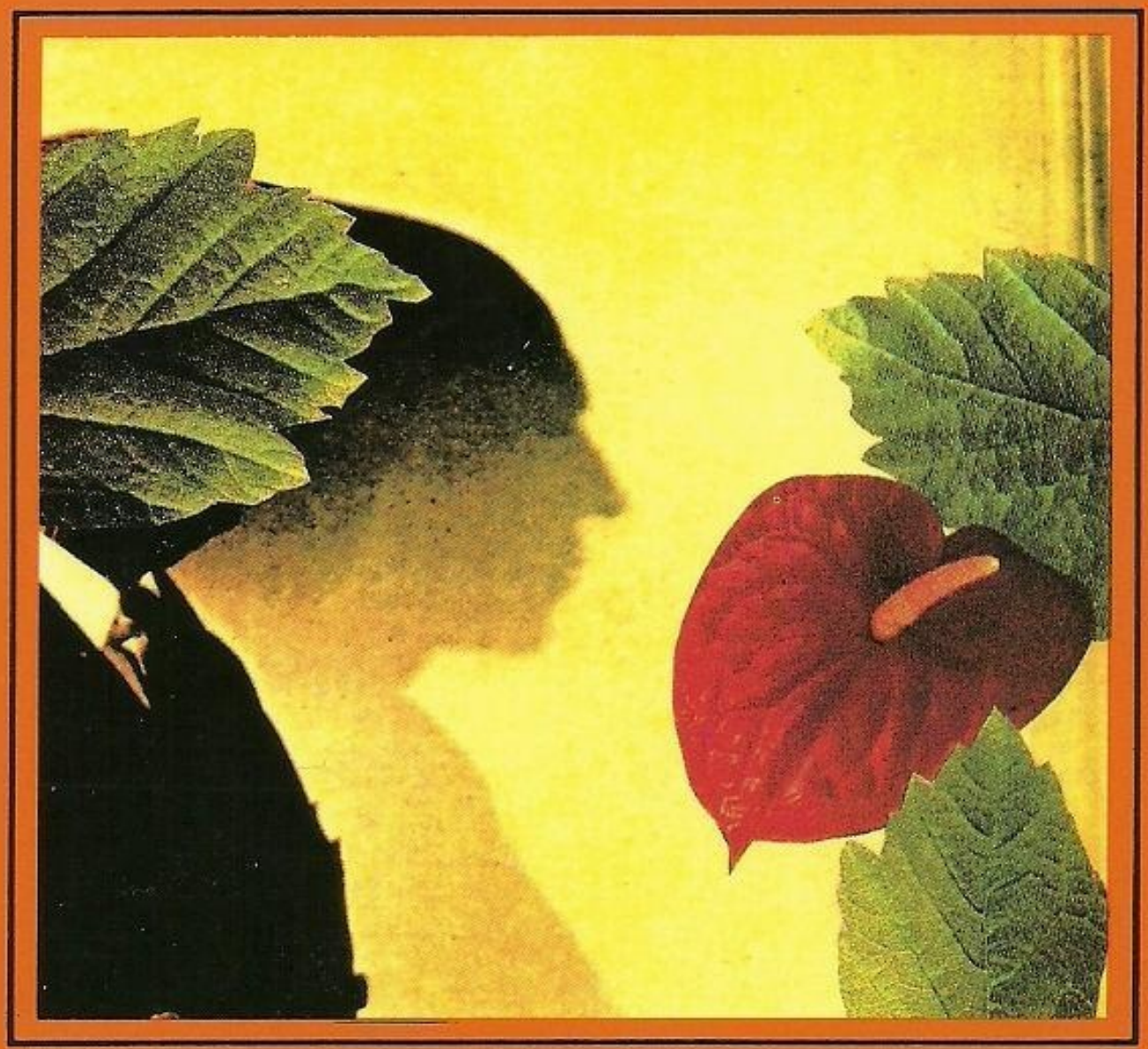
Truman Capote

Música para camaleones



Lectulandia

"Música para camaleones", un libro que Truman Capote presenta como una obra de literatura documental, bucea con implacable lucidez en la poesía y el horror de la vida; es el espléndido resultado de una necesidad de comunicación directa entre lector y materia narrativa, que Truman Capote buscó febrilmente para conseguir una escritura «sencilla y límpida como un arroyo de montaña». Una prosa en la que pudiera mantenerse al margen del tema tratado, sin influir con su estilo, juicios y opiniones. En palabras suyas: hacer del lector un observador o, mejor aún, el testigo de una experiencia verdadera que, contada bajo tal óptica, resultará mucho más subyugante que si el autor la interpretase al modo clásico. El libro está dividido en tres partes. En primer lugar, seis breves piezas iniciales de magistral concepción y ejecución. Luego, una novela corta, "Ataúdes tallados a mano", lleva a sus últimas consecuencias el enfoque testimonial de "A sangre fría" y relata la espeluznante historia de Quinn, un psicópata solipsista que se dedica a asesinar macabramente a los jurados que en un juicio han votado en su contra. Finalmente, siete Conversaciones y retratos, entre los cuales destacan el magistral texto en el que Capote acompaña a una asistenta en «un día de trabajo» limpiando domicilios, la estremecedora entrevista a un maníaco asesino recluido en San Quintín, la agridulce y famosa semblanza de Marilyn Monroe y, desde luego, el desgarrador autorretrato del autor y su imaginario gemelo, en el que afirmó: «Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy homosexual. Soy un genio.»

Lectulandia

Truman Capote

Música para camaleones

ePUB v1.0
Polifemo7 22.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Music For Chameleons*
Truman Capote, 1980.
Traducción: Benito Gómez Ibáñez (salvo Handcarved Coffins, por Rolando Costa Picazo).

Editor original: Polifemo7 (v1.0)
ePub base v2.0

Prefacio

Mi vida, al menos como artista, puede proyectarse exactamente igual que la grafica de la temperatura: las altas y bajas, los ciclos claramente definidos.

Empecé a escribir cuando tenía ocho años: de improviso, sin inspirarme en ejemplo alguno. No conocía a nadie que escribiese y a poca gente que leyese. Pero el caso era que solo me interesaban cuatro cosas: leer libros, ir al cine, bailar zapateado y hacer dibujos. Entonces, un día comencé a escribir, sin saber que me habla encadenado de por vida a un noble pero implacable amo. Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse.

Pero, por supuesto, yo no lo sabía. Escribí relatos de aventuras, novelas de crímenes, comedias satíricas, cuentos que me habían referido antiguos esclavos y veteranos de la Guerra Civil. Al principio fue muy divertido. Dejé de serlo cuando averigüé la diferencia entre escribir bien y mal; y luego hice otro descubrimiento mas alarmante todavía: la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero; es sutil, pero brutal. ¡Y, después de aquello, cayó el látigo!

Así como algunos jóvenes practican el piano o el violín cuatro o cinco horas diarias, igual me ejercitaba yo con mis plumas y papeles. Sin embargo, nunca discutí con nadie mi forma de escribir; si alguien me preguntaba lo que tramaba durante todas aquellas horas, yo le contestaba que hacia los deberes. En realidad, jamás hice los ejercicios del colegio. Mis tareas literarias me tenían enteramente ocupado: el aprendizaje en el altar de la técnica, de la destreza; las diabólicas complejidades de dividir los párrafos, la puntuación, el empleo del dialogo. Por no mencionar el plan general de conjunto, el amplio y exigente arco que va del comienzo al medio y al fin. Hay que aprender tanto, y de tantas fuentes: no solo de los libros, sino de la música, de la pintura y hasta de la simple observación de todos los días.

De hecho, los escritos mas interesantes que realice en aquella época consistieron en sencillas observaciones cotidianas que anotaba en mi diario. Extensas narraciones al pie de la letra de conversaciones que acertaba a oír con disimulo. Descripciones de algún vecino. Habladurías del barrio. Una suerte de informaciones, un estilo de «ver» y «oír» que mas tarde ejercerían verdadera influencia en mi, aunque entonces no fuera consciente de ello, porque todos mis escritos «serios», los textos que pulía y mecanografiaba escrupulosamente, eran mas o menos novelescos.

Al cumplir diecisiete años, era un escritor consumado. Si hubiese sido pianista, habría llegado el momento de mi primer concierto público. Según estaban las cosas, decidí que me encontraba dispuesto a publicar. Envié cuentos a los principales periódicos literarios trimestrales, así como a las revistas nacionales que en aquellos días publicaban lo mejor de la llamada ficción «de calidad» —Story, *The New Yorker, Harper's Bazaar, Mademoiselle, Harper's, Atlantic Monthly*—, y en tales

publicaciones aparecieron puntualmente mis relatos.

Mas tarde, en 1948, publique una novela: *Otras voces, otros ámbitos.* Bien recibida por la crítica, fue un éxito de ventas y, asimismo, debido a una extraña fotografía del autor en la sobrecubierta, significó el inicio de cierta notoriedad que no ha disminuido a lo largo de todos estos años. En efecto, mucha gente atribuyo el éxito comercial de la novela a aquella fotografía. Otros desecharon el libro como si fuese una rara casualidad: «Es sorprendente que alguien tan joven pueda escribir tan bien.» ¿Sorprendente? ¡Sólo había estado escribiendo día tras día durante catorce anos! No obstante, la novela fue un satisfactorio remate al primer ciclo de mi formación.

Una novela corta, *Desayuno en Tiffany's,* concluyó el segundo ciclo en 1958. Durante los diez años intermedios, experimenté en casi todos los campos de la Literatura tratando de dominar un repertorio de formulas y de alcanzar un virtuosismo técnico tan fuerte y flexible como la red de un pescador. Desde luego, fracase en algunas de las áreas exploradas, pero es cierto que se aprende mas de un fracaso que de un triunfo. Se que aprendí, y mas tarde pude aplicar los nuevos conocimientos con gran provecho. En cualquier caso, durante aquella década de investigación escribí colecciones de relatos breves *(A Tree of Night, A Christmas Memory),* ensayos y descripciones *(Local Color, Observations,* la obra contenida en *The Dogs Bark),* comedias *(The grass Harp, House of Flowers),* guiones cinematográficos *(Beat the Devil, The Innocents),* y gran cantidad de reportajes objetivos, la mayor parte para *The New Yorker.*

En realidad, desde el punto de vista de mi destino creativo, la obra mas interesante que produje durante toda esa segunda fase apareció primero en *The New Yorker,* en una serie de artículos y, a continuación, en un libro titulado *The Muses Are Heard.* Trataba del primer intercambio cultural entre la URSS y los EE. UU.: un recorrido por Rusia llevado a cabo en 1955 por una compañía de negros americanos que representaba *Porgy and Bess.* Concebí toda la aventura como una breve «novela real» cómica: la primera.

Unos años antes, Lillian Ross había publicado *Picture,* su versión sobre la realización de una película, *The Red Badge of Courage;* con sus cortes rápidos, sus saltos hacia adelante y hacia atrás, también era como una película y, mientras la leía, me pregunte que habría pasado si la autora hubiese prescindido de su rígida disciplina lineal al recoger los hechos de modo estricto y hubiera manejado su material como si se tratara de ficción: ¿habría ganado el libro, o habría perdido? Decidí que, si se presentaba el tema apropiado, me gustaría intentarlo: *Porgy and Bess* y Rusia en lo mas crudo de su invierno parecía ser el tema adecuado.

The Muses Are Heard recibió excelentes criticas; incluso fuentes por lo general poco amistosas hacia mi se inclinaron a alabarlo. Sin embargo, no atrajo ninguna atención especial y las ventas fueron moderadas. Con todo, aquel libro fue un

acontecimiento importante para mí: mientras lo escribía, me di cuenta de que podría haber encontrado justamente una solución para lo que siempre había sido mi mayor problema creativo.

Durante varios años me sentí cada vez mas atraído hacia el periodismo como forma artística en sí misma. Tenía dos razones. En primer lugar, no me parecía que hubiese ocurrido algo verdaderamente innovador en la literatura en prosa, ni en la literatura en general, desde la década de 1920; en segundo lugar, el periodismo como arte era un campo casi virgen, por la sencilla razón de que muy pocos artistas literarios han escrito alguna vez periodismo narrativo, y cuando lo han hecho, ha cobrado la forma de ensayos de viaje o de autobiografías. *The Muses Are Heard* me situó en una línea de pensamiento enteramente distinta: quería realizar una novela periodística, algo a gran escala que tuviera la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura y libertad de la prosa, y la precisión de la poesía.

No fue hasta 1959 cuando algún misterioso instinto me orientó hacia el tema —un oscuro caso de asesinato en una apartada zona de Kansas—, y no fue hasta 1966 cuando pude publicar el resultado, *A sangre fría.*

En un cuento de Henry James, creo que *The Middle Years,* su personaje, un escritor en las sombras de la madurez, se lamenta: «Vivimos en la oscuridad, hacemos lo que podemos, el resto es la demencia del arte». O palabras parecidas. En cualquier caso, mister James lo expone en toda la línea; nos está, diciendo la verdad. Y la parte mas negra de las sombras, la zona más demencial de la locura, es el riguroso juego que conlleva. Los escritores, cuando menos aquellos que corren auténticos riesgos, que están ansiosos por morder la bala y pasar la plancha de los piratas, tienen mucho en común con otra casta de hombres solitarios: los individuos que se ganan la vida jugando al billar y dando cartas. Mucha gente pensó que yo estaba loco por pasarme seis años vagando a través de las llanuras de Kansas; otros rechazaron de lleno mi concepción de la «novela real», declarándola indigna de un escritor «serio»; Norman Mailer la definió como un «fracaso de la imaginación», queriendo decir, supongo, que un novelista debería escribir acerca de algo imaginario en vez de algo real.

Si, fue como jugarse el resto al póquer; durante seis exasperantes arios estuve sin saber si tenía o no un libro. Fueron largos veranos y crudos inviernos, pero seguí dando cartas, jugando mi mano lo mejor que sabia. Luego resultó que *tenia* un libro. Varios críticos se quejaron de que «novela real» era un termino para llamar la atención, un truco publicitario, y que en lo que yo había hecho no figuraba nada nuevo ni original. Pero hubo otros que pensaron de modo diferente, otros escritores que comprendieron el valor de mi experimento y en seguida se dedicaron a emplearlo personalmente; y nadie con mayor rapidez que Norman Mailer, quien ganó un montón de dinero y de premios escribiendo «novelas reales» *(The Armies of the*

Night, Of a Fire on the Moon, The Executioner's Song), aunque siempre ha tenido cuidado de no describirlas como «novelas reales». No importa; es un buen escritor y un tipo estupendo, y me resulta grato el haberle prestado algún pequeño servicio.

La línea en zigzag que traza mi fama como escritor ha alcanzado una altura satisfactoria, y ahí la dejo descansar antes de pasar al cuarto, y espero que último, ciclo. Durante cuatro arios, mas o menos de 1968 a 1972, pase la mayor parte del tiempo leyendo y seleccionando, reescribiendo, catalogando mis propias cartas y las cartas de otras personas, mis diarios y cuadernos de notas (que contienen narraciones detalladas de centenares de situaciones y conversaciones) de los arios de 1943 a 1965. Tenía intención de emplear mucho de ese material en un libro que planeaba desde hacia tiempo: una variante de la novela real. Titule el libro *Answered Prayers,* que es una cita de Santa Teresa, quien dijo: «Más lágrimas se derraman por las plegarias respondidas que por las no satisfechas.», En 1972 empecé a trabajar en ese libro escribiendo el último capítulo en primer lugar (siempre es bueno saber adónde va uno). Después, escribí el primer capitulo, «Unspoiled Monsters». Luego, el quinto, «A Severe Insulte for the Brain». A continuación, el séptimo, «La Cote Basque». Seguí de esa manera, escribiendo diferentes capítulos con el orden cambiado. Solo podía hacerlo porque la trama o, mejor dicho, las tramas eran reales, así como todos los personajes: no era difícil tenerlo todo en la cabeza, porque yo no había inventado nada. Y, sin embargo, *Answered Prayers* no esta pensada como un *roman* a *clef* ordinaria, una forma donde los hechos están disfrazados como ficción. Mi propósito es lo contrario: eliminar disfraces, no fabricarlos.

En 1975 y 1976, publique cuatro capítulos de ese libro en la revista *Esquire.* Provocaron la ira de ciertos círculos, donde pensaron que yo estaba traicionando confianzas, abusando de amigos y/o enemigos. No tengo intención de discutirlo; el tema incluye política social, no mérito artístico. Nada más diré que lo único que un escritor debe trabajar es la documentación que ha recogido como resultado de su propio esfuerzo y observación, y no puede negársele el derecho *a* emplearlo. Se puede condenar, pero no negar.

No obstante, deje de trabajar en *Answered Prayers en* septiembre de 1977, hecho que no tiene nada que ver con ninguna reacción pública a las partes ya publicadas del libro. *La* interrupción ocurrió porque yo me encontraba ante un tremendo montón de problemas: sufría una crisis creativa, y, *al* mismo tiempo, personal. Como la última no tenia relación, o muy poca, con la primera, solo es necesario aludir al caos creativo.

Ahora, a pesar de que fue un tormento, me alegro de que ocurriese; en el fondo, modificó enteramente mi concepción de la escritura, mi actitud hacia el arte y la vida y el equilibrio entre ambas cocas, y mi comprensión de la diferencia entre lo verdadero y lo que *es realmente* cierto.

Para empezar, creo que la mayoría de los escritores, incluso los mejores, son recargados. Yo prefiero escribir de menos. Sencilla, claramente, como un arroyo del campo. Pero note que mi escritura se estaba volviendo demasiado densa, que utilizaba tres páginas para llegar a resultados que debería alcanzar en un simple párrafo. Una y otra vez leí todo lo que había escrito de *Answered Prayers,* y empecé a tener dudas: no acerca del contenido, ni de mi enfoque, sino sobre la organización de la propia escritura. Volví a leer *A sangre fría* y tuve la misma impresión: había demasiados sectores en los que no escribía tan bien como podría hacerlo, en los que no descargaba todo el potencial. Con lentitud, pero con alarma creciente, leí cada palabra que había publicado, y decidí que nunca, ni una sola vez en mi vida de escritor, había explotado por completo toda la energía y todos los atractivos estéticos que encerraban los elementos del texto. Aun cuando era bueno, vi que jamás trabajaba con más de la mitad, a veces con solo un tercio, de las facultades que tenía a mi disposición. ¿Por que?

La respuesta, que se me reveló tras meses de meditación, era sencilla, pero no muy satisfactoria. En verdad, no hizo nada para disminuir mi depresión; de hecho, la aumentó. Porque la respuesta creaba un problema en apariencia insoluble, y si no podía resolverlo, más valdría que dejase de escribir. El problema era: ¿cómo puede un escritor combinar con éxito en una sola estructura —digamos el relato breve— todo lo que sabe acerca de todas las demás formas literarias? Pues esa era la razón por la que mi trabajo a menudo resultaba insuficientemente iluminado; había fuerza, pero al ajustarme a los procedimientos de la forma en que trabajaba, no utilizaba todo lo que sabia acerca de la escritura: todo lo que había aprendido de guiones cinematográficos, comedias, reportaje, poesía, relato breve, novela corta, novela. Un escritor debería tener todos sus colores y capacidades disponibles en la misma paleta para mezclarlos y, en casos apropiados, para aplicarlos simultáneamente. Pero ¿cómo?

Volví a *Answered Prayers.* Elimine un capitulo y volví a escribir otros dos. Una mejora; sin duda, una mejora. Pero lo cierto era que debía volver al parvulario. ¡Ya andaba metido otra vez en uno de aquellos desagradables juegos! Pero me anime; sentí que un sol invisible se levantaba por encima de mi. No obstante, mis primeros experimentos fueron torpes. Me encontraba realmente como un niño con una caja de lápices de colores.

Desde un punto de vista técnico, la mayor dificultad que tuve al escribir A *sangre fría* fue permanecer completamente al margen. Por lo común, el periodista tiene que emplearse a si mismo como personaje, como observador y testigo presencial, con el fin de mantener la credibilidad. Pero ere que, para el tono aparentemente distanciado de aquel libro, el autor debería estar ausente. Efectivamente, en todo el reportaje intente mantenerme tan encubierto como me fue posible.

Ahora, sin embargo, me situé a mí mismo en el centro de la escena, y de un modo

severo y mínimo, reconstruí conversaciones triviales con personas corrientes: el administrador de mi casa, un masajista del gimnasio, un antiguo amigo del colegio, mi dentista. Tras escribir centenares de páginas acerca de esa sencilla clase de temas, terminé por desarrollar un estilo: había encontrado una estructura dentro de la cual podía integrar todo lo que sabía acerca del escribir.

Mas tarde, utilizando una versión modificada de ese procedimiento, escribí una novela real corta (Ataúdes tallados a mano) y una serie de relatos breves. El resultado es el presente volumen: Música para camaleones.

¿Y cómo afectó todo esto a mi otro trabajo en marcha, Answered Prayers? En forma muy considerable. Entretanto, aquí estoy en mi oscura demencia, absolutamente solo con mi baraja de naipes y, desde luego, con el látigo que Dios me dio.

1.— Música para camaleones

I.— Música para camaleones

(Music for Chameleons)

Es alta y esbelta, quizá de setenta años, pelo plateado y soigné, ni negra ni blanca, del color oro pálido del ron. Es una aristócrata de la Martinica que vive en Fort de France, aunque también tiene un piso en París. Estamos sentados en la terraza de su casa, graciosa y elegante, que parece hecha de encajes de madera: me recuerda a ciertas casas antiguas de Nueva Orleáns. Bebemos té de menta con hielo, levemente sazonado de ajenjo.

Tres camaleones verdes echan carreras a través de la terraza; uno se detiene a los pies de madame chasqueando su ahorquillada lengua, y ella comenta:

—Camaleones. ¡Qué excepcionales criaturas! La manera en que cambian de color. Rojo. Amarillo. Lima. Rosa. Espliego. ¿Y sabía usted que les gusta mucho la música? —me contempla con sus bellos ojos negros—. ¿No me cree?

A lo largo de la tarde me ha contado muchas cosas curiosas. Que, por las noches, su jardín se llena de enormes mariposas nocturnas. Que su chofer, un digno personaje que me ha conducido a su casa en un Mercedes verde oscura, había envenenado a su mujer y luego se había fugado de la Isla del Diablo. Y me ha descrito un pueblo en lo alto de las montañas del norte que esta enteramente habitado por albinos: individuos menudos, de ojos rosados, blancos como la tiza. De vez en cuando se ven algunos por las calles de Fort de France.

—Si, claro que la creo.

Ladea su cabeza plateada.

—No, no me cree. Pero se lo demostrare.

Diciendo esto, entra resueltamente en su fresco salón caribeño, una estancia umbría con ventiladores que giran suavemente en el techo, y se coloca ante un piano bien afinado. Yo sigo sentado en la terraza, pero puedo observarla: una mujer elegante, ya mayor, producto de sangres diversas. Empieza a tocar una sonata de Mozart.

Finalmente, los camaleones se amontonan: una docena, otra más, verdes la mayoría, algunos escarlata, espliego. Se deslizan por la terraza y entran correteando en el salón: un auditorio sensible, absorto en la música que suena. Y que entonces deja de sonar, pues mi anfitriona se yergue de pronto, golpeando el *suelo con el* pie, y los camaleones sales disparados coma chispas de una estrella en explosión.

Ahora me mira.

—*Et maintenant? C'est vrai*?

—En efecto. Pero resulta muy extraño.

Sonríe.

—*Alors*. Toda la isla flota en lo extraño. Esta misma casa esta encantada. La habitan muchos fantasmas. Y no en la oscuridad. Algunos aparecen en pleno día, con toda la insolencia que pueda imaginarse. Impertinentes.

—Eso también es corriente en Haití. Allá, los fantasmas se pasean a la luz del día. Una vez vi una horda de fantasmas que trabajaban en el campo, cerca de Petionville. Quitaban insectos de las plantar de café.

Ella lo acepta como un hecho, y continúa:

—*Oui*. *Oui*. Los haitianos dan empleo a sus muertos. Son famosos por eso. Nosotros los abandonamos a sus penas. Y a sus alegrías. Tan vulgares, los haitianos. Tan criollos. Y uno no puede bañarse allí, los tiburones son muy imponentes. Y los mosquitos: ¡qué tamaño, que audacia! Aquí, en la Martinica, no tenemos mosquitos. Ni uno.

—Lo he notado; me ha sorprendido.

—Y a nosotros. La Martinica es la única isla del Caribe que no esta atormentada por los mosquitos, y nadie puede explicárselo.

—Quizá se los traguen todas las mariposas nocturnas.

Se ríe.

—O los fantasmas.

—No. Creo que los fantasmas preferirían las mariposas.

—Si, las mariposas nocturnas quizá sean más alimento fantasmal. Si yo fuera un fantasma hambriento, preferiría comer cualquier cosa antes que mosquitos. ¿Quiere usted mas hielo en su vaso? ¿Ajenjo?

—Ajenjo. Es algo que no podemos conseguir en mi país. Ni siquiera en Nueva Orleáns.

—Mi abuela paterna era de Nueva Orleáns.

—La mía también.

Mientras escancia ajenjo de una destellante botella esmeralda, sugiere:

—Entonces, quizá seamos parientes. Su nombre de soltera era Dufont. Alouette Dufont.

—¿Alouette? ¿De veras? Muy bonito. Conozco a dos familias Dufont en Nueva Orleáns, pero no estoy emparentado con ninguna de ellas.

—Lastima. Hubiera sido divertido llamarle primo. *Alors*. Claudine Paulot me ha dicho que esta es su primera visita a la Martinica.

—¿Claudine Paulot?

—Claudine y Jacques Paulot. Los conoció la otra noche, en la cena del gobernador.

Me acuerdo: el era un hombre alto y guapo, el primer presidente del Tribunal de Apelación de la Martinica y la Guyana francesa, que comprende la Isla del Diablo.

—Los Paulot. Si. Tienen ocho hijos. El es muy partidario de la pena de muerte.

—¿Como es que siendo viajero, según parece, no la ha visitado antes?

—¿La Martinica? Bueno, sentía cierta desgana. Aquí asesinaron a un buen amigo mío.

Los hermosos ojos de madame son una pizca menos amables que antes. Hace una lenta declaración:

—El asesinato es un caso raro por acá. No somos gente violenta. Serios, pero no violentos.

—Serios. Sí. En los restaurantes, en las calles, incluso en las playas, la gente tiene unas expresiones bastante severas. Parecen muy preocupados. Como los rusos.

—No debe olvidarse que aquí la esclavitud no terminó hasta 1848.

No puedo establecer la relación, pero no pregunto, pues ya esta explicando:

—Además, Martinica es *trés cher*. Una pastilla de jabón comprada en París por cinco francos, aquí cuesta el doble. Todo cuesta el doble de lo debido, porque todo es de importación. Si esos revoltosos consiguieran lo que quieren, y Martinica se hiciera independiente de Francia, sería el fin. Martinica no podría existir sin subvención de Francia. Sencillamente, pereceríamos. *Alors*, algunos de nosotros tienen expresiones serias. Pero, hablando en términos generales, ¿encuentra usted atractivos a los habitantes?

—A las mujeres. He visto a algunas sorprendentemente hermosas. Cimbreantes, suaves, de posturas magníficas, arrogantes; con una estructura ósea tan fina como la de los gatos. Además, poseen cierta fascinante agresividad.

—Eso es de la sangre senegalesa. Aquí tenemos muchos senegaleses. Pero a los hombres, ¿no les encuentra usted tan atractivos?

—No.

—Estoy de acuerdo. Los hombres no son atractivos. Comparados con nuestras mujeres, resultan improcedentes, sin carácter: *vin ordinaire*. Martinica, comprende usted, es una sociedad matriarcal. Cuando ese es el caso, como en la India, por ejemplo, entonces los hombres nunca llegan a mucho. Veo que está mirando a mi espejo negro.

Lo estoy mirando. Mis ojos lo consultan aturdidos: quedan fijos en el contra mi voluntad, como a veces lo están por los absurdos destellos de un aparato de televisión mal ajustado. Tiene esa clase de frívolo poder. Por consiguiente, lo describiré con todos sus pormenores; a la manera de esos novelistas franceses de *avant-garde*, quienes al prescindir de la narración, del personaje y de la estructura, se limitan a párrafos de una página de extensión donde detallan los contornos de un solo objeto, el mecanismo de un movimiento aislado: un tabique, una blanca pared con una mosca vagando a su través. Así: el objeto de la sala de visitas de madame es un espejo negro. Tiene siete pulgadas de alto y seis de ancho. Esta enmarcado en una caja de gastado cuero negro en forma de libro. De hecho, la caja yace abierta encima de una

mesa, igual que si fuera una edición de lujo puesta para cogerla y hojearla, pero en ella no hay nada que leer ni que ver, salvo el misterio de la misma imagen de uno proyectada por la superficie del espejo negro antes de alejarse hacia sus profundidades sin fin, hacia sus corredores de oscuridad.

—Perteneció a Gauguin —explica ella—. Ya sabe usted, por supuesto, que vivió y pinto aquí antes de establecerse entre los polinesios. Este era su espejo negro. Eran artefactos bastante comunes entre artistas del siglo pasado. Van Gogh uso uno. Igual que Renoir.

—No logro entenderlo. ¿Para que los usaban?

—Para refrescar su visión. Para renovar su reacción al color, las variaciones tonales. Tras una sesión de trabajo, con los ojos fatigados, descansaban mirando al interior de esos espejos oscuros. Igual que en un banquete los *gourmets* vuelven a despertarse el paladar entre platos complicados, con un *sombat de citron* -levanta de la mesa el pequeño volumen que contiene el espejo y me lo tiende—. Lo use a menudo, cuando tengo los ojos debilitados por tomar demasiado sol. Es sedante.

Sedante, y también inquietante. La oscuridad, a medida que uno mira dentro de ella, deja de ser negra, pero se convierte en un extraño azul plateado: el umbral de visiones secretas. Como Alicia, me siento al comienzo de un viaje a través de un espejo, recorrido que vacilo en emprender.

A lo lejos oigo su voz, recelosa, serena, cultivada:

—¿Así que tenía usted un amigo al que asesinaron aquí?

—Sí.

—¿Un americano?

—Sí. Era un hombre de mucho talento. Músico. Compositor.

—¡Ah! Ya me acuerdo. ¡El hombre que escribía operas! Judío. Llevaba bigote.

—Se llamaba Marc Blitzstein.

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Quince años, por lo menos. O más. Entiendo que se aloja usted en el hotel nuevo. La Bataille. ¿Cómo lo encuentra?

—Muy agradable. Con un poco de alboroto, porque están abriendo un casino. El encargado del casino se llama Shelley Keats. Al principio creí que era una broma, pero resulta que es su nombre auténtico.

—Marcel Proust trabaja en Le Foulard, ese pequeño y excelente restaurante marisquero de Schoelcher, el pueblo de pescadores. Marcel es camarero. ¿Le han decepcionado nuestros restaurantes?

—Sí y no. Son mejores que en cualquier otra parte del Caribe, pero demasiado caros.

—*Alors*. Como he observado, todo es de importación. Ni siquiera cultivamos nuestras propias verduras. Los nativos son demasiado desganados —un colibrí penetra en la terraza y con la mayor naturalidad del mundo, se queda suspendido en

el aire—. Pero nuestros mariscos son extraordinarios.

—Si y no. Jamás he visto unas langostas tan enormes. Absolutas ballenas; criaturas prehistóricas. Pedí una, pero era tan insípida como el yeso, y tan dura de masticar que se me cayó un empaste. Es como la fruta de California: esplendida a la vista, pero sin gusto.

Sonríe, no de contento:

—Pues le pido disculpas —y yo lamento mi crítica, y me doy cuenta de que no me estoy comportando con mucha gracia.

—La semana pasada comí en su hotel. En la terraza que da a la piscina. Me quede sorprendida.

—¿Por qué?

—Por las bañistas. Las damas extranjeras reunidas en torno a la piscina sin llevar nada por arriba y muy poco por abajo. ¿Esta permitido eso en su país? ¿Mujeres que se exhiban prácticamente desnudas?

—¡No en un lugar tan público como la piscina de un hotel.

—Exactamente. Y no creo que deba tolerarse aquí. Pero, claro, no podemos permitirnos que se incomode a los turistas. ¿Se ha aburrido usted con alguna de nuestras atracciones turísticas?

—Ayer fuimos a ver la casa donde nació la emperatriz Josefina.

—Nunca aconsejo a nadie que vaya a visitarla. Ese viejo, el conservador, ¡que charlatán! Y no se cual es peor, si su francés, su inglés o su alemán. ¡Que pelmazo! Como si el viaje hasta allá no fuera lo bastante fatigoso.

Se va nuestro colibrí. Muy a lo lejos oímos bandas de percusión, panderetas, coros de borrachos (*Ce soir, ce soir nous danserons sans chemise, sans pan talons*: Esta noche, esta noche bailaremos sin camisa, sin pantalones), sonidos que nos recuerdan que es la semana de Carnaval en Martinica.

—Normalmente —proclama— me voy de la isla durante el Carnaval. Se pone imposible. El griterío, el hedor.

Al planear esta experiencia martiniqueña, que incluía viajar con tres compañeros, no sabía yo que nuestra visita coincidiría con el Carnaval; como nativo de Nueva Orleáns, estaba harto de tales cosas. No obstante, la variante martiniqueña demostró ser sorprendentemente vital, espontánea y vivida como la explosión de una bomba en una fabrica de fuegos artificiales.

—Mis amigos y yo lo estamos disfrutando. Anoche desfiló un grupo maravilloso: cincuenta hombres llevando paraguas negros y sombreros de copa, con los huesos del esqueleto pintados en el torso con pintura fosforescente. Adoro a esas viejas damas con pelucas de lentejuelas doradas y adornos de metal brillante pegados por toda la cara. ¡Y todos esos hombres que llevan los blancos vestidos de novia de sus mujeres! Y los millones de niños llevando cirios, refulgentes como luciérnagas. En realidad,

casi nos ocurrió una desgracia. Tomamos prestado un coche del hotel, y justo cuando llegamos a Fort de France, avanzando lentamente por en medio de la multitud, se nos reventó una rueda e inmediatamente quedamos rodeados de rojos diablos con tridentes…

Madame se divierte:

—*Oui. Oui*. Los muchachitos que se visten como demonios colorados. Eso viene de siglos atrás.

—Si, pero se pusieron a bailar encima del coche. Causando enormes destrozos. El techo era una absoluta plataforma de samba. Pero no podíamos abandonarlo, por miedo de que lo destruyeran por completo. De modo que el más caluroso de mis amigos, Bob McBride, se presto a cambiar la rueda allí mismo. El problema era que llevaba un traje nuevo de hilo, blanco, y no quería echarlo a perder.

—En consecuencia, se desvistió. Muy sensato.

—Al menos fue divertido. Ver a McBride, que es un tipo muy formal, en calzoncillos y tratando de cambiar una rueda con la locura del *Mardi Gras* haciendo remolinos a su alrededor, mientras diablos rojos lo aguijaban con tridentes. Tridentes de papel, por fortuna.

—Pero mister McBride tuvo éxito.

—Si no lo hubiese tenido, dudo que yo estuviera aquí, abusando de su hospitalidad.

—No habría pasado nada. No somos gente violenta.

—Por favor. No estoy sugiriendo que corriéramos peligro alguno. Solo era…, bueno parte de la diversión.

—¿Ajenjo? *Un peu*?

—Una pizca. Gracias.

Vuelve el colibrí.

—¿Y su amigo, el compositor?

—Marc Blitzstein.

—He estado pensando. Vino a cenar a casa, una vez. Lo trajo madame Derain. Y aquella noche estaba aquí lord Snowdon. Con su tío, el inglés que construyó todas esas casas en Mustique.

—Oliver Messel.

—*Oui. Oui*. Era cuando aun vivía mi marido. Mi marido tenía buen oído para la música. Le pidió a su amigo de usted que tocara el piano. Tocó varias canciones alemanas —ahora se ha puesto de pie, y me doy cuenta de lo exquisita que es su figura, lo etérea que parece, perfilada en el verde delicado de su vestido parisiense—. Me acuerdo de eso, pero no puedo recordar como murió. ¿Quién lo mató?

Durante todo el rato, el espejo negro ha reposado en mi regazo, y una vez más mis ojos buscan sus profundidades. Es extraño adónde nos llevan nuestras pasiones,

persiguiéndonos como un azote, obligándonos a aceptar sueños indeseables, destinos inoportunos.

—Dos marineros.

—¿De aquí? ¿De Martinica?

—No. Dos marineros portugueses con permiso de un barco que estaba en el puerto. Se los encontró en un bar. El estaba aquí trabajando en una Ópera, y alquiló una casa. Se los llevó a casa con él…

—Ya me acuerdo. Le robaron y lo mataron a golpes. Fue horroroso. Una tragedia impresionante.

—Un trágico accidente.

El espejo negro se burla de mí. ¿Por que has dicho eso? No fue un accidente.

—Pero nuestra policía cogió a esos marineros. Los juzgaron y condenaron y los mandaron a prisión, a la Guyana. Me pregunto si aún siguen ahí. Le preguntaré a Paulot. El lo sabrá. Después de todo, es el primer presidente del Tribunal de Apelación.

—En realidad, no importa.

—¡Que no importa! Deberían haber guillotinado a esos miserables.

—No. Pero no me disgustaría verlos trabajar en los campos de Haití, quitando insectos de las plantas de café.

Al levantar los ojos del demoníaco brillo del espejo, noto que mi anfitriona se ha retirado momentáneamente de la terraza y ha entrado en su salón umbrío. Resuena un acorde de piano, y otro. Madame esta jugando con el mismo son. En seguida se reúnen los amantes de la música, camaleones escarlatas, verdes, espliego, un auditorio que, alineado en el suelo de terracota de la terraza, se asemeja a una extraña adaptación escrita de notas musicales. Un mosaico mozartiano.

II.— Mister Jones

(Mr. Jones)

Durante varios meses del invierno de 1945 viví en una pensión de Brooklin. No era un lugar sucio, sino una casa agradablemente amueblada, de vieja piedra arenisca, mantenida con una limpieza de hospital por sus dueñas, dos hermanas solteras.

Míster Jones vivía en la habitación contigua a la mía. Mi cuarto era el más pequeño de la casa y el suyo el más amplio, una hermosa habitación soleada, lo que estaba muy bien, porque míster Jones jamás salía de ella: todo lo que necesitaba, la comida, la compra, el lavado de ropa, era atendido por las maduras patronas. Además, no le faltaban visitas; por lo general, una media docena de personas diferentes, hombres y mujeres, jóvenes, viejas, de mediana edad, frecuentaban diariamente su habitación desde por la mañana temprano hasta últimas horas de la tarde. No era traficante de drogas ni adivino; no, iban simplemente a hablar con él y por lo visto, le hacían pequeños regalos de dinero por su conversación y consejo. De no ser así, carecía de medios manifiestos para mantenerse.

Yo nunca entablé conversación con míster Jones, circunstancia que desde entonces he lamentado a menudo. Era un hombre guapo, de unos cuarenta años. Esbelto, de pelo negro y rostro distinguido; de cara pálida y descarnada, pómulos salientes y un lunar en la mejilla izquierda, un pequeño defecto carmesí en forma de estrella. Llevaba gafas con montura de oro y cristales oscuros como boca de lobo: era ciego, y también inválido; según las hermanas, el uso de las piernas le fue arrebatado por un accidente de la infancia, y no podía desplazarse sin muletas. Siempre iba vestido con un recién planchado traje de tres piezas gris oscuro o azul, y una corbata discreta: como si estuviera a punto de salir para una oficina de Wall Street.

Sin embargo, como digo, nunca abandonaba sus dominios. Simplemente se sentaba en su alegre habitación, en un cómodo sillón, y recibía visitas. Yo no tenía idea de por qué iban a verlo aquellas personas de aspecto más bien ordinario, ni de qué hablaban, y yo estaba demasiado preocupado con mis propios asuntos como para extrañarme de ello. Cuando me picaba la curiosidad, me figuraba que sus amigos habrían encontrado en él a un hombre inteligente y amable, que sabía escuchar bien y a quien se confiaban y consultaban sus problemas: una mezcla entre sacerdote y terapeuta.

Míster Jones tenía teléfono. Era el único inquilino con línea particular. Sonaba constantemente, a menudo después de medianoche y a horas muy tempranas, como las seis de la mañana.

Me mudé a Manhattan. Algunos meses después volví a la pensión para recoger una caja de libros que dejé allí guardados. Mientras las patronas me ofrecían té y

pastas en su «salón» de cortinas de encaje, pregunté por míster Jones.

Carraspeando, una de ellas dijo:

—Eso está en manos de la policía.

La otra explicó:

—Hemos dado parte de él como persona desaparecida.

La primera añadió:

—El mes pasado, hace veintiséis días, mi hermana le subió el desayuno a míster Jones, como de costumbre. No estaba. Todas sus pertenencias seguían allí. Pero él se había marchado.

—Qué raro…

—…que un hombre totalmente ciego, un inválido paralítico…

Diez años pasan.

Ahora es una tarde de diciembre, con un frío de cero grados, y estoy en Moscú. Viajo en un vagón del metro. Sólo hay otros pocos pasajeros. Uno de ellos es un hombre sentado frente a mí, que lleva botas, un abrigo grueso y largo y un gorro de piel de estilo ruso. Tiene ojos brillantes y azules, como de pavo real.

Tras un momento de duda, lo miro embobado porque aun sin las gafas oscuras, no hay equivocación sobre aquel rostro distinguido y descarnado, con sus pómulos salientes y el lunar rojo en forma de estrella.

Me dispongo a cruzar el pasillo y hablarle cuando el tren llega a una estación, y míster Jones, sobre un par de espléndidas y robustas piernas, se levanta y sale del vagón. Rápidamente, la puerta se cierra tras él.

III.— Una luz en una ventana

(A Lamp in the Window)

Una vez me invitaron a una boda; la novia sugirió que hiciera el viaje desde Nueva York con una pareja de invitados, el señor y la señora Roberts, a quienes no conocía. Era un frío día de abril, y en el viaje a Connecticut, los Roberts, un matrimonio de cuarenta y pocos años, parecieron bastante agradables; no el tipo de gente con los que uno quisiera pasar un largo fin de semana, pero tampoco tremendos.

No obstante, en la recepción nupcial se consumió gran cantidad de licor, y debo decir que mis conductores ingirieron la tercera parte de ello. Fueron los últimos en dejar la fiesta —aproximadamente, a las once de la noche—, y yo me sentía muy reacio a acompañarlos; sabía que estaban borrachos, pero no me di cuenta de lo *mucho* que lo estaban. Habríamos recorrido unas veinte millas, con el coche dando muchos virajes mientras el señor y la señora Roberts se insultaban mutuamente en un lenguaje de lo más extraordinario (efectivamente, parecía una escena sacada de *¿Quién teme a Virginia Wolf?)*, cuando míster Roberts, de modo muy comprensible, torció equivocadamente y se perdió en un oscuro camino comarcal. Seguí pidiéndoles, y terminé rogándoles que pararan el coche y me dejaran bajar, pero estaban tan absortos en sus invectivas que me ignoraron. Por fin, el coche paró por voluntad propia (temporalmente), al darse una bofetada contra el costado de un árbol. Aproveché la oportunidad para bajarme de un salto por la puerta trasera y entrar corriendo en el bosque. En seguida partió el condenado vehículo, dejándome solo en la helada oscuridad. Estoy convencido de que mis anfitriones no descubrieron mi ausencia; Dios sabe que yo no les eché de menos a ellos.

Pero no era un placer quedarse ahí, perdido en una fría noche de viento. Empecé a andar, con la esperanza de llegar a una carretera. Caminé durante media hora sin avistar casa alguna. Entonces, nada más salir del camino, vi una casita de madera con un porche y una ventana alumbrada por una lámpara. De puntillas, entré en el porche y me asomé a la ventana; una mujer mayor, de suave cabellera blanca y cara redonda y agradable, estaba sentada ante una chimenea leyendo un libro. Había un gato acurrucado en su regazo, y otros dormitaban a sus pies.

Llamé a la puerta y, cuando la abrió, dije mientras me castañeteaban los dientes:

—Siento molestarla, pero he tenido una especie de accidente; me pregunto si podría utilizar su teléfono para llamar a un taxi.

—¡Oh, vaya! —exclamó ella, sonriendo—. Me temo que no tenga teléfono. Soy demasiado pobre. Pero pase, por favor. —Y al franquear yo la puerta y entrar en la acogedora habitación, añadió—: ¡Válgame Dios! Está usted helado, muchacho.

¿Quiere que haga café? ¿Una taza de té? Tengo un poco de whisky que dejó mi marido; murió hace seis años.

Dije que un poco de whisky me vendría muy bien.

Mientras ella iba a buscarlo, me calenté las manos en el fuego y eché un vistazo a la habitación. Era un sitio alegre, ocupado por seis o siete gatos de especies callejeras y de diversos colores. Miré el título del libro que la señora Kelly —pues así se llamaba, como me enteré más tarde— estaba leyendo: era *Emma,* de Jane Austen, una de mis escritoras favoritas.

Cuando la señora Kelly volvió con un vaso con hielo y una polvorienta media botella de bourbon, dijo:

—Siéntese, siéntese. No disfruto de compañía a menudo. Claro que estoy con mis gatos. En cualquier caso, ¿se quedará a dormir? Tengo un precioso cuartito de huéspedes que está esperando a uno desde hace muchísimo tiempo. Por la mañana podrá usted caminar hasta la carretera y conseguir que lo lleven al pueblo, y allí encontrará un garaje donde le arreglen el coche. Está a unas cinco millas.

Me pregunté, en voz alta, cómo es que podía vivir de manera tan aislada, sin medio de transporte y sin teléfono; me dijo que su buen amigo, el cartero, se ocupaba de todo lo que ella necesitaba comprar.

—Albert. ¡Es realmente tan encantador y tan fiel! Pero se jubila el año que viene. No sé lo que haré después. Aunque algo se presentará. Quizá un nuevo y amable cartero. Dígame, ¿qué clase de accidente ha tenido usted exactamente?

Cuando le expliqué la verdad del caso, me respondió, indignada:

—Hizo usted exactamente lo que debía. Yo no pondría el pie en un coche con un hombre que hubiera olido una copa de jerez. Así es como perdí a mi marido. Casados durante cuarenta años, cuarenta felices años, y lo perdí porque un conductor borracho lo atropello. Si no fuera por mis gatos…

Acarició a una gata de color anaranjado que ronroneaba en su regazo.

Hablamos ante el fuego hasta que se me cansaron los ojos. Hablamos de Jane Austen («Ah, Jane. Mi tragedia es que he leído sus libros tan a menudo que me los sé de memoria») y de otros autores admirados: Thoreau, Willa Cather, Dickens, Lewis Carroll, Agatha Christie, Raymond Chandler, Hawthorne, Chejov, Maupassant. Era una mujer de mente sana y variada; la inteligencia iluminaba sus ojos de color de avellana, igual que la lamparita brillaba encima de la mesa, a su lado. Hablamos de los crudos inviernos de Connecticut, de políticos, de lugares lejanos («Nunca he estado en el extranjero, pero si alguna vez tengo oportunidad, África sería el lugar a donde iría. A veces he soñado con ella, las verdes colinas, el calor, las hermosas jirafas, los elefantes andando por ahí»), de religión («Me educaron como católica, por supuesto, pero ahora, casi siento decirlo, tengo una mentalidad abierta. Demasiadas lecturas, quizá»), de horticultura («Cultivo y conservo todos mis verduras; por

necesidad»). Finalmente:

—Disculpe mi cháchara. No puede figurarse el gran placer que me proporciona. Pero ya pasa de su hora de acostarse. Y noto que es la mía.

Me acompañó al piso de arriba y, tras estar cómodamente instalado en una cama de matrimonio bajo un dichoso peso de bonitas colchas confeccionadas con trozos de desecho, volvió y me dio las buenas noches, deseándome felices sueños. Me quedé despierto, pensando en todo aquello. Qué experiencia tan extraordinaria: ser una vieja que vive sola y apartada, que un desconocido llame a la puerta en plena noche y no sólo abrirla, sino darle una cálida bienvenida, nacerle entrar y ofrecerle albergue. Si nuestra situación hubiera estado invertida, dudo que yo hubiera tenido valor para hacerlo, por no hablar de la generosidad.

A la mañana siguiente me dio de desayunar en la cocina. Café, gachas de avena con azúcar y leche condensada, pero me encontraba hambriento y me supo a gloria. La cocina estaba más sucia que el resto de la casa; el fogón, un traqueteante frigorífico, todo parecía al borde de la extinción. Todo salvo un objeto amplio y en cierta forma moderno, un congelador encajado en un rincón de la habitación.

Ella estaba con su cháchara:

—Adoro los pájaros. Me siento muy culpable por no echarles migas durante el invierno. Pero no puedo tenerlos alrededor de la casa. Por los gatos. ¿Le gustan a usted los gatos?

—Sí, una vez tuve una gata siamesa llamada Toma. Vivió doce años y viajamos juntos a todas partes. Por todo el mundo. Y cuando murió, no tuve corazón para buscarme otro.

—Entonces, quizás entienda usted esto —dijo, llevándome hacia el congelador y abriéndolo. En el interior no había sino gatos: montones de gatos congelados, perfectamente conservados, docenas de gatos. Aquello me produjo una extraña impresión—. Todos mis viejos amigos. Que se han ido a descansar. Es que, sencillamente, no podía soportar el hecho de perderlos. *Completamente.* -Se rió y añadió—: Supongo que pensará que estoy un poco loca.

Un poco loca. Sí, un poco loca, pensaba yo al andar bajo el cielo gris en dirección a la carretera que ella me había indicado. Pero radiante: una lámpara en una ventana.

IV.— Mojave

(Mojave)

A las cinco de aquella tarde de invierno, ella tenía cita con el doctor Bentsen, en otro tiempo su psicoanalista y su amante en la actualidad. Cuando su relación cambió de lo analítico a lo emocional, él insistió, basándose en razones éticas, en que ella dejara de ser su paciente. No es que tuviera importancia. No había sido muy útil como analista, y como amante, bueno, lo vio una vez corriendo para coger el autobús, un intelectual de Manhattan, de doscientas veinte libras de peso, bajo, cincuentón, con el pelo rizado, de caderas anchas y miope, y ella se había reído: ¿cómo era posible que pudiese amar a un hombre tan malhumorado, tan poco favorecido como Ezra Bentsen? La respuesta era que no lo amaba; de hecho, no le gustaba. Pero, al menos, no lo relacionaba con la resignación y la desesperanza. Ella temía a su marido; no tenía miedo del doctor Bentsen. Sin embargo, era a su marido a quien amaba.

Poseía dinero; en cualquier caso, recibía una sustanciosa asignación de su marido, que era rico, y así podía mantener su escondite, un estudio apartamento donde se encontraba con su amante quizá una vez a la semana, a veces dos, pero no más. Asimismo, se permitía hacerle regalos que él parecía esperar en aquellas ocasiones. No es que apreciase su calidad: gemelos de Verdura, clásicas pitilleras de Paul Flato, el obligado reloj de Cartier y (más apropiado) ocasionales y precisas cantidades de dinero que le pedía «prestadas».

Nunca le había hecho *a ella* un solo regalo. Bueno, uno: una peineta española de madreperla que él consideraba *un tesoro,* afirmando que era herencia de su madre. Por supuesto, no podía ponérsela, porque llevaba la cabellera, mullida y de color tabaco, como una aureola infantil en torno a su ingenuo y juvenil rostro. Gracias a la dieta, a particulares ejercicios con Joseph Pilatos y a los cuidados dermatológicos del doctor Orentreich, parecía contar poco más de veinte años; tenía treinta y seis.

La peineta española. Su cabellera. Eso le recordaba a Jaime Sánchez y algo que había ocurrido ayer. Jaime Sánchez era su peluquero, y aunque apenas hacía un año que se conocían, se habían hecho, a su modo, buenos amigos. Ella confiaba un tanto en él; él confiaba en ella mucho más. Hasta hacía poco, había creído que Jaime era un joven feliz, casi demasiado dichoso. Compartía un piso con su atractivo amante, un joven dentista llamado Carlos. Jaime y Carlos habían sido compañeros de colegio en San Juan; salieron juntos de Puerto Rico, instalándose primero en Nueva Orleáns y luego en Nueva York, y fue Jaime, con su trabajo de cosmetólogo de talento, quien había pagado a Carlos los estudios de odontología. Ahora, Carlos tenía su propio consultorio y una clientela de prósperos negros y puertorriqueños.

Sin embargo, durante sus últimas visitas, había notado que los ojos de Jaime Sánchez, por lo común despejados, estaban sombríos, amarillentos, como si tuviera resaca, y sus manos, diestramente articuladas y de ordinario tan calmas y capaces, temblaban un poco.

Ayer, mientras le pasaba las tijeras por el pelo, se interrumpió y se quedó jadeando, resollando, no como si le faltara aire, sino como si luchara por reprimir un grito.

Ella le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Está usted bien?

—No.

El se acercó a un lavabo y se salpicó la cara con agua fría. Mientras se secaba, dijo:

—Voy a matar a Carlos. —Aguardó, como si esperase a que le preguntara por qué; cuando ella, simplemente, lo miró con fijeza, prosiguió—: Es inútil hablar más. No entiende nada. Mis palabras no significan nada. La única manera en que puedo comunicarme con él es matándolo. Entonces entenderá.

—Yo no estoy segura de entenderlo, Jaime.

—¿Nunca le he mencionado a Angelita? ¿A mi prima Angelita? Llegó hace seis meses. Siempre ha estado enamorada de Carlos. Desde que tenía, ¡oh!, doce años. Y ahora Carlos se ha enamorado de ella. Quiere casarse con ella y tener una familia, hijos.

Se sintió tan incómoda, que lo único que se le ocurrió decir fue:

—¿Es bonita?

—Demasiado bonita —cogió las tijeras y volvió a cortar—. No, lo digo en serio. Es una chica excelente, muy *petite,* como un loro bonito, y demasiado encantadora; su amabilidad resulta cruel. Aunque no comprende que lo es. Por ejemplo… —ella miró el rostro de Jaime, que se movía en el espejo por encima del lavabo; no tenía la expresión alegre que a menudo la había atraído, sino asombro y dolor fielmente reflejados—. Angelita y Carlos quieren que viva con ellos después de que se casen, todos juntos en un piso. Fue idea de ella, pero Carlos dijo: «¡Sí, sí! Debemos estar todos juntos y de ahora en adelante él y yo viviremos como hermanos.» Esa es la razón por la que tengo que matarlo. Si ignora que estoy pasando un infierno semejante es que nunca ha debido amarme. Me dice: «Sí, te quiero, Jaime; pero Angelita…, eso es diferente.» No hay diferencia. Se ama o no se ama. Se destruye o no se destruye. Pero Carlos jamás lo entenderá. Nada le alcanza, nada puede…, salvo una bala o una navaja de afeitar.

Ella quería echarse a reír, pero no podía, pues era evidente que hablaba en serio; además, estaba convencida de que algunas personas sólo reconocerían la verdad forzándolas a *entender:* sometiéndolas a la pena capital.

Con todo, se rió, pero de modo que Jaime no lo interpretara como una verdadera carcajada. Fue algo semejante a encogerse de hombros en señal de simpatía.

—Jamás podría usted matar a nadie, Jaime.

Empezó a peinarla; los tirones no eran suaves, pero ella sabía que la ira que entrañaban se dirigía contra él mismo, no contra ella.

—¡Mierda! —y seguidamente—: No. Y ésa es la razón de la mayor parte de los suicidios. Alguien le está torturando a uno. Uno quiere matarlo, pero no puede. Todo ese dolor es porque se quiere a ese alguien y no se le puede matar porque uno lo ama. Así que, en cambio, uno se mata a sí mismo.

Al marcharse, pensó besarlo en la mejilla, pero se decidió por estrecharle la mano.

—Sé lo trillado que resulta esto, Jaime. Y, de momento, no le va a servir realmente de ayuda. Pero recuerde: siempre hay algún otro. Simplemente, no busque a la misma persona, eso es todo.

El piso de la cita estaba en la calle Sesenta y Cinco Este. Hoy fue a pie desde su casa, un pequeño edificio particular en Beekman Place. Hacía viento, había restos de nieve en la acera y el aire amenazaba más, pero ella iba bastante cómoda con el abrigo que su marido le había regalado para Navidad: una prenda de ante oscuro con forro de marta cibelina.

Un primo suyo había alquilado aquel piso con su propio nombre. Su primo, que estaba casado con una vieja gruñona y vivía en Greenwich, en ocasiones visitaba el apartamento con su secretaria, una japonesa gorda que se empapaba con tales cantidades de Mitsouko que a uno se le encogía la nariz. Esta tarde el apartamento apestaba al perfume de la dama, por lo que ella dedujo que hacía poco que su primo había estado allí, divirtiéndose. Eso significaba que debía poner sábanas limpias.

Después de cambiarlas se preparó. En una mesa junto a la cama, colocó una cajita envuelta en brillante papel azul oscuro que contenía un mondadientes de oro comprado en Tiffany, regalo para el doctor Bentsen, porque uno de sus desagradables hábitos consistía en escarbarse constantemente los dientes, hurgándoselos, por si fuera poco, con una interminable serie de cerillas de papel. Había pensado que el mondadientes de oro haría todo el proceso un poco menos desagradable. Puso una pila de grabaciones de Lee Wiley y Fred Astaire en el tocadiscos, se sirvió un vaso de vino blanco frío, se desnudó por completo, se lubrificó y se tumbó en la cama, tarareando, cantando junto con el divino Fred, atenta al ruido que haría en la puerta la llave de su amante.

A juzgar por las apariencias, los orgasmos eran acontecimientos angustiosos en la vida de Ezra Bentsen: hacía muecas, rechinaba los dientes, se quejaba como un perro asustado. Por supuesto, ella siempre se sentía aliviada cuando oía el quejido; significaba que su sudoroso cuerpo pronto rodaría de encima de ella, porque no era

alguien que se quedara musitando tiernos cumplidos: sencillamente se separaba al instante. Y hoy, habiéndolo hecho así, alargó ansiosamente la mano hacia la caja azul, sabiendo que era un regalo para él. Después de abrirlo, gruñó.

Ella le explicó:

—Es un mondadientes de oro.

Lanzó una risita, insólito sonido viniendo de él, pues tenía un pobre sentido del humor.

—Es muy mono —dijo, empezando a escarbarse los dientes—. ¿Sabes qué pasó anoche? Le di una bofetada a Thelma. Pero buena. Y también un puñetazo en el estómago.

Thelma era su mujer; era psiquiatra infantil, y excelente, de acuerdo con su reputación.

—Lo malo de Thelma es que no se puede hablar con ella. No entiende. A veces, ésa es la única manera en que uno puede transmitirle el mensaje. Hincharle un labio.

Ella pensó en Jaime Sánchez.

—¿Conoces a una tal señora Rhinelander? —preguntó el doctor Bentsen.

—¿Mary Rhinelander? Su padre era el mejor amigo del mío. Poseían conjuntamente una cuadra de caballos de carreras. Uno de sus caballos ganó el *derby* de Kentucky. Pero pobre Mary. Se casó con un verdadero bastardo.

—Eso me ha dicho.

—¡Ah! ¿Es la señora Rhinelander una nueva paciente?

—Enteramente nueva. Qué curioso. Vino a verme más o menos por la misma causa que tú; su situación es casi idéntica.

¿La misma causa? En realidad, ella tenía una serie de problemas que contribuyeron a su seducción final en el sofá del doctor Bentsen, y el principal consistía en que no era capaz de tener relaciones sexuales con su marido desde el nacimiento de su segundo hijo. Se había casado a los veinticuatro años; su marido era quince años mayor que ella. Aunque habían tenido muchas peleas y celos mutuos, los primeros cinco años de su matrimonio permanecían en su memoria como una limpia perspectiva. Las dificultades comenzaron cuando él le pidió que tuvieran un hijo; si ella no hubiese estado tan enamorada de él, nunca habría consentido: de pequeña, tenía miedo de los niños, y la compañía de uno de ellos seguía molestándola. Pero le había dado un hijo, y la experiencia del embarazo la había traumatizado: cuando no sufría realmente, se imaginaba que sufría, y después del parto cayó en una depresión que se prolongó más de un año. Todos los días dormía catorce horas con un sueño de Seconal; en cuanto a las otras diez, se mantenía despierta suministrándose anfetaminas. El segundo hijo, otro niño, fue un accidente de borrachera, aunque ella sospechaba que, en realidad, su marido la había engañado. En el momento que supo que estaba otra vez embarazada, insistió en tener un aborto; él dijo que si lo llevaba

adelante, se divorciaría. Bueno, ya había tenido tiempo de lamentarlo. El niño nació dos meses antes de tiempo, casi murió y, a causa de una hemorragia interna general, ella también; ambos oscilaron por encima de un abismo a lo largo de meses de cuidados intensivos. Desde entonces, jamás había compartido el lecho con su marido; ella quería, pero no podía, porque su desnuda presencia, la idea de su cuerpo dentro de ella, le provocaba terrores insoportables.

El doctor Bentsen llevaba gruesos calcetines negros con ligas, que nunca se quitaba mientras «hacía el amor»; ahora, mientras enfundaba sus piernas con ligas en unos pantalones de sarga azul con los fondillos brillantes, dijo:

—Vamos a ver. Mañana es martes. El miércoles es nuestro aniversario…

—¿Nuestro aniversario?

—¡El de Thelma! Nuestro vigésimo. Quiero llevarla a… Dime, ¿cuál es ahora el mejor restaurante de por aquí?

—¿Y qué importa? Es muy pequeño y elegante, y el dueño jamás te daría mesa.

Su falta de sentido del humor se confirmó:

—Esa es una afirmación muy extraña. ¿Qué quieres decir con que no me daría mesa?

—Exactamente lo que he dicho. No hay más que mirarte para darse cuenta de que tienes pelos en los talones. Hay *algunos* que no quieren servir a gente con pelos en los talones. Ese es uno de ellos.

El doctor Bentsen estaba al tanto de su costumbre de emplear jerga poco familiar, y había aprendido a simular que comprendía su significado; él se encontraba tan fuera del ambiente de ella como ella del suyo, pero la veleidosa flaqueza de su carácter no le permitía reconocerlo.

—Bueno, entonces —dijo él—, ¿está bien el viernes? ¿Sobre las cinco?

Ella le dijo:

—No, gracias —él se estaba haciendo el nudo de la corbata y se detuvo; ella seguía echada en la cama, destapada, desnuda; Fred cantaba *By Myself*—. No, gracias querido doctor B. Creo que nunca más nos veremos aquí.

Ella notó que se había alarmado. Claro que la echaría de menos: era hermosa, considerada, nunca le molestaba que él le pidiera dinero. El se arrodilló junto a la cama y le acarició el pecho. Ella observó un helado bigote de sudor en su labio superior.

—¿Qué pasa? ¿Drogas? ¿Alcohol?

Ella se rió y dijo:

—Lo único que bebo es vino blanco, y no mucho. No, amigo mío. Es, sencillamente, que tienes pelos en los talones.

Como muchos analistas, el doctor Bentsen tenía una mentalidad enteramente literal; sólo por un instante, ella pensó que iba a quitarse los calcetines y a examinarse

los pies. En forma grosera, como un niño, dijo:

—Yo *no* tengo pelos en los talones.

—Oh, sí, los tienes. Como un caballo. Todos los caballos ordinarios tienen pelos en los talones. Los puras sangres, no. Los talones de los caballos de buena casta son lisos y relucientes. Da recuerdos a Thelma.

—Sabidilla. ¿El viernes?

El disco de Fred Astaire se acabó. Ella bebió el resto del vino.

—Quizá. Te llamaré —dijo ella.

Pero no lo llamó, y no volvió a verlo salvo una vez, después, cuando se sentó en una banqueta vecina a la suya en La Grenouille; comía con Mary Rhinelander, y le divirtió ver que la señora Rhinelander firmaba la cuenta.

La amenazada nieve ya caía cuando volvió, a pie otra vez, a la casa de Beekman Place. La puerta de entrada estaba pintada de amarillo pálido y tenía un llamador de bronce en forma de garra de león. Anna, una de las cuatro irlandesas que administraban la casa, abrió la puerta y le notificó que los niños, agotados por una tarde de patinaje sobre hielo en el Rockefeller Center, ya habían cenado y los habían acostado.

Gracias a Dios. Ya no tendría que pasar por media hora de juegos y de contar cuentos y de dar besos de buenas noches con que habitualmente se concluía la jornada de sus hijos; quizá no fuese una madre cariñosa, pero sí meticulosa, igual que lo había sido su propia madre. Eran las siete, y su marido había telefoneado diciendo que estaría en casa a las siete y media; a las ocho tenían que ir a cenar con los Sylvester Hale, unos amigos de San Francisco. Se bañó, se perfumó para borrar recuerdos del doctor Bentsen, volvió a ponerse maquillaje, del que llevaba muy escasa cantidad, y se vistió con un caftán de seda gris y sandalias de seda del mismo color con hebillas de perlas.

Cuando oyó los pasos de su marido por las escaleras se colocó junto a la chimenea de la biblioteca, en el segundo piso. Adoptó una postura llena de gracia, seductora, como la habitación misma, una insólita estancia octogonal con paredes barnizadas de color canela, el suelo esmaltado de amarillo, estanterías de cobre (idea tomada de Billy Baldwin), dos enormes matas de orquídeas pardas situadas en jarrones chinos de color ambarino, un caballo de Marino Marini erguido en un rincón, unos Mares del Sur de Gauguin sobre la repisa de la chimenea y un fuego frágil palpitando en el hogar. Las ventanas del balcón ofrecían el panorama de un jardín en sombras, nieve llevada por el viento, y remolcadores iluminados flotando como faroles en el río Este. Frente a la chimenea, había un voluptuoso sofá tapizado en terciopelo de angora, y delante de él, sobre una mesa encerada con el amarillo del suelo, reposaba un cubo de plata lleno de hielo; y embutida en el cubo, una botella rebosante de rojo vodka ruso aderezado con pimienta.

Su marido titubeó en el umbral, y asintió hacia ella en forma aprobatoria: era uno de esos hombres que verdaderamente apreciaban el aspecto de una mujer, que con una mirada captaban el ambiente en su integridad. Valía la pena vestirse para él, y ésa era una de las razones menores por las que lo amaba. Otra, más importante, era que se parecía a su padre, la persona que había sido, y por siempre sería, el hombre de su vida; su padre se había pegado un tiro, aunque jamás supo nadie por qué, pues era un caballero de discreción poco menos que anormal. Antes de que eso pasara, ella había roto tres compromisos, pero dos meses después de la muerte de su padre conoció a George, y se casó con él porque en presencia y modales se aproximaba a su gran amor perdido.

Avanzó para encontrarse con su marido en medio de la habitación. Lo besó en la mejilla, y la carne que tocaron sus labios parecía tan fría como los copos de nieve en la ventana. Era un hombre alto, irlandés, de pelo negro y ojos verdes, y guapo aun cuando últimamente hubiese ganado bastante peso y también un poco de papada. Desprendía una vitalidad superficial; hombres y mujeres por igual se sentían atraídos hacia él sólo por eso. Si se le observaba de cerca, sin embargo, notaba uno cierta fatiga secreta, una falta de auténtico optimismo. Su mujer se daba exacta cuenta de ello, y ¿por qué no? Ella era la causa principal.

Ella le dijo:

—Hace una noche tan horrible, y pareces tan cansado… Quedémonos en casa y cenemos junto al fuego.

—¿De verdad, querida…, no te importaría? Me parece que es hacer un desprecio a los Hale, aunque ella sea una gilipollas.

- *¡George!* No digas esa palabra. Sabes que la odio.

—Lo siento —dijo él; y lo sentía. Siempre tenía cuidado de no ofenderla, al igual que ella tenía la misma atención para con él: consecuencia de la paz que los mantenía juntos y, al mismo tiempo, separados.

—Los llamaré y les diré que has cogido un resfriado.

—Bueno, no sería mentira. Creo que lo he pillado.

Mientras ella llamaba a los Hale y daba órdenes a Anna para que dentro de una hora les sirvieran la cena, sopa y *soufflé*, engulló él una sorprendente dosis del vodka escarlata y sintió que se le encendía un fuego en el estómago; antes de que su mujer volviera, se sirvió un respetable trago y se tumbó cuan largo era en el sofá. Ella se arrodilló en el suelo, le quitó los zapatos y empezó a darle masaje en los pies: «Dios sabe que *él* no tiene pelos en los talones.»

El gruñó:

—Hum… Qué bien sienta eso.

—Te quiero, George.

—Yo también te quiero.

Ella pensó en poner un disco, pero no, el rumor del fuego era lo único que necesitaba la habitación.

—¿George?

—Sí, querida.

—¿En qué estás pensando?

—En una mujer llamada Ivory Hunter.

—¿De veras conoces a alguien que se llame Ivory Hunter?[1].

—Bueno. Ese era su nombre artístico. Había sido bailarina de variedades.

Ella se echó a reír.

—¿Qué es eso? ¿Parte de tus aventuras de Facultad?

—Yo no la conocí. Sólo oí hablar de ella en una ocasión. Fue al verano siguiente de licenciarme en Yale.

Cerró los ojos y apuró el vodka.

—El verano que hice *auto-stop* por Nuevo Méjico y California. ¿Recuerdas? Cuando me rompieron la nariz. En una pelea de taberna en Needles, California. —A ella le gustaba su nariz partida, que difuminaba la extrema gentileza de su rostro; él habló una vez de que se la partieran de nuevo para que pudiesen arreglársela, pero ella le quitó la idea—. Fue a principios de septiembre, y ésa siempre ha sido la época más calurosa del año en el Sur de California; más de cien grados[2] todos los días. Debería haber comprado un billete de autobús, al menos para cruzar el desierto. Pero, como un loco, me metí en el Mojave, cargado con un petate de cincuenta libras y sudando hasta quedarme sin gota. Juraría que hacía ciento cincuenta grados a la sombra. Sólo que no había sombra alguna. Nada sino arena y mezquite y aquel hirviente cielo azul. Una vez pasó un camión grande, pero no me paró. Lo único que hizo fue matar a una serpiente de cascabel que reptaba por la carretera.

»No dejaba de pensar que en alguna parte tenía que aparecer algo. Un garaje. De cuando en cuando pasaban coches, pero bien podría haber sido invisible. Empecé a compadecerme de mí mismo, a comprender lo que significaba estar desamparado, y a entender por qué es bueno que los budistas envíen a mendigar a los monjes jóvenes. Es purificante. Arranca esa última capa de grasa infantil.

»Y entonces me encontré a míster Schmidt. Pensé que acaso fuera un espejismo. Un viejo de pelo blanco a eso de un cuarto de milla carretera arriba. Estaba erguido en la cuneta, con oleadas de calor agitándose a su alrededor. Al acercarme, vi que llevaba un bastón y gafas oscuras, e iba vestido como si fuese a la iglesia: traje blanco, camisa blanca, corbata negra, zapatos negros.

»Sin mirarme, y aún a cierta distancia, gritó:

»—Me llamo George Schmidt.

»Yo le dije:

»-Sí. Buenas tardes, señor.

»El me preguntó:

»—¿Son tardes?

»—Las tres pasadas.

»—Entonces, debo estar aquí de pie desde hace dos horas, o más. ¿Le importaría decirme dónde estoy?

»—En el desierto Mojave. A unas dieciocho millas al oeste de Needles.

»—Figúrese —explicó—. Dejar a un ciego de setenta años perdido y solo en el desierto. Con diez dólares en el bolsillo y ni un billete más que me pertenezca. Las mujeres son como las moscas: se instalan en azúcar o en mierda. No digo que yo sea azúcar, pero estoy seguro de que ella se ha plantado ahora en la mierda. Me llamo George Schmidt.

»Yo repuse:

»—Sí, señor, ya me lo ha dicho. Yo soy George Whitelaw.

«Quería saber adonde iba yo y qué estaba haciendo allí, y cuando le dije que hacía *auto-stop* y me dirigía a Nueva York, me preguntó si quería cogerlo de la mano y ayudarle durante un trecho, quizá hasta encontrar a alguien que nos llevara. Me he olvidado de mencionar que tenía acento alemán y era extraordinariamente robusto, casi gordo; parecía como si se hubiera pasado toda la vida tumbado en una hamaca. Pero cuando le tomé la mano, sentí su dureza, su enorme fuerza. Uno no querría un par de manos como ésas en torno a su garganta. Dijo:

»—Sí, tengo manos fuertes. He trabajado de masajista durante cincuenta años, los doce últimos en Palm Springs. ¿Tiene usted un poco de agua?

»Le di mi cantimplora, que aún estaba medio llena, y añadió:

»—Me dejó aquí, sin una gota siquiera de agua. Todo el asunto me pilló de sorpresa. Aunque no puedo decir que debiera sorprenderme, conociendo bien a Ivory, como la conocía. Es mi mujer. Se llama Ivory Hunter. Era bailarina de cabaret. Actuó en la Feria Mundial de Chicago, en 1932, y podría haberse convertido en estrella de no haber sido por esa Sally Rand. Ivory inventó la cosa esa de la danza del abanico y la tal Rand se lo robó. Eso decía Ivory. Nada más que otra de sus mentiras, probablemente. ¡Eh, eh! Cuidado con esa cascabel, está por ahí, en alguna parte, la oigo silbar. Hay dos cosas que me dan verdadero miedo. Las serpientes y las mujeres. Tienen mucho en común. Algo que tienen en común es: lo último que se les muere es la parte de abajo.

«Pasaron un par de coches y yo extendí el pulgar mientras el viejo trataba de pararlos haciéndoles señas, pero debíamos tener un aspecto demasiado raro: un sucio muchacho con vaqueros y un viejo gordo y ciego vestido con sus mejores ropas de ciudad. Creo que aún estaríamos allí si no hubiera sido por aquel camionero. Un mejicano. Estaba aparcado junto a la carretera, arreglando una rueda. El sabía decir cuatro cosas en tejano-mejicano, todas palabrotas, pero aún recordaba yo mucho

español del verano que pasé con tío Alvin en Cuba. Así que el mejicano me dijo que iba de camino a El Paso, y que si ésa era nuestra dirección, seríamos bienvenidos a bordo.

»Pero míster Schmidt no estaba muy convencido. Prácticamente tuve que meterlo a rastras en la cabina de cola.

»Odio a los mejicanos. No he conocido nunca a un mejicano que me gustase. Si no fuera por un mejicano… El sólo con diecinueve años y ella, diría que…, afirmaría que por el tacto de su piel, Ivory ya pasa de los sesenta. Cuando me casé con ella, hace un par de años, dijo que tenía cincuenta y dos. Mire, yo vivía en ese campamento de remolques de la Autopista 111. Uno de esos campamentos de remolques que están a medio camino de Palm Springs y Cathedral City. ¡Cathedral City! Vaya nombre para una pocilga donde no hay sino burdeles y salones de billar y bares de maricones. Lo único que puede decirse en su favor es que allí vive Bing Crosby. Si es que eso significa algo. En cualquier caso, en el remolque vecino al mío vive mi amiga Hulga. Desde que murió mi mujer —el mismo día que murió Hitler—, Hulga me ha estado llevando a trabajar; trabaja de camarera en ese club judío del que soy masajista. Todos los camareros y camareras del club son alemanes grandes y rubios. A los judíos les gusta; en realidad, no los dejan parar. De manera que un día me dice Hulga que la va a visitar una prima suya. Ivory Hunter. He olvidado su nombre auténtico, está en el certificado de matrimonio, pero no lo recuerdo. Había tenido unos tres maridos; probablemente, ni se acordaba de su nombre de pila. De todos modos, Hulga me dijo que su prima, Ivory, fue una bailarina famosa en otro tiempo, pero que ahora acababa de salir del hospital y de perder a su último marido por haberse pasado un año en la clínica con tuberculosis. Por eso es por lo que Hulga la invitó a Palm Springs. Por el aire. Además, no tenía sitio alguno a donde ir. La primera noche que estuvo allí, Hulga me invitó a su casa, y su prima me gustó inmediatamente; no hablamos mucho, escuchamos la radio, sobre todo, pero Ivory me gustó. Tenía una voz realmente bonita, muy lenta y suave, se asemejaba a la que deberían tener las enfermeras; dijo que no fumaba ni bebía y que era miembro de la Iglesia de Dios, lo mismo que yo. Después, fui casi todas las noches a casa de Hulga.

George encendió un cigarrillo, y su mujer le sirvió otro vasito de vodka aderezado con pimienta. Para su sorpresa, se sirvió otro para ella. Una serie de cosas en la narración de su marido había acelerado su ansiedad, constante, aunque por lo general amortiguada con Librium; no podía imaginarse adonde lo llevarían sus recuerdos, pero sí sabía que existía una meta, porque George raras veces divagaba. Se licenció con el tercer puesto de su clase en la Facultad de Derecho de Y ale, nunca ejerció la abogacía, pero aventajó a toda su promoción de la Escuela de Comercio de Harvard; en la última década le habían ofrecido un cargo en el gabinete presidencial y una embajada en Inglaterra o Francia, o en cualquier parte que quisiera. Sin embargo, lo

que a ella le había hecho sentir la necesidad del vodka rojo, un juguete de rubí brillando a la luz del fuego, era la inquietante forma en que George Whitelaw se había convertido en míster Schmidt; su marido era un mimo excepcional. Podía imitar a algunos de sus amigos con irritante precisión. Pero aquello no era mímica normal; parecía en trance: un hombre fijado en la mente de otro hombre.

—«Yo tenía un viejo Chevy que nadie había conducido desde la muerte de mi mujer. Pero Ivory lo mandó poner a punto, y muy pronto ya no era Hulga quien me llevaba a trabajar y volvía a traerme a casa, sino Ivory. Al pensarlo, comprendo que todo fue una maquinación entre Hulga e Ivory, pero entonces no até cabos. Todo el mundo del parque de remolques y todo aquel que la conocía, decían que era una mujer muy hermosa, con grandes ojos azules y piernas bonitas.

Me figuraba que era por pura bondad, la iglesia de Dios…, suponía que por eso era por lo que se pasaba las noches haciendo la cena y cuidando la casa para un viejo ciego. Una vez estábamos escuchando el *Hit-Parade* en la radio, me besó y me pasó la mano por la pierna. En seguida empezamos a hacerlo dos veces al día: una antes de desayunar y otra antes de cenar, y yo con sesenta y nueve años. Pero era como si ella estuviese tan loca por mi polla como yo por su cono…»

Ella arrojó su vodka a la chimenea, una rociada que hizo crecer y sisear las llamas; pero fue una protesta inútil: a míster Schmidt no podían hacérsele reproches.

«Sí, señor, Ivory era todo cono. En todos los sentidos que quiera usted emplear la palabra. Pasó exactamente un mes desde el día que la conocí al día que me casé con ella. No cambió mucho, me daba bien de comer, siempre tenía interés en oír cosas de los judíos del club, y fui yo quien redujo la sexualidad, bastante, por la presión sanguínea y todo eso. Pero ella nunca se quejó. Recitábamos la Biblia juntos, y todas las noches ella leía revistas en voz alta, buenas revistas, como *Reader's Digest* y *The Saturday Evening Post*, hasta que me quedaba dormido. Siempre decía que esperaba morirse antes que yo, porque se le partiría el corazón y quedaría desamparada. Era cierto que no tenía mucho que dejarle. Ningún seguro, sólo algunos ahorros en el banco que convertí en una cuenta conjunta, además de poner el remolque a su nombre. No, no puedo decir que hubiera una mala palabra entre nosotros hasta que se peleó con Hulga.

«Durante mucho tiempo no supe por qué se habían enfadado. Lo único que sabía era que ya no se hablaban más la una a la otra, y cuando le pregunté a Ivory lo que pasaba, me contestó: "Nada." Por lo que a ella concernía, no había tenido ningún distanciamiento con Hulga: "Pero ya sabes cómo bebe." Eso era verdad. Bueno, como le he dicho, Hulga era camarera del club, y un día irrumpió en la sala de masaje. Yo tenía un cliente encima de la mesa, y ahí estaba, despatarrado y con el culo al aire, pero a ella le importaba un bledo: olía como una fabrica de Four Roses. Apenas podía tenerse en pie. Me dijo que acababan de despedirla y, de pronto, empezó a blasfemar

y a mearse. Se puso a chillarme mientras se meaba por todo el suelo. Dijo que todo el mundo del parque de remolques se burlaba de mí. Dijo que Ivory era una puta vieja. Que Ivory se había enganchado a mí porque estaba en la ruina y no encontraba nada mejor. Y me preguntó qué clase de necio era yo. ¿Es que no sabía que Freddy Feo se la estaba pasando por la piedra desde Dios sabía cuándo?

»Bueno, mire, Freddy Feo era un chico tejano-mejicano; acababa de salir de la cárcel, y el administrador del parque de remolques lo había sacado de algún bar de maricones de Cat City, poniéndolo a trabajar de mozo. No creo que fuera maricón del todo, porque entretenía por dinero a muchas solteronas de por allí. Una de ellas era Hulga. Estaba loca por él. Durante las noches de calor, él y Hulga solían sentarse a la puerta de su remolque, en su mecedora, y bebían tequila solo, sin preocuparse del limón, y él tocaba la guitarra y cantaba canciones latinas. Ivory me la describió como una guitarra verde que llevaba su nombre en letras de diamantes de imitación. Tengo que decir que el chicano sabía cantar. Pero Ivory siempre afirmaba que no podía soportarlo; decía que era un mejicano barato que le sacaría a Hulga hasta el último níquel que tuviera. Yo no recuerdo haber cruzado diez palabras con él, pero no me gustaba por la forma en que olía. Tengo una nariz de sabueso y podía olerlo a cien yardas de distancia: tal cantidad de brillantina llevaba en el pelo, y otra cosa que Ivory dijo que se llamaba Atardecer en París.

«Ivory juró una y otra vez que no era verdad. ¿Ella? ¿Dejar *ella* que un mico tejano-mejicano como Freddy le pusiera un dedo encima? Explicó que Hulga estaba furiosa y celosa porque ese chico la había dejado pelada y creía que se estaba jodiendo a todo bicho viviente entre Cat City e Indio. Afirmó que yo la había ofendido prestando oídos a tales mentiras, aun cuando Hulga era más digna de lástima que de insultos. Y se quitó el anillo de boda que yo le había dado —perteneció a mi primera mujer, pero ella dijo que no importaba, porque sabía que yo había amado a Hedda y que eso le añadía valor—, y me lo tendió diciendo que si no la creía, que ahí tenía el anillo y que cogería el primer autobús que saliera hacia cualquier parte. Así que se lo volví a poner en el dedo y nos hincamos de rodillas en el suelo y rezamos juntos.

»La creí; al menos me figuré que la creía; pero, de algún modo, había como un balancín en mi cabeza; sí, no, sí, no. Además, Ivory había perdido su soltura; antes, tenía una gracia en el cuerpo que era como la suavidad de su voz. Pero ahora era toda alambre, estaba en tensión como esos judíos del club que no dejan de quejarse y de lamentase y de regañar porque uno no puede quitarles las penas a restregones. Hulga encontró trabajo en el Miramar, pero en el parque de remolques siempre me daba la vuelta cuando olía que venía. Una vez se acercó a mí y me dijo con una especie de murmullo: "¿No sabes que esa dulce esposa tuya le ha dado al mejicano un par de pendientes de oro? Pero su amigo no se los deja poner." No sé. Ivory rezaba todas las

noches conmigo para que el Señor nos mantuviera juntos, sanos de cuerpo y de espíritu. Pero observé… Bueno, en aquellas calurosas noches de verano cuando Freddy Feo rondaba por allí, en alguna parte de la oscuridad, cantando y tocando la guitarra, ella apagaba la radio justo en medio de Bob Hope o de Edgar Bergen o de cualquiera que fuese, e iba a sentarse fuera a escuchar. Decía que contemplaba las estrellas: "Apuesto a que en ningún otro sitio del mundo pueden verse las estrellas como aquí." Pero, de pronto, resultó que odiaba Cat City y Palm Springs. El desierto entero, las tormentas de arena, veranos con temperaturas por encima de los ciento treinta grados, y nada que hacer si uno no es rico ni pertenece al Racquet Club. Sencillamente, afirmó eso una mañana. Dijo que deberíamos levantar el remolque y volver a plantarlo en cualquier parte donde hubiese aire fresco. Wisconsin. Michigan. La idea me pareció bien; me dejó la cabeza tranquila acerca de lo que podría estar pasando entre ella y Freddy Feo.

»Bien, yo tenía un cliente en el club, un tipo de Detroit, que me dijo que podría meterme de masajista en el Athletic Club de Detroit; nada fijo, sólo que a lo mejor se despedía alguno. Pero eso fue suficiente para Ivory. Nos largaríamos el veintitrés; ella desenterró el remolque, después de quince años de plantar flores por todo el terreno, puso el Chevy a punto para el viaje, y todos nuestros ahorros quedaron convertidos en cheques de viajeros. Anoche me restregó de arriba abajo, me lavó el pelo, y esta mañana partimos poco después de rayar el día.

»Me di cuenta de que algo andaba mal, y me habría enterado si no me hubiese quedado dormido nada más salir a la carretera. Debió ponerme píldoras para dormir en el café.

»Pero cuando me desperté, lo olí. Estaba escondido en el remolque. Ahí enroscado, en la parte de atrás, como una serpiente. Esto fue lo que pensé: Ivory y el chico van a matarme y a dejarme para los buitres. Me lo figuré todo. Le dije: "Para el coche." Ella quiso saber por qué. Porque tenía que orinar. Paró el coche y la oí llorar. Al apearme, dijo: "Has sido bueno conmigo, George, pero yo no sé hacer otra cosa. Y tú tienes una profesión. Siempre habrá un sitio para ti en alguna parte."

»Me bajé, oriné y, mientras estaba ahí parado, el coche arrancó y ella se marchó. No sabía dónde estaba hasta que apareció usted, míster…

»George Whitelaw.

»Y le dije:

«"Dios mío, eso es igual que un crimen. Dejar a un ciego perdido en medio de esto. Cuando lleguemos a El Paso, iremos a la comisaría de policía."

»El replicó:

«"¡Diablos, no! Ya tiene bastantes problemas sin los polis. Se ha plantado en la mierda: que se quede ahí. Ivory no va a ningún lado. Además, la amo. Una mujer puede hacer cosas así, y uno la sigue queriendo."

George volvió a servirse vodka; ella colocó un tronco pequeño en el fuego, y el nuevo embate de las llamas sólo fue un poco más brillante que el furioso calor que súbitamente afluyó a sus mejillas.

—Las mujeres hacen eso —dijo ella con tono agresivo, desafiante—. Sólo una loca… ¿Crees que yo podría hacer algo semejante?

La expresión en los ojos de él, cierto silencio visual, la sobresaltó, haciéndole apartar la vista y retirar la pregunta.

—Bueno, ¿qué le pasó?

—¿A míster Schmidt?

—A míster Schmidt.

El se encogió de hombros.

—La última vez que lo vi, estaba bebiéndose un vaso de leche en una casa de comidas, una parada de camiones en las afueras de El Paso. Yo tuve suerte; conseguí que un camionero me llevara directamente a Newark. En cierto modo, me olvidé de él. Pero durante los últimos meses, me ha dado por pensar en Ivory Hunter y George Schmidt. Debe ser la edad; empiezo a sentirme viejo.

Ella volvió a arrodillarse junto a él; le cogió la mano, entrelazando los dedos en los suyos.

—¿Con cincuenta y dos años? ¿Y te sientes viejo?

El se apartó; al hablar, lo hizo con el sorprendido murmullo de un hombre que se dirige a sí mismo:

—Siempre he tenido una confianza tan grande. Sólo al ir por la calle sentía tal *ritmo.* Notaba las miradas de la gente —en la calle, en un restaurante, en una fiesta—, envidiándome, haciendo comentarios sobre mi personalidad. Siempre que acudía a una fiesta, sabía que la mitad de las mujeres serían mías con sólo desearlo. Pero eso se acabó. Es como si el viejo George Whitelaw se hubiera convertido en el hombre invisible. Ni una sola cabeza se vuelve a mi paso. La semana pasada llamé dos veces a Mimi Stewart, y no me devolvió las llamadas. No te lo he dicho, pero ayer pasé por casa de Buddy Wilson, daba un pequeño cóctel. Debía haber unas veinte chicas bastante atractivas, y todas se limitaron únicamente a echarme un vistazo; para ellas, yo era un tipo viejo y cansado que sonreía demasiado.

Ella le dijo:

—Pero yo pensaba que seguías viendo a Christine.

—Te contaré un secreto. Christine se ha comprometido con Rutherford, ese chico de Filadelfia. No la he visto desde noviembre. Para ella está muy bien; es feliz, y me alegro de que lo sea.

—¿Christine? ¿Con cuál de los Rutheford? ¿Kenyon o Paul?

—Con el mayor.

—Ese es Kenyon. ¿Lo sabías y no me lo has dicho?

—Hay muchas cosas que no te he dicho, cariño.

Sin embargo, eso no era enteramente cierto. Porque cuando dejaron de dormir juntos, empezaron a comentar cada una de sus aventuras, colaborando realmente en ellas. Alice Kent: cinco meses; se acabo porque ella le exigió divorciarse y casarse con ella. Sister Jones: se terminó al cabo del año cuando su marido lo averiguo. Pat Simpson: una modelo de *Vogue* que se marchó a Hollywood; prometió volver y jamás lo hizo. Adele O'Hara: hermosa, alcohólica, turbulenta provocadora de escenas; aquello lo rompió él mismo. Mary Campbell, Mary Chester, Jane Vere-Jones. Otras. Y, ahora, Christine.

Unas cuantas las había conocido él mismo; la mayoría eran «idilios» arreglados por ella: amigas de las que se fiaba, compañeras que le había presentado para que le proporcionaran un escape sin pasarse de la raya.

—Bueno —dijo ella, suspirando—. Supongo que no podemos culpar a Christine. Kenyon Rutherford es un partido excelente.

Sin embargo, estremecida como las llamas entre los leños, su mente daba vueltas buscando un nombre que llenara el vacío. Alice Combs: disponible, pero demasiado sosa. Charlotte Finch: demasiado rica, y George se sentía impotente ante mujeres —u hombres, para el caso— más ricas que él. ¿La Ellison, quizás? La *soignée* señora Ellison, que estaba en Haití consiguiendo un divorcio rápido…

Dijo él:

—Deja de fruncir el ceño.

—No estoy frunciendo el ceño.

—Eso sólo significa más silicona, más facturas de Orentreich. Prefiero ver arrugas humanas. No importa de quién sea la culpa. A veces todos nosotros dejamos a los demás ahí fuera, a la intemperie, y nunca comprendemos la razón.

Un eco, cavernas resonantes: Jaime Sánchez, Carlos y Angelita; Hulga, Freddy Feo, Ivory Hunter y míster Schmidt; doctor Bentsen y George, George y ella misma, el doctor Bentsen y Mary Rhinelander…

El dio un leve apretón a sus dedos entrelazados y, con la otra mano, le levantó la barbilla e insistió en que sus miradas se encontraran. Se llevó su mano a los labios, besándola en la palma.

—Te quiero, Sarán.

—Yo también te quiero.

Pero el roce de sus labios, la velada amenaza, la puso en tensión. Oyó el campanilleo de la plata en el piso de abajo: Anna y Margaret subían con la cena para ponerla junto al fuego.

—Yo también te quiero —repitió ella, con fingida somnolencia, y con simulada languidez fue a correr los cortinajes de la ventana. Una vez corrida, la gruesa seda ocultó la noche del río y de las barcazas iluminadas, tan envueltas en la nieve y tan

mudas como el dibujo de una noche de invierno en un pergamino japonés.

—¿George?

Un ruego apremiante antes que las irlandesas llegaran con la cena, llevando en experto equilibrio sus ofrendas:

- *Por favor,* cariño. Ya pensaremos en alguien.

V.— Hospitalidad

(Hospitality)

Hace mucho tiempo, en los campos del Sur, había granjas donde las mujeres ponían mesas a las que casi todos los forasteros de paso, un predicador itinerante, un afilador de cuchillos, un trabajador errante, eran bien venidos para sentarse ante un suculento almuerzo. Probablemente sigan existiendo muchas de aquellas granjeras. Desde luego, mi tía sí, la señora Jennings Cárter. Mary Ida Cárter.

De niño viví largos períodos de tiempo en la granja de los Cárter, entonces pequeña, aunque ahora sea una finca enorme. En aquella época, la casa se alumbraba con lámparas de petróleo y se caldeaba por medio de chimeneas y estufas; el agua se sacaba y se traía de un pozo, y la única diversión consistía en la que nosotros nos procurábamos. Por las noches, después de cenar, no era extraño que mi tío Jennings, un hombre guapo y viril, tocara el piano acompañado por su bella esposa, hermana pequeña de mi madre.

Los Cárter eran gente que trabajaban duro. Jennings, con ayuda de algunos aparceros, cultivaba la tierra con un arado tirado por un caballo. En cuanto a su mujer, sus tareas eran ilimitadas. Yo la ayudaba en muchas: echar el pienso a los cerdos, ordeñar las vacas, batir la leche para hacer mantequilla, despinochar el maíz, pelar guisantes y pacanas; era divertido, excepto por una faena que yo trataba de eludir y que cuando me obligaban a realizarla, cumplía con los ojos cerrados: simple y llanamente, odiaba retorcer el cuello a los pollos, aunque desde luego no ponía objeciones a la hora de comérmelos.

Esto era durante la Depresión, pero en la mesa de Ida había mucha comida para el almuerzo, que se servía a mediodía y al que su sudoroso marido y ayudantes eran convocados por el tañido de una gran campana. Me encantaba hacer sonar la campana; me hacía sentirme poderoso y caritativo. En esas comidas de mediodía, la mesa se llenaba de galletas calientes, de pan de maíz, de miel en panales, de pollo, de barbos o ardilla frita, de judías verdes y pintas, y en ocasiones se presentaban invitados, unas veces esperados y otras no. «Bueno —decía suspirando Mary Ida al ver acercarse por el camino a un vendedor de Biblias con los pies lastimados—. No necesitamos otra Biblia. Pero creo que sería conveniente poner otro cubierto.»

De todas las personas a quienes dimos de comer, hubo tres que nunca se me irán de la memoria. La primera, el misionero presbiteriano que viajaba por el campo solicitando fondos para sus tareas cristianas en tierras de infieles. Mary Ida dijo que no podía permitirse una contribución en metálico, pero que se sentiría complacida si se quedaba a comer con nosotros. Pobre hombre, sin duda tenía aspecto de necesitarlo. Vestido con un traje negro, deslustrado, cubierto de polvo y brillante,

decrépitos calcetines negros de enterrador y sombrero verdinegro, estaba tan flaco como un tallo de caña de azúcar. Tenía un cuello largo, colorado y rugoso, con una nuez del tamaño de un bocio que se movía arriba y abajo. Nunca vi un individuo tan ansioso; de tres tragos engulló un cuarto de leche de manteca, devoró toda una fuente de pollo con una sola mano (mejor dicho, con ambas, pues comía a dos manos), y tantísimas galletas, untadas con mantequilla y miel, que perdí la cuenta. Sin embargo, a pesar de sus tragaderas, logró darnos una espeluznante narración de sus hazañas en territorios peligrosos.

—Les voy a contar una cosa. He visto a caníbales asar a hombres negros y blancos en una parrilla (exactamente igual que ustedes asan un cerdo) y comerse hasta el último bocado, dedos de los pies, sesos, orejas y todo. Uno de aquellos caníbales me dijo que la mejor comida era un asado de niño recién nacido; afirmó que sabía igual que el cordero lechal. Supongo que la razón por la cual no me comieron a mí, es porque no tengo bastante carne sobre los huesos. He visto a hombres colgados por los tobillos hasta que la sangre les salía a borbollones por las orejas. Una vez me mordió una cobra verde sudafricana, la serpiente más mortal de la tierra. Me entraron muchas náuseas por el acceso, pero no me morí, así que los negros creyeron que era un dios y me regalaron un abrigo hecho con pieles de leopardo.

Después de que el predicador glotón se marchara, Mary Ida se sintió mareada; estaba segura de que tendría pesadillas durante un mes. Pero su marido, animándola, le dijo:

—Vamos, cariño; no te habrás creído nada de esa faramalla. Ese hombre es tan misionero como yo. No es más que un pagano mentiroso.

En otra ocasión, invitamos a un recluso que se había fugado de una cuerda de presos del Penal del estado de Alabama, en Atmore. Desde luego no *sabíamos* que era un tipo peligroso que cumplía cadena perpetua por incontables robos a mano armada. Simplemente se presentó ante nuestra puerta y le dijo a Mary Ida que estaba hambriento y que si podía darle algo de comer.

—Pues, señor —dijo ella—, ha venido usted al sitio indicado. En este momento estoy poniendo la comida en la mesa.

De algún modo, acaso allanando un tendedero de ropa, había cambiado sus franjas de presidiario por un mono y una gastada camisa azul de trabajo. Pensé que era agradable, todos nosotros lo creímos; tenía una flor tatuada en la muñeca, la mirada atenta y la voz suave. Dijo que se llamaba Bancroft (lo que resultó ser su verdadero nombre). Mi tío Jennings le preguntó:

—¿En qué trabaja usted, míster Bancroft?

—Pues —contesto despacio— precisamente estoy buscando algo. Como todo el mundo. Soy bastante habilidoso. Puedo hacer casi cualquier cosa. ¿No tendría usted algo para mí?

Jennings dijo:

—Me vendría muy bien contratar a un jornalero. Pero no podría pagarle.

—Yo trabajo por casi nada.

—Sí —dijo Jennings—. Pero eso es lo que yo tendría: nada.

De improviso, pues era un tema al que raramente se aludía en aquella casa, el crimen salió en la conversación. Mary Ida se lamentó:

—Pretty Boy Floyd. Y ese tal Dillinger. Recorren el país matando gente. Robando bancos.

—Pues no sé —dijo míster Bancroft—. Los bancos no me caen simpáticos. Y Dillinger es muy listo, hay que reconocérselo. En cierto modo me da risa la forma en que atraca bancos y se escapa.

Y, efectivamente, se echó a reír, mostrando dientes manchados de tabaco.

—Vaya —replicó Mary Ida—, me sorprende un poco oírle decir eso, míster Bancroft.

Dos días después, Jennings fue al pueblo en el carro y volvió con un *keg* de clavos[3], un saco de harina y un ejemplar del *Mobile Register.* En primera página, había un retrato de míster Bancroft, Bancroft *Dos Cañones,* como era familiarmente conocido por las autoridades. Lo habían capturado en Evergreen, a treinta millas de distancia. Cuando Mary Ida vio su foto, rápidamente se dio aire en la cara con un abanico de papel, como para prevenir un amago de desvanecimiento.

—¡Que el cielo me ayude! —gritó—. Podría habernos matado a todos.

Jennings dijo, en tono áspero:

—Había una recompensa. Y nos la hemos perdido. Eso es lo que me fastidia.

A continuación, vino una chica llamada Zilla Ryland. Mary Ida la encontró bañando a un niño pelirrojo de dos años, en un riachuelo que discurría entre los árboles de detrás de la casa. Según lo describió Mary Ida:

—La vi antes de que ella me viese a mí. Estaba desnuda dentro del agua bañando a ese precioso niñito. En la orilla, había un traje de algodón, las ropas del niño y una maleta vieja atada con un trozo de cuerda. El niño se estaba riendo y ella también. Entonces me vio, y se sobresaltó. Se asustó. Yo le dije: «Buenos días. Aunque calurosos. El agua debe sentar bien.» Pero ella agarró al niño y salió disparada del riachuelo, y yo le dije: «No debe tener miedo de mí. No soy más que la señora Cárter, y vivo justamente al otro lado. Venga allá y descanse un poco.» Entonces se echó a llorar; sólo era una criatura, nada más que una niña. Le pregunté: «¿Qué le pasa, querida?» Pero no contestó. Entonces ya se había puesto el traje y había vestido al niño. Le dije: «Si me contara lo que le preocupa, quizá podría ayudarla.» Pero meneó la cabeza y contestó que todo iba bien, y yo le dije: «Pues entonces no debemos llorar por nada, ¿verdad? Ahora sígame a casa y hablaremos de ello.» Y así lo hizo.

Ya lo creo que sí.

Yo me balanceaba en la mecedora del porche leyendo un *Saturday Evening Post* atrasado, cuando las vi venir por el sendero. Mary Ida cargando con una maleta rota, y esa chica descalza y llevando un niño en brazos.

Mary Ida me presentó:

—Este es mi sobrino, Buddy. Y… perdona, cielo, no he entendido tu nombre.

—Zilla —musitó la chica, bajando la vista.

—Perdona, querida. No te oigo.

—Zilla —susurró de nuevo.

—¡Vaya! —exclamó alegremente Mary Ida—. Ese sí que es un nombre poco corriente.

Zila se encogió de hombros.

—Me lo puso mi mamá. Ella también se llamaba así.

Dos semanas después, Zilla seguía con nosotros; demostró ser tan poco corriente como su nombre. Sus padres habían muerto, su marido se «había escapado con otra mujer. Con una muy gorda; a él le gustaban las mujeres gordas, y me dijo que yo era demasiado flacucha, así que se marchó con ella, consiguió el divorcio y se casó con ella en Athens, Georgia.» Su único pariente vivo era un hermano: Jim James. «Por eso es por lo que he venido a Alabama. Las últimas noticias que tengo es que se ha establecido en algún sitio de por aquí.»

Tío Jennings hizo todo lo que estuvo en su mano para localizar a Jim James. Tenía buenas razones, pues aunque le gustaba el niñito de Zilla, llegó a sentir bastante hostilidad hacia Zilla; le irritaba su voz frágil y su costumbre de tararear misteriosas melodías disonantes.

Jennings le dijo a Mary Ida:

—¿Cuánto condenado tiempo más va a quedarse nuestra huésped por aquí?

Mary Ida:

—¡Oh, Jennings! ¡Chsss! Que Zilla te puede oír. Pobre criatura. No tiene ningún sitio a donde ir.

De modo que Jennings intensificó sus esfuerzos. Hizo que el *sheriff* se ocupara del caso; hasta *pagó* por colocar un anuncio en el periódico local, y eso era ir muy lejos. Pero nadie de los contornos había oído hablar jamás de Jim James.

Por fin, Mary Ida, mujer inteligente, tuvo una idea. Consistía en invitar a un vecino, Elridge Smith, a cenar, lo que normalmente era una comida ligera servida a las seis. No sé por qué no se le había ocurrido antes. Míster Smith no tenía muchos atractivos, pero era un granjero de unos cuarenta años que había enviudado recientemente, con dos hijos en edad escolar.

A partir de aquella primera cena, míster Smith venía casi todas las tardes a casa. Después de anochecer, todos dejábamos solos a Zilla y a míster Sraith para que se columpiaran juntos en la chirriante mecedora del porche, y se rieran y hablaran y

cuchichearan. Aquello le estaba volviendo loco a Jennings, porque míster Smith no le gustaba más que Zilla; los repetidos ruegos de su mujer de «Calla, cielo. Esperemos a ver», hacían poco para calmarlo.

Aguardamos un mes. Hasta que, por fin, una noche hizo Jennings un aparte con míster Smith, y le dijo:

—Bueno, mira, Elridge. De hombre a hombre: ¿cuáles son tus intenciones hacia esa guapa joven?

La forma en que Jennings dijo eso, era más una amenaza que otra cosa.

Mary Ida confeccionó el vestido de novia en su máquina de coser Singer a pedal. Era blanco, de algodón, con mangas anchas, y Zilla se puso un lazo blanco de seda en el pelo, rizado especialmente para la ocasión. Estaba sorprendentemente guapa. La ceremonia se celebró a la sombra de una morera en una fresca tarde de septiembre, bajo la dirección del reverendo míster L. B. Persons. Seguidamente, a todo el mundo se le sirvió pastelitos en forma de taza y ponche de frutas fortalecido con vino de uvas especiales. Cuando los recién casados se alejaron en el carro de míster Smith, tirado por una muía, Mary Ida se levantó el borde de la falda y se lo llevó a los ojos, pero Jennings, con la mirada tan seca como la piel de una serpiente, declaró:

—Gracias, Dios mío. Y ya que nos concedes tus favores, a mis cosechas les vendría bien un poco de lluvia.

VI.— Deslumbramiento

(Dazzle)

Ella me fascinaba.

Fascinaba a todo el mundo, pero la mayoría de la gente se avergonzaba de ello, en especial las altivas damas que dirigían algunas de las casas más suntuosas del Garden District de Nueva Orleáns, el barrio en que vivían los propietarios de las grandes plantaciones, los armadores, los empresarios del petróleo y los más ricos hombres de carrera. Las únicas personas que no ocultaban su fascinación por la señora Ferguson eran los criados de esas familias del Garden District. Y, por supuesto, algunos niños que eran demasiado jóvenes o inocentes para esconder su interés.

Yo era uno de aquellos niños, un muchacho de ocho años que vivía temporalmente con unos parientes. No obstante, resultó que me guardé la fascinación para mí mismo, porque sentía cierta culpa; yo tenía un secreto, algo que me molestaba, que realmente me preocupaba mucho y que tenía miedo de contárselo a nadie, a *nadie;* no me imaginaba qué reacción podría provocar, era una cosa tan extraña que me inquietaba, que me venía atormentando desde hacía casi dos años. Nunca había conocido a alguien que tuviera un problema como el que a mí me angustiaba. Por una parte, acaso pareciera idiota; por otra…

Quería revelar mi secreto a la señora Ferguson. No es que *quisiera,* sino que creía que debía hacerlo. Porque se decía que la señora Ferguson poseía poderes mágicos. Se contaba, y mucha gente seria lo creía, que ella podía enderezar a maridos descarriados, obligar a declararse a novios indecisos, devolver el cabello perdido, recobrar fortunas derrochadas. En resumen, era una bruja que podía convertir los deseos en realidad. Yo tenía un deseo.

La señora Ferguson no parecía entender de magia. Ni siquiera de trucos con la baraja. Era una mujer corriente que podría tener cuarenta años y tal vez treinta; era difícil decirlo, pues su redonda cara irlandesa, con sus esféricos ojos de luna llena, tenía pocas arrugas y menos expresividad. Era lavandera, probablemente la única lavandera blanca de Nueva Orleáns, y una artista en su profesión: las grandes damas de la ciudad mandaban a buscarla cuando sus más bellos encajes, ropa blanca y sedas requerían atención. También la enviaban a buscar por otras razones: para conseguir deseos, un nuevo amante, cierta boda para una hija, la muerte de la querida de un marido, un codicilo testamentario de una madre, una invitación para asistir a la reina de Comus, la mayor gala del *Mardi Gras.* No sólo se solicitaba a la señora Ferguson como lavandera. La causa de su éxito, y de sus principales ingresos, eran sus pretendidas habilidades para tamizar las arenas del ensueño hasta dejar al descubierto algo sólido, las doradas realidades.

Pero, acerca de ese deseo mío, de la preocupación que me acompañaba desde que me despertaba por la mañana hasta la hora de acostarme: no se trataba de algo que simplemente pudiera preguntarle de sopetón. Exigía un momento adecuado, cuidadosamente preparado. Rara vez iba ella a nuestra casa, pero cuando lo hacía, yo me quedaba muy cerca, simulando contemplar los delicados movimientos de sus dedos gruesos y feos mientras manipulaban las servilletas de encaje, aunque en realidad trataba de atraer su atención. Nunca hablábamos; yo era demasiado nervioso y ella demasiado estúpida. Sí, estúpida. Sencillamente, era algo que yo notaba; con poderes mágicos o no, la señora Ferguson era una mujer estúpida. Pero de cuando en cuando nuestras miradas se encontraban y, a pesar de que era tonta, la intensidad, la *fascinación* que ella veía en mi actitud, le decía que yo aspiraba a ser cliente. Probablemente pensara que quería una bicicleta o una nueva escopeta de aire; de todos modos, no iba a molestarse por un chico como yo. ¿Qué podía darle yo? Así que encogía los labios finos y volvía a otra parte sus ojos de luna llena.

Por esa época, a principios de diciembre de 1932, llegó mi abuela paterna a hacernos una breve visita. Los inviernos son fríos en Nueva Orleáns: los húmedos vientos helados procedentes del río calan hasta el tuétano de los huesos. Así que mi abuela, que vivía en Florida, donde era maestra de escuela, se había traído prudentemente consigo un abrigo de pieles que le había pedido prestado a una amiga. Estaba hecho de borrego negro de Persia: una prenda de mujer rica, cosa que mi abuela no era. Enviudó joven, quedándose con tres hijos que criar, y no tuvo una vida fácil, pero nunca se quejó. Era una mujer admirable; tenía una mentalidad enérgica y, asimismo, estaba en su sano juicio. Debido a circunstancias familiares, rara vez nos veíamos, pero me escribía con frecuencia y me enviaba pequeños regalos. Ella me quería, y yo deseaba quererla a ella pero hasta que murió, y vivió más de noventa años, guardé las distancias, comportándome con indiferencia. Ella lo notaba, pero nunca averiguó lo que causaba mi aparente frialdad; ni ninguna otra persona, pues la razón era una intrincada culpa, labrada como la deslumbrante piedra amarilla suspendida de la fina cadena de oro de un collar que con frecuencia llevaba. Las perlas le habrían sentado mejor, pero ella atribuía gran valor a aquella chuchería algo teatral que, según tenía entendido, su propio abuelo ganó en una partida de cartas en Colorado.

Por supuesto, el collar no era valioso. Tal como mi abuela siempre explicaba con todo detalle a cualquiera que le preguntase, la piedra, que era del tamaño de la garra de un gato, no era una «gema», no era un diamante de color canario, ni siquiera un topacio, sino un trozo de cristal de roca diestramente tallado y teñido de amarillo oscuro. La señora Ferguson, sin embargo, desconocía el verdadero valor de la baratija, y cuando una tarde, durante el transcurso de la estancia de mi abuela, la rolliza bruja juvenil vino a almidonar la ropa blanca, pareció hechizada por el

brillante pedazo de vidrio que se balanceaba en la fina cadena que rodeaba el cuello de mi abuela. Fulguraron sus ignorantes ojos de luna, y eso es un hecho: en verdad destellaron. Ya no tenía yo dificultad para atraer su atención; me estudió con un interés desconocido hasta entonces.

Al marcharse, la seguí al jardín, donde había un centenario emparrado de glicina, un lugar misterioso aun en invierno, cuando la fronda se había marchitado despojando el túnel de hojas de las encubridoras sombras. Avanzó sobre él y me llamó por señas.

—¿Te preocupa algo? —dijo con voz suave.

—Sí.

—¿Algo que quieras ver realizado? ¿Un deseo?

Asentí con la cabeza; ella hizo lo mismo, pero sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro: no quería que la vieran hablando conmigo.

—Acudirá mi hijo. El te lo dirá.

- *¿Cuándo?*

Pero ella dijo que me callara y salió aprisa del jardín. Observé su patoso contoneo hasta que se perdió en la oscuridad. Al pensar que había puesto todas mis esperanzas en aquella mujer estúpida, se me secó la boca. Aquella noche no pude cenar; no me dormí hasta el amanecer. Aparte de lo que me atormentaba, tenía ya todo un cúmulo de nuevas preocupaciones. Si la señora Ferguson hacía lo que yo quería que hiciese, ¿qué pasaría entonces con mi ropa, con mi nombre, adonde iría, qué sería de mí? ¡Santo cielo, era suficiente para volverse loco; ¿O es que ya estaba loco? Eso formaba parte del problema: debía estar loco para querer que la señora Ferguson hiciera lo que yo deseaba que hiciese. Esa era una de las razones por las que no podía decírselo a nadie: pensarían que estaba loco. O algo peor. No sabía qué podría ser ese algo peor, pero instintivamente sentí que los comentarios de mi familia y sus amigos y de los otros chicos acerca de que yo estuviera loco, serían lo de menos.

Debido al miedo y a la superstición, mezclados con la avaricia, los criados del Garden District, algunas de las más presuntuosas amas y algunos de los más arrogantes sirvientes que jamás pisaran un suelo de parqué, hablaban con respeto de la señora Ferguson. Además, la mencionaban en tonos quedos, y no sólo a causa de sus peculiares dotes, sino en razón de su vida privada, igualmente singular, varios de cuyos detalles fui recogiendo poco a poco al escuchar disimuladamente los chismes de esos elegantes negros y mulatos y criollos que a sí mismos se consideraban la auténtica realeza de Nueva Orleáns y, desde luego, superiores a cualquiera de sus patronos. En cuanto a la señora Ferguson, no era una *madame,* sino una simple *mademoiselle:* una mujer soltera con un montón de hijos, por lo menos seis, que llegó del este de Tejas, de uno de esos villorrios de blancos incultos del otro lado de la frontera de Shreveport. A los quince años, su propio padre la ató a un poste de amarre

frente al despacho de Correos del pueblo, y la azotó públicamente con un látigo. El motivo de ese tremendo castigo era que había dado a luz a un hijo, un niño de ojos verdes, pero sin duda producto de un padre negro. Con el niño, que se llamaba Skeeter y que ahora tenía catorce años, diciéndose de él que era un diablo, llegó a Nueva Orleáns y encontró trabajo de ama de llaves en casa de un sacerdote católico, irlandés, de quien tuvo un segundo hijo, tras seducirlo y al que abandonó por otro hombre, y a partir de ahí siguió viviendo con una serie de guapos amantes, hombres que sólo podría haber conquistado por medio de pócimas vertidas en el vino porque, en el fondo, sin sus poderes particulares ¿quién era ella? Basura blanca del este de Tejas que tenía relaciones amorosas con negros, madre de seis bastardos, lavandera, criada. Y, con todo, la respetaban; incluso madame Jouet, el ama principal de la familia Vaccaro, que eran dueños de la United Fruit Company, siempre se dirigía a ella con cortesía.

Dos días después de mi conversación con la señora Ferguson, un domingo, acompañé a mi abuela a la iglesia, y cuando íbamos de camino a casa, que estaba a unas cuantas manzanas de distancia, noté que nos seguía alguien: un chico bien parecido de piel de color tabaco y ojos verdes. Al instante supe que se trataba del infame Skeeter, el muchacho cuyo nacimiento había causado la flagelación de su madre, y comprendí que me traía un mensaje. Sentí náuseas, pero también entusiasmo: estaba como achispado, lo suficiente para echarme a reír.

Con alborozo, mi abuela me preguntó:

—¡Ah! ¿Sabes un chiste?

Pensé: «No, pero sé un secreto.» En cambio, le contesté:

—Sólo es algo que dijo el pastor.

—¿De veras? Me alegro de que encontraras algo divertido. Me pareció un sermón muy seco. Pero el coro ha estado bien.

Me contuve de hacer el siguiente comentario: «Bueno, si únicamente van a hablar de pecadores y del infierno, cuando no saben lo que es el infierno, deberían pedirme que yo pronunciase el sermón. Podría decirles unas cuantas cosas.»

—¿Eres feliz aquí? —me preguntó mi abuela, como si fuera una cuestión que hubiera estado pensando desde su llegada—. Sé que es difícil. El divorcio. Vivir aquí, vivir allá. Quiero ayudarte; pero no sé cómo.

—Estoy muy bien. Todo va a pedir de boca.

Pero deseé que se callara. Lo hizo, frunciendo el ceño. Así que, al menos, había conseguido un deseo. Uno realizado y otro por cumplirse.

Cuando llegamos a casa, mi abuela, diciendo que sentía el comienzo de una jaqueca y que trataría de quitársela con una pastilla y una siesta, me besó y se metió en casa. Corrí por el jardín hasta la vieja pérgola de glicina y me escondí en su interior, como un bandido en una cueva de ladrones esperando a un compinche.

Pronto llegó el hijo de la señora Ferguson. Era alto para su edad, algo menos de seis pies, y tan musculoso como un descargador del muelle. No se parecía a su madre en absoluto. No era sólo por su color oscuro; tenía los rasgos finamente dibujados y la estructura ósea bien dibujada: su padre debió ser un hombre guapo. Y a diferencia de la señora Ferguson, sus ojos de color esmeralda no eran como torpes trazos de tira cómica, sino estrechos y mezquinos, armas, proyectiles amenazadoramente apuntados y prestos a estallar. No me sorprendí cuando, no muchos años después, oí que había cometido un doble asesinato en Houston y que había muerto en la silla eléctrica del penal del estado de Tejas.

Estaba elegante, vestido como los impetuosos rufianes adultos que haraganeaban por los locales de la zona portuaria: sombrero jipijapa, zapatos de dos tonos, un estrecho traje blanco de lino, con manchas, que debía de haberle regalado un hombre más delgado que él. Un cigarro impresionante sobresalía del bolsillo superior de su chaqueta: un Havana Castle Moro, el puro del *connoisseur* que se servía a los caballeros del Garden District con el ajenjo y la frambuesa de después de la cena. Skeeter Ferguson encendió su puro con la teatralidad de un gángster de película, realizó un impecable anillo de humo y, lanzándomelo directamente a la cara, dijo:

—He venido a buscarte.

- *¿Ahora?*

—Tan pronto como me traigas el collar de la vieja.

Era inútil dar largas al asunto, pero lo intenté:

—¿Qué collar?

—No malgastes saliva. Ve a buscarlo y luego iremos a un sitio. Si no, no iremos. Y no tendrás otra oportunidad.

—¡Pero lo tiene puesto!

Otro anillo de humo, profesionalmente fabricado, proyectado sin esfuerzo.

—El modo en que lo consigas no es asunto mío. Yo sólo voy a quedarme aquí. Esperando.

—Pero eso puede llevar mucho tiempo. Y suponte que no lo consigo.

—Lo conseguirás. Esperaré hasta que lo logres.

La casa parecía vacía cuando entré por la puerta de la cocina y, salvo por mi abuela, lo estaba; todos los demás se habían ido a visitar a un primo recién casado que vivía al otro lado del río. Tras llamar a mi abuela por su nombre y sentir el silencio, subí de puntillas al piso de arriba y escuché a la puerta de su dormitorio. Debía estar dormida. Asumiendo el riesgo, abrí la puerta unas pulgadas.

Las cortinas estaban echadas y la habitación a oscuras salvo por el cálido resplandor del carbón de encina ardiendo en el interior de una estufa de porcelana. Mi abuela estaba tumbada en la cama con las mantas subidas hasta la barbilla; debió haberse tomado la pildora para el dolor de cabeza, porque su respiración era profunda

y tranquila. Sin embargo, retiré la colcha que la cubría en la furtiva y meticulosa forma con que un ladrón gira el disco de la caja fuerte de un banco. Su garganta estaba desnuda; sólo llevaba ropa interior, unas bragas rosas. Encontré el collar en una cómoda; se hallaba frente a una fotografía de sus tres hijos, y uno de ellos era mi padre. Hacía tanto tiempo que no lo veía que había olvidado qué aspecto tenía, y después de aquello, probablemente no volvería a verlo más. O, si lo veía, no me reconocería. Pero no tenía tiempo de pensar en eso. Skeeter Ferguson me estaba esperando, erguido en el interior del enramado de glicina, tamborileando en el suelo con el pie y dando chupadas a su puro de millonario. Sin embargo, vacilé.

Nunca había robado nada; bueno, algunas barras de caramelos Hershey en el mostrador de la confitería del cine, y unos libros que no había devuelto a la biblioteca pública. Pero esto era más importante. Mi abuela me perdonaría si supiera por qué tenía que robar el collar. No, no me perdonaría; nadie me perdonaría si supiera *exactamente* por qué lo hacia. Pero no tenía elección. Era como Skeeter había dicho: si no lo hacía ahora, su madre no me daría otra oportunidad. Y aquello que me atormentaba seguiría y permanecería, quizá, para siempre jamás. Así que lo cogí. Me lo metí en el bolsillo y salí disparado de la habitación sin cerrar siquiera la puerta. Cuando me reuní con Skeeter, no le enseñé el collar, sólo le dije que lo tenía, y sus ojos se hicieron más verdes, se volvieron más desagradables, soltó uno de sus anillos de humo como si fuera un tipo importante, y me dijo:

—Claro que lo tienes. No eres más que un golfo de nacimiento. Como yo.

Al principio fuimos a pie, luego cogimos un tranvía que pasaba por Canal Street, de ordinario tan animada y llena de gente, pero fantasmal ahora con las tiendas cerradas y la quietud del día de descanso cerniéndose por encima de ella como una sombra fúnebre. En la esquina de Canal y Royal transbordamos a otro tranvía y durante todo el camino fuimos atravesando el Barrio Francés, vecindario popular donde vivían muchas de las familias establecidas desde más antiguo, algunas de linaje más puro que cualquiera de los apellidos del Garden District. Finalmente, echamos de nuevo a andar; caminamos millas. Me hacían daño los rígidos zapatos de ir a la iglesia, que todavía llevaba, y ya no sabía dónde estábamos, pero sea cual fuere aquella parte, no me gustaba. Era inútil preguntar a Skeeter Ferguson, porque si lo hacía, se sonreía y silbaba, o escupía y se sonreía y silbaba. Me pregunto si silbaría al ir a la silla eléctrica.

Realmente no tenía ni idea de dónde estábamos; era una zona de la ciudad que no conocía. Y, sin embargo, no tenía nada de raro, salvo que había menos caras blancas de las que uno estaba acostumbrado a ver y cuanto más caminábamos, más escasas se hacían: un circunstancial residente blanco rodeado de negros y criollos. En cualquier caso, se componía de una ordinaria serie de humildes estructuras de madera, casas de huéspedes con la pintura descascarada, viviendas de familias modestas, pobremente

conservadas la mayoría, pero con algunas excepciones. La casa de la señora Ferguson, cuando al fin llegamos a ella, era una de esas excepciones.

Era una construcción vieja, pero se trataba de una casa *de verdad,* con siete u ocho habitaciones; no parecía que la primera brisa de la bahía fuera a llevársela por el aire. Estaba pintada de un marrón feo, pero al menos la pintura no estaba desprendida ni ahuecada por el sol. Y dentro había un patio bien cuidado que albergaba un grueso árbol de sombra: un lilo de la China con varios neumáticos viejos suspendidos con cuerdas de las ramas; eran columpios para los niños. Y había otras cosas para jugar diseminadas por el patio: un triciclo, cubos y paletas para hacer tortitas de barro, prueba de la progenie sin padre de la señora Ferguson. Un cachorro mestizo, cautivo por una cadena atada a una estaca, empezó a dar saltos y a ladrar en el mismo instante en que avistó a Skeeter.

Skeeter dijo:

—Ya hemos llegado. No tienes más que abrir la puerta y entrar.

—¿Solo?

—Ella te está esperando. Haz lo que te digo. Entra directamente. Y si la pillas en medio de un polvo, abre los ojos: así es como yo me convertí en un follador de primera.

El último comentario, sin sentido para mí, terminó con una risita, pero seguí sus instrucciones, y al avanzar hacia la puerta de entrada, me volví y le lancé una mirada fulgurante. No parecía posible, pero ya había desaparecido, y no volví a verlo más; o, si lo vi, no me acuerdo.

La puerta daba directamente al salón de la señora Ferguson. Al menos estaba amueblado como un salón (un sofá, sillones, dos mecedoras de mimbre, mesas bajas de madera de arce), aunque el suelo estaba cubierto de un linóleo marrón, de cocina, que quizá tuviera la pretensión de hacer juego con el color de la casa. Cuando entré en la habitación, la señora Ferguson se balanceaba de un lado para otro en una mecedora mientras un guapo joven, un criollo no muchos años mayor que Skeeter, se mecía en la otra. Una botella de ron descansaba en una mesa que había entre ellos, y ambos bebían de unos vasos llenos de tal género. El joven, al que no me presentaron, sólo llevaba una camiseta y unos pantalones campana de marinero, un tanto desabotonados. Sin decir palabra, dejó de hamacarse, se levantó y se fue contoneándose por un pasillo, llevándose consigo la botella de ron. La señora Ferguson permaneció atenta hasta que oyó cerrarse una puerta. Luego, lo único que dijo fue:

—¿Dónde lo tienes?

Yo estaba sudando. Mi corazón obraba de forma curiosa. Sentía como si hubiese corrido cien millas y vivido mil años sólo en las últimas horas.

La señora Ferguson inmovilizó su mecedora, y repitió:

—¿Dónde lo tienes?

—Aquí. En el bolsillo.

Alargó una mano gruesa y colorada, con la palma hacia arriba, y dejé caer el collar en ella. El ron había contribuido algo a modificar la ordinaria sosería de sus ojos; la deslumbrante piedra amarilla hizo más. La movió de un lado a otro, mirándola fijamente; yo traté de no hacer lo mismo, intenté pensar en otras cosas y me sorprendí preguntándome si tendría cicatrices en la espalda, marcas de látigo.

—¿Es que tengo que adivinarlo? —preguntó, sin quitar la vista de la joya suspendida de su frágil cadena de oro—. ¿Y bien? ¿Debo decirte yo por qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

Ella no lo sabía, no podía saberlo y, de pronto, yo no quería que lo supiese. Dije:

—Me gusta bailar zapateado.

Por un momento, su atención se distrajo del nuevo juguete destellante.

—Quiero ser bailarín de zapateado. Quiero fugarme. Quiero ir a Hollywood y salir en las películas.

Había algo de verdad en eso; escaparme a Hollywood era un punto principal en la lista de mis fantasías de evasión. Pero de todos modos no era eso lo que había decidido no decirle.

—Bueno —dijo despacio—. Claro que eres lo bastante guapo como para salir en las películas. Más guapo de lo que cualquier otro chico podría serlo.

Así que lo *sabía.* Me oí gritar a mí mismo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es!

—¿Eso es qué? Y deja de aullar. No estoy sorda.

—No quiero ser un chico. Quiero ser una chica.

Empezó siendo un ruido raro, un sofocado gorgoteo más abajo de su campanilla que reventó en una carcajada. Sus labios finos se ensancharon y estiraron; una risa de borracha manó de sus labios como una vomitona que se derramara a chorros sobre mí, una risa que sonaba igual que el olor a vómito.

—Por favor, por favor. Señora Ferguson, no me comprende. Estoy muy preocupado. Estoy angustiado todo el tiempo. Hay algo que no va bien. Por favor, tiene que entenderlo.

Siguió columpiándose, riéndose a carcajadas, y su mecedora se balanceaba con ella. Entonces le dije:

—Usted es estúpida. Tonta y estúpida.

Y traté de arrebatarle el collar.

La risa se interrumpió como si le hubiera caído un rayo encima; una tempestad, una furia total se apoderó de su rostro. Pero, cuando habló, su voz era suave, sibilante y serpentina:

—No sabes lo que quieres, muchacho. Te enseñaré lo que quieres. Mírame,

muchacho. Mira. Te mostraré lo que quieres.

—Por favor. No quiero nada.

—Abre los ojos, chico.

En alguna parte de la casa lloraba un niño.

—Mírame, muchacho. Mira.

Lo que quería que yo mirase, era la piedra amarilla. La sujetaba por encima de su cabeza, y la movía suavemente. Parecía haber recogido toda la luz de la habitación, acumulando una brillantez devastadora que sumía en la oscuridad a todo lo demás. Gira, baila, deslumhra, deslumhra.

—Oigo llorar a un niño.

—Te oyes a ti mismo.

—Mujer estúpida. Estúpida. Estúpida.

—Mira aquí, muchacho.

Bailadeslumbrabailabailadeslumbradeslumbradeslumbra.

Aún era de día y seguía siendo domingo, y ahí estaba yo, en el Garden District, delante de mi casa. No sé cómo llegué hasta allí. Debió llevarme alguien, pero no sé quién; lo último que recordaba era el ruido que de nuevo producía la risa de la señora Ferguson.

Desde luego, se armó gran revuelo por el collar perdido. No llamaron a la policía, pero toda la casa anduvo revuelta en aquellos días; no se dejó una sola pulgada por registrar. Mi abuela estaba muy contrariada. Pero, aun cuando el collar hubiera sido una joya de gran valor, cuya venta le hubiese proporcionado comodidades para el resto de su vida, yo no habría acusado a la señora Ferguson. Porque, si lo hacía, ella podría revelar lo que yo le había contado, eso que nunca he contado a nadie más. Finalmente, se resolvió que un ladrón había entrado a robar en la casa, llevándose el collar mientras mi abuela dormía. Bueno, ésa era la verdad. Todo el mundo sintió alivio cuando mi abuela concluyó su visita y volvió a Florida. Se esperaba que pronto se olvidase todo el triste asunto del collar perdido.

Pero no se olvidó. Se disiparon cuarenta y cuatro años, y el asunto permanecía en la memoria. Me convertí en un hombre de mediana edad, flagelado por sutilezas y extrañas ideas. Mi abuela murió, conservando aún todo su sano juicio a pesar de la avanzada edad.

Una prima me llamó para informarme de su muerte y para preguntarme cuándo llegaría al entierro; le dije que ya se lo comunicaría. Quedé inconsolable, enfermo de pena; y aquello era absurdo, estaba fuera de toda proporción. Mi abuela no era alguien a quien yo hubiese amado. ¡Cuánto la lloré, sin embargo! Pero no fui al entierro; ni siquiera envié flores. No salí de casa y me bebí una botella de vodka. Estaba muy borracho, pero recuerdo que contesté al teléfono y escuché a mi padre identificarse a sí mismo. Su voz de viejo temblaba por algo más que por el peso de

los años; dio rienda suelta a la ira contenida durante toda una vida, y al no responderle, me dijo: «Oye, hijoputa. Ha muerto con tu fotografía en la mano.» Yo le contesté: «Lo siento», y colgué. ¿Qué había que decir? ¿Cómo podía explicar que a lo largo de todos aquellos años cualquier mención a mi abuela, cualquier carta suya o cualquier pensamiento sobre ella, evocaba a la señora Ferguson? Su risa, su furia, la piedra amarilla que giraba y bailaba: bailadeslumbradeslumbra.

2.— ATAÚDES TALLADOS A MANO (Relato real de un crimen americano)

Handcarved Coffins
A Nonfiction Account of an American Crime

Marzo de 1975

Un pueblo en un pequeño Estado del oeste. Un centro para las numerosas granjas y establecimientos de cría de ganado que rodeaban a este pueblo con una población de menos de diez mil, con doce iglesias y dos restaurantes. El cine, aunque no ha dado ni una película en diez años, todavía sigue en pie, austero e inhospitalario en la calle principal. Una vez también hubo un hotel, pero ha sido cerrado, y hoy en día el único lugar donde puede alojarse un viajero es el motel Prairie. El motel es limpio y los cuartos bien caldeados; más no puede decirse. Un hombre llamado Jake Pepper vive en él desde hace casi cinco años. Tiene cincuenta ocho años, y es un viudo con cuatro hijos grandes. Es más bien bajo, de muy buena salud y parece tener quince años menos. Un rostro común pero agradable, ojos azules y una boca fina que se contorsiona en muecas que a veces son sonrisas, a veces no. El secreto de su aspecto juvenil no es su pulcritud o su delgadez, ni se debe tampoco a sus mejillas, sonrosadas como manzanas, ni a sus traviesas y misteriosas sonrisas, sino a su pelo, que lo hace tan joven: es de un rubio oscuro, lo lleva muy corto, y tan lleno de remolinos que no puede peinarlo; lo alisa y lo moja, simplemente.

Jake Pepper es un detective empleado por el Departamento de Investigaciones del Estado. Nos conocimos por un amigo mutuo, otro detective de un Estado diferente. En 1972 escribió una carta diciendo que estaba trabajando en un caso de asesinato, en algo que él pensaba que podía interesarme. Lo llamé por teléfono y hablamos durante tres horas. Yo estaba muy interesado en lo que tenía que decirme, pero se alarmó cuando sugerí que viajaría hasta allí para ver la situación personalmente. Dijo que podía ser prematuro y llegar a hacer peligrar su investigación, pero prometió mantenerme informado. Los tres años siguientes intercambiamos llamadas telefónicas de vez en cuando. El caso, que seguía líneas tan intrincadas como un laberinto de ratas, parecía haber llegado a un punto muerto. Finalmente le dije: "Déjeme que vaya a echar un vistazo".

Así fue que me encontré, una fría noche de marzo, sentado con Jake Pepper en su habitación del motel en los alrededores invernales y ventosos de ese pequeño pueblo desolado del oeste. En realidad, la habitación era agradable, cómoda. Después de todo, con ciertas interrupciones, había sido su hogar por cinco años, y había puesto estantes donde exhibía fotos de su familia, hijos y nietos, y en los que descansaban cientos de libros, muchos acerca de la Guerra Civil, y todos propios de un hombre inteligente; prefería a Dickens, Melville, Trollope, Mark Twain.

Jake estaba sentado en el piso, con las piernas cruzadas, con un vaso de bourbon al lado. Tenía un tablero de ajedrez por delante, y abstraídamente movía las piezas.

TC: Lo sorprendente es que nadie parece saber nada acerca de este caso. Casi no ha tenido publicidad.

Jake: Hay razones.

TC: Nunca he logrado ordenarlo en una secuencia. Es como un rompecabezas al que le faltan las piezas.

Jake: ¿Dónde empezamos?

TC: Desde el comienzo.

Jake: Vaya al escritorio. Abra el cajón de abajo. ¿Ve esa cajita de cartón? Mire lo que hay adentro.

(Adentro de la caja encontré un féretro en miniatura. Era un objeto hermoso, tallado en madera de bálsamo. No estaba ornamentado, pero cuando se levantaba la tapa, se veía que el cajón estaba vacío. Contenía una foto, una instantánea casual y cándida de dos personas de edad mediana, un hombre y una mujer, que cruzaban la calle. No era una foto para la que hubieran posado; uno se daba cuenta de que ellos no sabían que se les había sacado una foto.) Ese pequeño féretro. Supongo que ése es el comienzo.

TC: ¿Y la foto?

Jake: George Roberts y su esposa, Amelia.

TC: Los esposos Roberts. Por supuesto. Las primeras víctimas. ¿Él era abogado?

Jake: Él era abogado, y una mañana (para ser precisos, el 10 de agosto de 1970), recibió un regalo por correo. El pequeño féretro. Con la foto adentro. Roberts era un tipo feliz y despreocupado. Enseñó el obsequio a algunas personas, como si fuera una broma. Un mes después, George y Amelia estaban muertos.

TC: ¿Cuándo entró usted en el caso?

Jake: Inmediatamente. Una hora después que los mataron yo ya estaba en camino con otros dos agentes del Departamento. Cuando llegamos aquí los cadáveres seguían en el auto. Y las víboras también. Eso es algo que no olvidaré nunca. Nunca.

TC: Recuerde. Descríbalo exactamente.

Jake: Los Roberts no tenían hijos. Ni enemigos, tampoco. Todos los querían. Amelia trabajaba para su marido. Era su secretaría. Tenían un solo auto, e iban juntos a la oficina. La mañana que sucedió hacía calor. Muchísimo calor. De modo que deben de haberse sorprendido cuando fueron a buscar el auto y vieron que las ventanillas estaban subidas. De todos modos, entraron en el auto por distintas puertas, y no bien estuvieron adentro, un montón de víboras de cascabel los picó. Inmediatamente. Encontramos nueve adentro de ese auto. A todas les habían inyectado anfetaminas. Estaban enloquecidas. Picaron a los Roberts en todas partes: en el cuello, en los brazos, orejas, mejillas, manos. Pobre gente. Tenían la cabeza inmensa, hinchada como un zapallo. Deben de haber muerto casi instantáneamente. Así espero. Es lo único que espero.

TC: Las víboras de cascabel no son tan comunes por aquí. No de ese tamaño. Deben de haberlas traído aquí.

Jake: Así es. De un criadero de víboras en Nogales, Texas. Pero éste no es el

momento de decirle cómo sé eso. (Afuera, la nieve cubría, como encaje, el suelo. Faltaba mucho para que llegara la primavera: un fuerte viento que hacía repiquetear la ventana anunciaba que el invierno seguía con nosotros. Pero el ruido del viento no era más que un murmullo en mi cabeza, bajo el sonido de las víboras de cascabel y de sus sibilantes lenguas. Vi el auto, oscuro bajo el sol ardiente, las enroscadas serpientes, las cabezas humanas que se volvían verdes, hinchándose de veneno. Me puse a escuchar el viento para que borrara la escena.)

Jake: Por supuesto, no sabemos si los Baxter recibieron un féretro. Estoy seguro de que sí. No se adecuaría al rito, de lo contrario. Pero ellos nunca dijeron haberlo recibido, y nunca vimos rastros de él.

TC: Tal vez se perdió en el fuego. ¿No había otras personas con ellos, otra pareja?

Jake: Los Hogan. De Tulsa. Eran amigos de los Baxter, y estaban de paso. El asesino no pensaba matarlos. Fue un accidente.

Lo que sucedió fue que los Baxter estaban haciendo una casa nueva, muy elegante, pero la única parte terminada era el subsuelo. El resto esta en construcción. Roy Baxter era un hombre rico; podría haber alquilado este motel entero mientras le hacían la casa. Pero prefirió vivir en el subsuelo. La única entrada era por una puerta trampa. Era diciembre, tres meses después de los asesinatos de las víboras de cascabel. Lo único que sabemos con seguridad es que los Baxter invitaron a esa pareja de Tulsa a que pasaran con ellos la noche en el subsuelo. Y en algún momento antes del amanecer se inició un tremendo incendio en ese subsuelo, y las cuatro personas murieron incineradas. Literalmente no quedaron más que cenizas.

TC: ¿No pudieron escapar por la puerta trampa?

Jake: (haciendo una mueca y resoplando): Diablos, no. El incendiario, el asesino, la cerró con bloques de cemento. Ni King Kong podría haberlos sacado.

TC: Evidentemente, debe de haber alguna conexión entre el incendio y las víboras de cascabel.

Jake: Es fácil decir eso ahora. Pero entonces, yo no hacía ninguna conexión. Había cinco tipos trabajando en el caso: sabíamos más de George y Amelia Roberts y de los Baxter y los Hogan que lo que ellos pudieron saber de sí mismos en vida. Apuesto a que George Roberts nunca se enteró de que su mujer tuvo un hijo a los quince años y lo dio para que lo adoptaran. Por supuesto, en un lugar cómo este, todos más o menos conocen a todos, por lo menos de vista. Pero no podíamos encontrar nada que relacionara a las víctimas. Ni motivos. No había ninguna razón, que pudiéramos encontrar, para matar a esas personas. (Estudió el tablero de ajedrez, encendió la pipa y tomó un sorbo de bourbon.) Todas las víctimas me eran desconocidas. Nunca oí hablar de ellas antes de que murieran, pero el siguiente era amigo mío. Clem Anderson. Noruego, de segunda generación; había heredado de su

padre un establecimiento de campo en este lugar. Bastante extenso. Fuimos al colegio en la misma época, aunque él estaba unos años antes que yo. Se casó con una ex novia mía, una chica maravillosa, la única que he visto con ojos azul lavanda. Como amatistas. Algunas veces, cuando tomaba un trago, me ponía a hablar de Amy y sus ojos de amatista, pero a mi mujer no le causaba nada de gracia. De cualquier manera, Clem y Amy se casaron, se establecieron aquí y tuvieron siete hijos. Yo comí en la casa de ellos la noche antes que lo mataran, y Amy dijo entonces que lo único que lamentaba en la vida era no haber tenido más hijos.

Yo veía a Clem muy seguido, desde que vine a ocuparme del caso. Tenía una debilidad: bebía demasiado. Pero era astuto y me enseñó muchas cosas acerca del pueblo. Una noche me llamó aquí, a este motel. Sonaba raro. Dijo que debía verme en seguida. De modo que le dije, ven. Pensé que estaba borracho, pero no era eso. Estaba asustado. ¿Sabe por qué?

TC: Había recibido un regalo de Papá Noel.

Jake: Ajá. Pero no sabia qué era. Lo que significaba. El féretro, y su posible conexión con los asesinatos de las víboras, no habían sido dados a publicidad. Lo manteníamos en secreto. Yo nunca había mencionado el asunto a Clem. De modo que cuando llegó a este mismo cuarto y me mostró un féretro que era la réplica exacta del que habían recibido los Roberts, me di cuenta de que mi amigo estaba en un gran peligro. Se lo habían mandado por correo en una caja envuelta en papel madera, con el nombre y dirección escritos de forma anónima. Con tinta negra.

TC: ¿Había una foto de él?

Jake: Sí. Y la describiré cuidadosamente porque tiene mucho que ver con la manera en que murió Clem. En realidad, creo que el asesino intentaba hacer una pequeña broma, indicando sutilmente a Clem la forma en que iba a morir. En la foto, Clem está sentado en una especie de jeep. Un vehículo excéntrico, inventado por él. No tenía techo ni parabrisas, nada que protegiera al conductor. No era más que un motor con cuatro ruedas. Dijo que nunca había visto esa foto en su vida, que no tenía idea de quién la había tomado, ni cuándo. Yo tenía ante mí una decisión difícil. ¿Debería decirle la verdad, reconocer que la familia Roberts había recibido un féretro parecido antes de morir, y que los Baxter probablemente también? En cierta manera, sería mejor no informárselo: de esa forma, si lo vigilábamos bien, podía conducirnos al asesino, mucho mejor si no se daba cuenta del peligro en que estaba.

TC: Pero usted decidió decírselo.

Jake: Sí. Porque con este segundo féretro, me di cuenta de que los asesinatos estaban relacionados. Y pensé que Clem podía conocer la respuesta. Debía conocerla. Pero, después que le expliqué el significado del féretro entró en shock. Tuve que abofetearlo. Y empezó a portarse como un chico. Se acostó en la cama, y empezó a llorar. "Alguien me matará. ¿Por qué?" Yo le dije:"Nadie te matará. Te lo prometo.

Pero piensa, Clem. ¿Qué tienes en común con estas personas que murieron? Debe de haber algo. Tal vez algo muy trivial".

Pero, lo único que podía decir era: "No lo sé, no lo sé". Lo obligué a beber hasta que estuvo tan borracho que se quedó dormido. Pasó la noche aquí. A la mañana estaba más tranquilo. Pero aún no se le ocurría qué podía relacionarlo con los crímenes, cómo encajaba él. Le dije que no discutiera lo del féretro con nadie, ni siquiera con su mujer, y que no se preocupara, pues había pedido la ayuda de dos agentes más para que lo cuidaran.

TC: ¿Cuánto pasó hasta que el fabricante de féretros cumplió su promesa?

Jake: Oh, creo que debe de haber disfrutado mientras tanto. Jugaba como un pescador con una trucha atrapada en un acuario. El Departamento dio por terminada la tarea de los dos agentes, y finalmente hasta Clem empezó a despreocuparse. Pasaron seis meses. Amy llamó para invitarme a comer. Era una noche cálida de verano. El aire estaba lleno de luciérnagas. Los chicos las perseguían y las metían en frascos. Cuando partía, Clem me acompañó al auto. Hay un riacho junto al sendero donde lo había estacionado, y Clem dijo: "Con respecto a la conexión. El otro día se me ocurrió algo de repente. El río". Le pregunté qué río y él dijo ése, el riacho. "Es una historia un tanto complicada. Y probablemente tonta. Pero te la contaré la próxima vez que nos veamos." Por supuesto, no lo vi más. Por lo menos, vivo.

TC: Como si lo hubiera oído.

Jake: ¿Quién?

TC: Papá Noel. Quiero decir. ¿No es raro que después de tantos meses Clem Anderson menciona el río, y al día siguiente, antes que pueda decirle por qué se acordó del río de repente, el asesino cumpla su promesa?

Jake: ¿Qué tal su estómago?

TC: Muy bien.

Jake: Le mostraré algunas fotos. Pero es mejor que se sirva un trago. Lo necesitará.

(Las fotos, en blanco y negro, en papel brilloso, habían sido tomadas de noche, con flash. La primera era del jeep armado en casa de Clem Anderson en un estrecho camino de campo; estaba volcado sobre un costado, con los faros encendidos todavía. La segunda foto era un torso sin cabeza, tirado sobre el mismo camino: un hombre sin cabeza, con botas y jeans y una campera de piel de oveja. La última foto era de la cabeza de la víctima. No podían habérsela cortado más limpiamente ni con una guillotina, ni en manos de un cirujano maestro. Estaba sola, entre unas hojas, como si un bromista la hubiera arrojado allí. Los ojos de Clem Anderson estaban abiertos, pero no parecían muertos, simplemente serenos, y a excepción de una herida dentada en la frente, tenía la cara igualmente serena, tan ajena a la violencia como sus pálidos e inocentes ojos noruegos. Mientras examinaba las fotos, Jake, por sobre mi hombro,

también las miraba.)

Jake: Era alrededor del atardecer. Amy estaba esperando a Clem para la cena. Mandó a uno de los muchachos por el camino a su encuentro. Él lo halló.

Primero vio el auto volcado. Luego, a unos cien metros, el cuerpo. Corrió a su casa y su madre me llamó. Yo me maldije todo el tiempo. Pero cuando llegamos al lugar, fue uno de mis agentes el que encontró la cabeza. Estaba bastante lejos del cuerpo. En realidad, yacía en el lugar donde golpeó contra el alambre.

TC: El alambre, claro. Nunca entendí bien lo del alambre. Es tan…

Jake: ¿Ingenioso?

TC: Más que ingenioso. Absurdo.

Jake: En absoluto absurdo. Nuestro amigo simplemente descubrió una buena manera de decapitar a Clem Anderson. De matarlo sin que existiera la posibilidad de testigos.

TC: Supongo que es el elemento matemático. Siempre me quedo perplejo ante algo en que interviene la matemática.

Jake: Bueno, el caballero responsable de esto tiene ciertamente una mente matemática. Por lo menos tuvo que tomar medidas muy exactas.

TC: ¿Puso un alambre entre dos árboles?

Jake: Entre un árbol y un poste de teléfono. Un fuerte alambre de acero, afilado como una navaja. Virtualmente invisible, hasta a pleno sol. Pero al atardecer, cuando Clem salió de la carretera y entró en su ridículo autito por ese camino estrecho, no pudo haberlo visto, de ninguna manera. Lo agarró en el lugar preciso: justo debajo de la barbilla. Y, como vio, le cortó la cabeza tan fácilmente como se arranca una margarita.

TC: Tantas cosas podrían haber salido mal.

Jake: ¿Qué habría importado? ¿Qué es un fracaso? Hubiera vuelto a intentarlo. Hasta que lo consiguiera.

TC: Eso es lo absurdo. Que siempre lo consiga.

Jake: Sí y no. Pero luego volveremos a eso.

(Jake metió las fotos en un sobre manila. Chupó su pipa y se pasó los dedos por el pelo enmarañado. Guardé silencio, pues sentí que lo embargaba la tristeza. Finalmente le pregunté si estaba cansado, si prefería que me fuera. Dijo que no, que recién eran las nueve, y que nunca se acostaba antes de la medianoche.)

TC: ¿Está solo aquí, ahora?

Jake: No. Dios mío, me volvería loco. Me turno con otros dos agentes. Pero sigo siendo el principal encargado de este caso.

Lo quiero así. He invertido mucho en esto. Y voy a agarrar a nuestro tipo, aunque sea lo último que haga. Cometerá un error. En realidad, ya ha cometido algunos. Si bien no puedo decir la forma en que mató al doctor Parsons sea uno de ellos.

TC: ¿Al forense?

Jake: Al forense. El bajito y jorobado forense.

TC: Veamos. Al principio usted pensó que se trataba de un suicidio.

Jake: Si usted hubiera conocido al doctor Parsons, también habría pensado que era un suicidio. Tenía mil razones para matarse. O para que lo mataran. Estaba casado con una mujer hermosa y la hizo adicta a la morfina. De esa manera consiguió que se casara con él. Era un usurero. Y practicaba abortos. Por lo menos una docena de viejas chifladas le dejaron todo en su testamento. Un pillo de siete suelas, el tal doctor Parsons.

TC: ¿A usted no le gustaba?

Jake: A nadie le gustaba. Pero lo que dije antes no es así. Dije que Parsons era un tío con mil razones para suicidarse. En realidad, no tenía ningún motivo. Dios estaba en paz con él, y el sol brillaba todo el tiempo en el mundo de Ed Parsons. Lo único que lo molestaba era la úlcera. Y una especie de indigestión permanente. Llevaba a todas partes unas botellas enormes de Maalox. Se tomaba dos por día.

TC: De cualquier modo, todos se sorprendieron al enterarse de que el doctor Parsons se había matado, ¿no?

Jake: Bueno, no. Porque nadie pensó que se había suicidado. Por lo menos, al principio.

TC: Perdón, Jake. Estoy confundido otra vez. (A Jake se le había apagado la pipa; vació el tabaco en un cenicero y desenvolvió un cigarro, que no encendió. Lo usaba para morder, no para fumar. Como un perro con un hueso.)

TC: Para empezar, ¿cuánto tiempo transcurrió entre los entierros?, ¿entre el de Clem Anderson y el del doctor Parsons?

Jake: Cuatro meses. Más o menos.

TC: Y Papá Noel, ¿envió un obsequio al doctor?

Jake: Espere. Espere. Va demasiado rápido. El día que murió Parsons, bueno, pensamos que era una muerte natural. Su enfermera lo encontró tirado sobre el piso del consultorio. Alfred Skinner, otro médico de esta ciudad, dijo que probablemente había tenido un ataque al corazón. Se necesitaría una autopsia para corroborarlo.

Esa misma noche recibí una llamada de la enfermera de Parsons. Dijo que Mrs. Parsons quería hablar conmigo, y le contesté que muy bien, que iría a su casa en seguida. Mrs. Parsons me recibió en su dormitorio, lugar que, según creo, nunca abandona. Está confinada allí, supongo, por los placeres de la morfina. No es una inválida, de ninguna manera por lo menos no en el sentido que generalmente se le da a esa palabra. Es una mujer encantadora, de aspecto muy saludable. Con buen color en la cara, aunque con una piel tan lisa y pálida como de perla. Pero tiene los ojos demasiado brillantes, con las pupilas dilatadas.

Estaba en cama, recostada sobre una pila de almohadas con fundas de encaje. Me

fijé en sus uñas, largas y cuidadosamente pintadas, y en sus manos, tan elegantes. Pero lo que tenía en las manos no era muy elegante.

TC: ¿Un obsequio?

Jake: Exactamente, igual que los otros.

TC: ¿Qué le dijo?

Jake: Dijo: "Creo que a mi marido lo asesinaron". Pero estaba muy serena; no parecía preocupada, ni en tensión.

TC: La morfina.

Jake: Más que eso. Es una mujer que ya ha dejado la vida. Mira hacia atrás, por una puerta. Sin pesar.

TC: ¿Conocía el significado del féretro?

Jake: No, en realidad, no. Y su marido tampoco. A pesar de ser el forense del condado, y en teoría parte de nuestro equipo, nunca le dijimos nada. No sabía nada de los féretros.

TC: ¿Cómo sospechaba, entonces, que su marido podía haber sido asesinado?

Jake (mordiendo el cigarro y frunciendo el entrecejo): Por el féretro. Dijo que su marido se lo había mostrado hacía unas semanas. No lo había tomado en serio; creía que era un gesto malévolo, algo que le había enviado algún enemigo. Pero ella dijo, ella dijo que no bien lo vio, con la foto de él adentro, sintió que una "sombra" se cernía sobre él. Aunque parezca extraño creo que lo amaba. Esa mujer hermosa. A ese jorobado hirsuto.

Me despedí y me llevé el féretro, diciéndole que era muy importante que no dijera nada a nadie. Después de eso, lo único que podíamos hacer era esperar el resultado de la autopsia, que fue: muerte por envenenamiento, probablemente administrado por él mismo.

TC: Pero usted sabía que era un asesinato.

Jake: Yo sabía. Y Mrs. Parsons sabía. Pero todos los demás creían que se trataba de un suicidio. Muchos siguen creyéndolo.

TC: ¿Qué clase de veneno usó nuestro amigo?

Jake: Nicotina liquida. Un veneno muy puro, rápido y poderoso, incoloro e inodoro. No sabemos exactamente cómo fue administrado, pero sospecho que lo mezclaron con un poco del Maalox que tanto amaba el médico. Un buen trago, y a la fosa.

TC: Nicotina liquida. No había oído hablar de eso.

Jake: Bueno, no es tan conocido como el arsénico. Hablando de nuestro amigo, los otros días encontré algo escrito por Mark Twain, que me pareció muy apropiado. (Después de buscar entre los estantes, encontró el libro que buscaba. Jake caminó por el cuarto, leyendo en voz alta con una voz que no parecía la suya, una voz ronca, airada.) "De todas las criaturas, el hombre es la más detestable. De toda la especie es

el único, absolutamente el único, en poseer malignidad. La más despreciable, la más aborrecible de todos los instintos, de todas las pasiones: es la única criatura que causa dolor para divertirse, sabiendo que es dolor. Además, en la lista, es la única criatura con una mente desagradable". (Jake cerró el libro de un golpe y lo tiró sobre la cama.) Detestable. Maligno. De mente desagradable. Sí, señor, la descripción exacta de Mr. Quinn. Aunque no completa. Mr Quinn posee otros talentos.

TC: Nunca había mencionado el nombre.

Jake: Hace sólo seis meses que lo sé. Pero así se llama. Quinn.

(Una y otra vez Jake golpeaba el puño contra la mano ahuecada, como un prisionero furioso que hace demasiado que se siente frustrado, encerrado donde está. En realidad, hacía muchos años que estaba aprisionado en este caso: una gran furia, como el buen whisky, necesita una larga fermentación.)

Jake: Robert Hawley Quinn. Un caballero muy apreciado.

TC: Pero un caballero que comete errores. De lo contrario no conocería su nombre. O, más bien, no sabría que se trataba de nuestro amigo.

Jake: (Silencio; no me escucha.)

TC: ¿Fue por las víboras? Usted me dijo que provenían de un criadero de Texas. Si sabe eso, debe saber entonces quién las compró.

Jake (ha desaparecido la ira. Bosteza): ¿Qué?

TC: A propósito, ¿por qué inyectaron anfetamina a las víboras?

Jake: ¿Para qué cree usted? Para estimularlas. Para aumentar su ferocidad. Igual que arrojar un fósforo encendido en un tanque de nafta.

TC: No sé. Me pregunto cómo se las habrá arreglado para inyectarlas en el auto, sin que lo picaran a él.

Jake: Le enseñaron cómo hacerlo.

TC: ¿Quién?

Jake: La mujer que le vendió las víboras.

TC: ¿La mujer?

Jake: La propietaria del criadero de Nogales es una mujer. ¿Le parece extraño? Mi hijo mayor se casó con una mujer que trabaja en el Departamento de Policía de Miami. Es un buzo de aguas profundas, profesional. El mejor mecánico de autos que conozco es una mujer…

(Nos interrumpió el teléfono. Jake miró su reloj de pulsera y sonrió. Su sonrisa, tan verdadera y tranquila, me hizo ver que no sólo sabía quién llamaba, sino que era una voz que esperaba oír.)

Hola. Addie. Sí, está aquí. Dice que en Nueva York es primavera; le dije que debería haberse quedado allí. No, nada. Tomando unos tragos y hablando ya sabes de qué. ¿Mañana es domingo? Creía que era jueves. Debo de estar perdiendo la cuenta. Seguro, con mucho gusto iremos a comer, Addie, no te aflijas por eso. Le gustará

cualquier cosa que hagas. Eres la mejor cocinera de cualquiera de los dos lados de las Rocallosas, este u oeste. Así que no te preocupes. Sí, la tarta de pasas de uva, con manzanas. Cierra todas puertas con llave. Que duermas bien. Sí, sabes que sí. Buenas noches.

(Siguió sonriendo después de colgar. Por fin encendió un cigarro, y fumó con gusto. Indicando el teléfono, se rió entre dientes.)

Ése fue el error que cometió Mr. Quinn. Adelaide Mason, nos invitó a comer mañana.

TC: ¿Y quién es Mrs. Mason?

Jake: Miss Mason. Una cocinera bárbara.

TC: Pero, ¿además de eso?

Jake: Addie Mason era lo que yo estaba esperando. Alguien que me trajera suerte.

Sabe, el padre de mi mujer era un ministro metodista. Insistía en que toda la familia fuera a la iglesia. Yo me zafaba siempre que podía, y después que ella murió ya no fui más. Pero hace unos seis meses, el Departamento estuvo a punto de cerrar este caso. Habíamos gastado mucho tiempo y mucho dinero. Y no teníamos ningún resultado: no había caso. Ocho asesinatos, y ni una sola pista que relacionara a las víctimas o que produjera una sombra de motivación. Nada. Excepto esos tres féretros tallados a mano. Me dije: ¡No! ¡No! ¡No puede ser! Hay una mente detrás de todo esto. Empecé a ir a la iglesia. No hay otra cosa que hacer los domingos aquí, de todos modos. Ni siquiera un campo de golf. Y recé: "Por favor, Dios mío, no permitas que este hijo de perra se salga con la suya".

En la calle principal hay un café llamado Okay. Todos saben que allí pueden encontrarme todas las mañanas entre las ocho y las diez. Desayuno en el reservado del rincón, y me quedo leyendo los diarios y charlando con los comerciantes locales, que entran a tomar una taza de café. El Día de Acción de Gracias estaba desayunando, como siempre. Estaba solo, pues era feriado, y me sentía bastante deprimido. El Departamento estaba presionando para que cerrara el caso y me fuera. ¡Por Dios, no era porque no me alegrara de salir de este maldito pueblo! Nada hubiera querido más. Pero la idea de abandonar, de dejar que ese diablo bailara alrededor de las tumbas me enfermaba. Una vez, pensando en eso, vomité. De verdad.

Bueno, de repente Adelaide Mason entró en el café. Vino directamente a mi mesa. La había visto varias veces, pero nunca había hablado con ella, en realidad. Es maestra de escuela, de primer grado. Vive aquí con su hermana, Marylee, que es viuda. Addie Mason dijo: "Mr. Pepper, ¿no piensa pasar el Día de Acción de Gracias en el café Okay? Si no tiene otros planes, ¿por qué no come con nosotras? Con mi hermana y conmigo, nadie más". Addie no es una mujer nerviosa pero, a pesar de sus

sonrisas y de su cordialidad, parecía, bueno, un tanto aturdida. Pensé: A lo mejor no considera propio que una mujer soltera invite a un hombre sin compromiso, que apenas conoce, a su casa. Pero antes de poder decir sí o no, ella dijo: "Para decirle la verdad, Mr. Pepper, tengo un problema. Algo que quiero hablar con usted. Esto nos dará la oportunidad. ¿Le viene bien al mediodía?".

Nunca comí mejor; en lugar del tradicional pavo, sirvieron pichones con arroz de la India y un buen champagne. Durante la comida, Addie mantuvo la conversación de manera muy entretenida. No parecía nerviosa, pero su hermana, sí. Después de comer nos sentamos en la sala a tomar café y coñac. Addie se excusó, y al volver traía…

TC: ¿Me permite dos adivinanzas?

Jake: Me lo entregó y me dijo: "De esto quería hablar con usted".

(Con sus delgados labios, Jake hizo un anillo de humo, luego otro. Hasta que suspiró, el único ruido en el cuarto era el del viento, que golpeaba la ventana.)

Usted tuvo un largo viaje. Tal vez deberíamos interrumpir ahora.

TC: ¿Quiere decir que me va a dejar colgado aquí?

Jake: (Muy serio, pero con una de sus sonrisitas traviesamente ambiguas.) Sólo hasta mañana. Creo que debería oír la historia de Addie de ella misma. Venga. Lo acompañaré a su habitación.

(Extraño, pero el sueño me tumbó como si me hubieran golpeado con la cachiporra de un ladrón. Había tenido un largo viaje, problemas de sinusitis, estaba cansado. Pero a los pocos minutos me desperté, o, más bien, entré en una esfera entre el sueño y la vigilia, en que mi mente era un losange de cristal, un instrumento suspendido que reflejaba imágenes que giraban: la cabeza de un hombre entre las hojas, las ventanillas de un auto veteadas de veneno, ojos de serpientes que se deslizaban en medio de vapor de calor, fuego que brotaba de la tierra, puños quemados que llamaban con fuerza a la puerta de un sótano, un alambre tenso que resplandecía al atardecer, un torso en el camino, una cabeza entre hojas, fuego, fuego, fuego que fluía como un río, un río, un río. Entonces suena el teléfono.)

Voz de Hombre: ¿Qué pasa? ¿Va a dormir todo el día?

TC: (las cortinas están corridas, la habitación está a oscuras, no sé dónde estoy, quién soy) ¿Hola?

Voz de Hombre: Soy Jake Pepper. ¿Se acuerda? ¿Un mal tipo? ¿De ruines ojos azules?

TC: ¡Jake! ¿Qué hora es?

Jake: Un poco más de las once. Addie Mason nos espera dentro de una hora. Vaya y dése una ducha. Y póngase algo abrigado. Afuera está nevando. Una nevada fuerte, de copos demasiado espesos para flotar. Caían y cubrían el suelo. Cuando salimos del motel en el auto de Jake, éste puso en funcionamiento los limpiaparabrisas. La calle principal estaba gris y blanca, y vacía, sin vida, excepto por

un solitario semáforo que cambiaba de color. Todo estaba cerrado, hasta el café Okay. La lobreguez, el triste silencio de la nieve, nos influenció. Ninguno de los dos habló. Pero presentí que Jake estaba de buen humor, como si anticipara un acontecimiento agradable. Su cara saludable estaba brillosa, y olía, demasiado, a loción para después de afeitar. Aunque tenía el pelo enmarañado, como de costumbre, estaba vestido cuidadosamente, aunque como para ir a la iglesia. La corbata roja que llevaba era apropiada para una ocasión más festiva. ¿Un pretendiente camino a una cita? Anoche, al oírlo hablar con Miss Mason, se me había ocurrido esa posibilidad. Había cierto tono, cierto timbre, de intimidad. Pero al instante que vi a Adelaide Mason, borré ese pensamiento de mi mente. No importaba lo aburrido y solo que estuviera Jake; la mujer era, simplemente, demasiado fea. Esa fue, al menos mi impresión inicial. Era un poco más joven que su hermana, Marylee Connor, de cuarenta y tantos años, de rostro agradable, pero demasiado fuerte, masculino. El maquillaje sólo habría acentuado esa cualidad, pero, sabiamente, no se pintaba. La limpieza era su rasgo físico más atractivo: su corto pelo castaño, sus uñas, su piel; era como si se bañara con alguna lluvia especial de primavera. Ella y su hermana pertenecían a la cuarta generación de nativos del pueblo, y era maestra desde que terminó la universidad. Con su inteligencia, su carácter y refinamiento, era sorprendente que no hubiera buscado un auditorio más vasto para sus habilidades que un aula llena de niños de seis años. "No", me dijo, "soy muy feliz. Hago lo que me gusta, enseñar en primer grado. Me gusta estar allí, donde comienzan. Y en primer grado enseño todas las materias. Y eso incluye modales. Los modales son muy importantes. Muy pocos niños los aprenden en su casa".

La vieja casa, de construcción irregular, que compartían las hermanas y que habían heredado, reflejaba, en su tranquilidad y tibio confort, con sus civilizados colores lisos y sus "toques" atmosféricos, la personalidad de la más joven de las hermanas, pues Mrs. Connor, si bien era agradable, carecía de la visión selectiva de Adelaide Mason, de su imaginación. La sala, casi toda azul y blanca, estaba llena de plantas floridas y contenía una inmensa pajarera victoriana, en la que vivían una media docena de canarios cantores. El comedor era amarillo, blanco y verde, con piso de madera de pino, sin alfombras, lustrado como un espejo. Un fuego de leños ardía en el hogar. Las dotes de Miss Mason eran mayores aún de lo que sostenía Jake. Sirvió un guisado irlandés extraordinario, y una maravillosa tarta de pasas y manzanas. Para beber vino blanco, vino tinto y champagne. El marido de Mrs. Connor la había dejado en buena posición.

Fue durante la comida que mi impresión original de nuestra anfitriona más joven empezó a cambiar. Sí, era evidente que existía un entendimiento entre Jake y esta dama. Eran amantes. Observándola más atentamente, viéndola, como si fuera, por los ojos de Jake, empecé a apreciar su interés, innegablemente sensual. Era cierto que su

rostro tenía defectos, pero su figura, en el ajustado vestido de jersey gris, era adecuada, lucía bastante bien, en realidad, y ella actuaba como si fuera sensacional, una rival de la estrella de cine más atractiva. El balanceo de sus caderas, el movimiento suelto de sus pechos como frutas, su voz de contralto, la fragilidad de sus gestos, todo era muy seductor, muy femenino sin ser afeminado. Su poder residía en su actitud: se comportaba como si creyera que era irresistible, y fueran cuales fuesen sus oportunidades, el estilo de la mujer implicaba una historia erótica completa, incluso con notas al pie de página. Al terminar la comida, Jake la miró como si quisiera llevarla directamente al dormitorio: la tensión entre ellos era tan fuerte como el alambre de acero que había decapitado a Clem Anderson. Sin embargo, Pepper desenvolvió un cigarro, que Miss Mason encendió. Me reí.

Jake: ¿Eh?

TC: Es como una novela de Edith Wharton, *La casa de la alegría*, donde las damas no hacen más que encender los cigarros de los caballeros.

Mrs. Connor (a la defensiva): Es la costumbre local. Mi madre siempre encendía los cigarros de mi padre. Aunque le disgustaba el aroma. ¿No es verdad Addie?

Addie: Sí, Marylee. Jake, ¿quieres más café?

Jake: Quédate quieta Addie. No quiero nada. Fue una comida maravillosa, y es hora de que te tranquilices. ¿Addie? ¿Qué te parece el aroma?

Addie (casi ruborizándose): Me gusta el aroma de un buen cigarro. Si fumara, elegiría cigarros.

Jake: Addie, volvamos al Día de Acción de Gracias pasado. Estábamos sentados como ahora.

Addie: ¿Y te mostré el féretro?

Jake: Quiero que cuentes la historia a mi amigo. Tal como me la contaste a mí.

Mrs. Connor (echando hacia atrás la silla): ¡Por favor! ¿Debemos hablar de eso? ¡Siempre! ¡Siempre! Tengo pesadillas.

Addie (levantándose, abrazando a su hermana): Está bien Marylee. No hablaremos del asunto. Iremos a la sala y puedes tocar el piano para nosotros.

Mrs. Connor: Es tan repugnante. (Mirándome.) Usted debe pensar que soy una tonta. No hay duda de ello. Y además, he tomado demasiado vino.

Addie: Necesitas un sueñecito, querida.

Mrs. Connor: ¿Un sueñecito? Addie, ¿cuántas veces quieres que te lo diga? Tengo pesadillas. (Sobreponiéndose.) Por supuesto. Un sueñecito. Discúlpenme, por favor. (Al irse su hermana, Addie se sirvió otro vaso de vino tinto, lo levantó, dejando que el brillo del hogar destacara los destellos escarlatas. Sus ojos pasaron del fuego al vino, luego a mí. Tenía ojos pardos, pero las distintas iluminaciones —el fuego, las velas sobre la mesa— los colorearon, haciéndolos amarillo felino. A lo lejos, los canarios enjaulados cantaban, y la nieve, que se veía caer por las ventanas como si

fuera encaje roto, acentuaba el bienestar interior, la tibieza del fuego, el rojo del vino.)

Addie: Mi historia.

Tengo cuarenta y cuatro años, nunca estuve casada. He recorrido el mundo dos veces, trato de ir a Europa verano por medio, pero es justo decir que con excepción de un marinero borracho que se enloqueció y trató de violarme en un barco sueco, nada extraño me ha sucedido hasta este año, la semana antes del Día de Acción de Gracias.

Mi hermana y yo tenemos una casilla de correos, no porque recibamos mucha correspondencia, sino porque estamos suscriptas a muchas revistas. De todos modos, de regreso a casa de la escuela me detuve a buscar la correspondencia, y encontré un paquete en la casilla, bastante grande, pero muy liviano. Estaba envuelto en un papel madera arrugado que tenía el aspecto de haber sido usado antes, y atado con cordel viejo. El sello era local. Estaba dirigido a mí. Mi nombre estaba claramente impreso en tinta negra, espesa. Aun antes de abrirlo, pensé: "¿Qué clase de porquería es esto?". Por supuesto, usted está enterado de los féretros, ¿no?

TC: He visto uno, sí.

Addie: Pues yo no sabía nada de ellos. Nadie sabía nada. Era un secreto entre Jake y sus agentes.

(Guiñó un ojo a Jake y, echando la cabeza hacia atrás, tomó el resto del vino de un trago, con gracia sorprendente y una agilidad que reveló una garganta encantadora. Jake, devolviéndole el guiño, echó un anillo de humo en su dirección, y el óvalo vacío, flotando por el aire, pareció llevar un mensaje erótico.)

En realidad, no abrí el paquete hasta esa noche, tarde. Porque cuando llegué a casa encontré a mi hermana al pie de la escalera. Se había caído y recalcado un tobillo. Vino el médico. Hubo un gran revuelo. Me olvidé del paquete hasta después de acostarme. Entonces pensé: Bueno, puede esperar hasta mañana. Ojalá hubiera respetado esa decisión. Por lo menos, no habría perdido una noche de sueño. Porque… porque fue un shock. Una vez recibí una carta anónima, realmente atroz, especialmente porque mucho de lo que decía era verdad. (Riendo, volvió a llenar su vaso.) No fue el féretro el que me impresionó. Fue la foto, muy reciente, tomada en los escalones del correo. Me pareció una intrusión, un robo, que me sacaran una foto sin que me diera cuenta. Comprendo a esos africanos que huyen de las cámaras, pues temen que el fotógrafo quiera robarles el espíritu. Estaba impresionada, pero no asustada. Mi hermana fue la que se asustó. Cuando le mostré el pequeño obsequio, dijo "¿No crees que tendrá algo que ver con lo otro?". "Lo otro" se refería a lo que ha pasado aquí estos últimos cinco años: asesinatos, accidentes, suicidios, lo que sea. Depende de con quién habla uno. Yo traté de no preocuparme, y lo puse en la misma categoría que la carta anónima, pero cuanto más pensaba en el asunto, se me ocurría

que mi hermana había dado en la tecla. El paquete no me había sido enviado por alguna mujer celosa, alguien que simplemente me deseara el mal. Era obra de un hombre. Un hombre había tallado ese féretro. Un hombre de dedos fuertes había escrito mi nombre en ese paquete. Y se trataba de una amenaza. Pero, ¿por qué? Pensé: a lo mejor Mr. Pepper sabe por qué.

Yo conocía a Mr. Pepper. A Jake. En realidad estaba enamorada de él.

Jake: No te apartes del tema.

Addie: No lo hago. Utilicé la historia para atraerte a mi cubil.

Jake: Eso no es verdad.

Addie (tristemente, su voz en aburrido contrapunto con las serenatas de los canarios): No, no es verdad. Porque cuando decidí hablar con Jake, había llegado a la conclusión de que alguien, en realidad, intentaba matarme, y tenía idea de quién era, a pesar de que el motivo parecía tan improbable, tan trivial.

Jake: No es improbable ni trivial, una vez que se ha estudiado el estilo de la bestia.

Addie (sin prestarle atención, e impersonalmente, como si estuviera recitando una tabla de multiplicación a sus alumnos): Todo el mundo conoce a todo el mundo. Eso es lo que dicen acerca de la gente de los pueblos. Yo nunca he visto a los padres de algunos de mis alumnos. Todos los días paso al lado de personas que son perfectos extraños. Soy bautista, y nuestra congregación no es grande, pero hay algunos miembros en ella cuyos nombres no podría decir aunque me apuntaran con un revólver a la cabeza.

Voy a esto: cuando empecé a pensar en la gente que había muerto, me di cuenta de que los conocía todos. Excepto a la pareja de Tulsa que se alojaba en lo de Ed Baxter y su mujer…

Jake: Los Hogan.

Addie: Sí. Bueno no son parte del caso, de todos modos. Espectadores que quedaron atrapados en un infierno. Literalmente.

Aunque ninguna de las víctimas había sido un amigo íntimo, con la excepción tal vez de Clem y Amy Anderson. Sus hijos fueron alumnos míos.

Pero conocía a los otros: a George y Amelia Roberts, a los Baxter, al doctor Parsons. Los conocía bastante bien. Por una sola razón. (Miró su vino, observando sus fluctuaciones color rubí, como una gitana que consulta un brumoso cristal, un vidrio fantasmal.) El río. (Se llevó la copa a los labios, y nuevamente la vació de un solo trago, sin esfuerzo.) ¿Ha visto el río? ¿Todavía no? Bueno, ésta no es la mejor época del año, pero en verano es muy lindo. Lo más lindo de esta zona, de lejos. Lo llamamos río Azul. Es azul, no como el Caribe, pero igualmente límpido, con fondo de arena, muy sereno para nadar. Nace en esas montañas al norte y atraviesa las llanuras y estancias. Es nuestra fuente principal de irrigación, y tiene dos afluentes,

ríos mucho más chicos, uno llamado Hermano Mayor, y el otro Hermano Menor.

El problema empezó por los afluentes. Muchos granjeros, que dependían de ellos, pensaban que se debería desviar el río Azul para aumentar el caudal de los afluentes. Naturalmente, los granjeros cuyas tierras eran irrigadas por el río Principal, se opusieron a esta propuesta. El que más se opuso fue Bob Quinn, propietario de la estancia B.Q., atravesada Por los brazos más anchos y profundos del río Azul.

Jake (escupiendo en el hogar): Robert Hawley Quinn, el caballero.

Addie: Se trataba de una pelea que hacía décadas que estaba latente. Todos sabían que lo más lógico era alimentar los dos tributarios, incluso a expensas del río Azul (desde el punto de vista del aprovechamiento y de la belleza). Pero la familia Quinn y otros propietarios de la zona siempre se las habían ingeniado, mediante alguna treta, para impedir que se hiciera nada.

Luego tuvimos dos años de sequía, eso tornó crítica la situación. Los granjeros que dependían, para vivir, de los afluentes, estaban desesperados, y empezaron a gritar. La sequía los había perjudicado mucho, perdieron gran cantidad de ganado, de modo que empezaron a exigir una parte del río Azul. Finalmente el concejo municipal decidió designar una comisión especial para resolver el asunto. No sé cómo se eligieron los miembros de la comisión. Yo no tenía ninguna condición especial. Recuerdo que el viejo juez Hatfield —está retirado ahora y vive en Arizona — me llamó por teléfono para preguntarme si quería formar parte. Eso fue todo. Tuvimos nuestra primera reunión en la sala del concejo del palacio de justicia en enero de 1970. Los otros miembros de la comisión eran Clem Anderson, George y Amelia Roberts, el doctor Parsons, los Baxter, Tom Henry y Oliver Jaeger…

Jake (a mí): Jaeger. El jefe de correos. Un loco hijo de puta.

Addie: No es loco en realidad. Dices eso porque…

Jake: Porque es loco, en realidad.

(Addie estaba desconcertada. Miró su copa de vino, se dirigió a llenarla nuevamente, encontró la botella vacía, y luego sacó de una carterita, que convenientemente descansaba sobre su falda, una linda cajita de plata, llena de píldoras azules. Valium. Tomó una con un sorbo de agua. ¿Jake había dicho que Addie no era una mujer nerviosa?)

TC: ¿Quién es Tom Henry?

Jake: Otro loco. Más loco que Oliver Jaeger. Es dueño de una estación de servicio.

Addie: Sí, éramos nueve. Nos reunimos una vez por semana durante dos meses. Ambas partes enviaron expertos para atestiguar. Vinieron muchos de los granjeros, para hablar con nosotros y presentar su propio caso. Pero Mr. Quinn no compareció. Nunca oímos ni una palabra de Bob Quinn, a pesar de que, como propietario de la estancia B.Q. tenía más que perder que nadie si decidíamos desviar "su" río. Yo

pensé: Es demasiado importante para perder el tiempo con una comisión tan insignificante como la nuestra. Él, que sólo hablaba con el gobernador, los senadores, creyendo que se los había metido a todos en el bolsillo. Lo que nosotros decidiéramos no importaba. Sus amigos poderosos lo vetarían.

Pero no sucedió de esa manera. Decidimos desviar el río Azul exactamente en el lugar en que entraba en la propiedad de Quinn; eso no lo dejaba sin río, por supuesto, sólo que ya no lo tendría sólo para él.

La decisión habría sido unánime si Tom Henry no se hubiera opuesto. Tienes razón, Jake. Tom Henry es loco. El voto fue ocho a uno. Y fue una decisión tan popular, un veredicto que no perjudicaba a nadie, sino que beneficiaba a muchos, que los compinches políticos de Quinn no podían hacer nada al respecto, si es que querían seguir en el gobierno. Unos días después de la decisión encontré a Bob Quinn en la oficina de correos. Me saludó sacándose el sombrero exageradamente, sonriendo, y preguntándome cómo estaba. Yo no esperaba que me escupiera, pero nunca me había saludado con tanta cortesía. No era posible suponer que me guardaba rencor. Era un disparate pensarlo.

TC: ¿Cómo es este Mr. Quinn?

Jake: ¡No se lo digas!

Addie: ¿Por qué no?

Jake: Porque no.

(Poniéndose de pie caminó hasta el hogar y arrojó lo que quedaba de su cigarro al fuego. Se quedó de espaldas al fuego, con las piernas levemente separadas, los brazos cruzados. Nunca había pensado que Jake pudiera ser vano, pero era evidente que estaba posando, intentando parecer atractivo, cosa que lograba. Reí.)

Jake: ¿Eh?

TC: Ahora es como una novela de Jane Austen. En sus novelas los caballeros atractivos siempre se calientan la cola de pie ante el hogar de leños.

Addie (riendo): ¡Oh Jake, es verdad, es verdad!

Jake: Nunca leo literatura femenina. Nunca lo he hecho. Nunca lo haré.

Addie: Sólo por eso, abriré otra botella de vino, y me la beberé toda yo.

(Jake regresó a la mesa y se sentó al lado de Addie; tomó una de sus manos entre las de él y entrecruzó los dedos. Esto la turbó visiblemente: se ruborizó, y le salieron manchas rojas en el cuello. Él no pareció darse cuenta de la existencia de ella, ni de lo que hacía. Me miraba, como si estuviéramos solos.)

Jake: Sí, lo sé. Ahora que ha oído todo esto está pensando; bueno, el caso está solucionado: Mr. Quinn es el autor. Eso es lo que yo pensé. El año pasado, después que Addie me dijo todo esto, salí de aquí enloquecido de alegría, como un oso picado por las avispas. Fui directamente a la ciudad. A pesar de que era el Día de Acción de Gracias, esa misma noche tuvimos una reunión plenaria en el Departamento. Expuse

todo el caso: éste es el motivo, éste es el tipo. Nadie hizo ninguna objeción, excepto el jefe. Dijo: "No tan rápido, Pepper. El tipo que estás acusando tiene peso. Por otra parte, ¿qué pruebas tienes? Todas son especulaciones. Suposiciones". Todos estuvieron de acuerdo con él. Dijeron: "¿Dónde está la evidencia?".

Me puse tan furioso que empecé a gritar. Dije:"¿Para qué diablos creen que estoy aquí? Tenemos que colaborar todos juntos y fabricar la evidencia. Sé que Quinn es el asesino". El jefe dijo: "Yo tendría cuidado a quién diría eso. Podrían despedirnos a todos si empiezas a abrir la boca".

Addie: Al día siguiente Jake volvió a casa, y ojalá le hubiera sacado una foto. Como maestra he tenido que alentar a muchos niños, pero nunca he visto a nadie tan triste como tú, Jake.

Jake: No tenía razones para estar contento. Eso es un hecho. El Departamento me respaldó. Empezamos a estudiar detalladamente la vida de Robert Hawley Quinn desde el año uno. Pero deberíamos movernos con muchísimo cuidado, pues el jefe se sobresaltaba por nada. Yo quería una orden de allanamiento para revisar la estancia B.Q., las casas, la propiedad entera. Denegada. Ni siquiera me permitía interrogar al hombre…

TC: ¿Sabía Quinn que sospechaban de él?

Jake (con un resoplido): Inmediatamente. Alguien del despacho del gobernador se lo dijo. Probablemente, el gobernador mismo. O los tipos de nuestro Departamento. Ellos también se lo habrán dicho. No confío en nadie. En nadie relacionado con el caso.

Addie: El pueblo entero lo supo en seguida.

Jake: Gracias a Oliver Jaeger. Y a Tom Henry. Ésa es culpa mía. Como los dos habían formado parte de la comisión del río, sentí que era mi responsabilidad advertirles, hablar de Quinn, ponerlos en aviso acerca de los féretros. Ambos me prometieron que lo considerarían un asunto confidencial. Fue lo mismo que reunir a todo el pueblo y hablarle del caso.

Addie: En la escuela, uno de mis alumnos levantó la mano y dijo: "Mi papá dijo a mi mamá que alguien le mandó un cajón, como para el cementerio. Dijo que fue Mr. Quinn". Yo le dije: "Oh, Bobby, tu papá le estaba haciendo una broma a tu mamá".

Jake: ¡Una de las bromas de Oliver Jaeger! Ese hijo de puta llamó a todo el mundo. ¿Y dices que no está loco?

Addie: Tú crees que está loco porque él cree que tú estás loco. Cree, sinceramente, que estás equivocado. Que estás persiguiendo a un inocente. (Mirando a Jake, pero dirigiéndose a mí.) Oliver nunca ganaría un premio de belleza o de inteligencia. Pero es una persona racional. Un chismoso, pero de buen corazón. Está emparentado con la familia Quinn. Bob Quinn es primo segundo de él. Ésa puede ser la razón de su posición. Oliver dice, igual que muchos, que aun si existiera alguna

relación entre la decisión de la comisión de río Azul y las muertes ocurridas aquí, eso no quiere decir que haya que acusar a Bob Quinn. Él no es el único propietario afectado. ¿Y Walter Forbes? ¿Jim Johanssen? La familia Throby. Los Miller. Los Riley. ¿Por qué acusar a Bob Quinn? ¿Qué circunstancias especiales lo señalan a él?

Jake: Él lo hizo.

Addie: Sí, él lo hizo. Eso lo sabemos. Pero ni siquiera puedes probar que él compró las víboras de cascabel. Y aunque lo hicieras…

Jake: ¿Puedo tomar un whisky?

Addie: Inmediatamente se lo sirvo, señor. ¿Algo más?

Jake (Addie ha salido a servir la bebida): Tiene razón. No podemos probar que compró las serpientes, aunque sabemos que lo hizo. Yo siempre supuse que esas víboras provenían de un criadero, de esos lugares donde las crían por el veneno; lo venden a los laboratorios. La mayoría está en Florida y Texas, aunque hay criaderos de víboras en todo el país. Todos estos últimos años enviamos cartas a la mayoría, sin recibir una sola respuesta.

Pero yo tenía la sospecha que venían de Texas. Era lógico. ¿Para qué ir más lejos, cuando podía encontrar lo que necesitaba en el Estado vecino? Bueno, no bien entró Quinn en el caso, decidí volver a empezar desde cero con el asunto de las víboras, asunto en el que no nos habíamos concentrado lo suficiente, porque requería una investigación personal y viáticos. Cuando hay que convencer al jefe de que hay que gastar dinero, uno se estrella contra una pared. Pero yo conocía a un tipo, un investigador viejo, que trabaja en el Departamento en Texas; me debía un favor. Así que le mandé algunos materiales: unas fotos de Quinn que había juntado, y fotos de las víboras. Las nueve colgadas de una soga después que las matamos.

TC: ¿Cómo las mataron?

Jake: A tiro. Les volamos la cabeza.

TC: Yo maté una vez una cascabel en una oportunidad. Con un rastrillo.

Jake: No creo que hubiera podido matar a éstas con un rastrillo. Ni meterles un solo diente. La más pequeña medía más de dos metros.

TC: Eran nueve. Y nueve miembros los de la comisión del río Azul. Una interesante coincidencia.

Jake: Bill, mi amigo de Texas, es un tipo decidido. Recorrió Texas de punta a punta; pasó sus vacaciones visitando criaderos de víboras, hablando con los criadores. Hace como un mes me llamó y me dijo que creía haber localizado a la persona: una señora de García, una texana-mexicana dueña de un criadero cerca de Nogales. Como a diez horas de auto desde aquí. Yendo a ciento veinte por hora. Bill me dijo que me esperaría allí.

Addie fue conmigo. Viajamos de noche, y desayunamos con Bill en el Hollyday Inn. Luego visitamos a la señora de García. Algunos de estos criaderos de víboras son

atracciones turísticas, pero el de ella no era de ese tipo. Estaba lejos de la carretera, y era bastante pequeño, aunque tenía unos especimenes impresionantes. Mientras estuvimos allí, arrastraba esas enormes víboras, se las enroscaba en el cuello, a los brazos, y reía. Tenía dientes de oro macizo. Al principio pensé que era un hombre. Su físico parecía el de Pancho Villa, y llevaba *breeches* de vaquero, con bragueta.

Tenía cataratas en un ojo, y el otro no parecía en muy buen estado, pero no dudó en identificar a Quinn en las fotos. Dijo que visitó su casa en junio o julio de 1970 (los Roberts murieron el 5 de septiembre de 1970), acompañado por un mexicano joven. Llegaron en un camión pequeño, con patente de México. La señora García no habló con Quinn, ni él dijo una sola palabra, según ella. No hizo más que escuchar, mientras la mujer trataba con el mexicano. Dijo que no era su política interrogar a un cliente y preguntarle cuáles eran sus razones para comprar su mercadería, pero el mexicano le dio la información voluntariamente. Quería una docena de víboras adultas para usar en una ceremonia religiosa. Eso no la sorprendió, dijo que la gente a menudo compraba víboras para rituales. Pero el mexicano quería que le garantizara que las víboras que compraba atacarían y matarían a un toro de quinientos kilos. Ella dijo que sí, que era posible, si se les inyectaba alguna droga, algún estimulante anfetamínico, antes de ponerlas en contacto con el toro.

Le enseñó cómo hacerlo, mientras Quinn observaba. Nos enseñó también a nosotros. Usó un palo, el doble de largo que una fusta, y flexible como vara de sauce; tenía un lazo de cuero en la punta. Tomaba a la víbora de la cabeza, en el lazo, la alzaba en el aire, y con una jeringa las pinchaba en la panza. Permitió que el mexicano practicara un rato. Los hizo muy bien.

TC: ¿Había visto antes al mexicano?

Jake: No. Le pedí que lo describiera, pero me hizo la descripción de cualquier mexicano típico entre veinte y treinta años. Le pagó. Ella metió las víboras en cajas separadas, y se marcharon.

La señora de García era una señora muy servicial y cooperadora. Hasta que le hicimos la pregunta importante: ¿juraría por escrito que Robert Hawley Quinn era uno de los dos hombres que le habían comprado una docena de víboras de cascabel un cierto día de verano de 1970? Entonces se tornó agria. Dijo que no firmaría nada.

Le dije que esas víboras habían sido usadas para matar a dos personas. Le hubiera visto la cara. Se metió en la casa, cerró las puertas y bajó las persianas.

TC: Una declaración jurada de la mujer. Eso no habría tenido mucho peso legal.

Jake: Hubiera sido algo con qué carearlo: una apertura. Es casi seguro que fue el mexicano el que puso las víboras en el auto de los Roberts, contratado, naturalmente, por Quinn. ¿Sabe una cosa? Apuesto a que ese mexicano está muerto y enterrado en alguna llanura solitaria. Cortesía de Mr. Quinn.

TC: Pero debe de haber algo, en la vida de Mr. Quinn, que indique que era capaz

de violencia psicótica. (Jake asintió un largo rato.)

Jake: El caballero estaba muy familiarizado con el homicidio. (Addie volvió con el whisky. Él le agradeció, y le dio un beso en la mejilla. Ella se sentó a su lado, y volvieron a tomarse de la mano, entrecruzando los dedos.) Los Quinn son una de las familias más antiguas de aquí. Bob Quinn es el mayor de tres hermanos. Todos son propietarios del establecimiento B.Q., pero él es el jefe.

Addie: No, la jefa es su mujer. Se casó con su prima hermana, Juanita Quinn. Su madre era española, y tiene el genio de un tamal picante. El primer hijo murió al nacer, y se negó a tener otro. Se sabe, sin embargo, que Bob Quinn tiene hijos. Con otra mujer en otro pueblo.

Jake: Fue héroe de guerra. Coronel de la infantería de Marina en la Segunda Guerra Mundial. Él nunca habla de eso, pero la gente dice que Bob Quinn solo mató más japoneses que la bomba de Hiroshima.

Pero justo después de guerra cometió unos asesinatos que no fueron tan patrióticos. Una noche, tarde, llamó al sheriff para que fuera a B.Q. a buscar un par de cadáveres. Adujo que encontró a dos hombres hurtando ganado, y los mató de un tiro. Ése fue su cuento, que nadie contradijo, por lo menos públicamente. Pero la verdad es que esos hombres no eran ladrones de ganado. Eran jugadores de Denver, y Quinn les debía un montón de dinero. Vinieron a cobrar, pues así se les había prometido. Pero recibieron el pago en plomo.

TC: ¿Lo ha interrogado al respecto alguna vez?

Jake: ¿A quién?

TC: A Quinn.

Jake: Hablando estrictamente, nunca lo he interrogado. (Su peculiar sonrisa cínica curvó sus labios; hizo tintinear el hielo en el vaso, bebió un poco, y rió entre dientes, como si quisiera aclararse la garganta.)

Últimamente, he hablado mucho con él. Pero en estos cinco años que hace que estoy en el caso, no lo había conocido. Lo había visto. Sabía quién era.

Addie: Pero ahora son íntimos. Buenos amigos.

Jake: ¡Addie!

Addie: Es una broma, Jake.

Jake: No es asunto de bromas. Ha sido una tortura para mí.

Addie (apretándole la mano): Lo sé. Perdón. (Jake terminó la bebida, y depositó el vaso con fuerza sobre la mesa.)

Jake: Tener que mirarlo. Que escucharlo. Que reírme de sus cuentos groseros. Lo odio. Él me odia. Ambos lo sabemos.

Addie: Te traigo otro whisky.

Jake: No te vayas.

Addie: Iré a ver a Marylee. Asegurarme de que está bien.

Jake: No te vayas.

(Pero Addie quería alejarse del cuarto, pues estaba incómoda con la furia de Jake, la ira entumecida que se reflejaba en su rostro.)

Addie (mirando por la ventana): Ha dejado de nevar.

Jake: El café Okay está siempre lleno de gente los lunes a la mañana. Después del fin de semana todo el mundo pasa para ponerse al día con las noticias. Los ganaderos, los hombres de negocios, el sheriff y su pandilla, gente del palacio de justicia. Pero ese lunes —el lunes después del Día de Acción de Gracias— el lugar estaba atestado, los tipos apeñuscados chismeando como un montón de mujeres. Se imagina de qué. Gracias a Tom Henry y a Oliver Jaeger, que se habían pasado todo el fin de semana desparramando la noticia, diciendo que el tipo del Departamento, el tal Jake Pepper, acusaba a Bob Quinn de asesinato. Yo estaba sentado en mi reservado, haciendo como que no me daba cuenta. Pero no pude seguir simulando cuando vi entrar a Bob Quinn en persona. Se pudo oír cómo todo el mundo contenía el aliento.

Se metió en un reservado junto al sheriff. El sheriff lo abrazó y rió, y gritó como vaquero. La mayoría de los presentes lo imitó, todos dieron un alarido de júbilo, vivando a Bob. Sí, señor, el café Okay, en un ciento por ciento, respaldaba a Bob Quinn. Tuve la impresión de que, aunque pudiera probar que este tipo era un criminal múltiple, me lincharían antes de que pudiera arrestarlo.

Addie (llevándose una mano a la frente, como si le doliera la cabeza): Tiene razón. Bob Quinn tiene al pueblo entero de su lado. Ésa es una de las razones por las que mi hermana no quiere que hablemos del asunto. Dice que Jake está equivocado. Que Mr. Quinn es un buen hombre. Su teoría es que el doctor Parsons fue el responsable de los crímenes, y que por eso se suicidó.

TC: Pero el doctor Parsons hacía mucho que estaba muerto cuando usted recibió el féretro.

Jake: Marylee es un encanto, pero no es muy inteligente. Perdón, Addie, pero es así.

(Addie sacó la mano de la de Jake: un gesto admonitorio, aunque no severo. De todos modos, dejó libre a Jake, que se puso de pie y empezó a caminar. Sus pisadas hacían eco en las tablas del piso tan bien lustradas.)

Volvamos al café Okay. Cuando me iba, el sheriff me tomó de un brazo. Es un irlandés hijo de puta, bastante atrevido. Y torcido como los dedos de los pies del diablo. Me dijo: "Eh, Jake, quiero que conozca a Bob Quinn. Bob, te presento a Jake Pepper. Del Departamento". Estreché la mano de Quinn. Quinn dijo: "He oído mucho de usted. Me han dicho que juega al ajedrez. No tengo muchas oportunidades de jugar. ¿Qué le parece si nos reunimos?". Le dije que sí, seguro, y él dijo:"¿Le parece bien mañana? Venga como a las cinco. Tomaremos un trago y jugaremos un par de partidas". Así empezó. Fui a B.Q. a la tarde siguiente. Jugamos durante dos horas. Es

mejor jugador que yo, pero le gané varias veces, como para que la cosa fuera interesante. Es parlanchín. Habla de cualquier cosa: política, mujeres, sexo, pesca de trucha, mover los intestinos, su viaje a Rusia, si es mejor criar ganado o plantar trigo, tomar gin o vodka, Johnny Carson, su safari al África, la religión, la Biblia, Shakespeare, el genio del general MacArthur, la caza del oso, las putas de Reno comparadas con las de las Vegas, la Bolsa de valores, enfermedades venéreas, si los copos de maíz son mejores que los de trigo, el oro que los diamantes; la pena capital (que aprueba con entusiasmo), fútbol, béisbol, básquetbol, de cualquier cosa. De cualquier cosa, excepto de la razón por la que estoy anclado en este pueblo.

TC: ¿Quiere decir que no discute el caso?

Jake (deteniéndose): No sólo no discute el caso. Se porta como si no existiera. Yo hablo del caso pero él no reacciona. Le enseñé las fotos de Clem Anderson con la esperanza de causarle una impresión y obligarlo a reaccionar. De alguna forma. Pero no hizo más que mirar el tablero, hacer una jugada, y contar una historia subida de color. De modo que Mr. Quinn y yo jugamos una partida varias tardes a la semana desde hace meses. En realidad, hoy mismo iré más tarde. Y usted (me señala con el dedo) vendrá conmigo.

TC: ¿Soy bienvenido?

Jake: Lo llamé esta mañana. Lo único que preguntó fue: "¿Juega al ajedrez?".

TC: Sí, pero preferiría observar.

(Se desmoronó un leño, y el chisporroteo hizo que fijara la atención en el hogar. Me puse a observar el ronroneo de las llamas y a pensar en por qué había prohibido que Addie describiera a Quinn, que me dijera cómo era. Traté de imaginario; no pude. Más bien, recordé el pasaje de Mark Twain que Jake me había leído en voz alta: "De todas las criaturas, el hombre es la más detestable… el único en poseer malignidad… la única criatura con una mente desagradable". La voz de Addie me rescató de mi arriesgado ensueño.)

Addie: Oh, vuelve a nevar. Pero no fuerte. Los copos flotan. (Entonces, como si la reanudación de la nieve le hubiera inspirado el tema de la mortalidad, de la evaporación del tiempo.) Sabe, han pasado casi cinco meses. Eso es mucho para él. Por lo general, no espera tanto.

Jake (molesto): Addie, ¿qué es esto?

Addie: Mi féretro. Han pasado casi cinco meses. Y, como digo, nunca espera tanto.

Jake: ¡Addie! Yo estoy aquí. No te pasará nada.

Addie: Por supuesto, Jake. Pienso en Oliver Jaeger. ¿Cuándo recibirá su féretro? Piensa que Oliver es el jefe de correos. Un día, clasificando la correspondencia… (De repente su voz, sorprendentemente, se vuelve temblorosa, vulnerable, añorante, de tal manera que acentúa el alegre trino de los canarios.) Bueno, no será muy pronto.

TC: ¿Por qué no?

Addie: Porque primero Quinn deberá llenar mi féretro.

Eran más de las cinco cuando partimos. El aire estaba quieto, sin nieve, resplandeciente por las brasas del ocaso y el primer pálido resplandor de la luna, una luna llena que subía por el horizonte como una blanca rueda redonda, o una máscara amenazante, blanca y sin facciones, que atisbaba por las ventanillas del auto. Al final de la calle principal, antes que la población se vuelva llanura, Jake indicó una estación de servicio: —La estación de Tom Henry. Tom Henry, Addie, Oliver Jaeger, son los únicos que quedan de la comisión del río Azul. Le dije que Tom Henry es loco. Es verdad. Pero un loco con suerte. Votó contra los demás. Eso lo exime. No habrá féretro para Tom Henry.

TC: Un féretro para Dimitrios.

Jake: ¿Qué dice?

TC: Es un libro de Eric Ambler. Una novela de misterio.

Jake: ¿Novela? (Asentí, él hizo una mueca.) ¿Usted lee esas porquerías?

TC: Graham Greene era un escritor de primera. Hasta que el Vaticano se apoderó de él. Después, ya no volvió a escribir nada tan bueno como Brighton Rock. Me gusta Agatha Christie, me encanta. Y Raymond Chandler es un gran estilista, un poeta. Aunque sus argumentos sean un lío.

Jake: Porquerías. Esos tipos son soñadores. Se sientan ente una máquina de escribir y se masturban. No hacen otra cosa.

TC: De modo que no habrá féretro para Tom Henry. ¿Y para Oliver Jaeger?

Jake: Recibirá el suyo. Una mañana, recorriendo la estafeta, lo encontrará. Un paquete envuelto en papel madera, con su propio nombre. Se olvidará de que son primos. Se olvidará de que ha puesto una aureola alrededor de la cabeza de Bob Quinn. San Bob no lo va a soltar después de unos pocos avemarías. Conozco a San Bob. Es posible que haya usado su cuchillo de tallar, y haya metido la foto de Oliver Jaeger dentro de un cajoncito…

(La voz de Jake cesó de hablar y, como si se tratara de una acción correlacionada, su pie presionó el pedal del freno: el auto patinó, viró bruscamente, se enderezó; seguimos camino. Me di cuenta de lo que había pasado. Se había acordado, igual que yo, del patético comentario de Addie: "…Primero Quinn deberá llenar mi féretro". Intenté no decir nada, pero se me soltó la lengua.)

TC: Pero eso significa…

Jake: Mejor encender los faros.

TC: Eso significa que Addie morirá.

Jake: ¡Diablos, no! ¡Sabía que iba a salirme con ésa! (Golpeó el volante con la palma de la mano.) He construido una pared alrededor de Addie. Le he dado una pistola reglamentaria, calibre 38, y le he enseñado a usarla. Puede darle a un hombre

entre los ojos a cien metros. Ha aprendido karate y sabe romper una madera con un golpe de la mano. Addie es lista; no la podrá engañar. Y yo estoy aquí. Vigilándola. Vigilo a Quinn, también. Y otras personas lo hacen.

(Una emoción fuerte, un temor rayano en el terror, puede demoler la lógica de un hombre tan lógico como Jake Pepper, cuyas precauciones no habían salvado la vida a Clem Anderson. Yo no estaba dispuesto a discutir el punto con él, especialmente dado su estado de ánimo irracional de ese momento, pero ¿por qué, si daba por sentado de Oliver Jaeger estaba condenado, tenía tanta seguridad de que Addie no lo estaba? ¿Que no sería atacada? Porque si Quinn seguía el plan, entonces debía despachar a Addie, sacarla de la escena antes de proceder al último paso, enviar un paquete a su primo segundo y firme defensor, jefe de la oficina local de correos.)

TC: Sé que Addie ha recorrido el mundo. Pero es hora de que haga otro viaje.

Jake (truculento): No puede irse. No en este momento.

TC: ¿Eh? No me pareció una posible suicida.

Jake: Por empezar, por la escuela. Recién termina en junio.

TC: ¡Jake! ¡Por Dios! ¿Cómo puede pensar en la escuela? (Por más oscuro que estaba, pude vislumbrar su expresión avergonzada. Al mismo tiempo, adelantó la mandíbula.)

Jake: Hemos discutido el tema. Hablamos de la posibilidad de que ella y Marylee emprendieran un largo crucero. Pero ella no quiere ir a ningún lado. Dijo: "El tiburón necesita una carnada. Si queremos que muerda, la carnada deberá estar a mano".

TC: ¿De modo que Addie es una trampa? ¿El cabrito que espera que el tigre le salte encima?

Jake: Un momento. No sé si me gusta la manera en que lo dice.

TC: ¿Cómo lo diría usted?

Jake: (Silencio.)

TC: (Silencio.)

Jake: Quinn tiene a Addie en la mente. De eso no hay duda. Piensa cumplir su promesa. Y es entonces cuando lo agarraremos: en el intento. Con el telón subido y las luces encendidas. Hay riesgos, claro, pero hay que correrlos. Porque… para ser sincero, es probablemente la única oportunidad que tenemos. (Apoyé la cabeza contra la ventanilla, y vi la bonita garganta de Addie cuando echaba la cabeza hacia atrás para beber el vino tinto de un delicioso trago. Me sentí débil, ineficaz y enojado con Jake.)

TC: Me gusta Addie. Es real, y sin embargo tiene misterio. ¿Por qué no se habrá casado nunca?

Jake: Guarde el secreto. Addie y yo nos casaremos.

TC (mentalmente mirando a otro lado; en realidad seguía viendo a Addie tomando vino): ¿Cuándo?

Jake: El próximo verano. Cuando salga de vacaciones. No se lo hemos dicho a nadie. Excepto a Marylee. ¿Entiende ahora? Addie está a salvo. No permitiré que le pase nada. La amo. Me voy a casar con ella.

(El próximo verano: falta toda una vida. La luna llena, más alta, más blanca ahora, y festejada por los coyotes, flotaba encima de las llanuras brillantes de nieve. Había montones de ganado en los fríos campos nevados, agrupados para darse calor. Algunas parejas de animales. Vi dos terneros con pintas, acurrucados lado a lado, dándose protección, consuelo: como Jake, como Addie.)

TC: Bueno, felicitaciones. Es maravilloso. Sé que serán muy felices los dos.

Pronto vimos un impresionante alambre de púas, una cerca como las de los campos de concentración, a ambos lados del camino. Señalaba el comienzo de la estancia B.Q.: diez mil acres más o menos. Bajé la ventanilla. Entró una ráfaga de aire helado, punzante, con olor a nieve reciente y a heno viejo y dulce. "Entramos aquí", dijo Jake cuando salimos del camino y atravesamos una tranquera de madera abierta. A la entrada, nuestros faros iluminaron un letrero muy elegante: Establecimiento B.Q. / R. Quinn, propietario. Debajo del nombre del dueño había dos hachas de guerra cruzadas. Me pregunté si serían el logotipo del establecimiento o el blasón de la familia. De cualquier forma, las ominosas hachas resultaban apropiadas.

El sendero era angosto, bordeado de árboles sin hojas, oscuros excepto por el raro brillo de ojos de animales entre las ramas perfiladas. Cruzamos un puente de madera que hizo un ruido atronador bajo nuestro peso, y oí el rumor de agua, saltos de tonalidad profunda. Era el río Azul, aunque no llegué a verlo, pues estaba oculto por los árboles y los témpanos de nieve. Mientras seguíamos camino nos persiguió el rumor, porque el río corría al lado del sendero, por momentos extrañamente tranquilo, luego, de repente, burbujeante, con la música quebrada de las cascadas.

El camino se ensanchó. Unas lucecitas empezaron a aparecer entre los árboles. Un hermoso niño de rubio cabello al viento, montado en pelo sobre un caballo, nos saludó con la mano. Pasamos una hilera de casitas, iluminadas y vibrantes por el ruido de voces de televisión: allí vivían los que trabajaban en el establecimiento. Adelante, en distinguido aislamiento, se alzaba el edificio principal, la casa de Mr. Quinn. Era una estructura grande, de tablas de chilla, de dos pisos, con una galena cubierta en todo su perímetro. Parecía abandonada, pues todas las ventanas estaban a oscuras. Jake hizo sonar la bocina. De inmediato, como una fanfarria de trompetas de bienvenida, una cascada de luces inundó la galería y las ventanas de la planta baja se iluminaron. Se abrió la puerta principal. Un hombre se adelantó y esperó para saludarnos.

Mi primera presentación al propietario del establecimiento de campo B.Q. no resolvió la cuestión de por qué Jake no permitió que Addie me lo describiera. Si bien no era un hombre que pasara inadvertido, tenía un aspecto bastante común, pero, sin

embargo, el verlo me sobresaltó: Yo conocía a Mr. Quinn. Estaba seguro, hubiera jurado que de alguna manera, sin duda hacia mucho tiempo, yo había conocido a Robert Hawley Quinn y que en realidad juntos habíamos compartido una experiencia alarmante, una aventura tan perturbadora, que la memoria bondadosamente la había sumergido en el olvido.

Lucía costosas botas de tacón alto, pero incluso sin ellas medía un metro ochenta y si se parara derecho, en lugar de adoptar una postura agachada, de hombros caídos, habría sido alto. Tenía brazos de simio; las manos le llegaban a las rodillas, y eran de dedos largos, hábiles, extrañamente aristocráticos. Me acordé de un concierto de Rachmaninoff. Las manos de Rachmaninoff eran como las de Quinn. El rostro era ancho pero delgado, de mejillas hundidas, curtido por la intemperie: era el rostro de un campesino medieval, de quien va detrás de un arado, con todos los males del mundo sobre su espalda. Pero Quinn no era un campesino torpe, tristemente cargado. Llevaba anteojos de finos aros de acero, y estos anteojos profesionales, y los ojos grises que asomaban indistintamente tras las gruesas lentes, lo traicionaban: eran unos ojos alertas, suspicaces, inteligentes, brillantes de malignidad, complacientemente superiores. Tenía una voz y una risa hospitalarias, falsamente afables. Pero no era un impostor. Era un idealista, un realizador. Se imponía metas, y estas metas eran una cruz, su religión, su identidad. No, no era un impostor, sino un fanático, y finalmente, mientras estábamos reunidos en la galería, recordé dónde y en qué forma había conocido a Mr. Quinn.

Extendió una de sus largas manos hacia Jake, mientras se pasaba la otra por la cabellera blanca y gris, al estilo pionero, de un largo que era popular entre los demás estancieros, que parecían visitar al peluquero todos los sábados para un corte pelo y un champú de talco. Matas de pelo canoso asomaban por las ventanas de su nariz y sus oídos. Me fijé en la hebilla de su cinturón; estaba decorada con dos hachas indias cruzadas, hechas de oro y esmalte rojo.

Quinn: Hola, Jake. Dije a Juanita: querida, ese pillo se va a echar atrás. Por la nieve.

Jake: Esto no es nieve.

Quinn: Bromeaba, Jake. (A mí.) ¡Debería ver cómo nieva aquí! En 1952 hubo una semana entera en que la única forma de salir de casa era trepando a la ventana del altillo. Se me murieron setecientas cabezas de ganado, todas mis Santa Gertrudis. ¡Ja, ja! Fue terrible. ¿Juega ajedrez, señor?

TC: Como hablo francés. Un *peu*.

Quinn (riendo como un viejo y dándose un golpe en los muslos con alegría simulada): Sí, lo sé. Usted es el embaucador de la ciudad que viene a desplumar a los campesinos como nosotros. Apuesto a que puede jugar contra nosotros dos juntos y ganarnos con los ojos vendados. (Lo seguimos por un ancho vestíbulo de techo alto

hasta un cuarto inmenso, una catedral con grandes muebles estilo español, muy pesados, armarios, sillas, mesas y espejos barrocos en armonía con el amplio ambiente. El piso estaba cubierto de mosaicos mexicanos, rojos como ladrillos, sobre los que había alfombras navajas. Toda una pared era de bloques de granito cortado de forma irregular, y esa pared, que parecía una caverna de granito, tenía un hogar de leños como para asar una yunta de bueyes. En consecuencia, el delicado fuego que ardía parecía tan insignificante como una ramita en un bosque.

Pero la persona sentada cerca del hogar no era insignificante. Quinn me la presentó: "Mi esposa, Juanita". La mujer bajó la cabeza, pero no quería ser distraída de la pantalla de televisión que tenía enfrente: el aparato estaba encendido, pero no tenía volumen; Juanita observaba las temblorosas payasadas e imágenes mudas, una especie de juego visualmente exuberante. El sillón en que estaba sentada bien podría haber engalanado el salón del trono de un castillo ibérico. Lo compartía con un tembloroso chihuahua y una guitarra amarilla, que descansaba sobre su falda.

Jake y nuestro anfitrión se acomodaron ante una mesa sobre la que había un espléndido juego de ajedrez de ébano y marfil. Observé el comienzo de la partida, escuchando los chistes despreocupados, y me pareció extraño: Addie tenía razón, parecían amigos íntimos, dos arvejas en una misma chaucha. Luego volví al lugar junto al hogar, decidido a seguir estudiando a la tranquila Juanita. Me senté cerca de ella y busqué algún tópico para iniciar una conversación. ¿La guitarra? ¿El tembloroso chihuahua, que ahora me gañía celosamente?)

Juanita Quinn: ¡Pepe! ¡Estúpido mosquito!

TC: No se moleste. Me gustan los perros. (Me miró. Llevaba el pelo, partido al medio y demasiado negro para ser verdadero, pegado al cráneo angosto. La cara era como un puño: rasgos diminutos todos apretados. La cabeza demasiado grande para el cuerpo: no era gorda, pero pesaba más de lo que debía, y casi todo el exceso estaba distribuido entre los senos y el estómago. Las piernas, no obstante, eran esbeltas y bien formadas. Llevaba un par de mocasines indios muy bonitos. El mosquito siguió gañendo, pero ella lo ignoró ahora. Volvió a otorgar su atención a la televisión.) Yo me preguntaba: ¿Por qué mira sin el sonido? (Sus hastiados ojos de ónix regresaron a mí. Repetí la pregunta.)

Juanita Quinn: ¿Bebe tequila?

TC: Hay un pequeño lugar en Palm Springs donde hacen unas margaritas excelentes.

Juanita Quinn: Los hombres beben tequila solo. Sin limón. Solo. ¿Le gustaría tomar uno?

TC: Seguro.

Juanita Quinn: A mí también. Qué lástima, no tenemos. No podemos guardar una botella en la casa. De hacerlo, me la tomaría; se me secaría el hígado…

(Chasqueó los dedos en señal de desastre. Luego acarició la guitarra amarilla, rasgueó las cuerdas, empezó a tocar una tonada, una melodía complicada y desconocida que durante un momento canturreó alegremente. Cuando se detuvo, su expresión volvió a endurecerse.)

Yo solía beber todas las noches. Todas las noches bebía una botella de tequila, me iba a la cama y dormía con un bebé. Nunca estaba enferma. Tenía buen aspecto, me sentía bien, dormía bien. Nada más. Ahora tengo un resfrío tras otro, dolores de cabeza, artritis, y no pego los ojos. Todo porque el médico dijo que debía dejar de beber tequila. Pero no se forme una impresión equivocada. No soy una borracha. Podría arrojar al Cañón del Colorado todo el vino y el whisky del mundo. Lo único que me gusta es el tequila. El amarillo oscuro. Ése me gusta más. (Indicó el televisor.) Usted me preguntó por qué miro sin el sonido. Subo el sonido únicamente para oír el pronóstico del tiempo. De lo contrario, observo y me imagino lo que dicen. Si escucho, me duermo. Cuando imagino, me mantengo despierta. Y debo mantenerme despierta, por lo menos hasta la medianoche. De lo contrario, no duermo nada. ¿Dónde vive?

TC: En Nueva York, la mayor parte del tiempo.

Juanita Quinn: Nosotros solíamos ir a Nueva York todos los años, o año por medio. El Rainbow Room: ¡Qué vista maravillosa! Pero ya no sería divertido. Nada es divertido. Mi marido dice que usted es un viejo amigo de Jake Pepper.

TC: Hace diez años que lo conozco.

Juanita Quinn: ¿Por qué supone que mi marido tiene algo que ver con todo esto?

TC: ¿Con todo esto?

Juanita Quinn (sorprendida): Debe de haber oído algo. ¿Por qué piensa Jake Pepper que mi marido está implicado?

TC: ¿Jake Pepper piensa que su marido está implicado?

Juanita Quinn: Eso dicen algunos. Mi hermana me dijo…

TC: Usted, ¿qué piensa?

Juanita Quinn (levantando a su chihuahua y apretándolo contra el pecho): Siento lástima por Jake. Debe sentirse solo. Y está equivocado: aquí no hay nada. Todo debería olvidarse. Debería volver a su casa. (Con los ojos cerrados, totalmente fatigada.) Ah, ¿quién sabe? ¿A quién le importa? A mí no. A mí lo, dijo la Araña a la Mosca. A mi no.

Más allá, hubo una conmoción en la mesa de ajedrez. Quinn, celebrando una victoria sobre Jake, se felicitaba a gritos:

"¡Magnífico! Pensé que me tenía atrapado. Pero no bien movió la reina, se embromó el gran Pepper!". Su voz ronca de barítono resonaba en el recinto abovedado con el brío de un cantor de ópera. "Ahora usted, joven", me gritó. "Necesito otra partida. Un auténtico desafío. Este viejo Pepper no me llega a la suela

de las botas." Empecé a excusarme, pues la perspectiva de una partida de ajedrez con Quinn era a la vez intimidante y aburrida. Me hubiera sentido de otra manera de pensar que podía derrotarlo, de invadir con éxito esa ciudadela de vanidad. En una oportunidad había ganado un campeonato de ajedrez en la preparatoria, pero hacía siglos de eso. Mi conocimiento del juego estaba ya alojado en algún desván de la mente. Sin embargo, cuando Jake me hizo una seña, se puso de pie y me ofreció su silla, accedí, y abandonando a Juanita Quinn a las oscilaciones de su pantalla de televisión, me senté enfrente de su marido. Jake se ubicó detrás de mi silla: una presencia alentadora. Pero Quinn, valorando mi vacilación, la indecisión de mis movimientos iniciales, me desechó como presa fácil, y reanudó una conversación que había mantenido con Jake, al parecer acerca de cámaras y fotografía.

Quinn: Las Kraut son buenas. Yo siempre he tenido cámaras Kraut. Leica. Rolliflex. Pero los japoneses se están rompiendo el culo. Compré una cámara japonesa nueva, del tamaño de un mazo de naipes, que saca quinientas fotos con un solo rollo de película.

TC: Conozco esa cámara. He trabajado con un montón de fotógrafos, y la he visto usar. Richard Avedon tiene una. Dice que no es buena.

Quinn: Para decir la verdad, todavía no he usado la mía. Espero que su amigo esté equivocado. Podría haber comprado un toro campeón con lo que me costó esa chuchería.

(Sentí de repente los dedos de Jake que me apretaban el hombro con urgencia, e interpreté que quería que siguiera con el tema.)

TC: ¿Es su hobby, la fotografía?

Quinn: Oh, va y viene. De vez en cuando. Empezó cuando me cansé de que los llamados profesionales sacaran fotos de mis campeones. Eran fotos que necesitaba enviar a varios criadores compradores. Pensé que yo podía hacerlo tan bien como ellos, y ahorrar algún dinero de paso. (Los dedos de Jake volvieron a alentarme.)

TC: ¿Saca muchos retratos?

Quinn: ¿Retratos?

TC: De gente.

Quinn (con burla): Yo no los llamaría retratos. Instantáneas, tal vez. Aparte del ganado, saco fotos de la naturaleza. Paisajes. Tormentas eléctricas. Las estaciones aquí en la estancia. El trigo cuando está verde y cuando está dorado. Mi río. Tengo hermosas fotos de mi río al desbordar. (El río. Me puse tenso al oír que Jake se aclaraba la garganta, como si fuera a hablar; en vez de eso, me hundió los dedos con más firmeza. Jugué un peón, para hacer tiempo.)

TC: Debe sacar muchas fotos en colores, entonces.

Quinn (asintiendo): Por eso yo mismo las revelo. Cuando se manda la película a los laboratorios, nunca se sabe qué le devolverán.

TC: Oh, ¿tiene cuarto oscuro?

Quinn: Si quiere llamarlo así. Nada extravagante. (Jake volvió a hacer sonar la garganta, esta vez con intención.)

Jake: ¿Bob? ¿Recuerda esas fotos de que le hablé? Las dos de los féretros. Fueron hechas con una cámara de acción rápida.

Quinn: (silencio)

Jake: Una Leica.

Quinn: Bueno, no era mía. Yo perdí mi vieja Leica en la espesura del África. Me la habrá robado algún negro. (Mirando fijamente el tablero, con una expresión de divertida consternación en el rostro.) ¡Cómo, sinvergüenza! Maldita sea su estampa. Fíjese, Jake. Su amigo casi me da jaque mate. Casi…

Era verdad. Con una habilidad resurgida inconscientemente, había dirigido mi ejército de ébano con considerable competencia, aunque no intencionada, y me las había arreglado para poner al rey de Quinn en una posición peligrosa. En cierto sentido, lamentaba mi éxito, pues Quinn lo utilizaba para desviar el ángulo de la investigación de Jake, para pasar del tema de la fotografía, repentinamente candente, al ajedrez; por otra parte, me sentía muy contento; si seguía jugando sin cometer errores, podía ganar. Quinn se rascó la barbilla, dedicando sus ojos grises a la religiosa tarea de rescatar a su rey. Pero para mí, el tablero era un borrón. Tenía la mente atrapada en una curvatura del tiempo, entumecida por recuerdos suspendidos durante casi medio siglo. Era verano, y yo tenía cinco años. Vivía con unos parientes en una ciudad de Alabama. Había un río junto a esta ciudad, también un río lento y lodoso que me desagradaba porque estaba lleno de culebras acuáticas y peces bigotudos. Sin embargo, por más que me disgustaban sus bocas peludas, me encantaban una vez capturados, fritos y cubiertos de ketchup; teníamos una cocinera que los servía a menudo. Se llamaba Lucy Joy. Era una negra corpulenta; reservada, muy seria. Parecía vivir de domingo en domingo, pues entonces cantaba en el coro de una iglesia de campo. Pero un día, Lucy Joy cambió notablemente. Estábamos solos en la cocina, y empezó a hablar de un reverendo Bobby Joe Snow, describiéndolo con un entusiasmo que encendió mi imaginación. Hacía milagros. Era un famoso evangelista, y pronto vendría a nuestro pueblo. El reverendo Snow venía a predicar la próxima semana, a bautizar y salvar almas. Supliqué a Lucy que me llevara a verlo, y la mujer sonrió y prometió que lo haría. Resultaba que ella necesitaba que la acompañara, pues el reverendo Snow era blanco, su feligresía practicaba la segregación, y Lucy había pensado que la única manera de que la admitirían sería llevando un niño blanco a bautizar. Naturalmente, Lucy no me hizo saber que lo tenía preparado. A la semana siguiente, cuando partimos para asistir a la reunión evangélica del reverendo, yo sólo imaginaba el suceso conmovedor de ver a un santo del Cielo que ayudaba a que los ciegos vieran y que los tullidos caminaran. Pero

empecé a intranquilizarme cuando me di cuenta de que nos dirigíamos al río. Cuando llegamos vi a cientos de personas reunidas a la orilla. Eran campesinos, patanes que bailaban y daban alaridos. Vacilé. Lucy se puso furiosa, y me arrastró hacia la sudorosa muchedumbre. Campanillas y cascabeles, cuerpos haciendo cabriolas. Podía oír una voz que entonaba salmos. Lucy también se unió a los cantos, gimiendo, sacudiéndose. Mágicamente un extraño me subió a su hombro y logré ver al hombre de la voz dominante. Estaba metido en el río, vestía una túnica blanca y el agua le llegaba a la cintura. Tenía el pelo gris y blanco, una masa enmarañada y empapada y sus largas manos, extendidas hacia el cielo, imploraban al húmedo sol del mediodía. Traté de ver su cara, pues sabía que debía ser el reverendo Bobby Joe Snow, pero antes de lograrlo, mi benefactor me volvió a depositar en medio de la asquerosa mezcolanza de pies extáticos, ondulantes brazos y temblorosas panderetas. Supliqué volver a casa, pero Lucy borracha de gloria, no me soltaba. El sol quemaba. Sentí el vómito en la garganta. Pero no devolví. Empecé a chillar, a dar puñetazos y alaridos. Lucy me arrastraba en dirección al río, y la multitud se abría para hacernos paso. Luché hasta llegar a la orilla del río, luego me detuve, silenciado por la escena. El hombre de la túnica blanca, parado en el río, sostenía a una niña reclinada. Recitó las Escrituras antes de sumergirla rápidamente bajo el agua, y luego la sacó. Llorando, gritando, se dirigió, a los tropezones, hacia la orilla. Ahora los brazos de simio del reverendo se extendieron hacia mí. Mordí a Lucy en la mano, y me libré de su control, pero un muchachón me agarró y me arrastró al agua. Cerré los ojos. Podía oler el pelo, sentir los brazos del reverendo que me impulsaban hacia abajo, hacia la negrura sofocante y luego, horas después, me alzaban hacia la luz solar. Abrí los ojos y los fijé en los de él, grises, maníacos. Acercó la cara ancha y delgada, y me besó en los labios. Oí una risa fuerte, una erupción como dinamita: "¡Jaque mate!".

Quinn: ¡Jaque mate!

Jake: Diablos, Bob. Lo hizo por cortesía. Dejó que usted ganara.

(El beso se esfumó. El rostro del reverendo, retrocediendo, fue reemplazado por un rostro virtualmente idéntico. De modo que había sido en Alabama, cincuenta años atrás, donde había visto por primera vez a Mr. Quinn, o por lo menos a su contraparte: Bobby Joe Snow, evangelista.)

Quinn: ¿Qué le parece, Jake? ¿Listo para perder otro dólar?

Jake: Esta noche no. Salimos en auto para Denver mañana. Mi amigo tiene que tomar el avión.

Quinn (a mí): Eh, qué visita más corta. Vuelva pronto. Venga en verano y lo llevaré a pescar truchas. Aunque ya no es igual que antes. Antes podía estar seguro de pescar una trucha arco iris de tres kilos no bien tiraba la línea. Antes de que arruinaran mi río.

(Nos fuimos sin despedirnos de Juanita Quinn. Estaba profundamente dormida,

roncando. Quinn nos acompañó hasta el auto. "¡Manejen con cuidado!", nos advirtió, mientras nos decía adiós con la mano y esperaba a que desaparecieran las luces traseras de nuestro auto.)

Jake: Bueno, me enteré de una cosa, gracias a usted. Ahora sé que él mismo saca las fotos.

TC: ¿Por qué no quiso que Addie me dijera cómo era?

Jake: Podría haber influenciado su primera impresión. Quería que lo viera sin prejuicios y me dijera qué veía.

TC: Vi aun hombre que había visto antes.

Jake: ¿A Quinn?

TC: No, no a Quinn. Pero a alguien parecido. Su mellizo.

Jake: Hable claro.

(Describí aquel día de verano, mi bautismo. El parecido entre Quinn y el reverendo Snow era tan claro para mí. Los caracteres afines. Pero hablé emotivamente, metafísicamente, y no logré comunicar lo que sentía. Me di cuenta de la desilusión de Jake: él esperaba una percepción sensata, una penetración prístina y pragmática que lo ayudara a aclarar su propio concepto del carácter de Quinn, y de sus motivaciones.

Guardé silencio, mortificado por haber fallado a Jake. Pero al llegar a la carretera, y cuando nos dirigíamos por ella a la ciudad, Jake me dijo que, a pesar de que el relato de mi recuerdo había sido un tanto confuso e inconexo, él había podido descifrar parcialmente lo que yo había expresado de forma tan pobre.)

Bueno, Bob Quinn cree que él es Dios Todopoderoso.

TC: No lo cree. Lo sabe.

Jake: ¿Alguna duda?

TC: No, ninguna. Quinn es el hombre que talla los féretros.

Jake: Y uno de estos días tallará el propio. O no me llamo Jake Pepper.

Durante los meses siguientes llamé a Jake por lo menos una vez a la semana, por lo general los domingos, cuando él estaba en casa de Addie, lo que me permitía hablar con ambos. Jake abría la conversación diciendo: "Lo siento, socio. Nada nuevo que informar". Pero un domingo, Jake me contó que él y Addie habían fijado la fecha de la boda: el 10 de agosto. Y Addie dijo: "Espero que pueda venir". Le prometí que lo haría, aunque el día coincidía con un viaje de tres semanas a Europa que había planeado. Bueno, combinaría las fechas. Sin embargo, fue la pareja la que tuvo que cambiar pues el agente del Departamento que reemplazaría a Jake mientras durara su luna de miel ("¡Vamos a Honolulú!") tuvo un ataque de hepatitis y la boda se pospuso hasta el primero de septiembre. "Qué mala suerte", dije a Addie. "Pero para entonces ya estaré de regreso, y podré ir".

De modo que a principios de agosto, volé por Swissair a Suiza, y holgazaneé

varias semanas en una aldea alpina, tomando el sol entre las nieves eternas. Dormí, comí, releí a todo Proust, que es como sumergirse en una ola gigantesca, con destino desconocido. Pero mis pensamientos con demasiada frecuencia giraban en torno de Mr. Quinn. A veces, mientras dormía, llamaba a mi puerta y entraba a mis sueños, en ocasiones tal cual era, con los ojos grises brillándole tras los anteojos de aro de alambre, pero de vez en cuando aparecía ataviado como el reverendo Snow, con la túnica blanca. Aspirar durante un breve período el aire alpino es vivificante pero una larga vacación en las montañas puede tornarse claustrofóbica y provocar depresiones inexplicables. De todos modos, un día en un estado de ánimo negro, alquilé un auto y atravesando el paso Bernardo crucé a Italia y me dirigía Venecia. En Venecia uno vive disfrazado y con máscara, es decir uno no es uno mismo, y no es responsable de su comportamiento. No era mi yo verdadero el que llegó a Venecia a las cinco de la tarde y que antes de la medianoche tomó un tren con destino a Estambul. Todo empezó en el bar de Harry, como tantas aventuras venecianas. Acababa de pedir un martini, cuando justo entra por la puerta de vaivén Gianni Paoli, un enérgico periodista que había conocido en Moscú cuando él era corresponsal de un diario italiano. Juntos, con la ayuda de vodka, habíamos alegrado muchos aburridos restaurantes rusos. Gianni estaba en Venecia camino a Estambul. Tomaba el Expreso de Oriente a medianoche. Seis martinis más tarde me había convencido de que fuera con él. Fue un viaje de dos días y dos noches. El tren serpenteó a través de Yugoslavia y Bulgaria, pero nuestras impresiones de estos países se limitaron a lo que vimos por las ventanillas de nuestro iluminado compartimiento, que nunca abandonábamos excepto para renovar nuestra provisión de vino y vodka. El cuarto daba vueltas. Paraba. Daba vueltas. Bajé de la cama. Mi cerebro, una colección de vidrios rotos, tintineó dolorosamente dentro de mi cabeza. Podía ponerme de pie, sin embargo. Y caminar. Hasta recordaba dónde estaba: en el hotel Hilton, en Estambul. Cautelosamente, me dirigí a un balcón que daba al Bósforo. Gianni Paoli tomaba el sol, desayunaba y leía el Herald Tribune, edición parisiense. Parpadeando, miré la fecha del diario. Era el primero de septiembre. ¿Por qué la fecha me causaba una sensación tan desagradable? Náuseas. Culpa. Remordimiento. Por Dios, ¡me había perdido la boda! Gianni no comprendía por qué estaba tan perturbado (los italianos siempre están perturbados, pero no entienden por qué pueden estarlo otras personas). Sirvió vodka en su jugo de naranja, me lo ofreció, y me dijo que bebiera, que me emborrachara. "Primero envía un telegrama". Seguí su consejo, las dos partes. El telegrama decía: Demorado inevitablemente pero les deseo muchas felicidades en este día maravilloso. Más tarde, cuando el descanso y la abstinencia volvieron firme mi mano, les escribí una carta breve. No mentí, simplemente no les expliqué por qué había sido "inevitablemente demorado". Dije que volvía a Nueva York en unos días y que los llamaría por teléfono tan pronto regresaran de su luna de miel. Dirigí la carta

al matrimonio Pepper y al dejarla en la recepción para que la despacharan me sentí aliviado, exonerado. Pensé en Addie, con una flor en el pelo, en Addie y Jake caminado al atardecer por una playa en Waikiki, con el mar junto a ellos bajo las estrellas. Me pregunté si Addie sería demasiado grande para tener hijos.

Pero no volvía casa. Sucedieron cosas. Encontré a un viejo amigo en Estambul. Un arqueólogo que estaba trabajando en una excavación en la costa de Anatolia, al sur de Turquía. Me invitó a que fuera con él, dijo que Anatolia me gustaría, y tenía razón, me gustó. Nadaba todos los días, aprendí a bailar bailes folklóricos de Turquía, bebí ouzo y bailé al aire libre todas las noches en el bar local. Me quedé dos semanas. Luego fui por barco a Atenas, y de allí volé a Londres, donde me hice hacer un traje a medida. Era octubre, casi otoño, cuando recién abrí la puerta de mi departamento de Nueva York. Un amigo, que durante mi ausencia iba a regar las plantas, había colocado la correspondencia en ordenadas pilas sobre la mesa de la biblioteca. Había algunos telegramas, que examiné antes de quitarme el abrigo. Abrí uno: era una invitación a una fiesta de Noche de Brujas. Abrí otro: llevaba la firma de Jake: Llámeme urgentemente. Estaba fechado agosto 29. Hacía seis semanas. Rápidamente, sin permitirme creer que lo que pensaba fuera verdad, encontré el número de Addie y disqué. No me respondieron. Luego hice una llamada, persona a persona, al motel Prairie: No Mr. Pepper no se alojaba allí en ese momento. Sí, la operadora creía que era posible comunicarse con él a través del Departamento de Investigaciones del Estado. Llamé. Un hombre —un hijo de puta intratable— me informó que el detective Pepper estaba de licencia, y no, no podía decirme por donde andaba ("Es contrario a los reglamentos"). Cuando le di mi nombre y le dije que llamaba desde Nueva York contestó ah, sí, y cuando le pedí por favor que me escuchara, porque es muy importante, el hijo de perra colgó.

Necesitaba orinar, pero la urgencia, insistente durante todo el viaje desde el aeropuerto Kennedy, desapareció cuando miré las cartas apiladas sobre la mesa de la biblioteca. La intuición me llevó a ellas. Revisé las pilas con la velocidad profesional de un clasificador de correspondencia, buscando la letra de Jake. La encontré. El sobre llevaba el matasello setiembre 10, pertenecía al Departamento de Investigaciones y provenía de la capital del Estado. Era una carta breve, pero la letra, firme y masculina, disfrazaba la angustia de su autor:

Su carta de Estambul llegó hoy. Cuando la leí estaba sobrio. Ahora no estoy sobrio. El día que murió Addie, en agosto, le envié un telegrama pidiéndole que me llamara. Supongo que estaba en el extranjero. Pero eso era lo que tenía que decirle. Addie ha muerto. Todavía no lo creo, nunca lo creeré, hasta que sepa qué pasó realmente. Dos días antes de la boda ella Y Marylee estaban nadando en el río Azul. Addie se ahogó, pero Marylee no la vio ahogarse. No puedo escribir de esto. Tengo que irme. No confío en mí. Vaya adonde vaya, Marylee Connor sabrá localizarme.

Sinceramente…

Marylee Connor: ¡Hola! Por supuesto, reconocí su voz en seguida.

TC: La he llamado la tarde entera, cada media hora.

Marylee: ¿Adonde está?

TC: En Nueva York

Marylee: ¿Cómo está el tiempo?

TC: Está lloviendo.

Marylee: Aquí también está lloviendo. Pero hacía falta. Tuvimos un verano tan seco. Una tenía el pelo lleno de polvo. ¿Dice que me ha estado llamando?

TC: La tarde entera.

Marylee: Bueno, estaba en casa, pero me parece que no oigo muy bien. Y he estado en el sótano y también en el altillo. Empacando. Ahora que estoy sola, esta casa es demasiado grande para mí. Tenemos una prima, que es viuda, también, que compró un departamento en Florida. Me voy a vivir con ella. Bueno, ¿cómo está? ¿Ha hablado con Jake últimamente? (Le expliqué que acababa de regresar de Europa, y que no había podido localizar a Jake; me dijo que estaba con uno de sus hijos en Oregon, y me dio el número de teléfono.) Pobre Jake. Lo ha tomado tan mal. En cierto sentido, se culpa sí mismo. ¿Oh? ¡Oh, no lo sabía!

TC: Jake me escribió, pero recién hoy leí su carta. No puedo decirle cuánto lo siento…

Marylee (cierta dificultad en la voz): ¿No sabía nada de Addie?

TC: Recién hoy me enteré…

Marylee (suspicazmente): ¿Qué le dijo Jake?

TC: Dijo que se ahogó.

Marylee (a la defensiva, como si estuviéramos discutiendo): Bueno, así fue. Y no me importa lo que piensa Jake. Bob Quinn no estaba cerca. Es imposible que tuviera algo que ver…

(Oí que inspiraba hondo, luego una larga pausa, como si para controlar su genio, se hubiera puesto a contar hasta diez.) Si alguien tiene la culpa, soy yo. Yo tuve la idea de ir a Sandy Cove a nadar. Sandy Cove no pertenece a Quinn. Está en las tierras de Miller. Addie y yo siempre íbamos allí. Hay buena sombra. Es la parte más segura del río Azul. Tiene una laguna natural, y allí aprendimos a nadar de niñas. Ese día estábamos solas en Sandy Cove. Entramos en el agua juntas, y Addie me dijo que la semana próxima a esa misma hora estaría nadando en el Pacífico. Addie era muy buena nadadora, pero yo me canso en seguida. De modo que después de refrescarme, extendí una toalla bajo un árbol y empecé a hojear las revistas que había llevado. Addie se quedó en el agua. La oí decir: "Nadaré hasta la curva e iré a sentarme bajo la cascada". El río sale de Sandy Cove, hace una curva, y corre por un borde de rocas, formando una cascada. Es una bajada leve, de unos sesenta centímetros. Cuando

éramos chicas era divertido sentarse en el borde de las rocas y sentir el agua entre las piernas.

Yo estaba leyendo, sin fijarme en la hora hasta que sentí frío y vi que el sol ya bajaba entre las montañas. No estaba preocupada: imaginé que Addie estaba disfrutando de la cascada. Pero después de un rato caminé río abajo y grité: "¡Addie! ¡Addie!". Pensé: Está bromeando. De modo que subí hasta la parte más alta de Sandy Cove. Desde allí podía ver la cascada y todo el río corriendo hacia el norte. No había nadie. Addie no se veía. Luego, justo debajo de la cascada, vi un nenúfar blanco que flotaba en el agua y se sacudía. Pero luego me di cuenta de que no era un nenúfar: era una mano, con un brillante: el anillo que le regaló Jake. Corrí hacia abajo, me metí en el río hasta llegar al borde de rocas de la cascada. El agua era transparente, y no muy honda. Alcancé a ver la cara de Addie bajo la superficie, con el pelo enredado en las ramas de un árbol hundido. No había nada que hacer. La tomé de la mano y tiré y tiré con todas mis fuerzas, pero no pude moverla. De alguna manera, nunca sabremos cómo, se había caído del reborde y se había enredado el pelo en las ramas, que le impidieron salir. Muerte accidental por asfixia. Tal fue el veredicto del forense. ¿Hola?

TC: Sí, aquí estoy.

Marylee: Mi abuela Mason nunca usaba la palabra "muerte". Cuando moría alguien, especialmente alguien a quien quería, decía que había sido "convocado". Quería significar que no habían sido enterrados, perdidos para siempre, sino "convocados" a algún lugar de la infancia, a un mundo de seres vivientes. Así me siento yo ahora. Addie ha sido convocada y vive con todo lo que ama. Con los niños. Los niños y las flores. Los pájaros. Las plantas silvestres que encontraba en la montaña.

TC: Lo siento tanto, Mrs. Connor. Yo…

Marylee: Está bien querido.

TC: Ojalá hubiera algo que yo…

Marylee: Bueno, me alegro de haber hablado con usted.

Cuando hable con Jake, déle mis cariños. No se olvide.

Me di una ducha, puse una botella de coñac junto a la cama, me metí entre las frazadas, tomé el teléfono, y marqué el número de Oregon que me había dado Marylee. Contestó el hijo de Jake. Me dijo que su padre había salido, no sabía adonde ni a qué hora volvería. Dejé un mensaje para que me llamara no bien volviera, a cualquier hora. Me llené la boca de coñac e hice un buche. Era un remedio para que no me castañearan los dientes. Dejé que la bebida corriera por la garganta. El sueño, con la forma curva de un río susurrante, fluyó en mi mente. Finalmente, todo era el; río, todo volvía al río. Quinn podía haber provisto las víboras de cascabel, el incendio, la nicotina, el alambre de acero, pero el río había inspirado los hechos, y

ahora se había llevado también a Addie. Addie: con el pelo enredado en la maleza bajo la superficie, corría, en mi sueño, por encima de su rostro ahogado y tembloroso como un velo de novia. Estalló un terremoto. Era el teléfono, que atronaba sobre mi estómago, donde descansaba aún al quedarme dormido. Sabía que era Jake. Lo dejé sonar mientras me servía otro trago para despertarme.

TC: ¿Jake?

Jake: ¿De modo que volvió por fin?

TC: Esta mañana.

Jake: Bueno, no se perdió la boda, después de todo.

TC: Recibí su carta, Jake…

Jake: No. No tiene por qué hacer un discurso.

TC: Llamé a Mrs. Connor, Marylee. Tuvimos una larga conversación…

Jake (alerta): ¿Sí?

TC: Me contó todo lo que había pasado…

Jake: ¡Oh, no! ¡Nada de eso!

TC (sorprendido por la dureza de la respuesta): Pero, Jake, me dijo…

Jake: Si. ¿Qué le dijo?

TC: Que fue un accidente.

Jake: ¿Usted le creyó?

(Su tono de voz tristemente burlón, trajo a mi mente la expresión de Jake: los ojos duros, la mueca en los labios delgados.)

TC: Por lo que ella me dijo, parece la única explicación.

Jake: Ella no sabe cómo sucedió. No estaba presente. Estaba sentada leyendo revistas.

TC: Bueno, si fue Quinn…

Jake: Escucho.

TC: Debe ser un mago.

Jake: No, necesariamente. Pero ahora no puedo hablar del asunto. Pronto, tal vez. Ha sucedido algo que puede apurar las cosas. Papá Noel nos visitó temprano este año.

TC: ¿Estamos hablando de Jaeger?

Jake: Sí. Señor. El jefe de correos ha recibido su encomienda.

TC: ¿Cuándo?

Jake: Ayer. (Rió, no placenteramente, sino con excitación, con energía liberada.) Malas noticias para Jaeger, pero buenas para mí. Mi plan era quedarme aquí hasta después del Día de Acción de Gracias. Pero me estaba volviendo loco. No pensaba más que: ¿Y si no acosa a Jaeger? ¿Y si no me da esa última oportunidad? Bueno, puede llamarme al motel Prairie desde mañana a la noche. Allí estaré.

TC: Jake, espere un momento. Debe de haber sido un accidente. Lo de Addie, quiero decir.

Jake (simulando ser paciente, como si hablara con un aborigen retardado): Le voy a decir algo para que medite mientras se duerme.

Sandy Cove, donde ocurrió el "accidente", está dentro de la propiedad de un hombre llamado A. J. Miller. Hay dos maneras de llegar. La más corta es por un camino de atrás que atraviesa las tierras de Quinn y lleva directamente a la propiedad de Miller. Eso es lo que hicieron las damas. Adiós, amigo.

Naturalmente, lo que me dejó para meditar me mantuvo despierto hasta el amanecer. Las imágenes se formaban, se desvanecían. Era como si mentalmente estuviera haciendo el montaje de una película de cine. Addie y su hermana van en su auto por la carretera. Salen para adentrarse en un camino de tierra que es parte de la propiedad del establecimiento de campo B.O. Quinn está de pie en la galería de su casa, o tal vez observando por una ventana. Sea como fuere, en algún momento ve el auto intruso, reconoce a sus ocupantes, y adivina que se dirigen a nadar a Sandy Cove. Decide seguirlas. ¿En auto? ¿A pie? De cualquier manera, se acerca a la zona donde se bañan las mujeres por una ruta indirecta. Una vez allí, se esconde entre los árboles encima de Sandy Cove. Marylee está descansando sobre una toalla, leyendo revistas. Addie está en el agua. Oye que Addie dice a su hermana: "Voy a nadar hasta la curva y me sentaré en la cascada". Ideal: Addie quedará sin protección, sola, fuera del alcance de su hermana. Quinn espera hasta asegurarse de que está distraída. Entonces se desliza terraplén abajo (el mismo que luego usará Marylee para buscar a su hermana). Addie no lo oye: la cascada cubre el ruido de los movimientos de Quinn. ¿Cómo evitar que lo vea? Pues no bien lo vea se dará cuenta del peligro, protestará, gritará. No, la hace callar con un revólver. Addie oye algo, levanta la vista, ve a Quinn que rápidamente se acerca al reborde, apuntándola con un revólver. La empuja de la cascada, la sumerge, la deja bajo el agua: un bautismo final.

Era posible. Pero el amanecer, y el comienzo del tráfico neoyorquino, disminuyeron mi entusiasmo por mi febril fantasear, hundiéndome rápidamente en la realidad, ese descorazonador abismo.

Jake no tenía alternativa: como Quinn, se había propuesto una tarea apasionada, y esta tarea, su deber humano, era demostrar que Quinn era culpable de diez muertes indecentes, en especial de la muerte de una mujer cálida y afable con la que quería casarse. Pero a menos que Jake desarrollara una teoría más convincente que la tramada por mi propia imaginación, preferiría olvidarla: me satisfacía, para quedarme dormido, el veredicto sensato del forense: Muerte accidental por asfixia.

Una hora después estaba totalmente despierto, víctima del cambio de horario. Despierto, pero cansado, preocupado, y muerto de hambre. Por supuesto, debido a mi prolongada ausencia, no había nada comestible en la heladera. Leche cortada, pan rancio, bananas negras, huevos podridos, naranjas arrugadas, manzanas secas, tomates podridos, una torta de chocolate cubierta de hongos. Me hice una taza de

café, le agregué coñac, y con eso como fortificante, examiné mi correspondencia acumulada. Mi cumpleaños había sido el 30 de setiembre, y unos pocos habían enviado tarjetas de felicitaciones. Uno de ellos era Fred Wilson, el detective retirado y amigo mutuo que me había presentado a Jake Pepper. Sabía que estaba familiarizado con el caso de Jake, que Jake lo consultaba a menudo, pero por alguna razón nunca habíamos discutido el asunto, omisión que decidí rectificar llamándolo inmediatamente.

TC: ¿Hola? ¿Puedo hablar con Mr. Wilson, por favor?

Fred Wilson: Con él habla.

TC: ¿Fred? Suenas como si tuvieras un fuerte resfrío.

Fred: Así es. Una peste.

TC: Gracias por la felicitación de cumpleaños.

Fred: Ah. No tenías que gastar dinero en una comunicación para agradecérmela.

TC: Bueno, quería hablarte de Jake Pepper.

Fred: Debe de haber algo de verdad en esto de la telepatía. Estaba pensando en Jake cuando sonó el teléfono. Sabes que el Departamento le ha dado licencia. Están tratando de alejarlo del caso.

TC: Está de vuelta ahora.

(Después de repetirle la conversación que había tenido la noche anterior, Fred me hizo varias preguntas, la mayoría acerca de la muerte de Addie Mason y las opiniones de Jake al respecto.)

Fred: Me sorprende mucho que el Departamento le permitiera volver allí. Jake es el tipo de mente más clara que conozco.

No hay nadie en nuestro oficio que respete más que a Pepper. Pero ha perdido el juicio. Se ha estado golpeando la cabeza contra la pared todo este tiempo, hasta perder el sentido. Claro que es terrible lo que le pasó a la novia. Pero fue un accidente. Se ahogó. Jake no quiere aceptar eso, dice a los gritos que fue un asesinato. Y acusa al tal Quinn.

TC (con resentimiento): Jake puede tener razón. Es posible.

Fred: Y también es posible que el hombre sea ciento por ciento inocente. En realidad, ése es el consenso general. He hablado con tipos del Departamento de Jake, y dicen que no podrían aplastar ni a una mosca con la evidencia que tienen. Que era bastante embarazosa la situación. Y el mismo jefe de Jake me dijo que él no creía que Quinn hubiera matado a nadie.

TC: Mató a dos ladrones de ganado.

Fred (risitas, luego un ataque de tos): Bueno, señor. Eso no es matar en realidad. Por estas partes, por lo menos.

TC: Excepto que no eran ladrones, sino dos jugadores de Denver. Quinn les debía dinero. Y lo que es más no creo que la muerte de Addie haya sido accidental.

(Desafiante, con sorprendente autoridad, le relaté el "asesinato" tal cual lo había imaginado. Las ideas descartadas con la primera luz del día me parecían ahora no sólo plausibles, sino vívidamente convincentes: Quinn había seguido a las hermanas hasta Sandy Cove, se había ocultado entre los árboles, debajo del terraplén, amenazado a Addie con un revólver y la había agarrado, ahogándola.)

Fred: Ésa es la historia de Jake.

TC: No.

Fred: ¿Es algo que imaginaste tú?

TC: Más o menos.

Fred: Igual, es la historia de Jake. Espera, tengo que sonarme la nariz.

TC: ¿Qué quieres decir con eso de que "es la historia de Jake"?

Fred: Como te dije, debe haber algo de verdad en esto de la telepatía. Con algún detalle más o menos, es la historia de Jake. Hizo un informe para el Departamento, y me mandó una copia. Y así es como reconstruyó los hechos. Quinn vio el auto, las siguió…

(Fred continuó. Sentí una oleada de vergüenza. Me sentí como un escolar al que descubren copiando en un examen. Irracionalmente, en lugar de echarme la culpa, se la endilgué a Jake. Estaba enojado con él por no haber provisto una solución coherente abatido porque sus conjeturas no fueran mejores que las mías. Confiaba en Jake, el profesional, y me sentía deprimido al ver fluctuar esa confianza. Pero era un invento tan descabellado, todo esto de Quinn, Addie y la cascada. Aun así, a pesar de los comentarios destructivos de Fred Wilson. Yo sabía que la fe básica que yo tenía en Jake era justificada.) El Departamento está en una situación difícil. Tienen que sacar a Jake de este caso. Él se ha descalificado a sí mismo. ¡Oh, luchará contra ellos! Pero es por su propia reputación. Por seguridad también. Una noche, después que murió su novia, me llamó a las cuatro de la mañana. Más borracho que cien indios bailando en un maizal. Todo se reducía a que iba a desafiar a Quinn a un duelo. Lo llamé para ver cómo estaba al día siguiente. El hijo de puta ni siquiera se acordaba de que me había llamado.

La ansiedad, como dice cualquier psiquiatra costoso, es causada por la depresión, pero la depresión, como dirá el mismo psiquiatra en una segunda visita, después que se ha pagado otra sesión, es causada por la ansiedad. Toda esa tarde giré en ese monótono círculo vicioso. Para la noche, los dos demonios se habían combinado. Mientras la ansiedad copulaba con la depresión, yo miraba la controvertida invención de Mr. Bell temiendo el momento de llamar al hotel Prairie y oír que Jake me decía que el Departamento lo había retirado del caso. Por supuesto, podría haberme sentido mejor después de una buena comida, pero ya había abolido el hambre comiendo la torta de chocolate con la cobertura de hongos. También podría haber ido a ver una película y fumado un cigarrillo de marihuana. Pero cuando uno se siente así, el único

remedio es llevarle la corriente: aceptar la ansiedad, seguir deprimido, relajarse, dejarse llevar donde sea.

Operadora: Buenas noches, motel Prairie. ¿Mr. Pepper? Eh, Ralph, ¿has visto a Jake Pepper? ¿En el bar? Hola, la persona que llama está en el bar. Lo conecto.

TC: Gracias.

(Recordé el bar del Prairie; a diferencia del motel, tenia cierto encanto, propio de una tira cómica. Los clientes eran vaqueros, las paredes de cuero crudo, decoradas con pósteres de chicas y sombreros mexicanos; el baño de hombres era para toros, mientras que el de mujeres decía bellas. Había un tocadiscos automático con música del oeste. Al oír esa música, me di cuenta de que el barman me había contestado.)

Barman: ¡Jake Pepper! ¡Lo llaman por teléfono! Hola, señor, quiere saber quién es.

TC: Un amigo de Nueva York.

Voz de Jake (lejana, cada vez más fuerte, a medida que se acerca al teléfono): Claro que tengo amigos en Nueva York. En Tokio, Bombay. ¡Hola, amigo de Nueva York!

TC: Parece alegre.

Jake: Tan alegre como el mono de un mendigo.

TC: ¿Puede hablar? ¿O lo llamo más tarde?

Jake: Está bien. Hay tanto ruido que nadie me oye.

TC (inciertamente, cuidando no abrir la herida): ¿Cómo van las cosas?

Jake: No tan bien.

TC: ¿Por el Departamento?

Jake (intrigado): ¿El Departamento?

TC: Bueno, se me ocurrió que le causaba dificultades.

Jake: No me causa ninguna dificultad. Yo a ellos, sí. Un montón de imbéciles. No, es ese cabeza de alcornoque de Jaeger.

Nuestro adorado jefe de correos. Es un gallina. Quiere escapar del gallinero. Y no sé cómo detenerlo. Pero tengo que hacerlo.

TC: ¿Porqué?

Jake: "El tiburón necesita carnada".

TC: ¿Ha hablado con Jaeger?

Jake: Durante horas. Está conmigo en este momento. Sentado en un rincón como un conejito blanco listo para meterse en el agujero.

TC: Bueno, lo comprendo.

Jake: Yo no puedo darme ese lujo. Tengo que convencer a este timorato. ¿Cómo? Tiene sesenta y cuatro años, un montón de dinero, y está a punto de retirarse. Es soltero. ¡Su pariente más cercano es Bob Quinn! Por Dios. Y oiga esto: Todavía no cree que fue Quinn. Dice sí, tal vez alguien quiere hacerme daño, pero no puede ser

Bob Quinn, que es de mi propia sangre. Hay una sola cosa que lo hace pensar.

TC: ¿Algo relacionado con el paquete?

Jake: Ajá.

TC: ¿La letra? No, eso no puede ser. Debe ser la foto.

Jake: Ha dado en el blanco. Esta foto es diferente. No es como las otras. Por empezar, tiene veinte años. Fue tomada en la Feria del Estado. Jaeger marcha en un desfile de kiwanis, y lleva un sombrero de kiwanis. Quinn sacó esa foto. Jaeger dice que él vio cuando se la tomaba. Se acuerda porque pidió a Quinn que le diera una copia, cosa que Quinn nunca hizo.

TC: Eso debería hacer cambiar de opinión al jefe de correos. Supongo que no impresionaría a un jurado.

Jake: En realidad, no impresiona al jefe de correos.

TC: Pero, ¿está asustado como para querer irse del pueblo?

Jake: Está asustado, seguro. Pero aunque no lo estuviera, no hay nada que lo detenga aquí. Dice que siempre planeó pasar los últimos años de su vida viajando. Mi trabajo es demorar ese viaje. Indefinidamente. Pero es mejor que no deje tanto tiempo solo a mi conejito. Deséeme suerte. Y manténgase en contacto.

Le deseé suerte, pero no la tuvo. A la semana, el detective y el jefe de correos se separaban: uno iniciaba un viaje por el mundo, al otro el Departamento le quitaba el caso. Las notas siguientes son extractos de mis diarios personales entre 1975 y 1979.

20 de octubre de 1975: Hablé con Jake. Muy amargado, desparrama veneno en todas direcciones. Dijo: "Por dos alfileres y un dólar de la Confederación", se iría del Departamento, renunciaría, se trasladaría a Oregon a trabajar en la granja de su hijo. "Pero mientras siga con el Departamento, siempre tendré un poco de influencia". Además, si renunciara ahora, perdería su jubilación, un *beau geste* que no puede permitirse el lujo de hacer.

6 de noviembre de 1975: Hablé con Jake. Me dijo que había una epidemia de robo de ganado en la zona noroeste del Estado. Roban el ganado de noche, lo cargan en camiones y lo llevan a las Dakotas. Dijo que él y otros agentes habían pasado estas últimas noches al sereno, escondidos entre el ganado, esperando a los ladrones, que no aparecieron. "¡Hace frío allí! Ya estoy viejo para estas cosas." Me dijo que Marylee Connor se mudó a Sarasota.

25 de noviembre de 1975: Día de Acción de Gracias. Me desperté esta mañana y pensé en Jake. Hace justo un año que descubrió su "suerte": fue a comer a lo de Addie, y ella le contó de Quinn y del río Azul. Decidí no llamarlo; podía agravar, en lugar de aliviar, las dolorosas ironías relacionadas con este aniversario. Llamé a Fred Wilson y a su esposa, Alice, para desearles *bon appétit*. Fred me preguntó por Jake. Le dije que la última vez que supe de él estaba atareado persiguiendo a los ladrones de ganado. Fred dijo: "Sí, lo hacen trabajar como loco. Tratan de que no piense en ese

otro caso, el que los agentes del Departamento llama Víboras de cascabel'. Han nombrado a un tipo joven llamado Nelson, para guardar las apariencias. Legalmente, el caso sigue abierto, pero en la práctica, el Departamento lo ha cerrado".

5 de diciembre de 1975. Hablé con Jake. Lo primero que me dijo fue: "Se alegrará de saber que el jefe de correos está sano y salvo en Honolulú. Ha enviado postales a todo el mundo. Estoy seguro de que le ha mandado una a Quinn. Bueno, él fue a Honolulú, yo no pude. Sí, la vida es extraña", dijo que seguía en el "caso de robo de ganado. Y harto. Debería unirme a los ladrones. Ganan cien veces más que yo".

Diciembre 20 de 1975. Recibí una tarjeta de Navidad de Marylee Connor. Dice: ¡Sarasota es maravilloso! Éste es el primer invierno que paso en un lugar cálido, y puedo decir con honestidad que no echo de menos mi hogar, ¿Sabía que Sarasota es famoso porque aquí pasa todo el invierno el circo de los hermanos Ringling? Mi prima y yo vamos a menudo a ver los ensayos. ¡Es divertidísimo! Nos hemos hecho amigas de una rusa que entrena acróbatas. Feliz Año Nuevo. Acompaño un pequeño regalo. El regalo era una instantánea, sacada por un aficionado, de Addie a los dieciséis años, en un jardín florido, luciendo un vestido blanco de verano, con una cinta en el pelo, haciendo juego y un gatito blanco entre los brazos. Lo acuna como si fuera tan frágil como el follaje que la rodea. El gatito está bostezando. En el reverso de la foto Marylee había escrito: Adelaide Minerva Mason. Nacida el 14 de junio de 1939. Convocada el 29 de agosto de 1975.

1° de enero de 1976: Llamó Jake: "¡Feliz Año Nuevo!". Sonaba como un sepulturero que se cava su propia fosa. Dijo que había pasado la víspera de Año Nuevo leyendo David Copperfield. "El Departamento organizó una gran fiesta. Pero yo no fui. Sabía que si iba me emborracharía y me pelearía con algunos. Borracho o sobrio, cuando estoy cerca del jefe tengo que contenerme para no tirarle con algo". Le conté que había recibido una tarjeta de Marylee para Navidad y describí la foto de Addie y Jake me dijo que Marylee le había mando otra igual a él:"Pero ¿qué quiere decir? Eso que escribió,'Convocada'". Cuando traté de interpretarlo, tal cual lo entendía yo. Me interrumpió con un gruñido: era demasiado imaginativo para él. Dijo: "Quiero a Marylee. Siempre he dicho que es muy buena. Pero simple. Un poquito simple".

5 de febrero de 1976: La semana pasada compré un marco para la foto de Addie. La puse en mi dormitorio, sobre una mesa. Ayer la metí en un cajón. Me perturbaba: estaba demasiado viva, en especial por el bostezo del gatito.

14 de febrero de 1976: Recibí tres tarjetas para el Día de San Valentín, una de una vieja maestra, Miss Wood, otra de mi contador, y la tercera que decía Cariños firmada por Bob Quinn. Una broma, por supuesto. ¿Será su idea de humor negro?

15 de febrero de 1976. Llamé a Jake, y me confesó que sí que él me había mandado una tarjeta. Le dije que estaría borracho. Él dijo: "Sí".

20 de abril de 1976: Una breve misiva de Jake escrita en papel del motel Prairie:

Hace dos días que estoy aquí, escuchando chismes, casi todos del café Okay. El jefe de correos sigue en Honolulú. Juanita Quinn tuvo un ataque bastante fuerte. Me gusta Juanita, de modo que lo sentí. Su marido sigue tan fuerte como un toro. Así me gusta. No quiero que le pase nada a Quinn hasta que yo le aseste el golpe final. El Departamento habrá olvidado el asunto, pero yo no. Nunca me olvidaré. Cordialmente…

10 de julio de 1976: Llamé a Jake anoche, pues hacía más de dos meses que no tenía noticias suyas. El hombre con quien hablé es una nueva persona o más bien, el viejo Jake Pepper, vigoroso, optimista, como si por fin hubiera emergido de un sopor alcohólico, con los músculos descansados, listos para actuar. Me enteré rápidamente de lo que lo había despertado: "Tengo un gran caso. Una maravilla". Si bien el caso contenía un elemento intrigante era, por otra parte, un asesinato común y corriente, o así me pareció a mí. Un hombre joven, de veintidós años, vivía solo en una granja modesta, con un abuelo anciano. Esa primavera el nieto mató al anciano para heredar la propiedad y robar el dinero que la víctima, un viejo avaro, había escondido en el colchón. Los vecinos se dieron cuenta de la desaparición del granjero y vieron que el joven se había comprado un auto flamante. Notificaron a la policía, y pronto se descubrió que el nieto, que no podía explicar la repentina y total desaparición de su pariente, había comprado el auto en efectivo, con billetes viejos. El sospechoso no admitía ni negaba haber matado a su abuelo, aunque las autoridades estaban seguras de que era culpable. La dificultad era que no se encontraba el cadáver. Sin el cuerpo, no podían arrestarlo. Por más que buscaban, la víctima seguía sin aparecer. La policía local pidió ayuda al Departamento de Investigaciones del Estado, y designaron a Jake para que se ocupara del caso. "Es fascinante. El chico es tan inteligente como el diablo. No sé qué le hizo al viejo, pero sí que es algo diabólico. Y si no encontramos el cuerpo, seguirá libre de culpa y cargo. Pero estoy seguro de que está en alguna parte de la granja. Sé, instintivamente, que cortó al abuelo en pedacitos y enterró las partes en distintos lugares. No necesito más que la cabeza. La encontraré aunque tenga que arar la granja entera. Hectárea por hectárea. Centímetro por centímetro". Después de cortar, sentí enojo, y celos, no un simple ataque, sino verdadera furia, como si me hubiera enterado de la traición de un amante. En verdad, no quiero que Jake esté interesado en ningún otro caso, sino en el que me interesa a mí.

20 de julio de 1976: Un telegrama de Jake: Tengo cabeza una mano dos pies punto me voy de pesca Jake. ¿Por qué me habrá enviado un telegrama, en lugar de llamarme por teléfono? ¿Se imaginará que me agravia su éxito? Estoy contento, porque sé que su orgullo ha sido parcialmente reparado. Espero que haya ido a pescar cerca del río Azul, nada más.

22 de julio de 1976: Escribí una carta de felicitación a Jake y le dije que me voy

al extranjero por tres meses.

20 de diciembre de 1976: Una tarjeta de Navidad de Sarasota: "Si alguna vez anda por aquí, venga por favor a visitarme. Dios lo bendiga. Marylee Connor".

22 de febrero de 1977: Una nota de Marylee:"Sigo suscripta al diario local de mi ciudad, y he pensado que el recorte que acompaño podría interesarle. He escrito a su esposo. Me envió una carta tan hermosa para el accidente de Addie". El recorte era la necrología de Juanita Quinn. Había muerto mientras dormía. Sorprendentemente, no hubo funeral ni entierro porque la muerta había pedido que la cremaran y esparcieran sus cenizas en el río Azul.

23 de febrero de 1977: Llamé a Jake. Dijo, con cierta timidez: "¡Hola, socio! ¡Tanto tiempo!". En realidad le había enviado una carta desde Suiza, que no contestó, y lo había llamado por teléfono dos veces, sin encontrarlo, durante la temporada de Navidad. "Oh, sí, estaba en Oregon". Luego llegamos al tema: la muerte de Juanita Quinn. Como era de esperar, dijo: "Me huele mal". Cuando le pregunté por qué, agregó: "Las cremaciones siempre huelen mal". Hablamos un cuarto de hora más, pero noté que para él representaba un esfuerzo. Tal vez le hago acordar de cosas que, a pesar de su fortaleza moral, empieza a querer olvidar.

10 de julio de 1977: Llamó Jake, enloquecido de alegría. Sin preámbulo, me anunció: "Como le dije, las cremaciones siempre me huelen mal. ¡Bob Quinn se ha casado! Bueno, todo el mundo sabía que tenía otra familia, una mujer y cuatro hijos. Los mantenía escondidos en Appleton, un lugar a unos ciento cincuenta kilómetros al sudoeste. La semana pasada se casó con la dama. Ha traído a mujer y cría a la estancia, pavoneándose como un gallo. Juanita se revolvería en la tumba. De tener una tumba". Estúpidamente, aturdido por la historia de Jake, le pregunté: "¿Qué edad tienen los hijos". Me contestó: "La menor tiene diez y la mayor diecisiete. Todas mujeres. El pueblo está conmocionado. Los asesinatos no los escandalizan, un par de homicidios no les molesta. Pero que su caballero andante, su gran Héroe de Guerra, se aparezca con su descarada ramera y sus cuatro bastardas es demasiado para sus mentes presbiterianas". Yo le dije: "Las hijas me dan lástima. Y la mujer también". Jake me replicó: "Yo me guardo la lástima para Juanita. Si existiera el cuerpo, y pudiera exhumarse, apuesto a que el forense encontraría una buena dosis de nicotina en él". Yo dije: "Lo dudo. No haría daño a Juanita. Era una alcohólica. Él era su salvador. La amaba". Lentamente, Jake preguntó: "¿Supongo que pensará que no tuvo nada que ver con la muerte de Addie?". Respondí: "Era su intención matarla. Lo hubiera hecho. Pero ella se ahogó". Jake acotó: "Ahorrándole el trabajo. Está bien. Explique lo de Clem Anderson. Lo de los Baxter". "Sí, todo fue obra de Quinn", señalé. "Tuvo que hacerlo él. Es un mesías con un deber que cumplir". Jake dijo: "Entonces, ¿por qué permitió que el jefe de correos se le deslizara entre los dedos?". Repliqué: "¿Será así? Yo creo que el viejo Mr. Jaeger tiene una cita con la muerte.

Quinn se le cruzará por el camino algún día. Quinn no puede descansar hasta que eso suceda. No es cuerdo, sabe". Jake colgó, pero no sin antes de preguntarme, con mordacidad: "Y usted, ¿lo es?".

15 de diciembre de 1977. Vi una billetera negra de cocodrilo en la vidriera de una casa de empeños. Estaba en muy buenas condiciones y llevaba las iniciales J.P. La compré, y como nuestra última conversación había terminado mal (él estaba enojado, aunque yo no), se la mandé como regalo de Navidad y ofrenda de paz al mismo tiempo.

22 de diciembre de 1977: Una tarjeta de Navidad de la fiel Mrs. Connor: ¡Estoy trabajando para el circo! No, no soy acróbata. Sino recepcionista. ¡Es divertidísimo! Mis mejores deseos para el Año Nuevo.

17 de enero de 1978: Un garrapateo de cuatro líneas, de Jake, agradeciéndome la billetera. Lacónica, inadecuadamente. Sé entender una indirecta. No volveré a escribir, ni a llamarlo.

20 de diciembre de 1978: Una tarjeta de Marylee Connor, nada más que la firma. Nada de Jake.

12 de septiembre de 1979: Fred Wilson y su mujer estuvieron en Nueva York la semana pasada, de paso para Europa (su primer viaje), felices como en su luna de miel. Los invité a comer afuera. La conversación giró en torno de los agitados preparativos del viaje inminente hasta que, mientras elegíamos el postre, Fred dijo: "No has mencionado a Jake". Simulé sorprenderme dije, con tono casual, que hacía más de un año que no tenía noticias suyas. Astutamente, Fred preguntó: "¿Se han disgustado?". Yo me encogí de hombros: "No hubo ninguna pelea, aunque no siempre hemos coincidido en nuestros puntos de vista". Luego Fred dijo: "Jake ha tenido problemas de salud últimamente. Enfisema. Se jubilará a fin de mes. No es que me meta, pero me parece que sería bueno que lo llamaras. Necesita que lo alienten".

14 de setiembre de 1979: Siempre estaré agradecido a Fred Wilson. Hizo que me tragara el orgullo y llamara a Jake. Hablamos esta mañana: era como si hubiéramos hablado ayer, y anteayer también. No parece que hubiera habido una interrupción en nuestra amistad. Confirmó la noticia de su jubilación:"¡Me faltan sólo dieciséis días!". Dijo que pensaba vivir en Oregon, con su hijo. "Pero antes pasaré un par de días en el motel Prairie. Tengo que terminar un trabajito en ese pueblo. Hay unos informes en los tribunales que quiero robar para mi fichero. ¡Escuche! ¿Por qué no vamos juntos? Volvemos a reunimos. Podría esperarlo en Denver, y seguiríamos viaje en auto". Jake no tuvo que obligarme. Si él no me hubiera invitado, yo le habría sugerido la idea: muchas veces, dormido o despierto había soñado con volver a ese melancólico pueblo, porque quería volver a ver a Quinn, quería conversar con él, los dos a solas. Era el dos de octubre.

Jake, que no aceptó mi invitación de que me acompañara, me prestó el auto, y

después del almuerzo salí del motel Prairie para cumplir con mi cita en el establecimiento de campo B.Q. Recordé la última vez que recorrí esas tierras: la luna llena, los campos nevados, el frío cortante, el ganado apretujado, reunido en grupos, el aliento tibio que empañaba el aire ártico. Ahora, en octubre, el paisaje era, gloriosamente, diferente: la carretera de asfalto parecía un angosto mar negro que separaba un continente dorado. A cada lado, resplandecían los rastrojos, blanqueados por el sol, del trigo segado, con vetas de amarillo aquí y allá, como sombras oscuras bajo un cielo sin nubes. Había toros haciendo cabriolas entre el pasto, y vacas, entre ellas madres con terneritos, comiendo y dormitando.

A la entrada a la estancia vi a una jovencita recostada contra el letrero de las hachas cruzadas. Sonrió, y me indicó con la mano que parara.

Jovencita: ¡Buenas tardes! Soy Nancy Quinn. Mi papá me envió a que lo esperara.

TC: Bueno, gracias.

Nancy Quinn (abriendo la portezuela del auto y subiendo): Está pescando. Tendré que mostrarle dónde está. (Era un alegre marimacho de doce años, de dientes prominentes. Llevaba el pelo castaño rojizo bien corto, y tenía pecas por todas partes. Todo su atavío era un viejo traje de baño. Una de sus rodillas estaba envuelta en un vendaje sucio.)

TC (refiriéndose al vendaje): ¿Te lastimaste?

Nancy Quinn: No. Bueno, alguien me tiró.

TC: ¿Te tiró?

Nancy Quinn: Bad Boy me tiró. Es un caballo muy malo. Por eso se llama sí. Ha tirado a todos los chicos del campo. Y a la mayoría de los tipos grandes, también. Yo dije: Bueno, a que yo puedo montarlo. Y lo hice. Pero por dos segundos. ¿Ha estado antes aquí?

TC: Una vez. Hace años. Pero era de noche. Me acuerdo de un puente de madera…

Nancy Quinn: ¡Está allí, más adelante!

(Cruzamos el puente. Por fin pude ver el río Azul, aunque por muy poco tiempo, y de una manera tan borrosa como debe ver el picaflor en sus revoloteos. Lo tapaban los árboles con las ramas caídas hacia el agua. Los mismos que entonces no tenían hojas, ahora resplandecían de oscuro follaje otoñal.) ¿Ha estado en Appleton?

TC: No.

Nancy Quinn: ¿Nunca? Qué gracioso. No conozco a nadie que no haya estado en Appleton.

TC: ¿Me he perdido algo?

Nancy Quinn: Bueno, es muy lindo. Nosotros vivíamos allí antes. Pero me gusta más vivir aquí. Se puede andar sola y hacer lo que una quiere. Pescar. Matar coyotes.

Papá me dijo que me daría un dólar por cada coyote que matara, pero después de pagarme más de doscientos dólares, lo ha rebajado a diez centavos. Bueno, no necesito dinero. No soy como mis hermanas, No hacen más que mirarse al espejo. Tengo tres hermanas, y le diré que no son felices aquí. No les gustan los caballos. Odian todo. No piensan más que en muchachos. Cuando vivíamos en Appleton, no veíamos muy seguido a papá. No más que una vez por semana. Se ponían perfume y se pintaban la boca, y tenían muchos novios. Mi mamá no decía nada. Le gusta arreglarse y parecer bonita. Pero mi papá es muy estricto. No quiere que tengan novios. Ni que se pinten la boca.

Una vez algunos amigos vinieron de Appleton, y mi papá los esperó en la puerta con una escopeta. Les dijo que la próxima vez que los vea en su propiedad les hará saltar la cabeza de un tiro. ¡Cómo dispararon esos tipos! Las chicas se enfermaron de tanto llorar. A mí me causó mucha gracia. ¿Ve esa bifurcación en el camino? Pare allí.

(Detuve el auto. Los dos nos bajamos. La jovencita señaló un claro entre los árboles: un sendero oscuro, cubierto de hojas, que bajaba.) Vaya por allí.

TC (de repente, con miedo de estar solo): ¿No vienes conmigo?

Nancy Quinn: Mi padre no quiere nadie cerca cuando habla de negocios.

TC: Bueno, gracias de nuevo.

Nancy Quinn: ¡El placer fue mío! Se alejó, silbando.

En partes, las ramas eran tan bajas que tenía que doblarlas, y protegerme la cara del roce de las hojas. Los pantalones se me enredaban en las zarzas y extrañas espinas. Por encima de los árboles se oía el graznido de los cuervos. Vi un búho. Es extraño ver un búho a la luz del día. Parpadeó, pero no se movió. En un momento dado casi tropiezo con un avispero: en un hueco del tronco de un árbol había un hervidero de avispas negras. Todo el tiempo oía el río, como un lento y suave rugido. De repente, en un recodo del sendero, lo vi. Vi a Quinn, también.

Tenía puesto un traje de goma, y sostenía en alto una flexible caña de pescar, como si fuera la varita de un director de orquesta. Estaba metido en el agua hasta la cintura. Se veía su cabeza, sin sombrero, de perfil. Su pelo ya no tenía vetas grises, sino que era totalmente blanco, como la espuma del agua que rodeaba su cintura. Tuve ganas de dar media vuelta y echar a correr, pues la escena era tan parecida a esa otra, le hacía mucho tiempo, cuando el doble de Quinn, el reverendo Billy Joe Snow, me esperaba, metido en el agua hasta la cintura. De repente oí mi nombre: era Quinn que me llamaba, haciéndome señas mientras vadeaba en dirección a la orilla, pensé en los toros jóvenes que había visto pavonearse en los pastos dorados. Quinn, resplandeciente en su traje de goma, me hacia acordar a ellos: vital, poderoso, peligros. Con excepción del pelo blanco, no había envejecido ni un ápice. En realidad, parecía varios años más joven, un hombre de cincuenta años perfectamente saludable.

Sonriendo, se puso en cuclillas sobre una roca, y me indicó que me acercara. Me enseñó las truchas que había pescado:

—No muy grandes, pero son sabrosas.

Nombré a Nancy. Sonrió y dijo:

—Nancy. Oh, sí. Es una buena chica. —No agregó nada. No se refirió a la muerte de su mujer, ni al hecho de que se había vuelto a casar: pensaba que estaba al tanto de la historia reciente—. Me sorprendió que me llamara.

—¿Sí?

—No sé. Me sorprendí. ¿Dónde se aloja?

—En el motel Prairie. ¿En dónde más?

Después de un silencio, con cierta timidez, me preguntó:

—¿Jake Pepper está con usted?

Asentí.

—Alguien me dijo que dejaba el Departamento.

—Sí. Se va a vivir a Oregon.

—Bueno, supongo que ya no lo veré más. Qué lástima. Pudimos ser muy buenos amigos. De no ser por todas esas sospechas. Maldito sea, hasta pensó que había ahogado a Addie Mason —Rió. Luego frunció el entrecejo—. Yo veo así, las cosas: fue la mano de Dios. —Levantó su propia mano, y el río, visto entre sus dedos separados, pareció entretejerse como una cinta oscura—. La obra de Dios. Su voluntad.

3.— CONVERSACIONES Y RETRATOS

Conversational Portraits

I.— Un día de trabajo

(A Day's Work)

Escenario: Una lluviosa mañana de abril de 1979. Camino por la Segunda Avenida de la ciudad de Nueva York, cargado con un capacho de hule para la compra lleno de artículos de limpieza que pertenecen a Mary Sánchez, quien va a mi lado tratando de mantener un paraguas por encima de los dos, lo que no es difícil, pues es mucho más alta que yo: mide seis pies.

Mary Sánchez es una asistenta que trabaja por horas, a cinco dólares la hora, seis días a la semana. Trabaja aproximadamente nueve horas al día, y visita una media de veinticuatro domicilios distintos entre lunes y viernes; por lo general, sus clientes sólo requieren sus servicios una vez a la semana.

Mary tiene cincuenta y siete años, nació en un pequeño pueblo de Carolina del Sur y ha «vivido en el Norte» durante los últimos cuarenta años. Su marido, puertorriqueño, murió el verano pasado. Tiene una hija casada que vive en San Diego y tres hijos, uno de los cuales es dentista, otro que está cumpliendo una condena de diez años por robo a mano armada, y un tercero que «sencillamente se ha ido, Dios sabe a dónde. Me llamó la pasada Navidad, parecía muy lejos. Le pregunté: ¿dónde estás, Pete?, pero no me contestó, de modo que le dije que su papá había muerto, y él contestó que bueno, que era el mejor regalo de Navidad que podía hacerle, así que colgué el teléfono de golpe y espero que no vuelva a llamar nunca. Escupir de esa manera en la tumba de papá. Bueno, es cierto que Pedro no fue bueno con los chicos. Ni conmigo. No hacía más que emborracharse y jugar a los dados. Se iba con mujeres malas. Lo encontraron muerto en un banco del Central Park. Tenía una botella casi vacía de Jack Daniels en una bolsa de papel sujeta entre las piernas; aquel hombre sólo bebía lo mejor. Con todo, Pete se pasó al decir que se *alegraba* de la muerte de su padre. Le debía el don de la vida, ¿no es cierto? Y yo también le debía algo a Pedro. Si no hubiera sido por él, seguiría siendo una baptista ignorante, perdida para el Señor. Pero cuando me casé, lo hice por la iglesia católica, y la iglesia católica llevó un *resplandor* a mi vida que nunca ha desaparecido ni lo hará jamás, ni siquiera cuando yo muera. Crié a mis hijos en la fe; dos me salieron bien buenos, y de ello doy más crédito a la iglesia que a mí misma».

Mary Sánchez es fuerte, pero tiene una cara redonda, pálida y suave, con una nariz algo respingona y un bonito lunar en la mejilla izquierda. No le gusta el término «negro», aplicado en forma racial. «Yo no soy negra. Soy castaña. Una mujer de color castaño claro. Y le diré algo más. No conozco a mucha otra gente de color que les guste que les llamen negros. Quizás a algunos jóvenes. Y a esos radicales. Pero no a gente de mi edad, ni aun a los que tienen la mitad de mis años. Ni a la gente que son

negros de verdad les gusta. ¿Qué tienen de malo los negros? Yo soy negra y católica, y estoy orgullosa de afirmarlo.»

Conozco a Mary Sánchez desde 1968, y ha trabajado periódicamente para mí durante todos estos años. Es concienzuda, y se toma un interés más que circunstancial por sus clientes, a bastantes de los cuales apenas ha visto o no conoce en absoluto, porque muchos de ellos son trabajadores solteros y mujeres que no están en casa cuando ella va a limpiarles el piso; se comunica con ellos, y ellos con ella, por medio de notas: «Mary, por favor, riegue los geranios y dé de comer al gato Espero que se encuentre bien. Gloria Scotto.»

Una vez le sugerí que me gustaría seguirla durante el transcurso de un día de trabajo, y ella dijo que de acuerdo, que no veía nada malo en ello y que, en realidad, disfrutaría de mi compañía: «A veces, éste puede ser un trabajo bastante solitario.»

Y por eso es por lo que caminamos juntos en esta mañana de abril pasada por agua.

TC: ¿Qué demonios lleva usted en este capacho?

Mary: Vamos, démelo. No quiero que maldiga.

TC: No. Lo siento. Pero pesa.

Mary: Quizá sea la plancha.

TC: ¿Plancha usted la ropa? Nunca plancha la mía.

Mary: Es que alguna de esa gente no tiene utensilios Por eso tengo que cargar con tantas cosas. Yo les dejo notas: compre esto, compre lo otro. Pero se olvidan. Es como si toda mi gente estuviera absorta en sus problemas. Como ese míster Trask, a cuya casa vamos. Lo tengo desde hace siete u ocho meses, y aún no lo conozco. Pero bebe demasiado, su mujer lo abandonó por eso y debe facturas en todas partes, y si alguna vez contesto al teléfono, es alguien que trata de cobrar. Sólo que ahora le han cortado el teléfono.

(Llegamos a la dirección, y de su bolso de bandolera saca un enorme aro metálico en el que tintinean docenas de llaves. El edificio, de color pardo rojizo, tiene cuatro pisos con un ascensor diminuto.)

TC (después de entrar y echar una ojeada al piso de Trask Una habitación de gran tamaño con verduzcas paredes de color arsénico, una cocina pequeña y un cuarto de baño con un retrete roto que mana constantemente): Hmm. Ya entiendo lo que quiere decir. Este tipo tiene problemas.

Mary (abriendo un armario viscoso y lleno de ropa para lavar con olor a sudor): ¡Ni una sábana limpia en esta casa! ¡Y mire esa cama! ¡Mayonesa! ¡Chocolate! Migas, migas, chicle, colillas de cigarrillos. ¡Lápiz de labios! ¿Qué clase de mujer estaría dispuesta a meterse en una cama como ésta? No he podido cambiar las sábanas durante semanas. Meses.

(Enciende varias lámparas con las pantallas torcidas; y mientras se afana en

organizar el desorden circundante, observo la estancia con mayor cuidado. En realidad, parece que un ladrón la hubiese saqueado, dejando algunos cajones de la cómoda abiertos y otros cerrados. Encima de la cómoda hay una fotografía con marco de cuero de un hombre rechoncho y moreno y de una rubia desdeñosa de la Júnior League[4], y de tres chicos pelirrubios, sonrientes, dentones y tostados por el sol, el mayor de unos catorce años. Sujeta en un espejo empañado, hay otra fotografía sin marco: otra rubia, pero, sin duda, no de la Júnior League, quizás un ligue de Maxwell's Plum; me figuro que el lápiz de labios de las sábanas de la cama será de ella. Un ejemplar del número de diciembre de la revista *True Detective* yace en el suelo, y en el cuarto de baño, junto al retrete, incesantemente agitado, hay un montón de revistas de chicas, *Penthouse, Hustler, Oui:* aparte de eso, parece haber una total ausencia de pertenencias culturales. Pero por todas partes hay centenares de botellas de vodka vacías: del tipo de miniaturas que sirven en las líneas aéreas.)

TC: ¿Por qué cree usted que sólo bebe esas miniaturas?

Mary: Quizá porque no puede comprar nada mayor. Sólo compra lo que puede. Tiene un buen trabajo, si es que logra conservarlo, pero su familia lo tiene arruinado.

TC: ¿En qué trabaja?

Mary: En aviación.

TC: Eso lo explica. Esas botellitas las consigue gratis.

Mary: ¿Sí? ¿Y cómo? No es camarero. Es piloto.

TC: ¡Oh, Dios mío!

(Suena un teléfono con un ruido amortiguado, porque el aparato está hundido bajo una manta arrugada. Con expresión malhumorada y las manos jabonosas de agua de fregar, Mary lo desentierra con delicadeza de arqueólogo.)

Mary: Se lo deben haber conectado otra vez. ¿Diga? (Silencio.) ¿Diga?

Voz de Mujer: ¿Quién es ahí?

Mary: Esto es la residencia de míster Trask.

Voz de Mujer: ¿La residencia de míster Trask? (Carcajada; luego, en tono altanero): ¿Con quién hablo?

Mary: Soy la doncella de míster Trask.

Voz de Mujer: Conque míster Trask tiene doncella, ¿eh? Vaya, eso es más de lo que tiene la *señora* Trask. ¿Querría la doncella de míster Trask decirle, por favor, a míster Trask que a la señora Trask le gustaría hablar con él?

Mary: No está en casa.

Señora Trask: No me diga eso. Póngame con él.

Mary: Lo siento, señora Trask. Creo que está volando.

Señora Trask (con amarga alegría): ¿Volando? Siempre está volando. Siempre.

Mary: Quiero decir que está trabajando.

Señora Trask: Dígale que me llame a casa de mi hermana en Nueva Jersey. Que

me llame nada más llegar, si es que sabe lo que le conviene.

Mary: Sí, señora. Le dejaré el recado. (Cuelga.) Tiene mal genio, la mujer. No es raro que él esté en esas condiciones. Y ahora está fuera, trabajando. Me pregunto si me habrá dejado mi dinero. Aja. Ahí está. Encima de la nevera.

(En forma sorprendente, al cabo de una hora se las ha arreglado de alguna manera para ocultar el caos y dar a la estancia un aspecto no enteramente ordenado, pero sí medianamente respetable. Con un lápiz garabatea una nota y la sujeta contra el espejo de la cómoda: «Querido míster Trask, su mujer quiere que la llame a casa de su hermana sinceramente Mary Sánchez.» Luego suspira, se sienta en el borde de la cama y de su bolso de mano saca una cajita de hojalata que contiene un surtido de canutos de marihuana; selecciona uno, lo encaja en una boquilla y lo enciende, inhalando profundamente, reteniendo el humo en los pulmones y cerrando los ojos. Me ofrece uno.)

TC: Gracias. Es demasiado pronto.

Mary: Nunca es demasiado pronto. De todos modos, tiene que probar este material. *Mucho cojones*[5]. Me lo regaló una clienta, una señora realmente católica; está casada con un tipo del Perú. Se lo manda su familia. Directamente por correo. Nunca lo utilizo para colocarme. Sólo lo suficiente como para levantar un poco el ánimo. Esa pesadez. (Da chupadas al petardo hasta que casi le quema los labios) Andrew Trask. Pobre diablo asustado. Podría terminar como Pedro. Muerto en el banco de un parque, sin nadie a quien le importe. No es que a mí no me importara aquel hombre. Últimamente me sorprendo recordando los buenos tiempos que pasé con Pedro, y supongo que eso es lo que le pasará a la mayoría de las personas que hayan amado alguna vez a alguien y lo hayan perdido; se borra lo malo y uno piensa en las buenas cosas que tenían, en lo que te gustaba de ellos al principio. Pedro, el joven de quien me enamoré, bailaba divinamente, ¡oh!, sabía el tango, sabía la rumba, me enseñó los movimientos y me hacía bailar hasta caerme. Éramos habituales del salón de baile del Savoy. Iba arreglado y era limpio; incluso cuando le dio por la bebida siempre llevaba las uñas cortadas y arregladas. Y sabía cocinar cualquier cosa. Así se ganaba la vida, como cocinero de platos rápidos. He dicho que nunca hizo nada bueno por los chicos; pero les preparaba las cestas de comida que llevaban al colegio. Toda clase de bocadillos envueltos en papel encerado. Jamón, manteca de cacao y gelatina, huevos en ensalada, bonito, y fruta, manzanas, plátanos, peras, y un termo de leche caliente mezclada con miel. Resulta doloroso imaginárselo ahí, en el parque, y pensar que no lloré cuando la policía se presentó a decírmelo; que nunca lloré. Debería haberlo hecho. Se lo debía. También le debía un puñetazo en la mandíbula.

Voy a dejarle las luces encendidas a míster Trask. No tiene sentido que vuelva a casa y se encuentre con una habitación a oscuras.

(Cuando salimos del edificio, la lluvia había cesado, pero el cielo estaba revuelto y se había levantado un viento que lanzaba basura a las alcantarillas y causaba que los viandantes se calaran el sombrero. Nuestro destino estaba a cuatro manzanas; un modesto pero moderno edificio de pisos con un portero uniformado, domicilio de miss Edith Shaw, una joven de unos veinticinco años que formaba parte de la plantilla de redacción de una revista. «Una especie de revista de actualidad. Debe tener cerca de mil libros. Pero no tiene aspecto de ratón de biblioteca. Es una chica muy maja, y tiene muchos novios. Demasiados; sencillamente, parece que no puede quedarse mucho tiempo con mi solo tipo. Somos amigas porque… Una vez llegué a su casa y estaba muy enferma. Acababa de abortar. Normalmente, no tolero eso; va contra mis creencias. Le pregunté que por qué no se había casado con aquel hombre La verdad era que ella no sabía con quién casarse; no sabía quién era el padre. Y, de todas formas, lo último que quería era un marido o un crío».)

Mary (inspeccionando el ambiente desde la puerta abierta del piso de dos habitaciones de miss Shaw): Aquí no hay mucho que hacer. Quitar un poco el polvo. Lo tiene bien arreglado. Fíjese en todos esos libros. Del suelo hasta el techo no hay otra cosa que libros.

(Excepto por las atestadas estanterías, el piso era atrayentemente parco, blanco y luminoso, como escandinavo. Había una antigüedad: un escritorio de tapa corrediza con una máquina de escribir encima; miré lo que había escrito en ella:

«Zsa Zsa Gabor tiene
305 años
Lo sé
Pues le conté
Los anillos.»

Y tres espacios más abajo, escrito en la máquina:

«Sylvia Plath, te odio a ti
Y a tu maldito papi.
Me gustaría, ¿me oyes?
¡Me gustaría que me metieras
La cabeza
En un horno calentado a gas!»)

TC: ¿Es poetisa miss Shaw?

Mary: Siempre está escribiendo algo. No sé qué es. Lo que he visto, a mí me suena a droga. Venga, quiero enseñarle algo.

(Me lleva al cuarto de baño, una estancia sorprendentemente amplia y resplandeciente. Abre la puerta de un armarito y señala un objeto en un estante: un consolador de plástico rosa moldeado en forma de un pene de tamaño normal.)

¿Sabe qué es eso?

TC: ¿Usted no?

Mary: Yo soy la que pregunta.

TC: Es un consolador en forma de pene.

Mary: Sé lo que es un consolador. Pero nunca he visto uno como ése. Dice: «Hecho en Japón.»

TC: ¡Ah, bueno! La mentalidad oriental.

Mary: Viciosos. Pero tiene algunos perfumes exquisitos. Si es que le gustan los perfumes. Yo sólo me pongo un poco de vainilla detrás de las orejas.

(Mary se puso entonces a trabajar, a fregar los encerados suelos sin alfombras, a quitar el polvo de las estanterías con un plumero; y mientras trabajaba, tenía abierta su caja de canutos y la boquilla cargada. No sé cuánta «pesadez» tendría que levantar, pero sólo el aroma me estaba colocando.)

Mary: ¿Seguro que no quiere probar un par de caladas? Usted se lo pierde.

TC: No me fuerce.

(¡Cielo santo! He fumado alguna hierba potente, nunca lo bastante como para adquirir hábito, pero sí lo suficiente para apreciar la calidad y conocer la diferencia entre hierba mexicana corriente y contrabando de lujo, como la tailandesa y la suprema Maui-Wowee. Pero tras acabar de fumarme un porrito de Mary, y mientras estaba a la mitad de otro, me sentí como atrapado por un delicioso demonio, abrazado por un júbilo loco y maravilloso: el demonio me hacía cosquillas en los dedos de los pies, me rascaba la hormigueante cabeza, me besaba ardientemente con sus azucarados labios rojos, me metía su fiera lengua dentro de la garganta. Todo echaba chispas; mis ojos parecían tener un objetivo con *zoom:* podía leer los títulos de los estantes más altos: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo,* de Karen Horney; *Eimi*, de e. e. cummings; *Cuatro cuartetos; Poemas completos,* de Robert Frost.)

TC: Desprecio a Robert Frost. Era un bastardo perverso y egoísta.

Mary: Pues si nos ponemos a maldecir…

TC: Y él con su halo de cabellos desgreñados. Un egocéntrico, sádico y traicionero. Arruinó a toda su familia. A varios de ellos. ¿Ha comentado alguna vez esto con su confesor, Mary?

Mary: ¿Con el padre McHale? ¿Comentado el qué?

TC: El precioso néctar que estamos devorando tan divinamente, mi adorable paro carbonero. ¿Ha informado al padre McHale de esta deliciosa iniciativa?

Mary: Lo que no sepa, no puede hacerle daño. Tome, ahí tiene algo de menta. Peppermint. Hace que este material sepa mejor.

(Era raro, no parecía colocada, ni una pizca. Yo acababa de pasar Venus, y Júpiter, el viejo y placentero Júpiter, me hizo señas desde la lejanía planetaria de color lila, encandilada por las estrellas. Mary se acercó al teléfono y marcó un número; lo dejó sonar un rato antes de colgar.)

Mary: No están en casa. Eso es algo de agradecer al señor y la señora Berkowitz. Si hubieran estado en casa, no podría llevarlo a usted allá. A causa de esos pomposos judíos. ¡Y ya sabe usted lo pretenciosos que *son!*

TC: ¿Judíos? ¡Sí, por Dios! Muy pomposos. Deberían estar en el Museo de Historia Natural. Todos ellos.

Mary: He pensado en despedir a la señora Berkowitz. El problema es que míster Berkowitz, que trabajaba en prendas de vestir, está jubilado, y siempre están los dos en casa. Estorbando. A menos que vayan a Greenwich, donde tienen una propiedad. Allí es donde deben haber ido hoy. Hay otra razón por la que me gustaría dejarlos. Tienen un loro viejo: lo ensucia todo. ¡Y es estúpido! Lo único que ese loro necio sabe decir son dos cosas: «¡Vaca sagrada!» y «¡Oy vey!» Cada vez que entra uno en esa casa, empieza a gritar: «¡Oy vey!» Me ataca los nervios de un modo horrible. ¿Qué tal? Vamos a fumarnos otro porrito y a salir de este garito.

(Había vuelto a llover y tenía más fuerza el viento, una mezcla que hacía que el aire pareciera como un espejo haciéndose añicos. Los Berkowitz vivían en Park Avenue, más arriba del ochenta, y sugerí que tomáramos un taxi, pero Mary dijo que no, que qué clase de marica era yo, que podíamos ir andando, así que me di cuenta de que, a pesar de las apariencias, ella también viajaba por sendas estelares. Fuimos caminando despacio, como si hiciese un cálido día tranquilo con cielo de color turquesa y las duras calles resbaladizas fuesen una playa caribeña de color perla. Park Avenue no es mi bulevar favorito; es de ricos y carece de encanto; si la señora Lasker plantara tulipanes en todo el trayecto de la Estación Central al Spanish Harlem, sería en vano. Sin embargo, hay ciertos edificios que despiertan recuerdos. Pasamos uno donde Willa Cather, la escritora norteamericana que más he admirado, vivió los últimos años de su vida con su compañera, Edith Lewis; con frecuencia solía sentarme frente a su chimenea y bebía Bristol Cream mientras observaba cómo la lumbre inflamaba el pálido azul de la llanura de los geniales y serenos ojos de miss Cather. En la Calle Ochenta y Cuatro reconocí un edificio en donde una vez asistí a una pequeña cena de etiqueta dada por el senador John F. Kennedy y señora, entonces tan joven y despreocupada. Pero, a pesar de los agradables esfuerzos de nuestros huéspedes, la noche no fue tan instructiva como yo había previsto porque, después de que se hubiera dejado ir a las mujeres y los hombres se quedaran solos en el comedor para saborear sus cordiales y sus puros habanos, uno de los invitados, un modisto de mentón más bien oblicuo llamado Oleg Cassini, acaparó la conversación con el relato de un viaje a Las Vegas y las innumerables chicas de revista a las que allí había probado recientemente: sus medidas, sus especialidades eróticas, sus exigencias financieras; un recital que hipnotizó a oyentes, ninguno de los cuales estaba más divertido y más atento que el futuro presidente.

Cuando llegamos a la Calle Ochenta y Siete, señalé a una ventana del cuarto piso

del número 1060 de Park Avenue e informé a **Mary:** «Mi madre vivió ahí. Esa era su habitación. Era guapa y muy inteligente, pero no quería vivir. Tenía muchas razones, al menos ella lo creía así. Pero, al final, el único motivo fue su marido, mi padrastro. Era un hombre que se hizo a sí mismo, muy próspero; ella lo adoraba, y él era verdaderamente un buen tipo, pero jugaba, se metió en líos, malversó un montón de dinero, perdió su negocio y lo llevaron a Sing-Sing.»

Mary meneó la cabeza: «Igual que mi chico. Lo mismo que él.»

Los dos nos quedamos parados, mirando a la ventana, mientras el chaparrón nos empapaba. «De modo que una noche se vistió toda de gala y dio una cena; todo el mundo dijo que estaba preciosa. Pero después de la fiesta, antes de irse a acostar, se tomó treinta pastillas de Seconal y jamás se despertó.»

Mary se enfada; echa a andar con rápidas zancadas bajo la lluvia: «No tenía derecho a hacer eso. No tolero esas cosas. Van contra mis creencias.»)

Loro chillón: ¡Vaca sagrada!

Mary: ¿Lo oye? ¿Qué le había dicho?

Loro: *Oy vey! Oy vey!*

(El loro, un *collage* surrealista de plumas verdes, amarillas y naranjas, está situado en una percha de caoba en el salón rigurosamente formal del señor y la señora Berkowitz, una estancia que sugiere estar enteramente hecha de caoba: los suelos de parqué, los paneles de la pared y los muebles, costosas reproducciones de grandiosos muebles de época, aunque sabe Dios de cuál, quizá de comienzos de la Gran Confluencia. Sillas de respaldo recto; sofás que habrían puesto a prueba la paciencia de un profesor de modales. Cortinajes de seda de color morado vendaban las ventanas que, de manera incongruente, estaban cubiertas de visillos venecianos de color marrón mostaza. Por encima de una repisa de chimenea de caoba tallada, un retrato con marco de caoba de míster Berkowitz, carrilludo y cetrino, lo pintaba como un caballero rural vestido para la caza del zorro: chaqueta encarnada, corbata de seda, una trompa de caza apretada debajo de un brazo y una fusta bajo el otro. No sé qué aspecto tendría el resto de aquella casa, de mezclados estilos, porque aparte del salón, no vi nada salvo la cocina.)

Mary: ¿Qué es tan divertido? ¿De qué se ríe?

TC: De nada. Sólo es ese tabaco peruano, querube mío. Entiendo que míster Berkowitz monta a caballo.

Loro: *Oy vey! Oy vey!*

Mary: ¡Calla! Antes de que retuerza tu maldito pescuezo.

TC: Pues si nos ponemos a maldecir… (Mary refunfuña; se santigua.) ¿Tiene nombre ese bicho?

Mary: Aja. Intente adivinarlo.

TC: Polly.

Mary (sorprendida de verdad): ¿Cómo lo sabe?

TC: Porque es hembra.

Mary: Es un nombre de chica, así que debe ser hembra. Sea lo que sea, es una zorra. Pero fíjese en toda esa porquería del suelo. La tengo que limpiar yo toda.

TC: Ese lenguaje. Ese lenguaje.

Polly: ¡Vaca sagrada!

Mary: ¡Qué nervios! Tal vez sería mejor que nos colocáramos un poquito. (Fuera sale la caja de hojalata, los porros, la boquilla, las cerillas.) Y vamos a ver qué localizamos en la cocina Tengo muchas ganas de dulce.

(El interior de la nevera de los Berkowitz es una fantasía de glotón, una cornucopia de golosinas cebadoras. No era de extrañar que el dueño de la casa tuviese tales carrillos. «¡Oh, sí¡», confirma Mary, «son un par de cerdos. Ella tiene un estómago que parece que va a soltar los quintillizos de Dionne. Y todos los trajes de él están hechos a medida; no le vale nada comprado en la tienda. ¡Hmm, qué rico! Me siento golosa de verdad. Esos pastelitos de coco parecen apetitosos. Y no me importaría meterle el diente a esa tarta de moka. Podemos ponerle encima un poco de helado». Alcanzamos unos enormes cuencos de sopa y Mary los llena de pastelitos y de tarta de moka y les añade cucharones del tamaño de un puño llenos de helado de pistacho. Volvemos al salón con ese banquete y caemos sobre él como huérfanos maltratados. No hay nada como la hierba para despertar el apetito. Tras acabar la primera ración y echarnos dos porritos más, Mary vuelve a llenar los cuencos con raciones aún más grandes.)

Mary: ¿Qué tal se encuentra?

TC: Me encuentro bien.

Mary: ¿Cómo de bien?

TC: Realmente bien.

Mary: Dígame exactamente cómo se siente.

TC: Estoy en Australia.

Mary: ¿Ha estado alguna vez en Austria?

TC: En Austria, no. En Australia. No, pero allí es donde estoy ahora. Y todo el mundo dice siempre que es un sitio muy aburrido. ¡Eso demuestra lo que saben! El mejor *surfing* del mundo. Estoy en el océano, sobre una tabla de *surf*, cabalgando sobre una ola tan alta, como… tan alta como…

Mary: Tan alta como usted. ¡Ja, ja!

TC: Está hecha de esmeraldas fundidas. La ola. El sol me calienta la espalda y la espuma me salta a la cara y me rodean tiburones hambrientos. *Aguas azules, muerte blanca.* Qué película tan terrorífica, ¿verdad? Hambrientos y blancos devoradores de hombres por doquier, pero no me inquietan; francamente, me importan tres cojones…

Mary (con ojos desorbitados de miedo): ¡Cuidado con los tiburones! Tienen

dientes asesinos. Puede quedarse paralítico de por vida. Y mendigará por las esquinas de las calles.

TC: ¡Música!

Mary: ¡Música! Eso es lo que se necesita.

(Como un luchador atontado, avanza tambaleándose hacia un objeto en forma de gárgola que hasta entonces había escapado, afortunadamente, a mi atención: una consola de caoba que combina televisión, tocadiscos y radio. Sintoniza la radio hasta encontrar una emisora donde hay una música retumbante con ritmo latino.

Sus caderas evolucionan, sus dedos chasquean, se abandona elegante pero suavemente, como si recordara una sensual noche de juventud y bailara con una pareja fantasma alguna coreografía memorable. Y es cosa de magia cómo responde su cuerpo, ahora sin edad, a los tambores y guitarras, cómo da vueltas al ritmo más sutil: está en trance, en el estado de gracia que supuestamente alcanzan los santos cuando experimentan visiones. Y yo también oigo la música; corre velozmente por mi cuerpo, como anfetamina, cada nota resonando con la separada nitidez de las campanas de una catedral en un silencioso domingo de invierno. Me acerco a ella, voy a sus brazos y nos conjuntamos paso a paso el uno al otro, riendo, vibrando, y aun cuando la música se interrumpe por un locutor que habla español tan rápido como el cascabeleo de las castañuelas, seguimos bailando, porque las guitarras están ahora encerradas en nuestras cabezas, igual que nosotros somos prisioneros de nuestro abrazo, de nuestras carcajadas, cada vez más altas, tan altas que no reparamos en una llave que chasca, en una puerta que se abre y luego se cierra. Pero el loro lo oye.)

Polly: ¡Vaca sagrada!

Voz de Mujer: ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre aquí?

Polly: *Oy vey! Oy vey!*

Mary: ¡Vaya! ¡Hola, señora Berkowitz, señor Berkowitz! ¿Qué tal están ustedes?

(Y ahí se quedan, flotando en el aire, como los globos de Mickey y Minnie Mouse en un desfile de Mary del Día de Acción de Gracias. No es que esos dos tengan nada ratonil. Sus encolerizados ojos, los de ella colorados detrás de unas gafas de arlequín con montura adornada de lentejuelas, absorben la escena: nuestros picaros mostachos de helado, el acre humo de la hierba polucionando la habitación. La señora Berkowitz se adelanta airosamente y apaga la radio.)

Señora Berkowitz: ¿Quién es este hombre?

Mary: Creía que no estaban en casa.

Señora Berkowitz: Evidentemente. Le he preguntado: ¿quién es ese hombre?

Mary: No es más que un amigo mío. Me está ayudando. Hoy tengo mucho trabajo que hacer.

Míster Berkowitz: Está usted borracha, mujer.

Mary (engañosamente dulce): ¿Cómo dice usted?

Señora Berkowitz: Dice que está usted borracha. Estoy sorprendida. Sinceramente.

Mary: Ya que hablamos con sinceridad, francamente tengo que decirle esto: hoy es el último día que hago de negra por aquí… La despido a usted.

Señora Berkowitz: ¿Que usted me despide a mí?

míster berkowitz: ¡Fuera de aquí! Antes de que llame a la policía.

(Sin bulla, recogemos nuestras pertenencias. Mary saluda al loro con la mano: «Hasta luego, Polly. Tú eres buena. Eres buena chica. Sólo estaba de broma.» Y en la puerta donde sus antiguos patronos se han situado con firmeza, declara: «Y para que tomen nota, nunca he bebido una gota en mi vida.»

Afuera, sigue lloviendo. Caminamos pesadamente por Park Avenue y luego cruzamos a Lexington.)

Mary: ¿No le dije que eran pomposos?

TC: Son piezas de museo.

(Pero ha desaparecido la mayor parte de nuestra vivacidad; la energía de la hierba peruana retrocede, y en su lugar aparece cierta depresión, se hunde mi tabla de *surf,* y ahora cualquier tiburón a la vista podría hacer que me muera del susto.)

Mary: Todavía tengo que hacer el de la señora Kronkite. Pero es simpática; me disculpará si no voy hasta mañana. Quizá me vaya a casa.

TC: Permítame que llame a un taxi.

Mary: Odio darles ocupación. A esos taxistas no les gusta la gente de color. Incluso cuando ellos mismos son de color. No, puedo tomar el metro ahí abajo, en Lex esquina a Ochenta y Seis.

(Mary vive en un piso de renta limitada cerca del Yankee Stadium; dice que estaba atestado cuando su familia vivía con ella, pero ahora que está sola parece inmenso y peligroso: «Tengo tres cerrojos en cada puerta y todas las ventanas clavadas. Me compraría un perro policía si no tuviese que dejarlo solo tanto tiempo. Sé lo que es estar solo, y no se lo desearía a un perro».)

TC: Por favor, Mary, permítame que la lleve en taxi.

Mary: El metro es mucho más rápido. Pero antes quiero detenerme en un sitio. Sólo está un poco más abajo.

(El sitio es una exigua iglesia atrapada entre vastos edificios en una callejuela. Dentro, hay dos breves hileras de bancos, un altar pequeño y, encima, una imagen de escayola de Jesús crucificado. Un olor a incienso y cirios domina las sombras. En el altar, una mujer enciende una vela cuya luz oscila como el sueño de un espíritu tembloroso; aparte de ella, somos los únicos suplicantes presentes. Nos arrodillamos juntos en el último banco y Mary saca de su bolso un par de rosarios («Siempre llevo uno de más»), uno para ella y otro para mí, aunque no sé cómo manejarlo, pues nunca

he usado uno. Los labios de Mary se mueven susurrantes.)

Mary: Dios Santo, danos tu gracia. Por favor, Señor, ayuda a míster Trask a dejar de beber y a no perder su trabajo. Por favor, Señor, no dejes que miss Shaw sea un ratón de biblioteca y una solterona; debería traer a tus hijos a este mundo. Y, Señor, te ruego que recuerdes a mis hijos y a mi hija y a mis nietos, a todos y a cada uno. Y te ruego que no permitas que la familia de míster Smith lo envíe a un hogar de jubilados; él no quiere ir, llora todo el tiempo…

(Su lista de nombres es más numerosa que las cuentas de su rosario, y sus ruegos en favor de ellos tienen la gravedad de la llama del cirio en el altar. Se interrumpe para mirarme.)

Mary: ¿Está rezando?

TC: Sí.

Mary: No lo oigo.

TC: Estoy rezando por usted, Mary. Quiero que viva para siempre.

Mary: No ruegue por mí. Yo ya estoy salvada. (Coge mi mano y la estrecha.) Ruegue por su madre. Ruegue por todas esas almas ahí perdidas, en la oscuridad. Pedro. Pedro.

II.— Hola, desconocido

(Hello, Stranger)

Época: diciembre de 1977.

Lugar: un restaurante de Nueva York, The Tour Seasons.

El hombre que me había invitado a almorzar, George Claxton, me sugirió que nos encontráramos a mediodía y no se disculpó por fijar una hora tan temprana. Pero pronto descubrí la razón; desde el año o más que no lo veía, George Claxton, hasta entonces hombre moderadamente abstemio, se había convertido en un bebedor empedernido. Nada más sentarnos, ordenó un Wild Turkey doble («Seco, por favor; sin hielo»), y al cabo de quince minutos pidió otro más.

Yo estaba sorprendido, y no sólo por la urgencia de su sed. Había engordado por lo menos treinta libras; los botones de su chaleco de rayas finas parecían a punto de estallar, y el color de su piel, normalmente rubicunda de correr o jugar al tenis, tenía una extraña palidez, como si acabara de salir de presidio. Además, llevaba gafas oscuras, y pensé: ¡qué teatral! ¡Imagínate al viejo y vulgar George Claxton, un tipo sólidamente arraigado en Wall Street, que vive en Greenwich, en Westport o en donde sea, con tres, cuatro o cinco hijos, imagínate a ese tipo bebiendo dobles de Wild Turkey y llevando gafas oscuras!

Apenas pude contenerme de hacerle una pregunta directa: Bueno, ¿qué demonios te ha pasado? Pero le dije: «¿Qué tal estás, George?»

George: Muy bien. Muy bien. Navidad. ¡Jesús! Sencillamente, no lo puedo soportar. Este año no esperes una tarjeta mía. No voy a enviar ninguna.

TC: ¿De veras? Tus tarjetas eran como una tradición. Esas cosas familiares, con perros. ¿Y cómo está tu familia?

George: Aumentando. Mi hija mayor acaba de tener su segundo hijo. Una niña.

TC: Enhorabuena.

George: Bueno, queríamos un chico. Si hubiera sido niño, le habrían llamado como yo.

TC: (pensando: ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy almorzando con este pelmazo? Me aburre, siempre me ha aburrido): ¿Y Alice? ¿Cómo está Alice?

George: ¿Alice?

TC: Quiero decir Gertrude.

George: (frunciendo el ceño, irritado): Está pintando. Ya sabes que nuestra casa está justo en el Sound. Tenemos nuestra playita. Se queda encerrada todo el día en su habitación, pintando lo que ve desde la ventana Barcas.

TC: Eso es bonito.

George: Yo no estoy tan seguro. Era una chica de Filosofía; licenciada en Arte.

Antes de que nos casáramos pintó un poco. Luego se le olvidó. Así pareció. Ahora pinta constantemente. *Todo el tiempo.* Se queda encerrada en su habitación. Camarero, ¿puede enviarnos al jefe de comedor con un menú? Y tráigame otro de éstos. Sin hielo.

TC: Eso es muy británico, ¿no? Whisky puro sin hielo.

George: Tengo un raigón al descubierto. Cualquier cosa fría me hace daño a los dientes. ¿Sabes de quién he recibido una tarjeta de Navidad? De Mickey Manolo. Aquel chaval rico de Caracas. Estaba en nuestra clase.

(Claro que no me acordaba de Mickey Manolo, pero asentí y simulé que sí, sí. Ni tampoco me acordaría de George Claxton si no me hubiera seguido cuidadosamente la pista durante cuarenta y tantos años, desde que estudiamos juntos en una escuela preparatoria especialmente infernal. Era un chico atlético y honrado, de una familia de clase media alta de Pensilvania; no teníamos nada en común, pero establecimos una alianza accidental porque, a cambio de copiar mis comentarios de texto y composiciones de inglés, él me hacía la tarea de álgebra y en los exámenes me soplaba las respuestas. Como resultado, durante cuatro décadas me había impuesto una «amistad» que requería una comida obligatoria cada año o dos.)

TC: Muy raramente se ven mujeres en este restaurante.

George: Eso es lo que me gusta de él. Que no hay un montón de tías parloteando. Tiene un pulcro aspecto masculino. No creo que pida nada de comer, ¿sabes? Los dientes. Me duelen mucho al masticar.

TC: ¿Huevos escalfados?

George: Hay algo que me gustaría contarte. Quizá pudieras darme un pequeño consejo.

TC: La gente que sigue mis consejos suele lamentarlo. De todos modos…

George: Esto empezó en junio pasado. Justo después de que se licenciara Jeffrey: mi hijo pequeño. Era un sábado y Jeff y yo estábamos en nuestra playita pintando una barca. Jeff subió a casa para traer unas cervezas y algunos bocadillos, v mientras estaba ausente me desnudé y fui a nadar un poco. El agua aún estaba demasiado fría. En realidad, en el Sound no se puede nadar mucho antes de julio. Pero me apetecía.

Nadé durante un buen trecho y me puse a flotar, tumbado de espaldas, mirando a mi casa. Es una casa realmente grande: un garaje para seis coches, piscina, pistas de tenis; es una lástima que nunca hayamos conseguido que vengas. De cualquier modo, estaba flotando de espaldas, sintiéndome muy satisfecho de la vida, cuando vi esa botella meneándose en el agua.

Era una botella de vidrio transparente que había contenido alguna clase de refresco. Alguien la había tapado con un corcho, cerrándola con cinta adhesiva. Pero vi que en su interior había un trozo de papel, una nota. Me hizo reír; de niño, yo solía hacer eso: meter mensajes en botellas y arrojarlas al agua. *¡Socorro! ¡Hombre*

desaparecido en el mar!

Así que agarré la botella y nadé hasta la playa. Tenía curiosidad por ver lo que había dentro. Bueno, era una nota fechada un mes antes, y la había escrito una niña que vivía en Larchmont. Decía: «Hola, desconocido. Me llamo Linda Reilly y tengo doce años. Si encuentras esta carta, por favor, escribe y comunícame dónde y cuándo la has encontrado. Si lo haces, te enviaré una caja de dulces de chocolate.»

El caso es que, cuando Jeff volvió con nuestros bocadillos, no mencioné la botella. No sé por qué, pero no lo hice. Ojalá lo hubiera hecho. De ese modo, quizá no hubiese ocurrido nada. Pero era como un pequeño secreto que quería guardar para mí mismo. Una broma.

TC: ¿Estás seguro de que no tienes hambre? Yo sólo voy a tomar una tortilla.

George: Muy bien. Una tortilla. Muy suave.

TC: ¿De modo que escribiste a esa damita, miss Reilly?

George: (titubeando): Sí. La escribí, sí.

TC: ¿Qué le dijiste?

George: El lunes, al volver a la oficina, empecé a inspeccionar la cartera y encontré la nota. Digo «encontré» porque no me acordaba de haberla puesto ahí. En forma vaga, se me había pasado por la cabeza escribirle una tarjeta a aquella niña; nada más que un gesto amable, ¿comprendes? Pero aquel día almorcé con un cliente a quien le gustaban los martinis. Yo no solía beber en el almuerzo, ni tampoco mucho a cualquier otra hora. Sin embargo, me bebí dos martinis y volví a la oficina sintiendo que la cabeza me daba vueltas. De modo que escribí a esa chiquilla una carta bastante larga; no la dicté, la escribí a mano, contándole dónde vivía y cómo había encontrado la botella; le deseé suerte y dije alguna tontería, como que, a pesar de que era un desconocido, le enviaba cariñosos recuerdos de amigo.

TC: Una misiva de dos martinis. Pero ¿dónde está lo malo?

George: Balas de plata. Así es como llaman a los martinis. Balas de plata.

TC: ¿Qué pasa con esa tortilla? ¿Ni siquiera vas a probarla?

George: ¡Oh, Dios! Me duelen los dientes.

TC: Está bastante buena. Para ser una tortilla de restaurante.

George: Cosa de una semana después, llegó un enorme paquete de dulces. De chocolate con nueces. Los pasé por la oficina y le dije a todo el mundo que los había hecho mi hija. Uno de los muchachos comentó: «¿Ah, sí? Apuesto a que el viejo George tiene una amiga secreta.»

TC: ¿Y te envió una carta junto con los dulces?

George: No, pero le escribí una nota dándole las gracias. Muy breve. ¿Tienes un cigarrillo?

TC: Dejé de fumar hace años.

George: Pues yo acabo de empezar. Aunque todavía no los compro. Sólo pido

uno de gorra de vez en cuando. Camarero, ¿podría traerme un paquete de cigarrillos? No importa de qué marca, con tal que sean mentolados. ¿Y otro Wild Turkey, por favor?

TC: A mí me apetecería café.

George: Pero recibí respuesta a mi nota de agradecimiento. Una carta larga. Realmente me dejó de piedra. Adjuntaba una fotografía de ella. En color, de una Polaroid. Llevaba un traje de baño y estaba de pie en la playa. Quizá tuviera doce años, pero aparentaba dieciséis. Una chica preciosa, morena, de pelo corto y rizado, y unos ojos muy azules.

TC: Sombras de Humbert Humbert[6].

George: ¿Quién?

TC: Nadie. Un personaje de una novela.

George: Nunca leo novelas. Odio la lectura.

TC: Sí, lo sé. Después de todo, yo solía hacerte los comentarios de texto. Bueno, ¿qué contaba miss Linda Reilly?

George: (después de hacer una pausa de cinco segundos completos): Era muy triste. Conmovedor. Decía que no hacía mucho tiempo que vivía en Larchmont, que no tenía amigos y que había arrojado docenas de botellas al agua, pero que yo era la única persona que había encontrado una y había contestado. Que era de Wisconsin, pero que su padre había muerto y su madre se había casado con un hombre que tenía tres hijas, y que ella no le gustaba a ninguna. Era una carta de diez páginas, sin faltas de ortografía. Decía un montón de cosas inteligentes. Pero parecía realmente desgraciada. Añadía que confiaba en que yo volviera a escribir y que tal vez pudiera acercarme a Larchmont para encontrarnos en algún sitio. ¿Te molesta escuchar todo esto? Si es así…

TC: Por favor. Continúa.

George: Guardé la fotografía. En realidad, la puse en mi billetera. Junto con fotos de mis chicos. No podía quitarme la carta de la cabeza. Y aquella noche, cuando tomé el tren para casa, hice algo que sólo he hecho muy pocas veces. Fui al vagón restaurante, pedí un par de copas fuertes y leí la carta una y otra vez. Prácticamente, me la aprendí de memoria. Luego, al llegar a casa, le dije a mi mujer que tenía que hacer un trabajo de la oficina. Me encerré en mi madriguera y empecé una carta para Linda. Escribí hasta medianoche.

TC: ¿Estuviste bebiendo durante todo ese tiempo?

George: (sorprendido): ¿Por qué?

TC: Podría haber dado cierta orientación a lo que escribiste.

George: Sí, estuve bebiendo, y supongo que fue una carta muy emocional. Pero me sentía muy inquieto por esa niña. Quería ayudarla verdaderamente. Le escribí acerca de algunos problemas que habían tenido mis propios hijos. Del acné de Harriet

y de que nunca había tenido un solo novio. Hasta que le hicieron una operación de piel. Le conté la mala época que pasé cuando yo estaba creciendo.

TC: ¿Eh? Creía que disfrutaste de la vida ideal de un típico joven americano.

George: Dejé que la gente viera lo que yo quería que viese. Por dentro era una historia diferente.

TC: Me dejas perplejo.

George: A eso de medianoche, mi mujer llamó a la puerta. Quería saber si algo iba mal, y yo le dije que se volviera a la cama, que tenía que acabar una carta urgente y que, cuando la terminase, iría a llevarla al despacho de Correos. Ella me dijo que por qué no podía esperar hasta por la mañana, que eran más de las doce. Perdí los estribos. Treinta años casados, y con los dedos de las manos podía contar las veces que me había enfadado con ella. Gertrude es una mujer maravillosa, maravillosa. La quiero en cuerpo y alma. ¡Sí, maldita sea! Pero le grité: «No, no puede esperar. Tiene que enviarse esta noche. Es muy importante.»

(Un camarero le entregó a George un paquete de cigarrillos, ya abierto. Se puso uno en los labios, y el camarero se lo encendió, lo que no estaba de más, pues sus dedos temblaban demasiado para sujetar sin peligro una cerilla.)

¡Y, por Dios, era importante! Porque sabía que si no enviaba la carta aquella noche, jamás lo haría. Sobrio, tal vez hubiera pensado que era demasiado personal o algo parecido. Y ahí estaba esa solitaria e infeliz muchacha que me había mostrado su corazón: ¿cómo se sentiría si nunca oyese una sola palabra de mí? No. Subí al coche y fui al despacho de Correos, y tan pronto como envié la carta, en cuanto la dejé caer por la ranura, me sentí demasiado cansado para conducir hasta casa. Me quedé dormido en el coche. Me desperté al amanecer, pero mi mujer dormía y no se enteró de cuándo llegué.

Apenas tuve tiempo para afeitarme y cambiarme de ropa antes de salir precipitadamente para coger el tren. Mientras me estaba afeitando, Gertrude entró en el cuarto de baño. Sonrió; no mencionó mi pequeña rabieta. Pero tenía mi billetera en la mano, y dijo: «George, voy a hacer una ampliación para tu madre de la fotografía de licenciatura de Jeff», y empezó a revolver todas las fotografías de la cartera. No me acordé de nada hasta que, de repente, preguntó: «¿Quién es esta chica?»

TC: Y era la damita de Larchmont.

George: Debería haberle contado toda la historia en aquel mismo momento. Pero… En cualquier caso, le aseguré que era la hija de un viajero amigo mío. Dije que se la estuvo enseñando a algunos compañeros en el tren y que se le había olvidado en el bar. Así que yo me la guardé en la billetera para devolvérsela la próxima vez que lo viera.

Gargon, un autre Wild Turkey, s'il vous plait.

TC: (al camarero): Que sea sencillo.

George: (con un tono desagradablemente amable): ¿Me estás diciendo que he bebido demasiado?

TC: Si tienes que volver a la oficina, sí.

George: Pero no voy a volver a la oficina. No he ido por allá desde primeros de noviembre. Se entiende que he tenido una depresión nerviosa. Exceso de trabajo. Agotamiento. Se supone que estoy descansando tranquilamente en casa, bajo los tiernos cuidados de mi adorada esposa. Que está encerrada en su habitación, pintando cuadros de barcas. Una barca. La misma maldita barca una y otra vez.

TC: George, tengo que ir a orinar.

George: ¿No tratarás de darme esquinazo? ¿Dé perder de vista a un antiguo compañero de escuela que te pasaba todas las respuestas de álgebra?

TC: ¡Y, aun así, me suspendieron!

(No tenía ganas de orinar; necesitaba ordenar mis pensamientos. No tenía valor para escabullirme fuera de allí v esconderme en algún cine tranquilo, pero estaba completamente seguro de que no quería volver a la mesa. Me lavé las manos y me peiné. Entraron dos hombres y se pararon en los urinarios. Uno dijo: «Ese tipo está muy cargado. Por un instante, pensé que era alguien a quien conocía.» Su amigo contestó: «Pues no es un completo desconocido. Es George Claxton.» «¡Estás de broma!» «Por fuerza lo sé. Fue mi jefe en otro tiempo.» «¡Pero, Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido?» «Hay distintas historias.» Luego, quizás a causa de mi presencia, los dos hombres guardaron silencio. Volví al comedor.)

George: ¿Así que no te has largado?

(En realidad, parecía más tranquilo, menos borracho. Podía rascar una cerilla y encender un cigarrillo con mediana habilidad.)

¿Estás dispuesto a oír el resto de la historia?

TC: (Silencio, pero con una seña alentadora.)

George: Mi mujer no dijo nada, sólo volvió a meter la fotografía en la billetera. Seguí afeitándome, pero me corté dos veces. Hacía tanto tiempo que no tenía resaca, que me había olvidado de cómo era. El sudor; el estómago: parecía que iba a cagar cuchillas de afeitar. Metí una botella de bourbon en el maletín, y nada más subir al tren fui derecho al lavabo. Lo primero que hice fue romper la fotografía y tirarla al retrete. Después me senté en la taza y abrí la botella. Al principio me dio náuseas. Y allí hacía un calor del demonio. Como en el Hades. Pero al cabo del rato empecé a tranquilizarme y a pensar: bueno, ¿por qué tengo tanta ansiedad? No he hecho nada malo. Pero, al levantarme, vi que los pedazos de la fotografía Polaroid aún flotaban en la taza del retrete. Tiré de la cadena, y los trozos de la instantánea, su cabeza, sus piernas y sus brazos, empezaron a removerse y me quedé aturdido: me sentía como un asesino que la hubiera descuartizado con un cuchillo.

Cuando llegamos a la Estación Central, sabía que no estaba en condiciones de

soportar la oficina, así que me acerqué al Yale Club y pedí una habitación. Llamé a mi secretaria y le dije que debía ir a Washington y que no aparecería por allí hasta el día siguiente. Luego, llamé a casa y le dije a mi mujer que había surgido algo, un asunto de negocios, y que me quedaría en el club a pasar la noche. Después me metí en la cama, pensando: dormiré todo el día, tomaré un buen trago para relajarme, para quitarme los nervios, y a dormir. Pero no pude… hasta que vacié toda la botella. ¡Chico, cómo dormí entonces! Hasta eso de las diez del día siguiente.

TC: Unas veinte horas.

George: Más o menos. Pero me sentí perfectamente al levantarme. En el Yale Club tienen un masajista magnífico, un alemán, con unas manos tan fuertes como las de un gorila. Ese tipo puede arreglarte de verdad. De modo que tomé una sauna, un masaje como de tropas de asalto, y quince minutos de ducha helada. No salí y comí en el club. Nada de bebida, pero chico, devoré como un lobo. Cuatro tajadas de cordero, dos patatas asadas, espinacas a la crema, una mazorca tierna de maíz, una botella de leche, dos tartas de arándanos tan grandes como una fuente.

TC: Me gustaría que comieras algo ahora.

George: (un bramido cortante, sorprendentemente rudo): ¡Cállate!

TC: (Silencio.)

George: Lo siento. Quiero decir que era como si hablase conmigo mismo. Como si hubiera olvidado que estabas aquí. Y tu voz…

TC: Entiendo. De cualquier modo, te habías dado una buena comida y te sentías bien.

George: Ya lo creo. Ya lo creo. El condenado comió un suculento almuerzo. ¿Un cigarrillo?

TC: No fumo.

George: Eso es bueno. No fumar. Yo no fumaba desde hacía años. **TC:** Toma, te daré fuego.

George: Soy perfectamente capaz de vérmelas con una cerilla sin quemar el local, gracias.

Bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! El condenado iba de camino a su oficina, tranquilo y reluciente.

Era viernes, la segunda semana de julio, un día de mucho calor. Me hallaba solo en el despacho cuando mi secretaria llamó y dijo que una tal miss Reilly estaba al teléfono. No caí inmediatamente en la cuenta, y le pregunté: «¿Quién? ¿Qué es lo que quiere?» Y mi secretaria contestó: «Dice que es personal.» Cayó la moneda. Dije: «¡Ah, sí!, póngala.»

Y oí: «Míster Claxton, soy Linda Reilly. He recibido su carta. Es la carta más bonita que he recibido nunca. Noto que es usted un verdadero amigo, y por eso he decidido correr la suerte de llamarlo. Esperaba que pudiera auxiliarme. Porque ha

ocurrido algo y no sé qué haré si usted no me ayuda.» Tenía una suave voz de jovencita, pero estaba tan sin aliento, tan apurada, que le pedí que hablase más despacio. «No tengo mucho tiempo, míster Claxton. Estoy llamando desde el piso de arriba y mi madre puede coger el teléfono abajo en cualquier momento. El caso es que tengo un perro, Jimmy. Tiene seis años, pero es muy juguetón. Lo tengo desde que era pequeña, y es lo único que poseo. Es muy bueno, el perrito más lindo que haya visto nunca. Pero mi madre va a hacer que lo maten. ¡Me moriré! Sencillamente, me moriré. Míster Claxton, por favor, ¿puede usted venir a Larchmont y encontrarse conmigo frente al paso de la autopista? Llevaré a Jimmy conmigo, y usted podría llevárselo. Ocultarlo hasta que pensemos lo que hacer. No puedo hablar más. Mi madre está subiendo las escaleras. Lo llamaré a la primera oportunidad que tenga mañana por la mañana y para fijar una cita…»

TC: ¿Qué dijiste tú?

George: Nada. Colgó.

TC: Pero ¿qué hubieras dicho?

George: Pues tan pronto como colgó, decidí que, cuando volviese a llamar, contestaría que sí. Sí, ayudaría a esa pobre chica a salvar a su perro. Eso no significaba que fuera a llevármelo a casa conmigo. Podía meterlo en una perrera o algo así. Y si las cosas hubieran ido de distinta manera, eso es lo que habría hecho.

TC: Ya veo. Pero no volvió a llamar.

George: Camarero, tomaré otra de esas cosas oscuras. Y un vaso de Perrier, por favor. Sí, llamó. Y lo que dijo fue muy breve: «Míster Claxton, lo siento; me he escapado a llamar a casa de un vecino, y tengo que darme prisa. Mi madre encontró sus cartas anoche, las cartas que me ha escrito usted. Está enloquecida, y su marido también. Piensan toda clase de cosas horribles, y lo primero que ha hecho esta mañana ha sido llevarse a Jimmy. Ahora no puedo hablar más; trataré de llamar después.»

Pero no volví a saber de ella; al menos, no personalmente. Mi mujer me telefoneó unas horas más tarde; diría que eran sobre las tres de la tarde. Dijo: «Querido, ven tan pronto como puedas», y su voz era tan tranquila que yo sabía que estaba extraordinariamente angustiada; incluso sabía a medias por qué, aunque simulé sorpresa cuando añadió: «Han venido dos policías. Uno de Larchmont y otro del pueblo. Quieren hablar contigo. No quieren decirme por qué.»

No me molesté en tomar el tren. Alquilé un turismo. Uno de esos turismos que tienen un bar instalado. No hay mucho camino, sólo alrededor de una hora, pero logré apurar unas cuantas balas de plata. No me ayudaron mucho; estaba asustado de verdad.

TC: ¡Por amor de Dios! ¿Por qué? ¿Qué habías hecho? Representar a míster Buena Persona, a míster Amigo Corresponsal.

George: Ojalá hubiera sido así de claro. Así de adecuado. En cualquier forma, cuando llegué a casa los polis se hallaban sentados en la sala de estar viendo la televisión. Mi mujer les estaba sirviendo café. Cuando ella se ofreció a salir de la habitación, dije que no: quiero que te quedes y oigas esto, sea lo que sea. Los dos polis eran muy jóvenes y se sentían muy molestos. Después de todo, yo era un hombre rico, un ciudadano prominente, que iba a la iglesia, padre de cinco hijos. No tenía miedo de ellos. Pero sí de Gertrude.

El poli de Larchmont resumió la situación. Su comisaría había recibido una denuncia del señor y la señora Henry Wilson acerca de que «su hija de doce años, Linda Reilly, había recibido cartas de «índole sospechosa», de un hombre de cincuenta y dos años, es decir, de mí, y los Wilson tenían intención de presentar cargos si yo no podía dar una explicación satisfactoria.

Me eché a reír. ¡Ah! Yo estuve tan jovial como Santa Claus. Conté toda la historia. Lo de encontrar la botella. Dije que únicamente contesté porque me gustaban los dulces de chocolate. Les hice sonreír, presentar disculpas, arrastrar sus grandes pies, y decir, bueno, ya sabe qué ideas tan tontas se les ocurre ahora a los padres. La única que no lo tomó como una broma tonta fue Gertrude. En realidad, sin que me diera cuenta, había salido de la habitación antes de que yo terminase de hablar.

Después de que los polis se marcharan, yo sabía dónde encontrarla. En esa habitación, donde pinta sus cuadros. Estaba a oscuras y ella se había sentado en una silla de respaldo recto, mirando afuera, a la oscuridad. Dijo: «Por favor, George. No tienes que mentir. Nunca tendrás que volver a mentir.»

Y aquella noche durmió en esa habitación, y todas las noches a partir de entonces. Allí se queda encerrada pintando barcas. Una barca.

TC: Quizá te comportaras de manera algo imprudente. Pero no entiendo por qué debe ser tan inflexible.

George: Te diré por qué. Aquella no fue la primera visita que nos hizo la policía. Hace siete años tuvimos una repentina y fuerte tormenta de nieve. Yo iba conduciendo el coche y aun cuando no estaba lejos de casa, me perdí varias veces. Pregunté el camino a un montón de gente. Una era una niña, una chica joven. Pocos días después, la policía se presentó en casa. Yo no estaba, pero hablaron con Gertrude. Le dijeron que, durante la última nevada, un hombre que respondía a mi descripción y que conducía un Buick con mi matrícula, bajó del coche y se exhibió delante de ella. Diciéndole palabras lascivas. La chica dijo que había copiado el número de matrícula en la nieve, bajo un árbol, pero cuando la tormenta cesó, era indescifrable. Indudablemente, se trataba de mi número de matrícula, pero la historia no era cierta. Convencí a Gertrude, y también a la policía, de que la chica mentía o se había confundido respecto a la matrícula. Pero luego la policía se presentó por segunda vez. Acerca de otra jovencita. Y de ese modo mi mujer se queda en su

habitación. Pintando. Porque no me cree. Cree que la chica que escribió el número en la nieve dijo la verdad. Sí. Soy inocente. Ante Dios, sobre las cabezas de mis hijos, juro que soy inocente. Pero mi mujer cierra su puerta y mira por la ventana. No me cree. ¿Y tú?

(George se quitó las gafas oscuras y las limpió con una servilleta. Entonces entendí por qué las llevaba. No era por la esclerótica amarillenta, tallada con rojas e hinchadas venas, sino porque sus ojos eran como un par de prismas hechos pedazos Nunca he visto un dolor, un sufrimiento implantado de modo tan permanente, como si un descuido del cuchillo del cirujano lo hubiera desfigurado para siempre. Era insoportable, y mientras me miraba fijamente, mis ojos se apartaron temerosos.)

¿Tú me crees?

TC: (inclinándose a lo largo de la mesa y cogiendo su mano, apretándosela como si fuera a salvarle la vida): Claro que sí, George. Claro que te creo.

III.— Jardines ocultos

(Hidden Gardens)

Escenario: Jackson Square, así llamada en honor de Andrew Jackson, un oasis de hace trescientos años satisfactoriamente situado en el centro del barrio viejo de Nueva Orleans: un parque de tamaño medio dominado por las torres grises de la catedral de Saint Louis y por la casa de pisos más antigua de Norteamérica y, en cierto modo, la de elegancia más sombría, los edificios Pontalba.

Época: 26 de marzo de 1979, un exuberante día de primavera. Cuelgan buganvillas, se extienden azaleas, buhoneros anuncian mercancías (cacahuetes, rosas, paseos en un coche tirado por un caballo, gambas fritas en cucuruchos de papel), ululan sirenas de barcos en la corriente del cercano Mississippi, y alegres globos, unidos a niños sonrientes y retozones, se elevan alto en el aire plateado y azul.

«Pues, lo afirmo, un muchacho debe viajar», tal como solía quejarse mi tío Bud, que era viajante de comercio cuando lograba levantarse de la mecedora de su porche y beberse los suficientes *gin-fizz* como para viajar. Sí, ya lo creo, claro que un muchacho debe viajar; sólo en los últimos meses, había estado en Denver, Cheyenne, Butte, Salt Lake City, Vancouver, Seattle, Portland, Los Angeles, Boston, Toronto, Washington, Miami. Pero si alguien me preguntaba, probablemente diría y realmente pensaría: «Pues no he estado en parte ninguna, me he pasado todo el invierno en Nueva York.» Sin embargo, un muchacho debe viajar. Y aquí estoy ahora, en Nueva Orleans, donde nací, en mi vieja ciudad natal. Tomando el sol en un banco de Jackson Square, que desde mis tiempos de colegial siempre ha sido mi lugar favorito para estirar las piernas y observar, escuchar, bostezar y rascarme y soñar y hablar conmigo mismo. Quizá sea usted una de esas personas que jamás hablan consigo mismos. En voz alta, quiero decir. Tal vez piense que sólo los locos hacen eso. Personalmente, lo considero una cosa saludable. Hacerse uno compañía de este modo: nadie con quien discutir, libre de largarse, descargando un montón de cosas del sistema nervioso.

Por ejemplo, tomemos esos edificios Pontalba de ahí enfrente. Unas casas muy bonitas, con sus fachadas enrejadas y balcones altos y oscuros. La primera casa de pisos que se construyera en los Estados Unidos; descendientes de los primitivos inquilinos aún viven en esas habitaciones de rancio abolengo. Durante mucho tiempo he tenido inquina al Pontalba. He ahí por qué: una vez, a los diecinueve años, tuve un piso a unas cuantas manzanas de Royal Street, un piso pequeño, decrépito, lleno de cucarachas, que trepidaba con sacudidas de terremoto cada vez que un tranvía pasaba con su triquitraque por la estrecha calle. No tenía calefacción; en invierno, salir de la cama era pavoroso, y durante los pantanosos veranos era como nadar dentro de un tazón de consomé tibio. Mi constante ilusión era que un buen día abandonaría aquella

ciénaga para mudarme a los confines celestiales del Pontalba. Pero, aun cuando hubiera podido permitírmelo, jamás podría haber sucedido. La forma habitual de lograr un sitio como ése, es si el inquilino muere y lo cede en testamento; y si un piso se queda vacío, es costumbre, por lo general, que la ciudad de Nueva Orleans se lo ofrezca a un distinguido ciudadano por unos honorarios enteramente simbólicos.

Un montón de personajes excéntricos han paseado por esta plaza. Piratas. El propio Lafitte. Bonny Parker y Clyde Barrow. Huey Long. O bien, vagando bajo la sombra de un parasol encarnado, la condesa Willie Piazza, propietaria de una de las más lujosas *maisons de plaisir* del barrio de las luces rojas; su casa era famosa por un exótico refresco que ofrecía: cerezas frescas hervidas en crema de leche, aderezadas con ajenjo y servidas en el interior de la vagina de una bella mulata recostada. U otra dama, muy diferente de la condesa Willie: Annie Christmas, marinera de un barco fluvial, que medía siete pies de altura y a menudo se la veía cargando con un barril de harina de cien libras bajo cada brazo. Y Jim Bowie. Y míster Neddie Flanders, un apuesto caballero octogenario, quizá nonagenario, quien hasta hace pocos años aparecía todas las noches en la plaza y, acompañándose de una armónica, bailaba zapateado desde la medianoche al amanecer como una marioneta elástica.

Personajes. Podría nombrar centenares.

Ella: ¡Hihoputa! ¿Qué quieres desí con eso de guardarme el pan? Yo no me he guardao ningún pan. ¡Hihoputa!

Él: Calla, muhé. Te he visto. He llevado la cuenta. Tres tíos. Lo que suma sesenta machacantes. Me tienes que dá treinta.

Ella: Maldito seas, negro. Debería quitarte la oreja con una navaja de afeita. Debería sacarte los hígados y echárselos a los gatos. Debería achicharrarte los ohos con aguarrás. Escucha, negro. Deha que te oiga llamarme mentirosa otra vez.

Él (conciliador): Asuquita…

Ella:*¿Asuquita?* Asuquita te voy a dá yo a ti.

Él: Miss Myrtle, que sé lo que he visto.

Ella (despacio: en tono lento y sinuoso): Bastardo. Negro bastardo. El caso es que nunca tuviste madre. Naciste del culo de un perro.

(Ella le da una bofetada. Se da la vuelta y se aleja con la cabeza alta. El no la sigue, sino que se queda frotándose la mejilla con la mano.)

Durante un rato, observo las cabriolas y saltos del balón de los niños, a quienes veo congregarse ávidamente alrededor del carrito de un vendedor que despacha una mixtura llamada Bocadulce: cucuruchos de helado en copos con variados almíbares de todos los colores. De pronto, me doy cuenta de que yo también estoy hambriento, y sediento. Pienso en acercarme andando hasta el Mercado Francés y atiborrarme de rosquillas bien fritas y de ese amargo y delicioso café con sabor a achicoria característico de Nueva Orleans. Es mejor que cualquier cosa del menú de casa

Antoine que, a propósito, es un restaurante aborrecible. Igual que la mayor parte de los famosos comedores de la ciudad. Gallatoire no es malo, pero está demasiado lleno; no admiten reservas, siempre hay que esperar haciendo largas colas y no merece la pena, para mí no, al menos. Nada más decidir acercarme al mercado, ocurre un imprevisto.

Vaya, si hay algo que detesto, es la gente que se pone a espaldas de uno y dice…

Voz (ronca de whisky, viril, pero femenina): Adivina quién soy. (Silencio.) Vamos, Jockey. Sabes que soy yo. (Silencio; luego retirando las manos que me vendaban los ojos, con cierta petulancia). ¡Jockey! ¿Pretendes que no sabías que era yo? ¿Junebug?

TC: ¡Pero si es…! ¡Big Junebug Johnson! *Comme ga va?*

Big Junebug Johnson (con entrecortadas risitas de alegría): ¡Oh! No dejes que *commence.* Yérguete, muchacho. Da un abrazo a la vieja Junebug. ¡Pero qué delgado estás! Como la primera vez que te vi. ¿Cuánto pesas, Jockey? **TC:** Ciento veinticinco. Veintiséis.

(Me resulta difícil rodearla con los brazos, porque ella pesa el doble; más del doble. La conozco desde hace cuarenta años, desde que vivía solo en aquel sombrío domicilio de Royal Street y solía frecuentar un estridente bar del puerto del que era dueña, y aún lo es. Si hubiera tenido los ojos rosados, uno podría llamarla albina, porque su piel es tan blanca como las azucenas; igual que su pelo rizado y escaso. Una vez me dijo que el pelo se le había vuelto blanco de la noche a la mañana, antes de cumplir dieciséis años, y cuando yo le pregunté: *«¿En una noche?»*, ella contestó: «Fue por un viaje en la montaña rusa y por la picha de Ed Jenkins. Las dos cosas vinieron una detrás de otra. Mira, una noche montamos en una montaña rusa del lago; íbamos en el último coche. Pues se desenganchó, salió disparado y casi descarrilamos, y a la mañana siguiente mi pelo tenía mechones grises. Cosa de una semana después, tuve esa experiencia con Ed Jenkins, un chico que yo conocía. Una de mis amigas me dijo que su hermano le había contado que Ed Jenkins tenía la picha más grande que nadie hubiera visto jamás. Era un tipo guapo, pero huesudo, no mucho más alto que tú, y yo no me lo creía, de modo que un día, para gastarle una broma, le dije: «Ed Jenkins, he oído que tienes una picha enorme», y él contestó: «Sí, te la voy a enseñar», y lo hizo, y yo me puse a gritar; él dijo: «Y ahora te la voy a meter», y yo dije: «¡Oh, no, no vas a hacerlo!» Era tan grande como el brazo de un niño sosteniendo una manzana. ¡Santo Dios! Pero lo hizo. Me la metió hasta dentro. Después de un horrible forcejeo. Y yo era virgen. Poco más o menos. Casi. Así que puedes figurarte. Bueno, no fue mucho después de eso cuando el pelo se me volvió blanco como el de una bruja.»

B. J. J. se viste al estilo de un estibador: mono, camisa azul de hombre remangada hasta el codo, botas de obrero hasta el tobillo con cordones, y nada de maquillaje que

mitigue su palidez. Pero es femenina, una persona digna, a pesar de todas sus maneras prosaicas. Y lleva perfumes caros, aromas parisienses comprados en la Maison Blanc de Canal Street. Además, tiene una espléndida sonrisa de dientes de oro; es como una alentadora salida del sol después de un chaparrón. Seguramente le gustaría a usted; le gusta a la mayor parte de la gente. Sobre todo a aquellos que no son propietarios de los bares rivales del puerto, porque el de Big Junebug es un local popular, aunque poco conocido en las partes retiradas del puerto y en la zona de residentes extranjeros. Comprende tres salas: la propia del bar, con su mastodóntica barra con superficie de cinc, una segunda estancia amueblada con tres mesas de billar constantemente ocupadas, y un salón de baile con tocadiscos de monedas. Está abierto las veinticuatro horas del día y tan lleno al alba como al anochecer. Por supuesto, allí acuden marineros y trabajadores del puerto, y los granjeros que de los condados fronterizos llevan en camiones sus productos al Mercado Francés, policías y bomberos y jugadores de mirada pétrea y prostitutas de mirada aún más dura, y cerca del amanecer el local rebosa de animadores de los señuelos para turistas de Bourbon Street. Bailarinas, desnudistas, reinas del transvestido, camareras de club, camareros, taberneros y esos porteros de ronca voz que se toman tanto trabajo gritando a los paletos con el fin de atraerlos a las tabernuchas para incautos del *vieux carré.*

En cuanto a ese asunto de «Jockey», es un apodo que le debo a Ginger Brennan. Hace unos cuarenta años, Ginger era el jefe de dependientes del viejo y original café del Mercado, que estaba abierto toda la noche y servía rosquillas y café; el primitivo café ya no existe, y hace tiempo que Ginger murió por la descarga de un rayo mientras pescaba en un muelle del lago Pontchartrain. En cualquier caso, una noche escuché a otro cliente preguntar a Ginger quién era ese «golfillo» del rincón, y Ginger, que era un mentiroso patológico, bendita sea su alma, le contestó que yo era un jockey profesional: «Es algo muy serio en la pista de carreras.» Era bastante plausible; yo era bajo y de peso pluma y fácilmente podría haber pasado por un jockey; aquello se convirtió en una fantasía que yo alimenté: me gustaba la idea de que la gente me tomara por un experimentado personaje de las carreras de caballos. Empecé a leer *Racing Fortn* y aprendí la jerga. Se corrió la voz, y en un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo comenzó a llamarme *El jockey* y a solicitarme soplos sobre los caballos.)

Big Junebug Johnson: Yo he perdido peso. Quizá cincuenta libras. Desde que me casé, he venido perdiendo peso. La mayoría de las mujeres empiezan a inflarse nada más ponerse el anillo. Pero después de enganchar a Jim, fui tan feliz que dejé de vaciar la nevera. La tristeza, eso es lo que engorda.

TC: ¿Casada Big Junebug Johnson? Nadie me ha escrito diciéndomelo. Creía que eras una soltera empedernida.

Big Junebug Johnson: ¿Es que no puede una chica cambiar de idea? Una vez que superé el incidente de Ed Jenkins, después de quitarme del coco esa visión, me aficioné a los hombres igual que cualquier otra dama. Claro que tardé años.

TC: ¿Jim? ¿Así se llama?

Big Junebug Johnson: Jim O'Reilly. Pero no es irlandés. Procede de Plaquemine, y esa gente son *cajún,* la mayoría. Ni siquiera sé si ése es su verdadero nombre. Desconozco muchas cosas de él. Es más bien callado.

TC: Pero buen amante. Para atraparte.

Big Junebug Johnson (girando los ojos): ¡Oh, cariño!, no dejes que *commence.*

TC (risas): Esa es una de las cosas que mejor recuerdo de ti. A cualquier cosa que alguien te dijera, ya fuese del tiempo o de otro tema, tú siempre contestabas: «¡Oh, cariño! No dejes que *commence.*»

Big Junebug Johnson: Bueno. Eso casi abarca todo, ¿no crees?

(Debería haber mencionado algo: tiene acento de Brooklyn. Aunque parezca raro, no lo es. La mitad de la gente de Nueva Orleans no tienen acento del Sur; uno cierra los ojos y puede imaginarse que está escuchando a un taxista de Bensonhurst, fenómeno que supuestamente se deriva de moldes lingüísticos propios de una zona de la ciudad conocida como el Canal Irlandés, un barrio principalmente habitado por descendientes de inmigrantes de la Isla Esmeralda.)

TC: Pero ¿cuánto tiempo hace que te convertiste en la señora O'Reilly?

Big Junebug Johnson: El próximo julio hará tres años. En realidad, no tuve elección. Estaba muy confusa. El es mucho más joven que yo, quizá veinte años. Y guapo, ¡Dios mío! Una golosina para las damas. Pero estaba completamente loco por mí, me seguía a cada paso, en todo momento me pedía que me casara con él, diciendo que se tiraría del malecón si yo no quería. Y regalos todos los días. Una vez, un par de pendientes de perlas. Perlas natura les: las mordí y no se rompieron. Y toda una camada de gatitos. El no sabía que los gatos me hacen estornudar; ni tampoco que me ponen los ojos hinchados. Todo el mundo me advertía que sólo iba detrás de mi dinero. ¿Por qué, si no, querría un joven guapo como él a una vieja bruja como yo? Pero eso no lo explicaba en absoluto, porque tenía un trabajo muy bueno en la Streckfus Steamship Company. Pero decían que estaba arruinado y que tenía un montón de líos con Red Tibeaux y Ambrose Butterfield y todos esos jugadores. Se lo pregunté, y me dijo que era mentira, pero podía ser verdad, había muchas cosas que desconocía acerca de él, y aún sigo así. Lo único que sé es que nunca me ha pedido un céntimo. Estaba muy confusa. Así que me dirigí a Augustine Genet. ¿Te acuerdas de madame Genet? ¿Que podía leer los espíritus? Había oído que estaba agonizando, así que me precipité allí inmediatamente, y ya lo creo que se estaba muriendo. Cien dólares si pasaba de aquel día, y estaba ciega como un topo; apenas podía hablar en un susurro, pero me dijo: «Cásate con él, es un buen hombre y te hará feliz; cásate

con él, prométeme que lo harás.» Así que se lo prometí. Por eso es por lo que no tuve elección. No podía ignorar una promesa hecha a una dama en su lecho de muerte. ¡Y me alegro taaanto de no haberla incumplido! *Soy feliz.* Soy una mujer feliz. Aun cuando esos gatos me hagan estornudar. ¿Y tú, Jockey? ¿Te sientes contento de ti mismo?

TC: Así así.

Big Junebug Johnson: ¿Cuándo fue la última vez que asististe al Mardi Gras?

TC (reacio a responder, sin ganas de evocar los recuerdos del Mardi Gras: no eran acontecimientos divertidos para mí, las calles con torbellinos de borrachos, con reyertas, veladas figuras llevando máscaras de pesadilla; de niño siempre tenía malos sueños después de las excursiones a los alborotos del Mardi Gras): Cuando era niño. Siempre me perdía entre la multitud. La última vez que me perdí me llevaron a la comisaría de policía. Ahí me pasé llorando toda la noche hasta que mi madre me encontró.

Big Junebug Johnson: ¡La maldita policía! ¿Sabes que este año no hemos tenido Mardi Gras porque la policía se puso en huelga? Figúrate, ponerse en huelga en una época como ésa. Le costó millones a esta ciudad. Chantaje, eso es lo único que fue. Tengo algunos buenos amigos policías, buenos clientes. Pero todos son una panda de ladrones y todo lo demás. Nunca he tenido respeto a la ley de por aquí, y el modo en que trataron a míster Shaw acabó convenciéndome de una vez. Ese llamado Fiscal del Distrito, *Jim* Garrison. Qué desgraciado sinvergüenza. Espero que el diablo lo ponga en una parrilla leeenta. Y lo hará. Qué lástima que míster Shaw no esté allí para verlo. Desde allá arriba, en el cielo, donde seguro que está, míster Shaw no podrá ver al viejo Garrison pudriéndose en el infierno.

(B. J. J. se refiere a Clay Shaw, un arquitecto amable y culto, autor de muchas de las restauraciones históricas de mayor delicadeza de Nueva Orleans. En una ocasión, Shaw fue acusado por James Garrison, el abrasivo fiscal del Distrito, tan obsesionado por la publicidad, de ser la figura clave de una supuesta conjura para asesinar al presidente Kennedy. Shaw fue llevado dos veces a juicio y, aun cuando salió enteramente absuelto en ambas ocasiones, se quedó más o menos en la bancarrota. Su salud falló, y murió unos años más tarde.)

TC: Después del último juicio, Clay me escribió, diciéndome: «Siempre me he considerado un poco paranoico, pero después de sobrevivir a esto, sé que nunca lo he sido y que jamás lo seré.»

Big Junebug Johnson: ¿Qué es eso de paranoico?

TC: Pues… ¡Oh, nada! La paranoia no es nada. Mientras no la tomes en serio.

Big Junebug Johnson: Echo mucho de menos a mister Shaw. Durante su desgracia, había un modo de saber quién era un caballero y quién no en esta ciudad. Un caballero, cuando se cruzaba en la calle con míster Shaw, se quitaba el sombrero;

los bastardos miraban al frente. (Risitas.) Míster Shaw era un buen punto. Siempre que venía a mi bar me hacía reír. ¿Has oído alguna vez su chiste de Jesse James? Resulta que un día va Jesse James a robar un tren en el Oeste. El y su banda irrumpen en un vagón con las pistolas sacadas, y Jesse James grita: «¡Manos arriba! Vamos a robar a todas las mujeres y a violar a todos los hombres.» Así que, entonces, dice un tipo: «¿No se ha equivocado, señor? ¿No quiere decir que van a robar a todos los hombres y a violar a todas las mujeres?» Pero ahí estaba el encantador mariquita del tren, que levantó la voz: «¡Ocúpese de sus propios asuntos! Míster James sabe cómo robar un tren.»

(Dos y tres y cuatro: las campanas que dan la hora en la catedral de Saint Louis tocan…: cinco…, seis… El tañido es grave, como una lustrosa voz de barítono recitando, repitiendo episodios antiguos, un sonido que se mueve por el parque con la misma solemnidad que el cercano crepúsculo: música que se mezcla con la alegre charla, las despedidas optimistas de quienes se van, niños llevando un balón con azúcar en los labios, que se une al melancólico aullido de la sirena de un barco lejano y al cascabeleo de las campanillas del carro del vendedor de helados con almíbar. Redundante, Big Junebug Johnson consulta su enorme y feo reloj Rolex.)

Big Junebug Johnson: ¡El Señor nos asista! Ya tendría que estar en mitad del camino a casa. Jim ha de tener su cena encima de la mesa a las siete en punto, y no permite que nadie se la prepare si no soy yo. No me preguntes por qué. No valgo ni para cocinar el culo de un búho, nunca he sabido. Lo único que sé hacer realmente bien es tirar cerveza. Y… ¡Oh, cielos!, eso me recuerda que tengo servicio en el bar esta noche. Normalmente, ahora sólo trabajo de día e Irma se queda el resto del tiempo. Pero uno de los pequeños de Irma se ha puesto enfermo y quiere estar en casa con él. Mira, se me ha olvidado decírtelo, pero ahora tengo un socio, una chica viuda con verdadero sentido de la diversión, y también del trabajo duro. Irma se casó con un granjero de pollos que se murió de repente, dejándola con cinco niños pequeños, dos de ellos gemelos, y ella sin cumplir los treinta todavía. Así que se estaba dejando la vida trabajando en aquella granja: criar pollos y retorcerles el pescuezo y traerlos aquí, al mercado. Ella sola. Y no es más que una criatura insignificante, pero con una figura magnífica y un pelo de fresa natural, rizado como el mío. Podría ir a Atlantic City y ganar un concurso de belleza si no fuese bizca. Irma es tan bizca que no sabes a quién o qué está mirando. Empezó a venir al bar con algunas de las otras chicas camioneras. Al principio supuse que era una zorra, igual que la mayoría de esas chicas de los camiones. Pero estaba equivocada. Le gustan los hombres, y a ellos se les cae la baba por ella, bizca y todo. Lo cierto es que creo que mi mozo le ha echado el ojo; le tomo el pelo con eso, y se pone muy furioso. Si quieres saberlo, Irma sufre un verdadero estremecimiento cuando Jim anda por allí. *Entonces* sí que sabes a quién mira. Bueno, yo no viviré siempre y, cuando yo me vaya, si quieren estar

juntos, pues me parece muy bien. Yo ya habré disfrutado de mi felicidad Y sé que Irma cuidaría bien de Jim. Es una chica maravillosa. Por eso le pedí que entrara en el negocio conmigo. Bueno, Jockey, qué gusto volverte a ver. Pasa por allí luego. Tenemos mucho que contarnos. Pero ahora será mejor que sacuda mis viejos huesos.

Seis…, seis…, seis…: la voz de la campana se dilata en el aire verdeante, estremeciéndose al sumirse en el sueño de la historia.

Algunas ciudades, como paquetes envueltos bajo árboles de Navidad, encierran inesperados regalos, secretas delicias. Algunas ciudades siempre serán paquetes envueltos, receptáculos de enigmas que jamás resolverán ni verán siquiera los visitantes en vacaciones, ni tampoco los viajeros más inquisitivos y persistentes. Para conocer tales ciudades, para desenvolverlas, por decirlo así, uno tiene que haber nacido en ellas. Así es Venecia. Después de octubre, cuando los vientos del Adriático barren al último norteamericano, incluso al último alemán, llevándoselos y enviando tras ello su equipaje por avión, otra Venecia emerge: una camarilla de venecianos *élégants,* frágiles duques vistiendo chalecos bordados, condesas larguiruchas apoyándose en los brazos pálidos y estirados sobrinos: creaciones jamesianas, románticos de D'Annunzio que nunca pensarían en salir de las sombras malvas de sus palacios durante un día de verano cuando los extranjeros están en la calle, en salir a dar de comer a las palomas y a pasear bajo las arcadas de la Piazza San Marco y a tomar el té en el vestíbulo del Danieli (el Gritti cierra hasta la primavera) y, cosa más divertida, a engullir martinis y bocadillos de queso a la plancha en el acogedor espacio del Harry's American Bar, el tan tardío y reservado abrevadero de las vociferantes hordas del otro lado de los Alpes y de los mares.

Fez es otra ciudad enigmática con una doble vida, y Boston otra más: todos estamos enterados de que se celebran intrigantes ritos tribales al otro lado de las pulcras fachadas y de los arcos de las ventanas tintadas de púrpura de Louisburg Square, pero a no ser por lo que han divulgado unos pocos y escogidos literatos bostonianos, no sabemos cuáles son esas ceremonias en clave, ni lo sabremos nunca. Sin embargo, de todas las ciudades secretas, Nueva Orleans es, a mi juicio, la más secreta, la de realidad más impenetrable que un extranjero pueda observar. El predominio de empinados muros, de follaje oscuro, de altos portones de hierro fuertemente cerrados, de ventanas con postigos, de túneles oscuros que llevan a exuberantes jardines donde mimosas y camelias contrastan sus colores, y lagartos perezosos, chasqueando sus lenguas ahorquilladas, corren por la fronda de palmeras; todo ello no es un decorado accidental, sino arquitectura deliberadamente urdida para el *camonflage,* para enmascarar, como en el baile del Mardi Gras, las vidas de aquellos que nacieron para vivir entre tales edificios protectores: dos primos, que entre ellos tienen otros cien primos esparcidos por la maraña de la ciudad, se enredan en mutuas relaciones familiares, murmurando juntos al sentarse bajo una higuera,

cerca de la fuente de pausado chorro que refresca su jardín oculto.

Suena un piano. No puedo resolver de dónde viene: dedos fuertes tocando un piano de notas graduales, que se van afirmando: *«I want, I want…»*

Es un negro, el que canta; es bueno: *I want a mama, a big fat mama, I want a big fat mama with the meat shakiri on her, yeahj»*[7].

Pasos. Pasos femeninos de tacón alto que se acercan y se detienen frente a mí. Es la mujer delgada y casi bonita que a comienzos de la tarde oí pelearse a gritos con su «administrador». Sonríe, me guiña un ojo, luego el otro, y su voz ya no es airada. Tiene un sonido como el sabor de los plátanos.

Ella: *¿Qué tal vas?*

TC: *Tomándomelo con tranquilidad.*

Ella: *¿Qué tal vas de hora?*

TC: *Vamos a ver. Creo que son las seis, un poco pasadas.*

Ella *(risas): Quiero decir que cómo vas de tiempo. Tengo un sitio justo a la vuelta de la esquina.*

TC: Me parece que no. Hoy no.

Ella: Eres encantador.

TC: Todo el mundo tiene derecho a dar su opinión.

Ella: No te estoy tomando el pelo. Lo digo de verdad. Eres encantador.

TC: Pues gracias.

Ella: Pero no pareces muy divertido. Vamos. Haré que lo pases bien. Nos divertiremos.

TC: Me parece que no.

Ella: ¿Qué pasa? ¿Es que no te gusto?

TC: No. Me gustas.

Ella: Entonces, ¿qué hay de malo? Dame una explicación.

TC: Hay muchas razones.

Ella: Muy bien. Dame una, sólo una.

TC: ¡Oh, cariño! No dejes que *commence*.

IV.— Intrepidez

(Derringdo)

Época: noviembre de 1970.

Lugar: Aeropuerto Internacional de Los Angeles.

Estoy sentado en el interior de una cabina telefónica. Es un poco después de las once de la mañana y llevo media hora aquí sentado, simulando hacer una llamada. Desde la cabina, veo bien la puerta 38, por donde tiene prevista la salida el vuelo directo de mediodía a Nueva York. Tengo un asiento reservado en ese vuelo, un billete que he comprado bajo un nombre supuesto, pero hay muchas razones para dudar que alguna vez aborde el avión. En primer lugar, hay dos hombres altos parados en la puerta, tipos duros con sombreros de broche en el ala, y los conozco a los dos. Son detectives de la oficina del *sheriff* de San Diego, y tienen orden de detención contra mí. Por eso me estoy ocultando en la cabina telefónica. El caso es que estoy en un verdadero aprieto.

El origen de mi apuro tiene sus raíces en unas conversaciones que hace un año mantuve con Robert M., un joven esbelto y ágil, dé apariencia inofensiva, que entonces era un preso del Callejón de la Muerte de San Quintín, donde aguardaba su ejecución después de que lo condenaran por tres asesinatos: su madre y una hermana, ambas muertas a golpes, y un compañero de prisión, un hombre a quien había estrangulado mientras estaba en la cárcel esperando juicio por los dos homicidios primeros. Robert M. era un psicópata inteligente; llegué a conocerlo bastante bien, y él comentó libremente conmigo su vida y crímenes, en el entendimiento de que yo no escribiría ni repetiría nada de lo que él me contase. Yo estaba investigando en el tema de asesinos múltiples, y Robert M. se convirtió en otro caso histórico que pasó a mis archivos. Por lo que a mí tocaba, aquel era el final del asunto.

Entonces, dos meses antes de mi encarcelamiento en una sofocante cabina telefónica del aeropuerto de Los Angeles, recibí una llamada de un detective de la oficina del *sheriff* de San Diego. Me llamó a la casa que yo tenía en Palm Springs. Era cortés y de voz agradable; dijo que conocía las muchas entrevistas que yo había mantenido con asesinos condenados y que le gustaría hacerme unas preguntas. Así que lo invité a venir a Palm Springs y a comer conmigo al día siguiente.

El caballero no llegó solo, sino con otros tres detectives de San Diego. Y aunque Palm Springs se halla situado en pleno desierto, había en el aire un fuerte olor a pescado. Sin embargo, simulé que no había nada extraño en tener súbitamente cuatro invitados en lugar de uno. Pero no tenían interés en mi hospitalidad; en realidad, declinaron el almuerzo. Lo único que querían era hablar de Robert M. ¿Hasta qué punto lo conocía? ¿Alguna vez admitió ante mí alguno de sus asesinatos? ¿Tenía yo

algún registro de nuestras conversaciones? Dejé que hicieran sus preguntas y evité contestarlas hasta que formulé la mía propia: ¿por qué estaban tan interesados en mi relación con Robert M.?

La razón era ésta: debido a un tecnicismo legal, un tribunal federal había invalidado la condena de Robert M. y ordenado al estado de California que le concediera un nuevo juicio. La fecha inicial para el nuevo juicio se había fijado para finales de noviembre; es decir, aproximadamente para dentro de dos meses a partir de entonces Luego, una vez asentados tales hechos, uno de los detectives me entregó un documento pequeño, pero de un aspecto extraordinariamente legal. Era una citación ordenando que compareciera en el juicio de Robert M., como testigo de la acusación, por lo visto. De acuerdo, me engañaron, y yo estaba más furioso que el demonio, pero sonreí y asentí, y ellos sonrieron y comentaron lo buen chico que era yo y lo agradecidos que estaban de que mi testimonio contribuyera a enviar a Robert M. directamente a la cámara de gas. ¡Ese loco homicida! Se rieron y se despidieron: «Hasta el juicio.»

Yo no tenía el propósito de respetar la citación, aunque era consciente de las consecuencias de no hacerlo: me detendrían por desacato al tribunal, me multarían y me meterían en la cárcel. Yo no tenía una opinión muy alta de Robert M., ni deseo alguno de protegerlo; sabía que era culpable de los tres asesinatos de que lo acusaban, y que era un psicótico peligroso al que nunca debería concedérsele la libertad. Pero también sabía que el estado tenía pruebas irrefutables, y más que suficientes, para condenarlo de nuevo sin mi testimonio. Pero el problema fundamental era que Robert M. había confiado, bajo mi juramento, en que yo no emplearía ni repetiría lo que él me había contado. Traicionarlo bajo tales circunstancias hubiera sido moral mente despreciable y hubiese demostrado a Robert M. y a los muchos hombres como él a quienes yo había entrevistado, que yo era un informador de la policía, un soplón, llana y sencillamente.

Consulté a varios abogados. Todos me dieron el mismo consejo: cumplir la citación o esperar lo peor. Todo el mundo miraba con simpatía mi apurada situación, pero nadie le veía salida: *a menos que me fuese de California.* Desacato al tribunal no era un delito extraditable, y una vez que estuviera fuera del estado, las autoridades no podrían hacer nada para castigarme. Sí, había una cosa: jamás podría *volver* a California. Eso no me pareció una pena severa; sin embargo, a causa de algunos asuntos de bienes raíces y compromisos profesionales, me resultaba difícil marchar en tan corto plazo.

Perdí la noción del tiempo, y aún estaba en Palm Springs el día en que empezó el juicio. Aquella mañana, mi ama de llaves, una amiga leal llamada Myrtle Bennet, irrumpió en casa, aullando: «¡De prisa! Lo han dicho en la radio. Tienen orden de detenerlo. Estarán aquí en cualquier momento.»

Efectivamente, faltaban veinte minutos para que la policía de Palm Springs llegara con toda su autoridad y las esposas preparadas (un cuadro de excesiva fuerza, pero créame, el cumplimiento de la ley en California no es una práctica con la que pueda jugarse a la ligera). Sin embargo, aunque desmantelaron el jardín y registraron la casa de punta a cabo, lo único que encontraron fue mi coche en el garaje y a la leal señora Bennett en el cuarto de estar. Ella les dijo que me había marchado a Nueva York el día anterior. Ellos no la creyeron, pero la señora Bennett era un personaje formidable en Palm Springs, una negra que durante cuarenta años había ido miembro distinguido de la comunidad e influyente en política, de modo que no le hicieron más preguntas. Simplemente, dieron la alerta en todas partes con vistas a mi detención.

¿Y dónde *estaba* yo? Yo iba paseándome por la autopista en el viejo Chevrolet azul pálido de la señora Bennett, coche que no podía hacer cincuenta millas a la hora ni el día en que lo compraron. Pero pensamos que yo estaría más seguro en su coche que en el mío. No es que estuviera a salvo en parte alguna; me encontraba tan aprensivo como un barbo con el anzuelo en la boca. Cuando llegué al desierto de Palm, que está a unos treinta minutos de Palm Springs, salí de la autopista y entré en una carreterita inclinada y con curvas que se apartaba del desierto y ascendía a las montañas de San Jacinto. En el desierto hacía calor, más de cien grados, pero a medida que me elevaba por las montañas desoladas, el aire se iba haciendo fresco, luego frío y después helado. Cosa que hubiera resultado perfecta, de no ser porque la calefacción del Chevy no funcionaba, y las únicas ropas que tenía eran las que llevaba cuando la señora Bennett irrumpió en casa con sus avisos llenos de pánico: sandalias, pantalones blancos de lino, y una ligera camisa de polo. Me marché con eso y con la billetera, que contenía tarjetas de crédito y unos trescientos dólares.

No obstante, tenía un destino pensado, y un plan. En lo alto de las montañas de San Jacinto, a medio camino entre Palm Springs y San Diego, hay un sombrío pueblecito llamado Idylwyld. En el verano, la gente del desierto va para allá huyendo del calor; en el invierno es una estación de esquí, a pesar de la escasa calidad de la nieve y de las pistas. Pero ahora, fuera de temporada, la triste serie de hoteles mediocres y chalés simulados sería un buen lugar para esconderse temporalmente, al menos hasta que pudiera recuperar el aliento.

Nevaba cuando el viejo coche subió gruñendo la última colina y entró en Idylwyld: una de esas nieves tempranas que llenan el aire, pero se disuelven al caer. El pueblo estaba desierto, y cerrados la mayoría de los hoteles. En el que finalmente me alojé, se llamaba Eskimo Cabins. Y bien sabe Dios que las instalaciones eran tan frías como las de un *igloo.* Sólo tenía una ventaja: el dueño, y aparentemente el único ser humano que había en el edificio, era un octogenario medio sordo, mucho más interesado en terminar el solitario a que jugaba que en mí mismo.

Llamé a la señora Bennett, que estaba muy inquieta: «¡Válgame Dios, lo están

buscando por todas partes! ¡Lo están diciendo en la televisión!» Resolví que sería mejor no comunicarle dónde me encontraba, pero le aseguré que estaba muy bien y que la volvería a llamar al día siguiente. Luego, telefoneé a un buen amigo de Los Angeles; también estaba inquieto: «¡Tu fotografía viene en el *Examiner!»* Tras tranquilizarlo, le di instrucciones concretas: comprar un billete a nombre de «George Thomas» para un vuelo directo a Nueva York y esperarme en su casa a las diez de la mañana siguiente.

Tenía demasiado frío y hambre para poder dormir; me marché al rayar el día y llegué a Los Angeles sobre las nueve. Mi amigo me estaba esperando. Dejamos el Chevrolet en su casa, y tras devorar algunos bocadillos y tanto brandy como pude ingerir sin riesgo, nos dirigimos en su coche al aeropuerto, donde nos despedimos y me entregó el billete para el vuelo de mediodía que me había comprado en la TWA.

Así que por eso estoy agazapado en esta desamparada cabina telefónica, ahí sentado, considerando el aprieto en que me veo metido. Un reloj, encima de la puerta de salida, anuncia la hora: 11,35. La zona de pasajeros está concurrida; pronto estará el avión preparado para el embarque. Y allí, parados a cada lado de la puerta por la que tengo que pasar, están dos de los caballeros que me visitaron en Palm Springs, dos detectives de San Diego, altos y vigilantes.

Pensé en llamar a mi amigo, pedirle que volviera al aeropuerto y me recogiera en alguna parte del aparcamiento. Pero ya había hecho bastante, y si nos atrapaban, podrían acusarlo de proteger a un fugitivo. Eso también valía para los muchos amigos que se prestaran a ayudarme. Tal vez fuese más prudente entregarme a los guardianes de la puerta. ¿Qué otra manera había? Sólo un milagro, por decir una frase hecha, podría salvarme. Y nosotros no creemos en milagros, ¿verdad?

Súbitamente, ocurre un milagro.

Allí, paseándose delante de mi diminuta prisión con puertas de cristal, aparece una bella y altiva amazona negra, llevando diamantes y martas cibelinas de un astronómico valor en dólares, una estrella rodeada por un frívolo y parloteante séquito de chicos de coro vestidos con ostentación. ¿Y quién es esa deslumbrante aparición cuyo plumaje y presencia crean semejante confusión entre los transeúntes? ¡Una antigua, antigua amiga!

TC {abriendo la puerta de la cabina; gritando): *¡Pearl!* ¡Pearl Bailey! {¡Un milagro! Me oye. Todos me oyen, todo su séquito.) ¡Pearl! Ven acá, por favor…

Pearl (echándome una ojeada, lanzando luego una sonrisa radiante): ¡Pero, chico! ¿Qué haces escondiéndote ahí?

TC (haciéndole señas para que se acerque más; hablando en susurros): Escucha, Pearl. Estoy en un lío tremendo.

Pearl (inmediatamente seria, porque es una mujer muy inteligente y en seguida entendió que, fuera lo que fuese, no se trataba de nada divertido): Cuéntamelo.

TC: ¿Vas en ese avión a Nueva York?

Pearl: Sí, todos nosotros vamos.

TC: Debo cogerlo, Pearl. Tengo billete. Pero hay dos tipos en la puerta que están esperando detenerme.

Pearl: ¿Qué tipos? (Se los señalé.) ¿Cómo pueden detenerte?

TC: Son detectives. Pearl, no tengo tiempo de explicártelo.

Pearl: No tienes nada que explicar.

(Inspecciona su grupo de coristas, jóvenes y guapos; tiene media docena. Recuerdo que a Pearl siempre le gusta viajar con mucha compañía. Le indica a uno de ellos que se acerque a nosotros; es un tipo elegante, que lleva un sombrero amarillo de vaquero, una camiseta que dice chupa, maldición, no soples, una cazadora de cuero blanca con forro de armiño, pantalones amarillos de baile (1940 *circa),* y zapatos amarillos de cuña.)

Este es Jimmy. Es un poco más alto que tú, pero creo que todo te vendrá bien. Jimmy, lleva a este amigo mío al lavabo de caballeros y cámbiate de ropa con él. No abras la bocaza, Jimmy, sólo haz como te dice Pearlie Mae. Os esperaremos aquí mismo. ¡Vamos, de prisa! Diez minutos más y perderemos ese avión.

(La distancia entre la cabina telefónica y el lavabo de caballeros fue una carrera de diez yardas. Nos encerramos en un retrete de pago e iniciamos nuestro intercambio de ropa. Jimmy lo consideraba fenomenal: se reía nerviosamente, como una colegiala que acabara de fumarse su primer porro. Dije: «¡Pearl! Eso sí que ha sido un milagro. Nunca me he sentido tan feliz de ver a alguien. Nunca.» Jimmy dijo: «¡Oh! Miss Bailey tiene espíritu. Es todo corazón, ¿sabe lo que quiero decir? Todo corazón.»

Hubo una época en que no habría estado de acuerdo con él, una época en que habría descrito a Pearl Bailey como una puta sin corazón. Era cuando ella representaba el papel de madame Fleur, el personaje principal de *House of Flowers,* una comedia musical cuyo libreto había escrito yo y, junto con Harold Arlen, compuesto la música. Hubo muchos hombres de talento aplicados en aquel empeño: el director era Peter Brook; el coreógrafo, George Ballanchine; Oliver Messel era autor del legendario y fascinante decorado y de los trajes. Pero Pearl Bailey estuvo tan firme, tan determinada a hacerlo a su modo, que dominó toda la producción hasta casi perjudicarla. No obstante, vivir para ver, se perdona y se olvida; para cuando la comedia terminó sus representaciones en Broadway, Pearl y yo éramos amigos de nuevo. Además, de su arte como actriz, acabé respetando su temperamento; de vez en cuando podía ser desagradable de tratar, pero desde luego tenía carácter: una mujer que sabía quién era y el terreno que pisaba.

Mientras Jimmy se metía a presión mis pantalones, que eran demasiado estrechos para él, y yo me ponía rápidamente su cazadora de cuero blanca con forro de armiño, hubo una agitada llamada a la puerta.)

Voz de Hombre: ¡Eh! ¿Qué pasa ahí?

Jimmy: ¿Y *quién* es *usted,* nos lo puede decir?

Voz de Hombre: Soy el encargado. Y no me replique con insolencia. Lo que pasa ahí dentro va contra la ley.

Jimmy: ¿No se puede cagar?

Encargado: Ahí dentro veo cuatro pies. Veo ropa quitada. ¿Cree que soy tan estúpido como para no darme cuenta de lo que pasa? Es ilegal. Va contra la ley que dos hombres se encierren en el mismo retrete al mismo tiempo.

Jimmy: ¡Ah! Váyase a tomar por culo.

Encargado: Me voy a llamar a la policía. Les meterán una L y L.

Jimmy: ¿Qué diablos es una L y L?

Encargado: Conducta lujuriosa y lasciva. Sí, señor. Voy a buscar a la policía.

TC: ¡Jesús, José y María…!

Encargado: ¡Abran esa puerta!

TC: Se equivoca usted.

Encargado: Sé lo que veo. Veo cuatro pies.

TC: Nos estamos cambiando de traje para la próxima escena.

Encargado: ¿Qué próxima escena?

TC: La película. Nos estamos preparando para tomar la siguiente escena.

Encargado (curioso e impresionado): ¿Están rodando una película ahí fuera?

Jimmy: (cayendo en la cuenta): Con Pearl Bailey. Ella es la protagonista. Y Marlon Brando también trabaja en ella.

TC: Kirk Douglas.

Jimmy: (mordiéndose los nudillos para no reírse): Y Shirley Temple. Hace su reaparición.

Encargado (creyéndoselo, pero no del todo): Sí, bueno, ¿quiénes son ustedes?

TC: No somos más que figurantes. Por eso es por lo que no tenemos cuarto para vestirnos.

Encargado: No me importa. Dos hombres, cuatro pies. Va contra la ley.

Jimmy: Mire afuera. Verá a Pearl Bailey en persona. A Marlon Brando. A Kirk Douglas. A Shirley Temple. A Mahatma Gandhi… Y ella también trabaja. Sólo como invitada especial.

Encargado: ¿Quién?

Jimmy: Mamie Eisenhower.

TC (abriendo la puerta, una vez completado el intercambio de ropa; la mía no le cae demasiado mal a Jimmy, pero sospecho que su atuendo, llevado por mí, producirá un efecto galvanizador, y la expresión de la cara del encargado, un encolerizado negro menudo, confirma tal suposición): Lo siento. No nos dimos cuenta de que estábamos haciendo algo en contra de las normas.

Jimmy (pasando como un rey por delante del encargado, que parece demasiado perplejo para moverse): Síganos, querido. Le presentaremos a la banda. Puede conseguir algunos autógrafos.

(Al fin llegamos al vestíbulo, y una Pearl que no sonreía, me envolvió en sus suaves brazos de marta cibelina; sus compañeros se cerraron sobre nosotros formando un círculo aislante. No hubo chistes ni bromas. Yo tenía los nervios tan erizados como un gato recién alcanzado por el rayo, y en cuanto a Pearl, sus particulares cualidades que en otro tiempo me alarmaron —esa firmeza, esa voluntad— fluían de ella como la energía por una catarata.)

Pearl: A partir de ahora, guarda silencio. Sea lo que sea lo que yo diga, tú no abras la boca. Cálate más el sombrero sobre la cara. Recuéstate en mí como si estuvieras débil y enfermo. Apoya la cara en mi hombro. Cierra los ojos. Déjate llevar por mí.

Muy bien. Ahora nos estamos acercando al mostrador. Jimmy tiene todos los billetes. Ya han dado el último aviso para embarcar, así que no hay demasiada gente. Esos polizontes no se han movido una pulgada, pero parecen cansados y algo disgustados. Ahora nos miran a nosotros. Los dos. Cuando pasemos entre ellos, los muchachos los distraerán y armarán un guirigay. Ahí llega alguien. Apóyate más, quéjate un poco… es uno de esos tipos VIP de la TWA. Mira cómo se mete mamá en su papel… (Cambiando la voz, representando su personalidad teatral, graciosa y, al mismo tiempo, que arrastra las palabras, levemente fatigada). ¿Míster Calloway? ¿Va en primera? ¡Vaya! ¿No es usted un ángel que viene a ayudarnos a salir? Y ya lo creo que necesitamos ayuda. Tenemos que abordar ese avión tan rápidamente como sea posible. Este amigo mío —es uno de mis músicos— se siente horriblemente mal. Apenas puede andar. Hemos estado actuando en Las Vegas, y quizá haya tomado mucho sol. El sol puede estropearle a uno la cabeza y el estómago a la vez. O quizá sea su dieta. Los músicos comen de manera muy rara. En particular, los pianistas. Apenas come nada más que perritos calientes. Anoche se comió diez. Y ahora no se encuentra muy bien. No me extrañaría que se hubiera envenenado. ¿Se sorprende usted, míster Calloway? Pues estando en el negocio de los aviones, no creo que le sorprendan muchas cosas. Con todos esos secuestros que ocurren. Criminales sueltos por todas partes. En cuanto lleguemos a Nueva York, inmediatamente llevaré a mi amigo al médico. Le diré al doctor que le diga que se aparte del sol y deje de comer perritos calientes. ¡Oh, gracias, míster Calloway! No, yo tomaré el asiento del pasillo. Pondremos a mi amigo en la ventanilla. Estará mejor en la ventanilla. Todo ese aire fresco.

Muy bien, compadre. Ya puedes abrir los ojos.

TC: Creo que los tendré cerrados. Así será como un sueño.

Pearl (tranquila, sonriendo): En cualquier caso, lo conseguimos. Tus amigos ni

siquiera te han visto. Al pasar, Jimmy le hizo burla a uno, y Billy se puso a bailar encima de los pies del otro.

TC: ¿Dónde está Jimmy?

Pearl: Todos los muchachos van en clase turística. Los trapos de Jimmy te están muy bien. Te dan un aspecto animado. Sobre todo me gustan los zapatos; sencillamente, me encantan.

Azafata: Buenos días, miss Bailey. ¿Le apetecería una copa de champaña?

Pearl: No, querida. Pero a mi amigo quizá le venga bien algo.

TC: Brandy.

Azafata: Lo siento, señor, pero antes de despegar sólo servimos champaña.

Pearl: Este hombre quiere brandy.

Azafata: Lo siento, miss Bailey. No está permitido.

Pearl (con un tono suave, pero metálico, que a mí me resultaba familiar de los ensayos de *House of Flowers);* Traiga el brandy de este hombre. La botella entera. Vamos.

(La azafata trajo el brandy, y me serví una buena dosis con mano temblorosa: hambre, fatiga, angustia, los vertiginosos acontecimientos de las últimas veinticuatro horas estaban presentando la factura. Me bebí otro trago y empecé a sentirme algo más animado.)

TC: Creo que debería contarte a qué viene todo esto.

Pearl: No necesariamente.

TC: Entonces no te lo contaré. Así tendrás la conciencia tranquila. Sólo te diré que no he hecho nada que cualquier persona sensata pudiera calificar de delito.

Pearl (consultando un reloj de pulsera de diamantes): Ya deberíamos estar encima de Palm Springs. Hace siglos que he oído cerrar la puerta. ¡Azafata!

Azafata: ¿Sí, miss Bailey?

Pearl: ¿Qué pasa?

Azafata: ¡Oh! Ese es el capitán.

Voz del Capitán (por el altavoz): Señoras y caballeros, lamentamos el retraso. Partiremos en breve. Gracias por su paciencia.

TC: ¡Jesús, José y María!

Pearl: Toma otro trago. Estás temblando. Uno pensaría que se trata de una noche de estreno. Quiero decir que no puede ser *tan* malo.

TC: Es peor. Y no puedo dejar de temblar… hasta que despeguemos. Quizás, hasta que lleguemos a Nueva York.

Pearl: ¿Sigues viviendo en Nueva York?

TC: A Dios gracias.

Pearl: ¿Recuerdas a Louis? ¿A mi marido?

TC: Louis Bellson. Claro. El mejor batería del mundo. Mejor que Gene Krupa.

Pearl: Trabajamos tanto en Las Vegas que fue conveniente comprar una casa allá. Me he convertido en una persona muy hogareña. Vivir en Las Vegas es como vivir en cualquier otra parte, en tanto que te apartes de los indeseables. *Jugadores.* Parados. Siempre que un hombre me dice que trabajaría si pudiera encontrar trabajo, yo le digo que mire en la guía telefónica, en la G. G de gigolo. Encontrará trabajo. Cuando menos, en Las Vegas. Es una ciudad de mujeres desesperadas. Yo soy afortunada; encontré al hombre adecuado y tuve el juicio suficiente para darme cuenta de ello.

TC: ¿Vas a trabajar en Nueva York?

Pearl: En el Persian Room.

Voz del Capitán: Lo siento, señoras y caballeros, pero nos retrasaremos unos minutos más. Permanezcan sentados, por favor. Los que quieran fumar, pueden hacerlo.

Pearl (enderezándose de pronto): No me gusta esto. Están abriendo la puerta.

TC: ¿Qué?

Pearl: *Están abriendo la puerta.*

TC: ¡Jesús, José…!

Pearl: Desplómate en el asiento. Tápate la cara con el sombrero.

TC: Tengo miedo.

Pearl (cogiéndome la mano, apretándola): Ronca.

TC: ¿Que ronque?

Pearl: ¡Ronca!

TC: Me estoy sofocando. *No puedo* roncar.

Pearl: Será mejor que empieces a intentarlo, porque nuestros amigos están entrando por esa puerta. Parece que van a rastrillar todo el garito. A limpiarle los dientes.

TC: ¡Jesús, José…!

Pearl: Ronca, sinvergüenza, ronca.

(Ronqué, y ella aumentó la presión de su mano sobre la mía; al mismo tiempo, empezó a tararear una lenta y dulce canción de cuna, como una madre calmando a un niño miedoso. Durante todo el tiempo, nos rodeó otra especie de tarareo: voces humanas preocupadas por lo que estaba pasando en el avión, por cuál sería el propósito de los dos hombres misteriosos que caminaban de uno a otro lado del pasillo, deteniéndose de vez en cuando para estudiar a un pasajero. Pasaron minutos. Los conté: seis, siete. Tic-tac-tic. Finalmente, Pearl interrumpió su melodía maternal y retiró su mano de la mía. Entonces oí cerrarse de un golpe la enorme puerta redonda del avión.)

TC: ¿Se han marchado?

Pearl: Ajajá. Pero sea quien sea a quien estén buscando, está claro que quieren pescarlo.

Desde luego que sí. Aun cuando el nuevo juicio de Robert M. terminó exactamente como yo había previsto y el jurado emitió un veredicto de culpabilidad por tres cargos de asesinato, los tribunales de California siguieron enfocando con dureza mi negativa a colaborar con ellos. Yo no lo sabía; creía que el asunto se olvidaría a su debido tiempo. Así que no dudé en volver a California al año siguiente, cuando surgió algo que requería al menos una visita breve. Pues señor, en cuanto me registré en el hotel Bel Air, fui detenido y conducido ante un juez de imponente nariz que me puso cinco mil dólares de multa y una condena indefinida en la cárcel del Condado Naranja, lo que significaba que podían tenerme encerrado durante semanas, meses o años. Sin embargo, pronto me soltaron, porque el mandamiento de mi detención contenía un error pequeño, pero importante: me censaba como residente legal en California cuando en realidad yo resido en Nueva York, hecho que anuló mi condena y mi confinamiento.

Pero todo eso aún estaba muy lejos, sin pensar, sin soñar siquiera, cuando la nave plateada que llevaba a Pearl y a su amigo buscado por la ley, despegó hacia un etéreo cielo de noviembre. Vi la sombra del avión rizándose por el desierto y cruzando oscilante el Gran Cañón. Charlamos y reímos y comimos y cantamos. Las estrellas y el malva del crepúsculo llenaban el aire, y las Montañas Rocosas, veladas de nieve azul, aparecieron al frente, mientras un gajo de limón, la luna nueva, rondaba por encima de ellas.

TC: Mira, Pearl. Luna nueva. Vamos a pedir un deseo.

Pearl: ¿Qué deseo vas a pedir tú?

TC: Deseo que siempre pueda ser tan feliz como lo soy en este mismo momento.

Pearl: ¡Oh, querido! Eso es como pedir milagros. Desea algo real.

TC: Pero yo creo en los milagros.

Pearl: Entonces, lo único que puedo decir es: nunca empieces a jugar.

V.— Y luego ocurrió todo

(Then It All Came Dow)

Escenario: Una celda de máxima seguridad en un pabellón del penal de San Quintín en California. La celda está amueblada con una simple colchoneta, y su inquilino permanente, Robert Beausoleil, y su visitante, se ven obligados a sentarse encima de ella en unas posturas más bien encogidas. La celda está limpia, ordenada. Una guitarra bien barnizada se yergue en un rincón. Pero es una avanzada tarde de invierno y en el aire titubea un escalofrío, incluso una pizca de humedad, como si la niebla de la bahía de San Francisco se hubiera infiltrado en la propia prisión.

A pesar del frío, Beausoleil está sin camisa, sólo lleva unos pantalones de algodón de la cárcel, y está claro que se encuentra satisfecho de su aspecto, en especial de su cuerpo, que es ágil, felino, con armoniosa forma física si se tiene en cuenta que lleva encarcelado más de diez años. El pecho y los brazos ofrecen un panorama de emblemas tatuados: exuberantes dragones, ovillados crisantemos, serpientes desenroscadas. Algunos consideran que es extraordinariamente guapo; lo es, pero en un estilo de chulo pasado de moda. No es sorprendente que de niño trabajara de actor y apareciese en varias películas de Hollywood; después, cuando era un muchacho joven, fue durante un tiempo el *protege* de Kenneth Anger, el realizador experimental *(Scorpio Rising) y* escritor *(Hollywood Babylon);* de hecho, Anger le dio el papel principal de *Lucifer Rising*, película inacabada.

Robert Beausoleil, que ahora tiene treinta y un años, es la auténtica figura misteriosa de la secta de Charles Manson; más exactamente —y ésta es una cuestión que nunca ha salido claramente a la luz en las explicaciones de esa tribu—, es la clave del misterio de las incursiones homicidas de esa llamada familia Manson, sobre todo de los asesinatos de Sharon Tate y de los Lo Bianco.

Todo comenzó con el asesinato de Gary Hinman, un músico profesional de mediana edad que hizo amistad con varios miembros de la hermandad de Manson y que, para su desgracia, vivía solo en una pequeña y apartada casa de Topanga Canyon, en el condado de Los Angeles. Hinman fue atado y torturado durante varios días (entre otras barbaridades, le cortaron una oreja) antes de que le dieran el último tajo de gracia en la garganta. Cuando se descubrió el cuerpo de Hinman, hinchado y lleno de moscas de agosto, la policía descubrió inscripciones sangrientas en las paredes de su modesta casa («¡Muerte a los cerdos!»), similares a las que pronto se encontrarían en las casas de miss Tate y del señor y la señora Lo Bianco.

Sin embargo, justo unos días antes de los asesinatos de Tate-Lo Bianco, Robert Beausoleil, captura do mientras conducía un coche que había sido pro piedad de la víctima, se encontraba detenido y en la cárcel, acusado del asesinato del indefenso

míster Hinman. Entonces fue cuando Manson v sus compinches, con la esperanza de liberar a Beausoleil concibieron la idea de cometer una serie de homicidios similares al del caso Hinman. Si Beausoleil seguía encarcelado en la fecha de tales asesinatos, ¿cómo podría entonces ser culpable de la atrocidad cometida con Hinman? O así razonaba la carnada de Manson. Lo que significa que fue por devoción a Bobby Beausoleil por lo que Tex Watson y esas jóvenes criminales, Susan Atkins, Patricia Krenwhykel, Leslie Van Hooten, salieron a hacer sus satánicas diligencias.

RB: Qué raro. Beausoleil. Eso es francés. Mi nombre es francés. Significa Bello Sol. No te jode. Nadie ve mucho el sol dentro de este lugar de veraneo. Escuche las sirenas de niebla. Como el pitido de los trenes. Ayes, ayes. Y son peores en el verano. Tal vez haya más niebla en verano que en invierno. El tiempo. Que lo den por culo. Yo no voy a ninguna parte. Pero, escuche. Ayes, ayes. Así que ¿dónde ha estado usted todo el día?

TC: Por ahí. He tenido una pequeña conversación con Sirhan.

RB (risas): Sirhan B. Sirhan. Lo conocí cuando me tuvieron en el callejón. Es un tipo enfermo. No debe estar aquí. Debería estar en Atascadero. ¿Quiere un chicle? Sí, vaya, parece que se sabe usted muy bien el camino hacia acá. Lo observaba desde el patio. Me sorprendió que el guardián lo dejara andar solo por el patio. Alguien podría pincharlo.

TC: ¿Por qué?

RB: Por gusto. Pero ha venido mucho por aquí, ¿eh? Me lo han dicho unos muchachos.

TC: Quizá media docena de veces, en distintos proyectos de investigación.

RB: Sólo hay una cosa que no he visto de aquí. Pero me gustaría ver esa habitación verde manzana. Cuando me enchironaron por ese asunto de Hinman y me dieron sentencia de muerte, pues, bueno, me tuvieron una buena temporada en el Callejón. Justo hasta cuando el tribunal abolió la pena de muerte. Así que solía preguntarme por el cuartito verde.

TC: En realidad, son unas tres habitaciones.

RB: Yo creía que era una habitacioncita redonda con una cabaña, una especie de *igloo* en el centro, con paredes de cristal. Con ventanas para que los testigos que están de pie fuera puedan ver cómo mueren los tíos asfixiados con ese perfume de melocotón.

TC: Sí, ésa es la habitación de la cámara de gas.

Pero cuando bajan al prisionero del Callejón de la Muerte, del ascensor se sale directamente a una habitación «de retención», aneja a la habitación de los testigos. En ese cuarto «de retención» hay dos celdas, por si se produce una doble ejecución. Son celdas corrientes, exactamente iguales que ésta, y el prisionero pasa allí la última noche antes de que lo ejecuten por la mañana, leyendo, escuchando la radio, jugando

a las cartas con los guardianes. Pero he descubierto algo interesante: que hay una *tercera* habitación en esa pequeña *suite*. Está detrás de una puerta cerrada, inmediatamente contigua a la celda «de retención». Sencillamente, abrí la puerta y entré, y ninguno de los guardianes que me acompañaban intentó detenerme. Y era la habitación más inquietante que hubiese visto jamás. Porque ¿sabe lo que había en ella? Todas las sobras, todos los objetos personales que los distintos condenados han dejado en las celdas «de retención». Libros. Biblias, novelas del Oeste y de Erle Stanley Gardner, de James Bond. Periódicos viejos, de color marrón pardo. Algunos de ellos de hace veinte años. Crucigramas sin acabar. Cartas sin terminar. Fotografías de enamorados. De niños pequeños, borrosas y arrugadas. Patético.

RB: ¿Alguna vez ha visto gasear a un tipo?

TC: Una vez. Pero él hizo que pareciese un juego. Estaba contento de ir, quería acabar de una vez; se sentó en aquella silla como alguien que va al dentista a que le limpien la dentadura. Pero en Kansas vi ahorcar a dos hombres.

RB: ¿Perry Smith? ¿Y cómo se llamaba el otro…? ¿Dick Hickock? Bueno, una vez que pegaran contra el extremo de la cuerda, no creo que sintieran nada.

TC: Eso fue lo que nos dijeron. Pero después de caer siguieron viviendo… quince, veinte minutos. Forcejeando. Jadeando, luchando su cuerpo por vivir. No pude evitarlo: vomité.

RB: Quizá no sea usted tan frío, ¿eh? Parece frío. Así que ¿se quejó Sirhan de que lo mantuvieran en Seguridad Especial?

TC: Algo así. Está solo. Quiere mezclarse con los otros reclusos, unirse a la población general.

RB: No sabe lo que le conviene. Si sale, seguramente lo mataría alguien.

TC: ¿Por qué?

RB: Por la misma razón por la que él mató a Kennedy. Fama. La mitad de los que matan a gente, eso es lo que quieren: fama. Que su fotografía salga en el periódico.

TC: Esa no es la razón por la que usted mató a Gary Hinman.

RB: (Silencio.)

TC: Fue porque usted y Manson querían que Hinman les diera dinero y el coche, y cuando él se negó…, entonces…

RB: (Silencio.)

TC: Estaba pensando. Conozco a Sirhan, y conocí a Robert Kennedy. Conocí a Lee Harvey Oswald y también a Jack Kennedy. Las probabilidades en contra de que una persona conociera a esos cuatro hombres deben ser asombrosas.

RB: ¿Oswald? ¿Conoció a Oswald? ¿De veras?

TC: Lo conocí en Moscú justo después de que desertara. Una noche iba a cenar con un amigo, un corresponsal de un periódico italiano, y cuando llegó a recogerme, me preguntó si me importaría hablar primero con un joven desertor norteamericano,

un tal Lee Harvey Oswald. Oswald residía en el Metropole, un antiguo hotel zarista, al lado de la plaza del Kremlin. El Metropole tiene un enorme y melancólico vestíbulo lleno de sombras y de palmeras muertas. Y ahí estaba él, sentado en la oscuridad bajo una palmera muerta. Delgado y pálido, de labios finos y aspecto famélico. Llevaba pantalones de trabajo, zapatillas de tenis y una camisa de leñador. Y en seguida se puso furioso; rechinaba los dientes y sus ojos brincaban de un lado a otro. Por todo se acaloraba: el embajador norteamericano; los rusos: estaba enfadado con ellos porque no le permitían quedarse en Moscú. Hablamos con él durante media hora, y mi amigo italiano no creía que mereciese la pena escribir una historia sobre él. Otro histérico paranoide más: en Moscú eran una vegetación extendida por todas partes. No volví a pensar en él hasta muchos años más tarde. Hasta después del asesinato, cuando vi que pasaban su fotografía en la televisión.

RB: ¿Significa eso que usted es el único que conoció a los dos, a Oswald y a Kennedy?

TC: No. Había una chica norteamericana, Priscilla Johnson. Trabajaba para la United Press en Moscú. Conoció a Kennedy, y se entrevistó con Oswald casi al mismo tiempo que yo. Pero puedo decirle algo más, casi igual de curioso. Acerca de esas personas que mataron sus amigos.

RB: (Silencio.)

TC: Yo las conocía. De las cinco personas asesinadas aquella noche en casa de la Tate, al menos conocía a cuatro. Conocí a Sharon Tate en el Festival de Cine de Cannes. Jay Sebring me cortó el pelo un par de veces. Una vez comí en San Francisco con Abigail Folger y su amigo, Frykowski. En otras palabras, conocí separadamente a cada uno de ellos. Y, sin embargo, allí estaban todos una noche, juntos en la misma casa y esperando a que llegaran sus amigos de usted. Toda una coincidencia.

RB (enciende un cigarrillo; sonríe): ¿Sabe lo que le digo? Que no es usted un tipo al que dé mucha suerte conocer. Mierda. Escuche eso. Aves, ayes. Tengo frío. ¿Y usted?

TC: ¿Por qué no se pone la camisa?

RB (Silencio.)

TC: Es curioso lo de los tatuajes. He hablado con varios centenares de hombres condenados por homicidio: múltiple homicidio, en la mayoría de los casos. El único denominador común que pude encontrar entre ellos fueron los tatuajes. Un largo ochenta por ciento de ellos tenían muchos tatuajes. Richard Speck. York y Latham. Smith y Hickock.

RB: Me pondré el jersey.

TC: Si usted no estuviera aquí, si pudiera estar donde quisiese y hacer lo que le diera la gana, ¿dónde estaría y qué haría?

RB: Viajando. Por ahí, con mi Honda, traqueteando por la carretera de la costa, las curvas rápidas, las olas y el agua, mucho sol. Fuera de San Fran, en dirección a Mendocino, conduciendo entre las secoyas. Haría el amor. Estaría en la playa junto a una hoguera, haciendo el amor. Tocaría música y bailaría y fumaría buena hierba de Acapulco y contemplaría la puesta de sol. Echaría al fuego algunas maderas arrojadas a la playa. Buena ropa, buen *hash*, y viajando sin parar.

TC: Aquí puede conseguir *hash.*

RB: Y cualquier otra cosa. Cualquier clase de droga, por un precio. Aquí hay ropas de cualquier cosa menos de patinadores.

TC: ¿Así era su vida antes de que lo detuvieran? ¿Sólo viajar? ¿Nunca tuvo un trabajo?

RB: De vez en cuando. Tocaba la guitarra en un par de bares.

TC: Tengo entendido que era usted un verdadero gallo. Prácticamente, el señor de un serrallo. ¿Cuántos hijos ha engendrado?

RB: (Silencio; pero se encoge de hombros, sonríe, fuma.)

TC: Me sorprende que tenga usted una guitarra. Algunas prisiones no lo permiten, porque pueden quitarse las cuerdas para utilizarlas como armas. Como garrote. ¿Cuánto tiempo hace que toca?

RB: ¡Oh! Desde que era niño. Fui uno de esos niños de Hollywood. Aparecí en un par de películas. Pero mi familia estaba en contra. Son gente muy estricta. En cualquier caso, nunca me he preocupado por la actuación. Sólo quería escribir música y tocarla y cantar.

TC: Pero ¿qué pasó con la película que hizo usted con Kenneth Anger, *Lucifer Rising?*

RB: Sí.

TC: ¿Qué tal se llevaba con Anger?

RB: Muy bien.

TC: Entonces, ¿por qué lleva Kenneth Anger un medallón con una cadena alrededor del cuello? En una cara del medallón hay una fotografía de usted; en la otra, hay una figura de una rana con la inscripción: «Bobby Beausoleil transformado en rana por Kenneth Anger.» Un amuleto vudú, por decirlo así. Una maldición que le lanza, porque se supone que usted le robó. Se marchó en plena noche con su automóvil y unas cuantas cosas más.

RB (entrecerrando los ojos): ¿Le dijo él eso?

TC: No, yo no lo conozco. Pero me lo han contado otras personas.

RB (alcanza la guitarra, la afina, la rasguea, canta): «Esta es mi canción, ésta es mi canción, ésta es mi oscura canción, mi oscura canción…» Siempre quiere saber todo el mundo cómo me relacioné con Manson. Fue a través de nuestra música. El también toca algo. Una noche que yo iba por ahí con un grupo de mis señoras. Bueno,

llegamos a ese viejo local de la carretera, una cervecería, con muchos coches fuera. Así que entramos, y ahí estaba Charlie con algunas de sus damas. Todos nos pusimos a charlar y tocamos algo juntos; al día siguiente, Charlie vino a verme a mi camioneta y todos nosotros, su gente y la mía, terminamos acampando juntos al aire libre. Hermanos y hermanas. Una familia.

TC: ¿Consideró usted a Manson como un dirigente? ¿Se sintió inmediatamente influenciado por él?

RB: ¡No, diablos! El tenía a su gente. Yo tenía a la mía. Si alguien quedó influenciado fue él. Por mí.

TC: Sí, el se sintió atraído hacia usted. Embobado. O eso dice. Parece que usted produce ese efecto en mucha gente, hombres y mujeres.

RB: Lo que sucede, sucede. Todo está bien.

TC: ¿Considera usted que está bien matar a personas inocentes?

RB: ¿Quién dijo que eran inocentes?

TC: Bueno, ya volveremos a eso. Pero ahora: ¿cuál es su propio sentido de la moral? ¿Cómo distingue usted el bien y el mal?

RB: ¿El bien y el mal? *Todo* está bien. Si sucede, tiene que ser bueno. De otro modo, no *sucedería*. Es, sencillamente, el modo en que discurre la vida. Cómo mueve las cosas. Yo me muevo con ella. No hago preguntas.

TC: En otras palabras, no pone en tela de juicio el acto de asesinar. Lo considera «bueno» porque «sucede». Justificable.

RB: Yo tengo mi propia justicia. Vivo con mis propias leyes, ¿sabe? No respeto las leyes de esta sociedad. Porque la sociedad no respeta sus propias leyes. Yo hago mis leyes particulares y vivo de acuerdo con ellas. Tengo mi propio sentido de la justicia.

TC: ¿Y cuál es su sentido de la justicia?

RB: Creo que todo lo que va, vuelve. Que lo que está arriba se viene abajo. Que según vaya la vida, yo iré con ella.

TC: Lo que dice no tiene mucho sentido, al menos para mí. Y no le considero estúpido. Lo intentaremos de nuevo. En su opinión, está bien que Manson enviara a Tex Watson y a esas chicas a aquella casa para asesinar a completos desconocidos, a personas inocentes…

RB: He dicho: ¿quién dice que eran inocentes? Quemaban a gente vendiendo droga. Sharon Tate y esa banda. Ligaban chicos en el Strip y se los llevaban a casa y los azotaban. Y lo filmaban. Pregunte a la policía; ellos encontraron las películas. No dicen la verdad.

TC: La verdad es que los Lo Bianco y Sharon Tate y sus amigos fueron asesinados para protegerlo a usted. Sus muertes estuvieron directamente relacionadas con el asesinato de Gary Hinman.

RB: Lo oigo. Ya sé a dónde quiere llegar.

TC: Todos esos crímenes fueron imitaciones del asesinato de Hinman; para probar que usted no pudo haber matado a Hinman. Y, en consecuencia, sacarlo de la cárcel.

RB: Sacarme de la cárcel. (Asiente con la cabeza, sonríe, suspira, se congratula). Nada de eso salió a relucir en ninguno de los juicios. Las chicas subieron al estrado y trataron realmente de decir cómo ocurrió todo, pero nadie las escuchó. La gente no puede creer nada que no digan los medios de comunicación. Los medios de comunicación lo programaron para que creyera que todo ocurrió porque pretendíamos iniciar una guerra racial. Que se trataba de negros miserables que iban por ahí haciendo daño a todos esos blancos buenos. Sólo que., fue como dice usted. Los medios de comunicación nos llamaron una «familia». Y es la única verdad que dijeron. *Éramos* una familia. Éramos madre, padre, hermano, hermana, hija, hijo. Si un miembro de nuestra familia se encontraba en peligro, no abandonábamos a esa persona. Y por el amor a un hermano, a un hermano que estaba en la cárcel bajo acusación de asesinato, fue por lo que ocurrieron todos esos asesinatos.

TC: ¿Y no lo lamenta usted?

RB: No. Si mis hermanos y hermanas lo hicieron, entonces está bien. Todo está bien en la vida. Todo fluye. Todo está bien. Todo es música.

TC: Cuando estaba arriba, en el Callejón de la Muerte, si lo hubieran obligado a bajar a la cámara de gas y oler los melocotones, ¿habría dado usted su señal de aprobación?

RB: Si así hubiera ocurrido, sí. Todo lo que sucede es bueno.

TC: Guerra. Niños famélicos que se mueren de hambre. Dolor. Crueldad. Ceguera. Prisiones. Desesperación. Indiferencia. ¿Todo es bueno?

RB: ¿Por qué me mira de ese modo?

TC: Por nada. Estaba observando cómo le cambia la cara. En un momento sólo con el más ligero desplazamiento de ángulo, tiene usted un aspecto bastante infantil, enteramente inocente, encantador. Y luego…, bueno, se le puede considerar como una especie de Lucifer de la Calle Cuarenta y Dos. ¿Ha visto alguna vez *Night must falí?* ¿Una vieja película con Robert Montgomery? ¿No? Pues es acerca de un delicioso joven impío, de aspecto inocente, que viaja por la campiña inglesa conquistando a viejas damas y decapitándolas para luego llevarse las cabezas metidas en sombrereras de cuero.

RB: ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

TC: Estaba pensando… que si hicieran una versión nueva, si alguien la americanizara convirtiendo al personaje de Montgomery en un joven que viaja sin rumbo con ojos de color da avellana y voz recelosa, usted estaría muy bien en el papel.

RB: ¿Intenta decir que soy un psicópata? No estoy chalado. Si tengo que emplear la violencia, la empleo, pero no creo en el asesinato.

TC: Entonces, debo estar sordo. ¿Me equivoco, o no acaba de decirme que está bien cualquier atrocidad que una persona pueda cometer contra otra, que todo está bien?

RB (Silencio.)

TC: Dígame, Bobby, ¿cómo se considera a sí mismo?

RB: Como un presidiario.

TC: ¿Y aparte de eso?

RB: Como un hombre. Un hombre *blanco.* Y todo lo que un hombre blanco representa.

TC: Sí, uno de los carceleros me ha dicho que usted es el cabecilla de la Hermandad Aria.

RB (hostil): ¿Qué sabe *usted* de la Hermandad?

TC: Se compone de un puñado de tipos duros, blancos. Es una especie de asociación de carácter fascista. Empezó en California y se ha extendido por todo el sistema penitenciario norteamericano: norte, sur, este y oeste. Las autoridades carcelarias la consideran como una cofradía problemática y peligrosa.

RB: Un hombre tiene que defenderse. Nos superan en número. Usted no tiene idea de lo duro que es. Tenemos más miedo el uno del otro que de los cerdos de aquí. Hay que ir de puntillas a cada instante, si no quieres acabar con un pincho en la espalda. Los negros y los chicanos tienen sus propias bandas. Los indios también; o debería decir los «nativos americanos», así es como esos pieles rojas se llaman a sí mismos: ¡qué risa! Sí, señor, es *duro.* Con todas esas tensiones raciales, la política, la droga, el juego y la sexualidad. A los negros les agradan mucho los muchachos blancos. Les gusta meter sus grandes cipotes negros por esos apretados culos blancos.

TC: ¿Ha pensado en qué vida llevaría, si alguna vez le concediesen la libertad bajo palabra?

RB: Este es un túnel al que no le veo salida. Nunca dejarán libre a Charlie.

TC: Espero que tenga razón, y creo que sí la tiene. Pero es muy probable que algún día le den a usted la libertad bajo palabra. Tal vez más pronto de lo que se figura. Entonces, ¿qué?

RB (rasguea la guitarra): Me gustaría grabar alguna música mía. Que la tocaran por las ondas.

TC: Ese era el sueño de Perry Smith. Y también el de Charlie Manson. Quizá tengan más en común que los simples tatuajes.

RB: Sólo entre nosotros, Charlie no tiene mucho talento. (Rasgueando acordes.) «Esta es mi canción, mi oscura canción, mi oscura canción.» Tuve mi primera guitarra a los once años; la encontré en el desván de mi abuela y aprendí a tocarla por

mí mismo, y desde entonces he estado chalado por la música. Mi abuela era una mujer encantadora, y su desván era mi sitio favorito. Me gustaba tumbarme allí y escuchar la lluvia. O esconderme cuando mi papá venía a buscarme con el cinturón. Mierda. ¿Escucha eso? Ayes, ayes. Es suficiente para volverle a uno loco.

TC: Escúcheme, Bobby. Y conteste con cuidado. Suponga que cuando salga de aquí se le presenta alguien, digamos Charlie, y le pide que cometa un acto de violencia, matar a un hombre, ¿lo haría usted?

RB (tras encender otro cigarrillo y fumarse la mitad): Podría. Depende. Jamás tuve intención de… de… hacer daño a Gary Hinman. Pero sucedió una cosa. Y otra. Y luego ocurrió todo.

TC: Y todo estaba bien.

RB: Todo estaba bien.

VI.— Una hermosa criatura

(A Beautiful Child)

Fecha: 28 de abril de 1955.

Escenario: La capilla de la Universal Funeral Home en la Avenida Lexington esquina a la Calle Cincuenta y Dos, en la ciudad de Nueva York. Una brillante asamblea se aglomera en los bancos: celebridades en su mayor parte, del campo del teatro internacional, del cine, de la literatura, presentes todos como tributo a Constance Collier, la actriz de origen inglés que había muerto el día anterior a los setenta y cinco años.

Nacida en 1880, miss Collier empezó su carrera como corista de variedades, pasando a convertirse en una de las principales actrices shakespearianas de Inglaterra (y, durante mucho tiempo, en la *fiancée* de sir Max Beerbhom, con quien nunca se casó y quizá por ese motivo inspirara el personaje de la heroína maliciosamente inconquistable, de la novela *Zuleika Dobson,* de sir Max). Finalmente, emigró a Estados Unidos, donde se asentó como una respetable figura de la escena de Nueva York, y del cine de Hollywood. Durante las últimas décadas de su vida, vivió en Nueva York dando clases de dramaturgia de una calidad única; como alumnos, sólo admitía a profesionales y, por lo general, consagrados que ya eran «estrellas»: Katherine Hepburn era discípula permanente; otra Hepburn, Audrey, también era *protegée* de Collier, lo mismo que Vivien Leigh, y durante unos meses antes de su muerte, una neófita a la que miss Collier se refería como «mi problema especial», Marilyn Monroe.

Marilyn Monroe, a quien conocí por medio de John Huston cuando éste la dirigía en su primer papel con diálogo, *La jungla de asfalto,* entró bajo la protección de miss Collier por sugerencia mía. Hacía unos seis años que yo conocía a miss Collier, y la admiraba como una mujer de auténtica estatura, física, emocional y creativa, por todos sus modales dominantes, por su gran voz de catedral y por ser una persona adorable, levemente perversa, pero extraordinariamente tierna, digna, pero *Gemütlick.* Me encantaba ir a los frecuentes y pequeños almuerzos que daba en su oscuro estudio Victoriano en pleno Manhattan; contaba historias increíbles acerca de sus aventuras como primera actriz junto a sir Beerhom Tree y al gran actor francés Coquelin, de sus relaciones con Oscar Wilde, con el joven Chaplin y con Garbo en la época de formación de la silenciosa sueca. Efectivamente, era una delicia, igual que su fiel secretaria y compañera, Phyllis Willbourn, una tranquila y parpadeante soltera que tras el fallecimiento de su patrona se convirtió en la dama de compañía de Katherine Hepburn, cosa que sigue siendo. Miss Collier me presentó a muchas personas con las que entablé amistad: los Lunt, los Olivier y, especialmente, Aldous Huxley. Pero fui

yo quien le presenté a Marilyn Monroe, y al principio no estuvo muy inclinada a trabar relaciones con ella: era corta de vista, no había visto ninguna película de Marilyn y no sabía absolutamente nada de ella, salvo que era una especie de estallido sexual de color platino que había adquirido fama universal; en resumen, parecía una arcilla difícilmente apropiada para la estricta formación clásica de miss Collier. Pero pensé que harían una combinación estimulante.

La hicieron. «¡Oh, sí!», me aseguró miss Collier, «hay algo ahí. Es una hermosa criatura. No lo digo en el sentido evidente, en el aspecto quizá demasiado evidente. No creo que sea actriz en absoluto, al menos en la acepción tradicional. Lo que ella posee, esa presencia, esa luminosidad, esa inteligencia brillante, nunca emergería en el escenario. Es tan frágil y delicada que sólo puede captarlo una cámara. Es como el vuelo de un colibrí: sólo una cámara puede fijar su poesía. Pero el que crea que esta chica es simplemente otra Harlow o una ramera, o cualquier otra cosa, está *loco.* Hablando de locos, en eso es en lo que estamos trabajando las dos: Ofelia. Creo que la gente se reirá ante esa idea, pero en serio, puede ser una Ofelia exquisita. La semana pasada estaba hablando con Greta y le comenté la Ofelia de Marilyn, y Greta dijo que sí, que podía creerlo porque había visto dos de sus películas, algo muy malo y vulgar, pero, sin embargo, había vislumbrado las posibilidades de Marilyn. En realidad, Greta tiene una idea divertida. ¿Sabe que quiere hacer una película de *Dorian Gray?* Con ella en el papel de Dorian, por supuesto. Pues dijo que le gustaría tener de antagonista a Marilyn en el papel de una de las chicas a las que Dorian seduce y destruye. ¡Greta! ¡Tan poco utilizada! ¡Semejante talento…! y algo parecido al de Marilyn, si uno lo piensa. Claro que Greta es una artista consumada, una artista con un dominio sumo. Esa hermosa criatura no tiene concepto alguno de la disciplina o del sacrificio. En cierto modo, no creo que vaya a madurar. Es absurdo que lo diga, pero de alguna manera creo que seguirá siendo joven. Realmente, espero y ruego que viva lo suficiente como para liberar ese extraño y adorable talento que vaga a través de ella como un espíritu enjaulado».

Pero ahora, miss Collier había muerto. Y ahí estaba yo, remoloneando en el vestíbulo de la Universal Chapel esperando a Marilyn; habíamos hablado por teléfono la noche anterior, quedando de acuerdo para sentarnos juntos durante la ceremonia, cuyo inicio estaba previsto para mediodía. Llegó media hora tarde; *siempre* llegaba tarde, pero yo pensaba:

¡Por amor de Dios, maldita sea, sólo por una vez! Y, entonces, apareció de pronto y no la reconocí, hasta que dijo…

Marilyn: ¡Oh, cuánto lo siento, chico! Pero, mira, me maquillé toda, y luego pensé que quizá fuese mejor no llevar pestañas postizas, ni maquillaje, ni nada, así que tuve que quitarme todo aquello de encima, y no se me ocurría nada que ponerme…

(Lo que se le ocurrió ponerse habría sido apropiado para la abadesa de un convento en audiencia particular con el Papa. Llevaba el pelo enteramente oculto por un pañuelo de gasa negra; un vestido negro, suelto y largo, que de algún modo parecía prestado; medias negras de seda apagaban el brillo dorado de sus esbeltas piernas. Con toda seguridad, una abadesa no se habría calzado unos zapatos negros de tacón alto tan vagamente eróticos como los que ella había escogido, ni las gafas oscuras en forma de búho que dramatizaban la palidez de vainilla de su piel de leche fresca.)

TC: Tienes un aspecto estupendo.

Marilyn (mordisqueándose una uña roída ya hasta el final): ¿Estás seguro? Es que estoy tan nerviosa. ¿Dónde está el lavabo? Si pudiera entrar ahí nada más que un minuto…'

TC: ¿Y meterte una pastilla? ¡No! Chsss. Esa es la voz de Cyril Ritchard: ha empezado al panegírico.

(De puntillas, entramos en la atestada capilla y nos abrimos paso hasta un pequeño espacio en la última fila. Acabó Cyril Ritchard; lo siguió Cathleen Besbitt, una compañera de miss Collier de toda la vida, y, finalmente, Brian Aherne se dirigió a los asistentes al funeral. A lo largo de todo ello, mi acompañante se quitaba periódicamente las gafas para enjugar lágrimas que se desbordaban de sus ojos azulgrises. En ocasiones la había visto sin maquillaje, pero hoy ofrecía una nueva experiencia visual, un rostro que yo no había observado antes, y al principio no me di cuenta de qué podría ser. ¡Ah! Se debía al sombrío pañuelo de la cabeza. Con los bucles invisibles y el cutis limpio de cosméticos, parecía tener doce años: una virgen pubescente que acaba de entrar en un orfanato y está llorando su desgracia. La ceremonia terminó al fin, y la reunión comenzó a dispersarse.)

Marilyn: Quedémonos aquí sentados, por favor. Esperemos a que salga todo el mundo.

TC: ¿Por qué?

Marilyn: No quiero tener que hablar con nadie. Nunca sé qué decir.

TC: Entonces, quédate ahí sentada, y yo esperaré fuera. Tengo que fumar un pitillo.

Marilyn: ¡No puedes dejarme sola! ¡Dios mío! Fuma aquí.

TC: ¿*Aquí?* ¿En la capilla?

Marilyn: ¿Por qué no? ¿Qué te quieres fumar? ¿Un petardo?

TC: Muy gracioso. Venga, vámonos.

Marilyn: Por favor. Hay un montón de fotógrafos ahí abajo. Y, desde luego, no quiero que me tomen fotografías con esta facha.

TC: No te lo reprocho.

Marilyn: Has dicho que tenía un aspecto estupendo.

TC: Y lo tienes. Sencillamente, perfecto…, si estuvieras interpretando *La novia de Drácula.*

Marilyn: Ya te estás riendo de mí.

TC: ¿Tengo yo pinta de reírme?

Marilyn: Te estás riendo por dentro. Y ésa es la peor clase de risa. (Frunciendo el ceño; mordisqueándose la uña del pulgar). En realidad, podría haber llevado maquillaje. Veo que toda esa otra gente lleva maquillaje.

TC: Yo sí. Gotitas.

Marilyn: Lo digo en serio. Es el pelo. Necesito un tinte. Y no he tenido tiempo de dármelo. Todo ha sido tan inesperado, la muerte de miss Collier y demás. ¿Ves?

(Levantó un poco el pañuelo, mostrando una franja oscura en la raya del pelo.)

TC: Pobre inocente de mí. Y todo este tiempo pensando que eras rubia natural.

Marilyn: Lo soy. Pero nadie es *así* de natural. Y, de paso, que te follen.

TC: Muy bien, ya ha salido todo el mundo. Así que vamos, arriba.

Marilyn: Esos fotógrafos siguen ahí abajo. Lo sé.

TC: Si no te han reconocido al entrar, tampoco te conocerán al salir.

Marilyn: Uno de ellos me reconoció. Pero me escabullí por la puerta antes de que empezara a chillar.

TC: Estoy seguro de que hay una entrada trasera. Podemos ir por ahí.

Marilyn: No quiero ver cadáveres.

TC: ¿Por qué habríamos de verlos?

Marilyn: Esta es una funeraria. Deben tenerlos en alguna parte. Lo único que me faltaba hoy, aparecer en una habitación llena de cadáveres. Ten paciencia. Iremos a algún sitio y te invitaré a una botella de champaña.

(Así que nos sentamos y hablamos y Marilyn dijo: «Odio los funerales. Me alegro de no tener que ir al mío. Pero no quiero ceremonias, tan sólo mis cenizas arrojadas al agua por uno de mis hijos, si alguna vez tengo alguno. No habría venido hoy a no ser porque miss Collier se preocupaba de mí, de mi bienestar, y era como una abuela, como una abuela vieja y dura, pero me enseñó mucho. Me enseñó a respirar. Hice buen uso de ello, además, y no me refiero sólo a actuar. Hay *otras* veces en que respirar es un problema. Pero cuando me dijeron que miss Collier se había muerto, lo primero que se me ocurrió fue: ¡Oh, Dios mío, qué va a ser de Phyllis! Miss Collier era toda su vida. Pero he oído que se va a vivir con miss Hepburn. Qué suerte la de Phyllis; ahora sí que se va a divertir. Me cambiaría por ella sin pensarlo. Miss Hepburn es realmente una gran señora. Ojalá fuera amiga mía. De ese modo iría a visitarla alguna vez y… pues no sé, nada más que visitarla.»

Comentamos cuánto nos gustaba vivir en Nueva York y cómo detestábamos Los Angeles («A pesar de que nací allí, sigue sin ocurrírseme nada bueno de ella. Si cierro los ojos y me imagino Los Angeles, lo único que veo es una enorme vena varicosa»);

hablamos de actores y de actuación («Todo el mundo dice que no sé actuar. Lo mismo dijeron de Elizabeth Taylor, y se equivocaron. Estuvo extraordinaria en *Un lugar en el sol.* Nunca conseguiré el papel adecuado, nada que realmente quiera. Mi físico está contra mí»); hablamos algo más de Elizabeth Taylor, quería saber si yo la conocía, y dije que sí, y ella me preguntó cómo era, cómo era *en realidad*, y yo contesté, pues se parece un poco a ti, es enteramente sincera y tiene una conversación ingeniosa, y Marilyn dijo que te folien, y añadió, bueno, si alguien te preguntara cómo es Marilyn, cómo es en realidad, ¿qué le dirías?, y yo contesté que tendría que pensarlo.)

TC: ¿Crees que ya podemos largarnos de aquí? Me prometiste champaña, ¿recuerdas?

Marilyn: Lo recuerdo. Pero no tengo nada de dinero.

TC: Siempre llegas tarde y nunca llevas dinero. ¿Es que por casualidad te figuras que eres la reina Isabel?

Marilyn: ¿Quién?

TC: La reina Isabel. La reina de Inglaterra.

Marilyn (frunciendo el ceño): ¿Qué tiene esa gilipollas que ver con esto?

TC: La reina Isabel tampoco lleva dinero nunca. No se lo permiten. El vil metal no debe manchar la real palma de su mano. Es una ley o algo parecido.

Marilyn: Ojalá aprobaran una ley como esa para mí.

TC: Sigue así y quizá lo hagan.

Marilyn: ¡Por Dios! ¿Cómo paga las cosas? Cuando va de compras, por ejemplo.

TC: Su dama de compañía la sigue con un bolso lleno de monedas de un cuarto de penique.

Marilyn: ¿Sabes una cosa? Apuesto a que todo se lo dan gratis. A cambio de avales.

TC: Es muy posible. No me sorprendería nada. Por Decreto de Su Majestad. Perros galeses. Todas esas golosinas de Fortnum & Mason. Hierba. Condones.

Marilyn: ¿Para qué querría ella condones?

TC: Ella no, boba. Para ese tipo que la sigue a dos pasos. El príncipe Felipe.

Marilyn: Ah, sí. Ese. Es un encanto. Tiene aspecto de tener un buen nabo. ¿Te conté alguna vez lo de aquella ocasión en que vi a Errol Flynn sacarse la picha de repente y empezar a tocar el piano con ella? ¡Oh, vaya! Ya hace cien años de eso, yo acababa de empezar como modelo, fui a esa estúpida fiesta y ahí estaba Errol Flynn, tan orgulloso de sí mismo, se sacó la picha y tocó el piano con ella. Aporreó las teclas. Tocó *You Are My Sunshine.* ¡Cristo! Todo el mundo dice que Milton Berle tiene el chisme más grande de Hollywood. Pero ¿a quién le importa*?* Oye ¿no tienes *nada* de dinero?

TC: Unos cincuenta pavos, quizá.

Marilyn: Bueno, eso nos llega para pedir algo de champaña.

(Fuera, la avenida Lexington estaba vacía de todo, excepto de inofensivos peatones. Eran cerca de las dos, una tarde de abril tan espléndida como uno podría desear: un tiempo ideal para dar un paseo. De modo que deambulamos hacia la Tercera Avenida. Algunos transeúntes volvían la cabeza, no porque reconociesen a Marilyn, sino por sus galas de luto; se rió entre dientes con su risita particular, un sonido tan tentador como el cascabeleo de las campanillas en el Tren de la Risa, y dijo: «Quizá debiera vestirme siempre de esta manera. Es enteramente anónima.»

Al acercarnos al local de P. J., sugerí que ése sería un buen sitio para refrescarnos, pero ella lo vetó: «Está lleno de esos gacetilleros repugnantes. Y esa zorra de Dorothy Kilgallen siempre está ahí, entrompándose. ¿Qué les pasa a esos irlandeses? Esa manera en que beben; son peor que indios.»

Me sentí llamado a defender a Dorothy Kilgallen, quien, en cierto modo, era una amiga, y me permití decir que en ocasiones podía resultar una mujer inteligente y divertida. Ella dijo: «Sea como sea, ha escrito algunas cosas puñeteras de mí. Pero todas esas gilipollas me odian. Hedda. Louella. Comprendo que tú estés acostumbrado, pero sencillamente yo no puedo. Me hace mucho daño. ¿Qué es lo que les hecho yo a esas brujas? El único que ha escrito una palabra decente acerca de mí es Sidney Skolsky. Pero es un chico. Los chicos me tratan muy bien. Como si fuese una persona humana. Cuando menos, me conceden el beneficio de la duda. Y Bob Thomas es un caballero. Y Jack O'Brien.»

Miramos los escaparates de tiendas de antigüedades; uno de ellos contenía una bandeja de anillos antiguos, y Marilyn dijo: «Ese es bonito. El granate con las perlas deterioradas. Ojalá pudiera llevar sortijas, pero detesto que la gente me mire las manos. Son demasiado gruesas. Elizabeth Taylor tiene manos gruesas. Pero con esos ojos, ¿quién va a fijarse en sus manos? Me gusta bailar desnuda delante del espejo y ver cómo me brincan las tetas. No tienen nada de malo. Pero me gustaría no tener las manos tan gordas.»

Otro escaparate exhibía un bello reloj antiguo, lo que le impulsó a observar: «Jamás he tenido un hogar. Uno auténtico, con mis propios muebles. Pero si alguna vez vuelvo a casarme y gano mucho dinero, alquilaré un par de camiones para pasar por la Tercera Avenida y comprar toda clase de cosas locas. Compraré una docena de relojes antiguos, los pondré en fila en una habitación y los tendré a todos marcando la misma hora. Eso resultaría muy hogareño, ¿no crees?»)

Marilyn: ¡Eh! ¡En la acera de enfrente!

TC: ¿Qué?

Marilyn: ¿Ves el cartel con la palma de la mano? Debe ser el consultorio de una adivinadora.

TC: ¿Estás con ánimo para esas cosas?

Marilyn: Bueno, vamos a echar un vistazo.

(No era un establecimiento atrayente. A través de una tiznada ventana, distinguimos una yerma habitación con una gitana flaca y peluda sentada en una silla de lona bajo una lámpara de techo que castigaba con su duro resplandor; tejía un par de botitas de niño, y no nos devolvió la mirada. Sin embargo, Marilyn empezó a entrar y luego cambió de parecer.)

Marilyn: A veces quiero saber lo que va a pasar. Luego pienso que sería mejor no saberlo. Pero hay dos cosas que me gustaría saber. Una es si voy a perder peso.

TC: ¿Y la otra?

Marilyn: Es un secreto.

TC: Vamos, vamos. Hoy no podemos tener secretos. Hoy es un día de dolor, y los afligidos comparten sus pensamientos más íntimos.

Marilyn: Bueno, se trata de un hombre. Hay algo que me gustaría saber. Pero eso es todo lo que voy a decirte. Es un secreto, de verdad.

(Y yo pensé: eso es lo que tú crees; yo te lo sacaré.)

TC: Estoy preparado para beber ese champaña.

(Terminamos en un restaurante chino de la Segunda Avenida, desierto y con muchos adornos. Pero tenía un bar bien provisto, y pedimos una botella de Mumm's; nos lo sirvieron sin enfriar y sin cubo, así que nos lo bebimos en vasos largos con hielo.)

Marilyn: Es divertido esto. Como rodar exteriores, si es que a uno le gustan los exteriores. Cosa que desde luego a mí no me gusta nada. *Niágara.* ¡Qué asco! ¡Uf!

TC: Así que cuéntame lo de ese amante secreto.

Marilyn: (Silencio.)

TC: (Silencio.)

Marilyn: (Risitas.)

TC: (Silencio.)

Marilyn: Tú conoces a muchas mujeres. ¿Cuál es la más atractiva que conoces?

TC: Bárbara Paley, sin duda. Indiscutiblemente.

Marilyn (frunciendo el ceño): ¿Es ésa a la que llaman «Niña»? Desde luego, a mí no me parece que tenga nada de aspecto infantil. La he visto en *Vogue* y demás. Es tan elegante. Encantadora. Sólo con mirar fotografías de ella me siento como basura de cerdo.

TC: A ella le divertiría oír eso. Está muy celosa de ti.

Marilyn: ¿Celosa de *mí?* Ya estás otra vez tomándome el pelo.

TC: Nada de eso. *Está* celosa.

Marilyn: Pero, ¿por qué?

TC: Porque una articulista, Kilgallen, creo, lanzó una noticia a ciegas que decía algo así: «Corre el rumor de que la señora DiMaggio se reúne con el más encumbrado

magnate de la televisión, y no para hablar de negocios.» Bueno, ella leyó el artículo, y se lo creyó.

Marilyn: *¿Qué* se creyó?

TC: Que su marido tiene un asunto contigo. William S. Paley, el principal magnate de la televisión. Es aficionado a las rubias bien formadas. Y también a las morenas.

Marilyn: Pero eso es estúpido. No conozco a ese tipo.

TC: ¡Ah, vamos! Puedes sincerarte conmigo. Ese amante secreto tuyo… es William S. Paley, *n'est-ce-pas?*

Marilyn: ¡No! Es un escritor. Es un escritor.

TC: Eso está mejor. Ya vamos a alguna parte. Así que tu amante es un escritor. Debe ser un auténtico ganapán, si no, no te daría vergüenza decirme cómo se llama.

Marilyn (furiosa, frenética): ¿Qué representa la «S»?

TC: ¡«S»! ¿Qué «S»?

Marilyn: La «S» de William S. Paley.

TC: ¡Ah! Esa «S». No creo que represente nada. La ha debido poner ahí por las apariencias.

Marilyn: ¿Es sólo una inicial que no representa ningún nombre? ¡Dios mío! Míster Paley debe encontrarse algo inseguro.

TC: Tiene muchos tics. Pero volvamos a nuestro misterioso escriba.

Marilyn: ¡Cállate! Tengo mucho que perder.

TC: Camarero, tomaremos otra Mumm's, por favor.

Marilyn: ¿Estás tratando de tirarme de la lengua? **TC:** Sí. Te propongo una cosa. Haremos un trato. Yo te contaré una historia y, si la encuentras interesante, quizá podamos hablar luego de tu amigo escritor.

Marilyn (tentada, pero reacia): ¿De qué trata tu historia?

TC: De Errol Flynn.

Marilyn: (Silencio.)

TC: (Silencio.)

Marilyn (odiándose a sí misma): Vale, empieza.

TC: ¿Recuerdas lo que has dicho de Errol? ¿Lo orgulloso que estaba de su picha? Puedo garantizarlo. Una vez pasamos una agradable noche juntos. ¿Me comprendes?

Marilyn: Te lo estás inventando. Me quieres engañar.

TC: Palabra de explorador. Estoy haciendo un trato limpio. (Silencio; pero veo que ha picado, así que, tras encender un pitillo…) Pues eso ocurrió cuando yo tenía dieciocho años. Diecinueve. Fue durante la guerra. En el invierno de 1943. Aquella noche, Carol Marcus, o quizá se había convertido ya en Carol Saroyan, dio una fiesta para su mejor amiga, Gloria Vanderbilt. La celebró en el piso de su madre, en Park Avenue. Una gran fiesta. Unas cincuenta personas. A eso de medianoche se presentó

Errol Flynn con su amigo de confianza, un mujeriego fanfarrón llamado Freddie McEvoy. Los dos estaban bastante borrachos. A pesar de eso, Errol empezó a charlar conmigo y estuvo divertido, nos hicimos reír el uno al otro; de pronto dijo que quería ir a El Morocco, y que yo fuera con él y con su amigo MacEvoy. Le dije que muy bien, pero McEvoy dijo entonces que él no quería dejar la fiesta con todas aquellas principiantes, así que Errol y yo terminamos yéndonos solos. Pero no fuimos a El Morocco. Tomamos un taxi hasta Gramercy Park, donde yo tenía un pequeño piso de una habitación. Se quedó hasta el mediodía siguiente.

Marilyn: ¿Y qué puntuación le darías? En una escala de uno a diez.

TC: Francamente, si no hubiera sido Errol Flynn, no creo que lo hubiese recordado.

Marilyn: No es una historia maravillosa. No vale lo que la mía; ni por asomo.

TC: Camarero, ¿dónde está nuestro champaña? Tiene usted sedientas a dos personas.

Marilyn: Y no me has contado nada nuevo. Siempre he sabido que Errol alternaba. Mi masajista, que prácticamente es como una hermana, atendía a Tyrone Power, y él me ha contado el asunto que se traían Errol y Ty Power. No, tendrá que ser algo mejor que eso.

TC: Me lo pones difícil.

Marilyn: Te escucho. Así que oigamos tu mejor experiencia. En ese aspecto.

TC: ¿La mejor? ¿La más memorable? Suponte que contestas tú primero a esa pregunta.

Marilyn: ¡Y soy *yo* quien lo pone difícil! ¡Ja! (Bebiendo champaña.) Lo de Joe no está mal. Podía llegar al tope. Si sólo se tratara de eso, aún seguiríamos casados. Sin embargo, todavía lo quiero. Es auténtico.

TC: Los maridos no cuentan. En este juego, no.

Marilyn (mordiéndose las uñas; pensando en serio): Bueno, conocí a un hombre que está emparentado de alguna manera con Gary Cooper. Un corredor de bolsa, sin ningún atractivo a la vista; tiene sesenta y cinco años y lleva unas gafas de cristales muy gruesos. Gordo como una medusa. No puedo decir qué era, pero…

TC: Puedes parar ahí mismo. Otras chicas me han contado todo acerca de él. Ese viejo verde tiene mucha cuerda. Se llama Paul Shields. Es padrastro de Rocky Cooper. Dicen que es sensacional.

Marilyn: Lo es. Muy bien, listo. Te toca a ti.

TC: Olvídalo. No tengo que contarte absolutamente nada. Porque sé cuál es la maravilla que ocultas. Arthur Miller. (Bajó sus gafas oscuras: ¡cielos!, si las miradas mataran, ¡uf!) Lo adiviné en cuanto dijiste que era escritor.

Marilyn (balbuceando): Pero ¿cómo? Quiero decir, nadie…, quiero decir, casi nadie…

TC: Hace tres años, por lo menos, quizá cuatro, Irving Drutman…

Marilyn: ¿Irving *qué?*

TC: Drutman. Es un redactor del *Herald Tribune.* Me contó que andabas tonteando con Arthur Miller. Que estabas colada por él. Soy demasiado caballero para haberlo mencionado.

Marilyn: ¡Caballero! ¡Un bastardo! (Balbuceando de nuevo, pero con las gafas oscuras en su sitio). No lo entiendes. Eso fue hace tiempo. Aquello terminó. Pero esto es nuevo. Ahora todo es distinto, y…

TC: Que no se te olvide invitarme a la boda.

Marilyn: Si hablas de esto, te mato. Haré que te liquiden. Conozco a un par de tipos que me harían gustosos ese favor.

TC: No lo pongo en duda ni por un momento.

(Por fin volvió el camarero con la segunda botella.)

Marilyn: Dile que se la vuelva a llevar. No quiero más. Quiero largarme de aquí.

TC: Si te he hecho enfadar, lo siento.

Marilyn: No estoy enfadada.

(Pero lo estaba. Mientras yo pagaba la cuenta, se fue al tocador, y deseé tener un libro para leer: sus visitas al lavabo de señoras a veces duraban tanto como el embarazo de una elefanta. Mientras pasaba el tiempo, me pregunté tontamente si se estaría metiendo estimulantes o tranquilizantes. Tranquilizantes, sin duda. Había un periódico encima de la barra y lo cogí; estaba escrito en chino. Cuando pasaron veinte minutos, decidí investigar. Quizá se había metido una dosis mortal, o a lo mejor se había cortado las muñecas. Encontré el lavabo de señoras, y llamé a la puerta. Ella dijo: «Pase.» Dentro, se estaba observando en un espejo mal iluminado. Le dije: «¿Qué estás haciendo? Contestó: «Mirándola a ella.» En efecto, se estaba pintando los labios con lápiz de color rubí. Además, se había quitado el sombrío pañuelo de la cabeza y se había peinado su lustroso pelo, fino como algodón de azúcar.)

Marilyn: Espero que te quede suficiente dinero.

TC: Eso depende. No lo bastante como para comprar perlas, si ésa es tu idea de enmendar las cosas.

Marilyn (con risitas, otra vez de buen humor. Decidí no volver a mencionar a Arthur Miller): No. Sólo lo bastante para un largo paseo en taxi.

TC: ¿A dónde vamos? ¿A Hollywood?

Marilyn: ¡No, demonios! A un sitio que me gusta. Lo averiguarás cuando lleguemos.

(No tuve que esperar tanto, porque nada más parar un taxi dio órdenes al conductor para que se dirigiese al muelle de South Street, y pensé: ¿no es ahí donde se toma el transbordador para Staten Island? Y mi siguiente conjetura fue: se ha tragado pastillas encima del champaña y ha perdido la chaveta.)

TC: Espero que no vayamos a dar un paseo en barca. No he recogido mi Dramamina.

Marilyn (contenta, riéndose): Sólo por el muelle.

TC: ¿Puedo preguntar por qué?

Marilyn: Me gusta estar allí. Huele a algo remoto y doy de comer a las gaviotas.

TC: ¿Con qué? No tienes nada que darles de comer.

Marilyn: Sí tengo. Mi bolso está lleno de pastelitos de la suerte. Los he robado del restaurante.

TC (tomándole el pelo): ¡Vaya! Cuando estabas en el lavabo abrí uno. El envoltorio de dentro era un chiste verde.

Marilyn: ¡Vaya! ¿Pastelitos de la suerte verde?

TC: Estoy seguro de que a las gaviotas no les importará.

(Nuestro camino nos llevó por el Bowery. Diminutas casas de empeño y puestos de donar sangre y pensiones de cincuenta centavos el catre y pequeños hoteles sombríos de un dólar la cama y bares para blancos, bares para negros, en todas partes mendigos, pedigüeños jóvenes, nada jóvenes, ancianos, vagabundos en cuclillas al borde de la acera, agachados entre vidrios rotos y restos de vómito, pordioseros reclinados en portales y apelotonados como pingüinos en las esquinas. Una vez, al detenernos ante un semáforo rojo, un espantapájaros de purpúrea nariz se acercó hacia nosotros dando traspiés y empezó a restregar el parabrisas del taxi con un trapo húmedo, sujeto con mano temblorosa. Nuestro conductor, protestando, gritó obscenidades en italiano.)

Marilyn: ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

TC: Quiere una propina por limpiar la ventanilla.

Marilyn (tapándose la cara con el bolso): ¡Qué horror! No lo puedo soportar. Dale algo. De prisa. ¡Por favor!

(Pero el taxi se alejó zumbando, derribando casi al viejo borrachín. Marilyn se echó a llorar.)

Me he puesto mala.

TC: ¿Quieres irte a casa?

Marilyn: Todo se ha estropeado.

TC: Te llevaré a casa.

Marilyn: Espera un minuto. Me pondré bien.

(Así llegamos a South Street, y efectivamente la visión de un transbordador ahí anclado, con la silueta de Brooklyn al otro lado del agua y blancas gaviotas en picado, haciendo cabriolas contra un horizonte marino salpicado de leves y algodonosas nubes como encajes delicados, ese cuadro, tranquilizó pronto su espíritu.

Al bajarnos del taxi vimos a un hombre con un chow llevado de una correa, un posible pasajero en dirección al transbordador y, cuando nos cruzamos con ellos, mi

acompañante se agachó para acariciar la cabeza del perro.)

El Hombre (con tono firme, pero no hostil): No debería tocar a perros desconocidos. Especialmente a los chow. Podrían morderla.

Marilyn: Los perros no me muerden. Sólo los seres humanos. ¿Cómo se llama?

El Hombre: Fu Manchú.

Marilyn (riendo): ¡Oh! Como en las películas. Tiene gracia.

El Hombre: ¿Cuál es el suyo?

Marilyn: ¿Mi nombre? Marilyn.

El Hombre: Lo que me figuraba. Mi mujer nunca me creerá. ¿Podría darme un autógrafo?

(Sacó una tarjeta y una pluma; utilizando el bolso como apoyo, escribió: «Dios lo bendiga. Marilyn Monroe.»)

Marilyn: Gracias.

El Hombre: Gracias a usted. Ya verá cuando lo enseñe en la oficina.

(Llegamos a la orilla del muelle, y escuchamos el chapoteo del agua contra él.)

Marilyn: Yo solía pedir autógrafos. A veces lo hago todavía. El año pasado, Clark Gable estaba sentado junto a mí en Chasen’s y le pedí que me firmara la servilleta.

(Apoyada en un poste de amarre, ofrecía el perfil: Galatea inspeccionando lejanías inconquistadas. La brisa le acariciaba el pelo, y su cabeza se volvió hacia mí con etérea suavidad, como si el aire la hubiera hecho girar.)

TC: Pero ¿cuándo damos de comer a los pájaros? Yo también tengo hambre. Es tarde y no hemos almorzado.

Marilyn: Recuerdas que te dije que si alguien te preguntaba cómo era *verdaderamente* Marilyn Monroe…, bueno, ¿qué le contestarías? (Su tono era inoportuno, burlón, pero también grave: quería una respuesta sincera.) Apuesto a que dirías que soy una estúpida. Una sentimental.

TC: Por supuesto. Pero también diría…

(La luz se iba. Marilyn parecía esfumarse con ella, mezclarse con el cielo y las nubes y alejarse más allá de ellos. Quería elevar mi voz más alto que los chillidos de las gaviotas y llamarla para que volviese: ¡Marilyn! ¿Por qué todo tuvo que acabar así, Marilyn? ¿Por qué la vida tiene que ser tan jodidamente podrida?)

TC: Diría…

Marilyn: No te oigo.

TC: Diría que eres una hermosa criatura.

VII.— Vueltas nocturnas.

O cómo practican la sexualidad los gemelos siameses

(Nocturnal Turnings)

TC: ¡Caramba! ¡Completamente despiertos! ¡Dios Santo! No hemos dormido ni un minuto. ¿Cuánto tiempo nos hemos quedado adormilados, querido?

TC: Ya son las dos. Tratamos de dormirnos a eso de medianoche, pero estábamos demasiado tensos. Así que dijiste que por qué no nos masturbábamos, y yo dije que si, que eso nos relajaría, normalmente nos relaja, de manera que nos masturbamos y nos dormimos inmediatamente. A veces me pregunto: ¿qué haríamos nosotros sin Madre Puño y sus Cinco Hijas? Desde luego, a través de los años han sido para nosotros como un manojo de amigas. Compañeras de verdad.

TC: Dos horas asquerosas. Dios sabe cuándo volveremos a pegar ojo. Y no se puede hacer nada. No podemos echar un traguito de algo porque no da resultado. Ni ninguna de esas pastillas para dormir, porque tampoco surten efecto.

TC: Vamos. Acabemos con ese asunto de Amos y Andy. No me siento con ánimo esta noche.

TC: Nunca estás de ánimo. Ni siquiera querías masturbarte.

TC: Sé justo. ¿Alguna vez te he negado eso? Cuando quieres masturbarte, siempre me tumbo y te dejo.

TC: Porque no tienes otra elección, por eso.

TC: Prefiero, con mucho, la satisfacción solitaria a algunos excesos que me obligas a soportar.

TC: Eso es asunto tuyo. Nunca tenemos actividad sexual con nadie, salvo el uno con el otro.

TC: Sí, pero piensa en toda la miseria que *eso* nos habrá evitado.

TC: ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo, jo, jo! «Es un terremoto o sólo un estremecimiento? ¿Es auténtica sopa de tortuga o sólo una imitación? ¿Es el Lido lo que veo o Asbury Park?» ¿O es, por último, una mierda?

TC: No sabes cantar. Ni siquiera en el baño.

TC: Qué puñetero estás esta noche. Quizá podamos pasar algún tiempo trabajando en tu Lista de Puñeteros.

TC: Yo no la llamaría Lista de *Puñeteros.* Es algo más parecido a lo que tú llamarías Lista de Grandes Insoportables.

TC: Bueno, ¿quién nos desagrada más esta noche? De los vivos. Si no están vivos, no resulta interesante.

TC: Billy Graham
Princesa Margarita
Princesa Ana
El reverendo Ike
Ralph Nader
Juez del Tribunal Supremo, Byron «Centrifugadora» White
Princesa Z
Werner Erhard
La princesa Real
Billy Graham
Madame Gandhi
Masters y Johnson
Princesa Z
Billy Graham
CBSABCNBCNET
Sammy Davis, junior
Señor Jerry Brown
Billy Graham
Princesa Z
J. Edgard Hoover
Werner Erhard

TC: ¡Un momento! J. Edgard Hoover está muerto.

TC: No, no lo está. Al viejo Johnny lo han reproducido clónicamente, y está en todas partes. Lo mismo han hecho con Clyde Thompson, y así pueden seguir ininterrumpidamente. El cardenal Spellman, en versión clónica, se une de vez en cuando a ellos para echar una partida.

TC: ¿Por qué la insistencia en Billy Graham?

TC: Billy Graham, Werner Erhard, Masters y Johnson, Princesa Z: todos rebosan de estiércol de caballo. Pero el reverendo está *más* lleno que nadie.

TC: ¿El que está más lleno de todos?

TC: No, la Princesa Z está mucho más rellena.

TC: ¿Cómo es eso?

TC: Bueno, después de todo, *ella* es un caballo. Es muy natural que un caballo pueda contener más estiércol de caballo que un ser humano, por grande que sea su capacidad. ¿No te acuerdas de la Princesa Z, esa potranca que corrió en la quinta de Belmont? Apostamos por ella y perdimos un montón. Y tú dijiste: «Es lo que solía decirnos tío Bud: Nunca pongas tu dinero en un caballo que se llame Princesa.»

TC: Tío Bud era inteligente. No como nuestra prima Sook, pero inteligente. De todos modos, ¿quiénes son los Más Simpáticos para nosotros? Por lo menos esta

noche.

TC: Nadie. Están todos muertos. Algunos recientemente, otros hace siglos. Muchos de ellos están en Pére Lachaise. Rimbaud no está allí; pero uno se sorprende de la gente que hay. Gertrude y Alice. Proust. Sarah Bernhardt. Oscar Wilde. Me pregunto dónde estará enterrada Agatha Christie…

TC: Lamento interrumpirte, pero, ciertamente, habrá alguien vivo entre los Más Simpáticos.

TC: Es muy difícil. Un problema realmente complicado. Muy bien. La señora de Richard Nixon. La emperatriz del Irán. Míster William «Billy» Cárter. Tres víctimas. Tres santos. Si Billy Graham fuera Billy Cárter, entonces Billy Graham sería Billy Graham.

TC: Eso me recuerda una mujer junto a la cual me senté a cenar la otra noche. Dijo: «Los Angeles es el sitio perfecto para vivir… si uno es mejicano.»

TC: ¿Y qué otro chiste te contaron luego?

TC: Eso no era un chiste. Era una precisa observación social. En Los Angeles, los mejicanos se encuentran con su propia cultura que, además, es auténtica; el resto no tienen nada. Una ciudad de Uriah Heeps tostados por el sol.

Sin embargo, me *dijeron* algo que me hizo reír. Algo que D. D. Ryan le dijo a Greta Garbo.

TC: Ah, sí. Viven en el mismo edificio.

TC: Y han vivido ahí durante más de veinte años. Es una lástima que no sean buenas amigas, se gustan la una a la otra. Ambas tienen persuasión y sentido del humor, pero sólo se han intercambiado palabras graciosas *en passant,* y nada más. Hace unas semanas, D. D. se metió en el ascensor y se encontró sola con Greta Garbo. D. D. iba vestida en la sorprendente forma en que acostumbra, y Garbo, como si nunca la hubiera observado en realidad, dijo: «¡Vaya, señora Ryan! Está usted *preciosa.»* Y D. D., divertida, pero realmente emocionada, contestó: «Mira quién fue a hablar.»

TC: ¿Eso es todo?

TC: *C'est tout.*

TC: Me parece un poco absurdo.

TC: Mira, olvídalo. No tiene importancia. Vamos a dar la luz y a sacar pluma y papel. Empezaremos ese artículo para la revista. No tiene sentido quedarse aquí tumbado charlando con un zoquete como tú. Más valdría tratar de ganar un níquel.

TC: ¿Te refieres a ese artículo, *Auto-entrevista,* en el que tienes que entrevistarte a ti mismo? ¿Formular tus propias preguntas y contestarlas?

TC: Ajá. Pero ¿por qué no te quedas tranquilamente ahí tumbado mientras lo hago? Necesito descansar de tu perversa frivolidad.

TC: Muy bien, bolsa de basura.

TC: Pues ahí va.

P: ¿De qué tiene miedo?

R: De sapos de verdad en jardines imaginarios.

P: No, en la vida real…

R: Estoy hablando de la vida real.

P: Permítame formularlo de otro modo. De todas sus experiencias, ¿cuál ha sido la más alarmante?

P: Traiciones. Abandonos.

¿Pero quiere usted algo más concreto? Bueno, los recuerdos de mi primera infancia son más bien de terror. Tendría tres años, probablemente, quizá menos, y estaba visitando el Zoo de Saint Louis, acompañado de una negra alta que mi madre había contratado para que me llevase allí. De pronto, se produjo un pandemonio. Niños, mujeres y hombres adultos gritaban y se apresuraban en todas direcciones. ¡Dos leones se habían escapado de la jaula! Dos bestias sedientas de sangre acechando por el parque. A mi niñera le entró el pánico. Simplemente, se dio la vuelta y echó a correr, dejándome solo en el camino. Eso es todo lo que recuerdo de aquella ocasión.

Cuando tenía nueve años me mordió una serpiente mocasín de agua. Junto con unos primos míos fui de exploración a un bosque solitario que estaba a unas seis millas del pueblo de Alabama en donde vivíamos. Había un río estrecho, poco profundo y cristalino, que discurría a través del bosque. En medio, había un enorme tronco caído que iba de orilla a orilla, como un puente. Mis primos, guardando el equilibrio, cruzaron el tronco, pero yo decidí vadear el riachuelo. Justo cuando estaba a punto de alcanzar la otra orilla, vi una enorme mocasín nadando, moviéndose sinuosamente por la sombría superficie del agua. La boca se me puso tan seca como el algodón; me quedé paralizado, pasmado, como si me hubieran pinchado en todo el cuerpo con novocaína. La serpiente siguió deslizándose, avanzando hacia mí. Cuando estaba a unas pulgadas de distancia, di una vuelta en redondo, y resbalé en un lecho de escurridizos guijarros de arroyo. La mocasín me mordió en la rodilla.

Confusión. Mis primos se turnaron llevándome a cuestas hasta que encontramos una granja. Mientras el granjero enganchaba la mula al carro, su único vehículo, su mujer cogió unos cuantos pollos, los destripó vivos, y me aplicó a la rodilla las calientes aves sangrantes. «Esto saca el veneno», dijo ella, y la carne de los pollos, en efecto, se volvió verde. Durante todo el camino a casa, mis primos fueron matando pollos y poniéndomelos en la herida. Una vez en casa, mi familia telefoneó a un hospital de Montgomery, a cien millas de distancia, y cinco horas después llegó un médico con un suero para serpientes. Me convertí en un niño enfermo, y lo único bueno de todo ello fue que falté dos meses a la escuela.

Una vez, en viaje hacia Japón, pasé una noche en Hawai con Doris Duke en el

extraordinario palacio, un tanto persa, que ella había construido en una colina de la Cabeza del Diablo. Apenas había amanecido cuando me desperté y decidí salir de exploración. La habitación en que había dormido tenía balcones que daban a un jardín que dominaba el océano. Quizá llevase medio minuto paseando por el jardín cuando, como por arte de magia, apareció una terrorífica jauría de dobermans; me rodearon, dejándome cautivo en el círculo de ladridos que formaron. Nadie me había advertido de que todas las noches, después de que miss Duke y sus invitados se retiraban, esa jauría de caninos homicidas quedaba suelta para disuadir, y posiblemente castigar, a intrusos inoportunos.

Los perros no intentaron tocarme; nada más se quedaron ahí, mirándome fríamente y temblando de rabia contenida. Yo tenía miedo de respirar; notaba que si movía una pizca el pie, aquellas bestias se abalanzarían hacia adelante para destrozarme. Me temblaban las manos; y también las piernas. Tenía el pelo tan empapado como si acabara de salir del océano. No hay nada tan agotador como quedarse absolutamente quieto, pero lo logré durante más de una hora. El rescate llegó en la forma de un jardinero, quien al ver lo que pasaba, se limitó a silbar y a dar palmadas, y todos aquellos perros diabólicos se precipitaron a saludarlo amistosamente meneando la cola.

Esos son casos de terror concreto. Sin embargo, nuestros miedos reales son el rumor de pasos caminando en los corredores de nuestra mente, y las angustias, los fantasmas flotantes que crean.

P: Díganos algunas cosas que sepa hacer.

R: Sé patinar sobre hielo. Sé esquiar. Puedo leer al revés. Sé montar en un patín de tabla. Puedo dar a una lata lanzada al aire con un revólver del 38. He conducido un Maserati (al amanecer, en una carretera llana y solitaria de Tejas) a 170 millas por hora. Sé hacer un *soufflé* Furstenberg (es todo un malabarismo: una mezcla de queso y espinacas que requiere introducir seis huevos escalfados en la pasta antes de meterlo al horno; el truco consiste en que las yemas de los huevos queden suaves y líquidas al servir el *soufflé).* Sé bailar zapateado. Puedo mecanografiar sesenta palabras al minuto.

P: ¿Y algunas de las cosas que no sabe hacer?

R: No sé recitar el alfabeto, cuando menos no correctamente ni todo seguido (ni siquiera bajo hipnosis; un obstáculo que ha fascinado a varios psicoterapeutas). Soy un imbécil para las matemáticas; sé sumar, más o menos, pero no sé restar, y por tres veces me suspendieron en álgebra de primer año, aun con la ayuda de un profesor particular. Puedo leer sin gafas, pero no puedo conducir sin ellas. No sé hablar italiano, aun cuando he vivido en Italia un total de nueve años. No puedo pronunciar un discurso preparado: tiene que ser espontáneo, «al vuelo».

P: ¿Tiene usted algún «lema»?

R: Algo parecido. Lo apunté en un diario de colegial: *Yo anhelo.* No sé por qué escogí esas palabras en particular; son extrañas, y me gusta la ambigüedad: ¿anhelo el cielo o el infierno? Sea lo que fuere, poseen un innegable timbre de nobleza.

El invierno pasado estaba paseándome por un cementerio de la costa cerca de Mendocino; era de un pueblo de Nueva Inglaterra en la punta norte de California, un sitio escarpado donde el agua está demasiado fría para bañarse y por donde las ballenas pasan tranquilamente. Era un cementerio pequeño y encantador, y las sepulturas, verdegrises por el mar, pertenecían en su mayor parte al siglo diecinueve; casi todas ellas tenían una inscripción de alguna clase, algo que revelaba la filosofía de su ocupante. Una decía: sin comentarios.

De manera que empecé a pensar qué pondría yo en mi tumba, sólo que yo no tendré sepultura, porque dos adivinadoras de mucho talento, una de ellas haitiana y la otra una india revolucionaria que vive en Moscú, pronosticaron que desaparecería en el mar, aunque no sé si por accidente o por elección *(comme ga,* Hart Crane). De cualquier modo, la primera inscripción en que pensé, fue: contra mi propia voluntad. Luego se me ocurrió algo más peculiar. Una disculpa, una frase que empleo en casi todo compromiso: intente evitarlo, pero no pude.

P: Hace algún tiempo, hizo usted su debut como actor de cine (en *Murder by Death).* ¿Y bien?

R: No soy actor; no tengo deseos de serlo. Lo hice por diversión; creí que sería divertido, y lo fue, más o menos, pero también fue un trabajo duro: levantarse a las seis y no salir del estudio hasta las siete o las ocho. En su mayoría, los críticos me ofrendaron un ramillete de ajos. Pero me lo esperaba; igual que todo el mundo; fue lo que podría llamarse una reacción obligada. En realidad, estuve adecuado.

P: ¿Cómo le sienta a usted el «factor popularidad»?

R: No me molesta nada, y es muy útil cuando se quiere pagar con un cheque en un local desconocido. Además, en ocasiones puede tener consecuencias divertidas. Por ejemplo, la otra noche estaba sentado con unos amigos en una mesa de un bar atestado de gente en Key West. En una mesa vecina, había una mujer medianamente bebida con su marido, completamente borracho. Al poco, se me acercó la mujer y me pidió que le firmara una servilleta de papel. Todo eso pareció enfadar a su marido; vino dando bandazos a nuestra mesa, y después de abrirse la bragueta y sacar todo el aparato, dijo: «Ya que usted firma cosas, ¿por qué no me firma esto?» Las mesas de alrededor se quedaron en silencio, así que muchísima gente oyó mi respuesta, que fue: «No sé si cabrá mi firma, pero quizá pueda ponerle mis *iniciales.»*

Normalmente, no me importa conceder autógrafos. Pero *hay* una cosa que me molesta: sin excepción, todo hombre adulto que alguna vez me haya pedido un autógrafo en un restaurante o en un avión, siempre ha tenido cuidado de decir que lo quería para su mujer, su hija o su novia, pero nunca, jamás, exclusivamente para sí

mismo.

Tengo un amigo con quien a veces me doy largos paseos por las calles de la ciudad. Con frecuencia, algún otro paseante se cruza con nosotros, muestra una expresión de ¿será o no será?, luego se para y me pregunta: «¿Es usted Truman Capote?» Entonces, mi amigo frunce el ceño y me zarandea y grita: «¡Por amor de Dios, George! ¿Cuándo vas a interrumpir esto? ¡Algún día te meterás en un lío serio!»

P: ¿Considera a la conversación como un arte?

R: Sí, uno agonizante. La mayoría de los conversadores famosos —Samuel Johnson, Osear Wilde, Whistler, Jean Cocteau, lady Astor, lady Cunard, Alice Roosevelt Longworth— son monologuistas, no conversadores. Una conversación es un diálogo, no un monólogo. Por eso es por lo que hay tan pocas conversaciones buenas: debido a la carencia, rara vez se encuentran dos conversadores inteligentes. De la serie que acabo de mencionar, los dos únicos que he conocido personalmente son Cocteau y la señora Longworth. (En cuanto a ella, lo retiro: no es una ejecutante de solos; deja que uno comparta la melodía.)

Entre los mejores conversadores con los que he hablado se cuentan Gore Vidal (si no se cae víctima de su chispa mundana, y a veces nada mundana), Cecil Beatón (quien, de manera nada sorprendente, se expresa casi por entero con imágenes visuales, algunas muy hermosas y *otras* sublimemente perversas). El extinto genio danés, la baronesa Blixen, que escribió bajo el seudónimo de Isak Dinesen, fue, a pesar de su marchito aunque distinguido aspecto, una auténtica seductora, una seductora por *conversación,* ¡Ah!, qué fascinante era, sentada a la chimenea de su preciosa casa, en un pueblo danés al lado del mar, fumando sin parar cigarrillos negros con filtros plateados, refrescando su lengua vivaz con tragos de champaña, y atrayéndole a uno de un tema a otro: sus años de granjera en África (asegúrese de leer, si aún no lo ha hecho, su autobiográfico *Out of África,* uno de los libros más espléndidos del siglo), la vida bajo los nazis en la Dinamarca ocupada («Me adoraban. Discutíamos, pero no les importaba lo que yo dijera; no les importaba lo que dijese *ninguna* mujer: era una sociedad enteramente masculina. Además, no tenían idea de que yo ocultaba judíos en el sótano, junto con manzanas de invierno y cajas de champaña»).

Nada más que rozándome la parte alta de la cabeza, me vienen otros conversadores a los que tengo gran estima: Christopher Isherwood (nadie lo supera en candor absoluto, aunque graciosamente expresado) y la felina Colette. Marilyn Monroe era muy divertida cuando se sentía lo suficientemente relajada y había bebido lo bastante. Lo mismo podría decirse del añorado guionista de cine Harry Kurnitz, un caballero extraordinariamente sencillo que conquistaba a hombres, mujeres y niños de todas clases con sus vuelos verbales. Diana Vreeland, la

excéntrica abadesa de la Alta Costura y antigua directora de *Vogue* durante largo tiempo, es una conversadora de lo más hechizante, una encantadora de serpientes.

Cuando tenía dieciocho años, conocí a la persona cuya conversación más me ha impresionado, quizá porque la persona en cuestión es la que más mella me ha hecho. Ocurrió como sigue:

En Nueva York, en la calle Setenta y Nueve Este, hay un refugio muy agradable conocido como la New York Society Library, y durante 1942 pasé allí muchas tardes investigando para un libro que tenía intención de escribir, pero no escribí. De vez en cuando, veía a una mujer cuyo aspecto casi me hipnotizaba, sobre todo sus ojos: azules, del azul pálido y luminoso de los cielos sin nubes de la llanura. Pero, aun sin ese rasgo singular, tenía una cara interesante, de mandíbulas firmes, hermosa, algo andrógina. Su cabello entrecano se dividía en el medio. Sesenta y cinco años, más o menos. ¿Lesbiana? Pues sí.

Un día de enero, salí de la biblioteca al atardecer, encontrándome con que caía una copiosa nevada. La dama de los ojos azules, que llevaba un abrigo negro de buen corte con cuello de marta cibelina, estaba esperando en el bordillo de la acera. Su mano, enguantada y en posición de llamar a un taxi, estaba suspendida en el aire, pero allí no había taxis. Me miró y sonrió y dijo: «¿Crees que nos vendría bien una taza de chocolate caliente? Hay un Long-champ a la vuelta de la esquina.»

Pidió chocolate caliente; yo pedí un martini «muy» seco. Medio en serio, dijo: «¿Eres lo bastante mayor?»

—Bebo desde los catorce años. Y también fumo.

—Pues no pareces tener más de catorce.

—Cumpliré diecinueve en el próximo setiembre.

Luego le conté unas cuantas cosas: que era de Nueva Orleans, que había publicado varios relatos breves, que quería ser escritor y estaba trabajando en una novela. Y ella quiso saber cuáles escritores norteamericanos me gustaban. «Hawthorne, Henry James, Emily Dickinson…» «No, vivos.» Ah, bueno, hum, vamos a ver: contando con el factor de la rivalidad, qué difícil es para un autor contemporáneo, o para un aspirante a escritor, confesar su admiración por otro. Al fin, dije: «Hemingway, no: un hombre verdaderamente deshonesto, todo de salón. Thomas Wolfe, tampoco: todo ese vómito púrpura; claro que no está vivo. Faulkner, a veces: *Luz de agosto.* Fitgerald, en ocasiones: *The Diamond as Big as the Ritz, Suave es la noche.* Me gusta mucho Willa Cather. ¿Ha leído usted *My Mortal Enemy?*

Sin ninguna expresión particular, dijo: «En realidad, la he escrito yo.»

Había visto fotografías de Willa Cather de hace mucho tiempo, hechas, quizás, a comienzos de los años veinte. Más blanda, más sencilla, con menos elegancia que mi acompañante. Sin embargo, al momento supe que era Willa Cather, y fue uno de los *frissons* de mi vida. Empecé a barbullar sobre sus libros como un colegial; mis

favoritos: *A Lost Lady, The Professor's House, My Antonia.* No era que, como escritor, tuviese yo algo en común con ella. Yo nunca hubiera elegido su clase de temas, ni hubiese imitado su estilo. Era, sencillamente, que le consideraba una gran artista. Tan buena como Flaubert.

Nos hicimos amigos; ella leía mi trabajo y siempre era un juez imparcial y útil. Estaba llena de sorpresas. En primer lugar, ella y su amiga de toda la vida, miss Lewis, vivían en un espacioso piso de Park Avenue, amueblado con encanto; en cierto modo, la idea de que miss Cather viviese en un piso de Park Avenue parecía incongruente con su educación de Nebraska, con el tono sencillo y casi elegiaco de sus novelas. En segundo lugar, su interés principal no era la literatura, sino la música. Iba constantemente a conciertos, y casi todas sus amistades íntimas eran personalidades musicales, en especial Yehudi Menuhin y su hermana Hepzibah.

Como todas las conversadoras genuinas, era una oyente extraordinaria, y cuando le tocaba el turno de hablar, no era parlanchina, iba a lo importante con brillantez. Una vez me dijo que yo era demasiado sensible a la crítica. Lo cierto era que ella acusaba más receptividad que yo ante las críticas superficiales; cualquier referencia menospreciativa a su trabajo le causaba una caída del ánimo. Al hacérselo notar, ella dijo: «Sí, ¿pero acaso no buscamos siempre en otros nuestros propios defectos para reconvenirles por tal posesión? Estoy viva. Tengo pies de barro. Sin duda alguna.»

P: ¿Tiene usted alguna diversión favorita, como espectador?

R: Fuegos artificiales. Rociadas de dibujos evanescentes de mil colores centelleando en el cielo de la noche. En Japón he visto los mejores; los maestros japoneses crean ígneas criaturas en el aire: dragones culebreantes, gatos explosivos, rostros de deidades paganas. Los italianos, los venecianos, sobre todo, hacen estallar obras maestras por encima del Gran Canal.

P: ¿Tiene usted muchas fantasías sexuales? r: Cuando tengo una fantasía sexual, normalmente trato de transferirla a la realidad; a veces, con éxito. Sin embargo, por lo general me veo vagando entre ensoñaciones eróticas que se quedan simplemente en eso: sueños.

Recuerdo que una vez mantuve una conversación sobre este tema con el difunto E. M. Forster, el mejor novelista inglés de este siglo. Me dijo que, cuando era colegial, los pensamientos sexuales dominaban su mente. Me dijo: «Creí que cuanto mayor me hiciera, más disminuiría esa fiebre, que incluso me abandonaría. Pero ése no fue el caso; rugió entre los veinte y los treinta, y pensé: Bueno, seguramente para cuando cumpla los cuarenta obtendré algún alivio de este tormento, de esta constante búsqueda por el objeto amoroso perfecto. Pero no sería así; a lo largo de los cuarenta, el deseo acechó en mi cabeza. Y después cumplí los cincuenta, y luego los sesenta, y nada cambió: imágenes sexuales continuaban girando en torno a mi cerebro como personajes en un carrusel. Aquí estoy ahora, con *setenta, y* sigo siendo prisionero de

la imaginación sexual. No puedo librarme ni siquiera a una edad en que ya nada tengo que ver con ello.» p: ¿Ha pensado alguna vez en suicidarse?

R: Desde luego. Y lo mismo ha hecho todo el mundo, menos el tonto del pueblo, posiblemente. Poco después del suicidio del estimado escritor japonés Yukio Mishima, a quien yo conocía bien, se publicó una biografía de él, donde para mi desmayo, el autor cita las siguientes palabras suyas: «Oh, sí. Pienso mucho en el suicidio. Y conozco a una serie de gente que estoy seguro de que se suicidarán. Traman Capote, por ejemplo.» No puedo figurarme lo que le habría llevado a esa conclusión. Mis visitas a Mishima siempre fueron alegres, muy cordiales. Aunque Mishima era un hombre sensible, extraordinariamente intuitivo, y no alguien para ser tomado a la ligera. Pero en este aspecto creo que le falló la intuición; yo jamás tendría el valor de hacer lo que él hizo (que un amigo suyo lo decapitara con una espada). De todos modos, como antes he dicho en alguna parte, la mayoría de las personas que se quitan la vida, lo hacen porque en realidad quieren matar a otro —un marido galanteador, una amante infiel, un amigo traidor—, pero no tienen agallas para hacerlo. Yo no lo haría; cualquiera que me condujese a esa clase de postura, se encontraría a sí mismo frente al cañón de una escopeta.

P: ¿Cree en Dios, o, en cualquier caso, en algún poder superior?

R: Creo en una vida posterior. Mejor dicho, siento simpatía hacia la idea de reencarnación.

P: En su vida posterior, ¿en qué le gustaría reencarnarse?

R: En un pájaro; preferiblemente, en un buitre. Un buitre no tiene que molestarse acerca de su aspecto o habilidad para gustar y seducir; no tiene que darse muchos aires. De todos modos, no va a gustar a nadie; es feo, indeseable, mal acogido en todas partes. Hay mucho que decir de la clase de libertad que eso posibilita. Por otra parte, no me disgustaría ser una tortuga de mar. Pueden vagar por la tierra, y conocen los secretos de las profundidades del océano. Además, tienen una vida larga y sus ojos encapuchados encierran mucha sabiduría.

P: Si le concedieran un deseo, ¿cuál elegiría?

R: Despertarme una mañana y sentir que al fin soy una persona madura, vacía de resentimientos, ideas vengativas y otras emociones infantiles e inútiles. En otras palabras, descubrirme a mí mismo como adulto.

TC: ¿Todavía estás despierto?

TC: Algo aburrido, pero aún despierto. ¿Cómo puedo dormirme si tú no estás dormido?

TC: ¿Y qué te parece lo que he escrito ahí? ¿Más o menos?

TC: Bueno…, ya que lo preguntas, diría que Billy Graham Crackers[8] no es el único a quien le resulta familiar el estiércol de caballo.

TC: Puñetero, puñetero y puñetero. Lamentarte y putear. Eso es lo único que

haces. Jamás dices una palabra amable.

TC: Oh, no me refiero a que haya algo que esté muy mal. Sólo unas cuantas cosas aquí y allá. Minucias. Quiero decir que a lo mejor no eres tan honrado como pretendes.

TC: No pretendo ser honrado. *Soy* honrado.

TC: Disculpa. No quería fastidiar. No ha sido un comentario; sólo un desliz.

TC: Ha sido una táctica de distracción. Me llamas deshonesto, me comparas con Billy Graham, y ahora tratas de salir con subterfugios. ¡Por amor de Dios! Dime. ¿Qué he escrito ahí que sea deshonesto?

TC: Nada. Minucias. Como ese asunto de la película. Lo hiciste por diversión, ¿eh? Lo hiciste por la pasta; y para satisfacer esa vertiente tuya, tan exasperante, de payaso. Líbrate de ese tipo. Es un latoso.

TC: Oh, no sé. Es caprichoso, pero le tengo cariño. Es parte de mi; igual que tú. ¿Y cuáles son esas otras minucias?

TC: Lo siguiente…, bueno, no es una minucia. Es el modo en que respondiste a esta pregunta: ¿cree en Dios? Ahí te pasaste. Dijiste algo de otra vida, de reencarnación, de volver en forma de buitre. Tengo noticias para ti, compañero, no tienes que esperar a la reencarnación para que te traten como a un buitre; ya lo hace mucha gente. Multitudes. Pero eso no es lo más falso de tu respuesta. Es el hecho de que no salieras inmediatamente diciendo que *si* crees en Dios. Te he oído confesar, tan fresco como una lechuga, cosas que harían ruborizarse de azul a un babuino y, sin embargo, no has admitido que crees en Dios. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que te consideren un Cristiano Renacido, un *Jesús Freak?*

TC: No es tan sencillo. Creo en Dios. Y luego no creo. ¿Recuerdas cuando éramos muy pequeños y solíamos ir al bosque con nuestra perra Queenie y la querida prima Sook? Cogíamos flores silvestres, espárragos. Atrapábamos mariposas y las dejábamos ir. Pescábamos percas y volvíamos a tirarlas al riachuelo. A veces encontrábamos enormes hongos venenosos, y Sook nos decía que ahí era donde vivían los elfos, debajo de los preciosos hongos venenosos. Nos decía que el Señor había dispuesto que vivieran allí, igual que había ordenado todo lo que veíamos. Lo bueno y lo malo. Las hormigas y los mosquitos y las serpientes de cascabel, cada hoja de los árboles, el sol en el cielo, la luna llena y la luna nueva, los días de lluvia. Y nosotros la creíamos.

Pero después ocurrieron cosas que destruyeron esa fe. Primero fue la iglesia y el escuchar con comezón en todo el cuerpo a algún predicador ignorante, un palurdo del Sur, que hablaba demasiado; luego, esos colegios de pensión y el acudir a la capilla todas las malditas mañanas. Y la propia Biblia: nadie que tenga algo de juicio puede creerse lo que le pidan que crea. ¿Dónde estaban los hongos venenosos? ¿Dónde estaban las lunas? Y por fin, la vida; la vida sin adornos se llevó los recuerdos de la

poca te que aún quedaba. No soy la peor persona que se ha cruzado en mi camino, de ningún modo, pero he cometido algunos pecados graves, varios de ellos con deliberada crueldad; y no me han molestado ni un ápice, nunca he pensado en ellos. Hasta que tuve que hacerlo. Cuando la lluvia empezó a caer, era una fuerte lluvia tenebrosa, y no hizo sino seguir cayendo. Así que empecé a pensar en Dios otra vez.

Pensé en San Julián. En el relato de Flaubert Sí. *Julien L'Hospitalier.* Hace mucho tiempo que leí ese cuento, y donde yo me encontraba, en un sanatorio, muy lejos de las bibliotecas, no pude conseguir un ejemplar. Pero recuerdo (al menos, así creo que iba más o menos) que de niño adoraba Julián vagar por los bosques y amaba a todos los animales y a todas las cosas vivas. Vivía en una gran propiedad, y sus padres lo reverenciaban; querían que tuviese todas las cosas del mundo. Su padre le compró los caballos más finos, arcos y flechas, y le enseñó a cazar. A matar a los animales que él había amado tanto. Y aquello fue desastroso, porque Julián descubrió que le gustaba matar. Sólo era feliz después de una jornada de la más sangrienta carnicería. La matanza de animales y pájaros se convirtió en una manía, y tras admirar primero su destreza, los vecinos lo odiaron y temieron por sus ansias sanguinarias.

Ahora viene una parte de la historia que ha quedado bastante vaga en mi memoria. En cualquier caso, de un modo u otro Julián mató a su padre y a su madre. ¿Un accidente de caza? Algo parecido, algo terrible. Se convirtió en paria y penitente. Vagó por el mundo descalzo y en harapos, buscando perdón. Envejeció y enfermó. Una noche fría estaba junto a un río esperando a que un barquero le cruzara en su bote de remos. ¿Sería quizá el río Estigia? Porque Julián estaba agonizando. Mientras esperaba, apareció un viejo repugnante. Era un leproso, y tenía los ojos ulcerados, la boca podrida y fétida. Julián no lo sabía, pero aquel repulsivo viejo de pernicioso aspecto era Dios. Y Dios lo probó para ver si todos sus sufrimientos habían cambiado verdaderamente el brutal corazón de Julián. Le dijo a Julián que tenía frío, y le pidió compartir su manta, y Julián accedió; luego quiso el leproso que Julián lo abrazase, y Julián accedió; después, El hizo una última petición: le rogó a Julián que besara sus labios podridos y enfermos. Julián lo hizo. Entonces, Julián y el viejo leproso, que se había súbitamente transformado en una luminosa visión deslumbrante, ascendieron juntos al cielo. Y así fue como Julián se convirtió en San Julián.

Así que ahí estaba yo, bajo la lluvia, y cuanto más fuerte caía, más pensaba en San Julián. Rogué que tuviera la suerte de abrazar a un leproso. Y entonces fue cuando empecé a creer en Dios otra vez y comprendí que Sook tenía razón, que todo era Su designio: la luna llena y la luna nueva, la fuerte lluvia que caía, y que sólo con pedirle que me ayudara, El lo haría.

TC: ¿Y lo hizo?

TC: Sí. Cada vez más. Pero aún no soy un santo. Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy homosexual. Soy un genio. Claro que podría ser todas esas cosas dudosas y, no

obstante, ser un santo. Pero aún no soy un santo; no, señor.

TC: Bueno, Roma no se construyó en un día. Vamos a dejarlo ya y a tratar de pegar un poco el ojo.

TC: Pero, antes, recemos una oración. Nuestra *vieja* oración. La que solíamos rezar cuando éramos muy pequeños y dormíamos en la misma cama con Sook y con Queenie, con las mantas apiladas encima de nosotros porque la casa era muy grande y muy fría.

TC: ¿Nuestra vieja oración? Muy bien.

TC y **TC:** Ahora me tumbo a dormir. Ruego al Señor mi alma guardar. Y si antes del despertar debiera morir, ruego al Señor mi alma llevar. Amén.

TC: Buenas noches.

TC: Buenas noches.

TC: Te quiero.

TC: Yo también te quiero.

TC: Más te vale. Porque si nos ponemos a profundizar, sólo nos tenemos el uno al otro. A nadie más. Hasta la tumba. Y ésa es la tragedia, ¿no?

TC: Te olvidas. También tenemos a Dios.

TC: Sí, tenemos a Dios.

TC: Zzzzzzz.

TC: Zzzzzzz.

TC y **TC:** Zzzzzzzzz.



TRUMAN CAPOTE, nacido en Nueva Orleans en 1924, sigue siendo uno de los autores más controvertidos de la historia de la literatura norteamericana. Criado por su tía después de que su madre le abandonara, Capote pasó su adolescencia junto a ésta y su marido en Nueva York, donde a la temprana edad de diecisiete años empezó a trabajar para el "New Yorker Magazine". Pronto su rigurosa escritura llamó la atención de los editores del país, publicando su primera novela, *Other voices, other rooms* en 1948. El éxito editorial vino acompañado del éxito social y el joven escritor pronto se convirtió en un asiduo de las fiestas y celebraciones varias de la alta sociedad. Tachado de frívolo e interesado, lo cierto es que la élite norteamericana que le rodeaba le sirvió de inspiración para escribir —cuando ya había publicado *El arpa de hierba* (1951)— *Desayuno en Tifany's* (1958), que posteriormente sería llevada a la gran pantalla. Sediento de experimentar con los géneros literarios, se aventuró luego en uno de sus proyectos más ambiciosos, *A sangre fría* (1966), la historia del asesinato de una familia de granjeros de Kansas, que el escritor había leído en el diario. Su intenso y laborioso trabajo de investigación dio los frutos que él se había propuesto recoger: crear una novela periodística, es decir, una obra que tuviera la credibilidad de una noticia, la inmediatez de una película, la precisión de un poema y la profundidad de la prosa. Después de empezar a escribir la polémica *Answered Prayers* —que nunca terminó, en parte por el escándalo que ella causó entre su círculo de amigos—, Capote cayó en una depresión que lo arrastró al mundo de las drogas y el alcohol. De hecho, después de esta obra inacabada su producción literaria menguó notablemente. Antes de morir, publicó *Música para camaleones*, una

recopilación de cuentos y entrevistas que anteriormente ya habían salido a la luz en las distintas revistas donde colaboró a lo largo de su vida. En 1999 se publicó en nuestro país *Los perros ladran*, un conjunto de textos inéditos que constituyen, en palabras del autor, "un mapa en prosa, una geografía escrita de mi vida desde 1942 hasta 1972". Recientemente también se ha publicado su epistolario (*Un placer fugaz. Correspondencias*) y *Crucero de verano*, la primera ficción de Capote —escrita en 1943— y que éste se negó a sacar a la luz.

Notas

[1] Cazador(a) de Marfil. (N. del T.) <<

[2] La temperatura se mide en grados Farenheit. (N. del T.) <<

[3] Medida de peso para clavos (EE. UU.): 45,36 kg. (N. del T.) <<

[4] Asociación norteamericana de antiguas mujeres universita rías dedicada a actividades sociales. (N. del T.) <<

[5] Sic en el original (N. del T.) <<

[6] Padrastro de Lolita, en la novela de Vladimir Nabokov. (N. del T.) <<

[7] "Quiero, quiero… Quiero una mamá, una mamá grande y gorda, quiero una mamá grande y gorda con la carne temblona, ¡sí!" (N. del T.) <<

[8] Graham cracker: galleta de harina de trigo entero. (N. del T.) <<